

LA BÓVEDA



EDWARD MARTIN

La Bóveda

Edward Martin

La Bóveda es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son un producto de la imaginación del autor. Cualquier similitud con una persona, viva o muerta, un evento, o un lugar real, es mera coincidencia.

Copyright © 2014 Edward Martin

Todos los derechos reservados.

v1.0

TABLE OF CONTENTS

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)

[CAPÍTULO XXIV](#)

[CAPÍTULO XXV](#)

[CAPÍTULO XXVI](#)

[CAPÍTULO XXVII](#)

[CAPÍTULO XXVIII](#)

[CAPÍTULO XXIX](#)

[CAPÍTULO XXX](#)

[CAPÍTULO XXXI](#)

[CAPÍTULO XXXI](#)

[CAPÍTULO XXXII](#)

[CAPÍTULO XXXIII](#)

[CAPÍTULO XXXIV](#)

[CAPÍTULO XXXV](#)

[CAPÍTULO XXXVI](#)

[CAPÍTULO XXXVII](#)

[CAPÍTULO XXXVII](#)

[CAPÍTULO XXXVIII](#)

[CAPÍTULO XXXIX](#)

[CAPÍTULO XL](#)

[CAPÍTULO XLI](#)

[CAPÍTULO XLII](#)

[CAPÍTULO XLIII](#)

[CAPÍTULO XLIV](#)

[CAPÍTULO XLV](#)

[Otros libros por Edward Martin](#)

[Sobre el autor](#)

CAPÍTULO I

Esto fue una mala idea. No se lo quiero decir a mi esposa. Lo último que quiero es preocuparle, pero no debimos tomar el puente para salir de la ciudad. La gente se apiña en cada centímetro. El amontonamiento me hace sentir atrapado. Y mi terror es volverme hacia otro lado por un instante y perder a mi esposa y a mi hija en la multitud. Bueno, no me da tanto miedo como ser atacado por uno de los infectados, pero por el momento parece que estamos a salvo.

—Está bien. Nos vemos allá —dice mi esposa en el celular y lo cuelga.

—¿Qué te dijeron? —le pregunto.

—Que ya van camino a Saint Wayne. Mi hermana dice que la carretera está más tranquila de aquel lado. Al parecer, el virus no atacó tan fuerte como aquí.

—Eso es buena señal —trato de calmar a mi esposa y a mí mismo—. Vamos a salir de aquí, bebé —le digo a mi hija Ivanna, que sostengo en mis brazos. No la he soltado ni por un segundo desde que estamos aquí. Está seria desde que llegamos: creo que también siente que esto fue una pésima idea—. Ahora solo tenemos que salir de aquí.

Me paro en puntas para ver por encima de las cabezas: la multitud se extiende a varios metros delante de nosotros. El puente sigue elevado: el sistema fue averiado en un amotinamiento, lo cual solo me da mala espina porque me dice que no es una zona segura.

—Te dije que tomáramos la carretera —me dice mi esposa con los ojos en blanco y una voz de preocupación.

—No te preocupes, solo necesitan arreglar el sistema y vamos a poder pasar.
—Pone una cara de circunstancias y se me hace un nudo en el estómago. Tiene razón: debimos tomar la carretera aunque nos tomara diez, quince, veinte horas más. Lo peor que podemos hacer en estos momentos es no movernos.

—No podemos estar aquí, Christian. No podemos estar atrapados en medio de toda esta gente. ¿Qué tal si hay un infectado entre la gente?

—Si hubiera un infectado, ya lo sabríamos ¿no crees? —trato de convencerla que todo estará bien, pero lo único que obtengo de ella es un gruñido.

—Eso no tiene nada que ver. Es peligroso, tenemos que irnos.

Miro de nuevo por arriba de las cabezas y todo se ve igual.

—Está bien. Tienes razón. Vámonos de aquí. Será mejor que tomemos la carretera.

—Gracias —me dice en un tono aliviado—. ¿Pero cómo nos vamos a ir? No tenemos auto.

—Tendremos que pedir un aventón.

Esto la hace pensar. Desde que el virus brotó, las personas se volvieron incivilizadas. No podemos confiar en nada ni nadie. La gente no quiere subir a alguien a su automóvil por miedo a que esté infectado, y esto es a pesar que el virus los convierte en menos de un minuto. La gente les apoda «caminantes», «infectados», «locos»; pero la realidad es que hay una palabra que todos conocemos y no la usamos por miedo admitir la realidad y esa es *zombies*. En menos de un minuto, pasas de ser un ser apasionado y cariñoso con tu familia a querer devorarla pedazo por pedazo.

—Entonces... ¿Nos vamos?

—Un segundo, déjame preguntar cómo van con el sistema del puente —le digo tratando de hacer un segundo de tiempo. A pesar que esta es una mala idea, pedir un aventón es tan malo como quedarnos aquí un rato más.

—Ya viste que no funciona, ¿por qué tan terco? Vámonos de aquí y luego vemos qué hacemos —está cansada de mi actitud.

— Un segundo —le paso a Ivanna a sus brazos.

— ¿A dónde vas? —me pregunta irritada.

—Dame un segundo, voy a ver qué pasa — le doy un beso a mi hija en la frente y otro a mi esposa—. Espérenme aquí, no se muevan.

Me hago paso entre los cuerpos, me mueven de un lado a otro y una que otra persona me gruñe por moverme a la parte de enfrente. Se lo toman como si me estuviera colando en la fila de un concierto, y lo entiendo: los de enfrente deberían tener oportunidad de pasar primero porque llegaron antes que nosotros.

Llego al final de la multitud frente al puente elevado donde hay varios militares resguardando el orden. El lugar está atestado, me sorprende que las personas no estallen en pánico y se marchen. Una pareja de ancianos se apoya en el barandal lateral del puente. Se muestran despreocupados, abrazándose y riendo como si nada pasara. Tal vez vivieron tantos males que están listos para marcharse. Yo no: no puedo tomarme las cosas a la ligera; no estoy listo para irme.

Me acerco a uno de los militares.

—Disculpe. ¿Cómo van con las reparaciones? —Tiene una cara intranquila, debe ser una pregunta que le han hecho más de mil veces esta noche.

—Estamos trabajando lo más rápido posible. Por favor, vuelva al grupo y tenga paciencia —me dice sin mirarme a los ojos. Se nota tan preocupado como nosotros. Lo noto en su mirada furtiva que busca algo entre la multitud: tal vez un infectado.

Me alejo. Su respuesta me dejó inquieto. Es tiempo de admitir que fue una mala idea venir y hay que salir de aquí. Me abro camino entre la multitud una vez más de vuelta con mi familia.

Avanzo varios minutos entre la gente, pero no encuentro a mi familia. Perdí un poco el sentido de orientación, y el pánico que se acumula en mi pecho, me hace acelerar el paso. Si las pierdo entre toda esta gente, puede que no las vuelva a ver. El sudor cae por mi frente. Es como buscar una aguja en un pajar.

Voy de persona en persona buscando el cabello rubio de Laura y la blusa azul de Ivanna. ¿Por qué las dejé solas? Estúpido, sabías que eso era lo más importante. «Debemos permanecer juntos todo el tiempo», le repetiste a tu esposa. «Debemos permanecer juntos», y fui el primero que rompió la regla. Voy en zigzag entre las personas y hay todo tipo de rostro preocupado, desde bebés que parecen recién nacidos hasta ancianos de la edad de la pareja que vi. Y es detrás de una familia —que parecen ser cubanos o de origen latino— que alcanzo a ver a mi familia de nuevo.

—¡Laura! —le grito haciendo señas con mis manos en el aire. Se vuelve en todas direcciones buscando mi voz—. ¡Laura! —Me busca entre las personas hasta que hacemos contacto visual. Los gritos estruendosos de la gente llenan el puente. Miro por arriba de las cabezas y algo parecido a una ola de personas se dirige hacia nosotros, con los cuerpos apilándose unos sobre otros. El corazón me hace un vuelco. Miro a Laura; los dos sabemos qué está pasando: infectados.

Me apresuro en llegar a ella, pero el gentío me mueve de lado a lado. Los cuerpos chocan unos con otros, las personas caen al piso, y sus cráneos son pisoteados por la multitud. Con un gruñido, uso todas mis fuerzas para mantenerme de pie; pero el enjambre de cuerpos es tan fuerte que soy aventado hacia atrás. Pierdo de vista a mi esposa por un segundo, y el gemido de las personas en pánico me golpea con una onda de miedo que me da la fuerza para atravesar el muro de personas.

Empujo con todas mis fuerzas usando mis codos para protegerme del choque de los cuerpos. Presiono sin parar y a unos metros alcanzo a ver el rostro lleno de miedo de mi esposa. Mi hija llora, la aprieta con fuerza en mis brazos.

—¡A la orilla! —le grito—. ¡A la orilla!

Parece que mi esposa escuchó mi grito porque se mueve hacia la orilla del puente. Hago lo mismo, pero esta vez la ola cambia de dirección. Las personas saltan del puente, y soy empujado hacia el borde junto con ellos. Trato de mantenerme firme para alcanzar a mi familia antes que brinquen ellos; pero es inútil, la fuerza de los cuerpos es tal que doy traspiés de un lado a otro. Uno

de *ellos* aparece entre la multitud. Con sus ojos negros y su gran mandíbula abierta brinca sobre una mujer, la cual aúlla con desesperación tratando de quitarse al infectado que le muerde el hombro. Otro hombre trata de quitárselo de encima, pero es derribado también. Sus cuerpos se pierden entre un mar de gente, gemidos y pisotones.

Mi familia está a unos metros de distancia. Estiro mi brazo y Laura hace lo mismo; pero antes que podemos juntar nuestras manos, el movimiento abrupto de las masas nos arroja del puente. Vuelo por los aires y azoto con fuerza en el agua. Todo el mundo me da vueltas, y estando debajo del agua el *splash* de los que caen desde el cielo me rodea. Salgo a superficie, trato de tomar todo el aire posible y encontrar a mi esposa. El cuerpo de un hombre gordo cae a mi lado y hace que me hunda de nuevo por unos segundos. Vuelvo a la superficie. Mi esposa está a unos metros de mí, con Ivanna abrazada de su cuello.

—¡Laura! —le grito, y ella me encuentra con su mirada.

Nado hacia ellas. Están a solo unos metros; pero los cuerpos que caen desde arriba me hacen detenerme y hundirme. Un cuerpo cae con fuerza frente a mí, la ola que produce me salpica los ojos y me fuerza a retroceder. Trato de nadar pero me detengo cuando una mano y una cabeza dando mordiscos sale por debajo del agua. El infectado trata de arañar mi cara; pero apoyo mis piernas en su pecho y lo empujo hacia atrás.

Nado evadiendo los cuerpos; pero me detengo al ver que mi esposa mira hacia arriba con cara de espanto. Un enjambre de infectados y personas se apilan en la orilla del puente. Cruzo la mirada con mi esposa, y por un segundo todo se vuelve un silencio. Los gemidos de las personas, los gritos de auxilio, todo desaparece en el aire. Como la calma antes de la tormenta, como si esta fuera la última vez que podré ver a mi familia. Sus labios se mueven, trata de decirme algo; pero ni con todo el silencio del mundo, escucho lo que dice.

Me muevo de nuevo, pero es demasiado tarde. Una masa de cuerpos va cayendo en el aire. Mi esposa cierra los ojos. Grito su nombre, pero ella desaparece.

Me despierto con un aullido de pena y la cama empapada en sudor. El cuarto

gris y desolado me hace volver a la realidad. Estallando en sollozos, me apoyo en un codo y me siento en la orilla de la cama. Me llevo las manos a la cabeza limpiando el sudor en mi frente. A pesar que han sido cinco años, este sueño sigue persiguiéndome de vez en mes. Porque solo en sueños me comunico con ellas; solo en sueños veo sus caras y me empañó en sus esencias. Cinco años han pasado, cinco años viviendo en el miedo y en la incertidumbre, rodeado por grandes murallas de metal que nos protegen de lo que nos quitó todo. Cinco años en la magnificencia que es Argos, o mejor conocido por sus habitantes como La Bóveda.

CAPÍTULO II

Apenas pude dormir después de la pesadilla. La familia de mi cuñada sigue dormida. Ayer escuché que discutieron hasta que me quedé dormido, así que me voy a trabajar antes que despierten. Lo primero que vas a notar en Argos es el contraste pesado del sereno cielo azul y el aire fresco con la ciudad grisácea y sucia, rodeada de murallas de metal oxidado. Mi vecindario sigue creciendo hacia arriba. Los departamentos donde vivo son los únicos que permanecen idénticos y, a pesar que los edificios siguen elevándose, la muralla no lo hace. No es una sorpresa que las filtraciones de infectados aumentaron en el último mes.

Llego a la estación de tren. La gente se aglomera en el andén y espera abordar con su ticket en mano. Paso mi tarjeta de trabajador por la máquina de registro, y me lanza un ticket color amarillo que me permite abordar por el resto del día. Claro que esto no es gratis, lo pago de mi salario. No es caro, pero apenas gano lo suficiente para subsistir.

Al llegar a la barra de seguridad, paso el ticket por el sensor, y con un pitido la barra se eleva dejándome pasar. Subo las escaleras para llegar al andén. Las mismas caras de todos los días, aunque el día de hoy parece que la gente está de mejor de humor que otros. Espero con la multitud hasta que el tren llega puntual a las 7:40. Las puertas se abren con el resoplido de un pistón, y nos amontonamos en la entrada.

El tren está abarrotado. Moverme entre las personas siempre me irrita; pero el día de hoy el sentimiento es peor porque me recuerda el sueño que tuve anoche. De ida al trabajo, casi nunca consigo un asiento. Todos están llenos, y trato de ser caballeroso y dejar que las mujeres los usen. ¡Ey, no porque es el fin del mundo, debes perder los modales!

Las puertas se cierran, y un pitido doble de tonos distintos nos indica que estamos a punto de partir. El tren avanza con rechinidos metálicos y crea una pequeña mecedura de los cuerpos.

La voz de una mujer (a la que llamamos Karla) nos habla a través de las bocinas:

—Meftah les quiere desear la mejor de las mañanas, un día provechoso a los trabajadores, y que nuestros estudiantes encuentren el conocimiento que están buscando. Ustedes son nuestro futuro. Y recuerden: permanezcan dentro, permanezcan seguros.

Entre la multitud, Tomás se acerca tocando su guitarra y cantando sus clásicas canciones de esperanza (o lo que sea, la verdad es que no le pongo atención). El chico me agrada, es de las pocas personas en este lugar que parece tratar de levantar el ánimo de la gente a su alrededor. Canta avanzando entre la multitud pidiendo una que otra moneda, o lo que sea con lo que lo puedan ayudar. Casi nunca le dan. Yo trato de hacerlo, pero ¿quién tiene dinero para regalar en estos tiempos?

Tomás se me acerca. Su cara no es la misma de todos los días.

—Tomás —le digo.

—Hola, Chris —me dice desanimado.

—Guau, parece que pisaste mierda de perro. ¿Qué pasa, chico? ¿Está todo bien?

—Si cantar en un tren para un montón de amargados califica como *estar bien*, entonces sí, estoy de maravilla.

—No estamos amargados —le digo riendo—. Estamos jodidos.

—Unos más que otros.

—¿Qué pasa?

Niega con la cabeza.

—Van a hacer recorte en la fábrica al final del mes y yo estoy en la lista.

—Mierda, amigo, malas noticias.

—Enterarte que tu novia está embarazada de otro cabrón es mala noticia; esto es una sentencia de muerte.

—Anímate, va a salir algo más.

—Lo dudo.

Y yo también. Los trabajos son limitados, y perder el tuyo en verdad puede ser una sentencia de muerte.

Las bocinas emiten un largo y suave pitido, seguido por la voz de la mujer:

—A continuación, las estadísticas del mes.

En pantallas contiguas a las puertas y en unas pantallas cilíndricas adheridas al techo, y que van por todo el vagón, se muestran las estadísticas del progreso de Argos.

GOBIERNO Y ECONOMÍA

GASTO DEL GOBIERNO EN SALUD AYER: \$151.218.

GASTO DEL GOBIERNO EN EDUCACIÓN AYER: \$134.565.

GASTO DEL GOBIERNO EN FUERZAS ARMADAS Y PROTECCIÓN CIVIL: \$69.223.

AGUA:

AGUA SUMINISTRADA (LITROS POR SEGUNDO): 292 lts. / segundo.

AGUA DESINFECTADA (LITROS POR SEGUNDO): 276 lts. / segundo.

AGUA CONSUMIDA ESTE AÑO (MILLARDOS DE LITRO): 6,8.

Y la más importante de todas:

SALUD

MUERTES CAUSADAS POR EL VIRUS ESTE AÑO: 0.

—No terminé la carrera, Chris —me dice Tomás leyendo las estadísticas—. Y no entiendo bien de estadística tampoco, pero te puedo decir que estas son una mierda.

No podría estar más de acuerdo. ¿Cómo es posible que se gaste esa cantidad de dinero al día en salud, y aun así la gente muera por un simple resfriado? O alguien como yo, que tiene una Maestría en Ciencias de la Computación, tenga un trabajo de empacador. ¿Para qué invertir en educación si no hay empleo para nosotros? Lo peor de todo es que omiten datos con los cuales no nos pueden engañar, como el empleo o la producción de alimentos. Ni hablar, el gobierno miente desde épocas inmemorables.

Tomás me estrecha su mano y se marcha, sigue cantando (¿sobre un perro?) y las personas siguen ignorándolo.

Llegamos al sector industrial, las personas se ponen de pie y, una vez más, la voz nos recuerda el propósito en nuestras vidas.

—Muchas gracias por viajar con nosotros. Y recuerden...

—Permanezcan dentro, permanezcan seguros —murmuro.

Salgo de la estación y me dirijo a la fábrica. El ambiente en este sector es aún más pesado; el aire es espeso y sucio, acompañado por un olor penetrante a humo creado por las grandes chimeneas de los edificios. La única diferencia es que en este sector se puede ver con claridad el impresionante Elevador rojo que lleva a Urah. Se eleva hasta las nubes terminando en la trascendental ciudad, que desde aquí abajo no parece ser más que un pequeño y borroso disco. Las calles están agrietadas, y las personas en uniformes, sudadas y agotadas. Esta imagen lo hace ver como el lugar más triste de Argos. No debería ser así, es el sector de trabajo, y la sociedad avanza trabajando; pero estas vidas fueron forzadas por eventos fuera de nuestro control. «Cada quien controla su destino» es una frase que fue borrada de los libros después de La

Calamidad.

Llego a mi fábrica, una maquiladora gigantesca de armas fundada por la Corporación Meftah. Las armas son de lo más importante en esta época. Lástima que no le daría ni a un elefante, aunque estuviera a diez metros de mí.

El recepcionista me recibe con un saludo.

—Chrisy —dice Paul. Por su rostro, sé que no está de buen humor (qué nuevas).

—¡Paul! —le digo tratando de esbozar una sonrisa para este viejo cascarrabias—. ¿Cómo estás?

—Feliz, Chrisy... Feliz de poder estar lejos de mi esposa en estos momentos.

—¿Y eso por qué?

—Ya sabes cómo son las mujeres, siempre molestando por estupideces. Pero bueno, uno se casa para siempre, ¿no?

Me limito a marcar mi ficha de entrada. Quisiera tener tus problemas, Paul. Quisiera tener a mi esposa, aunque me molestara todo el día. No hay un día que no la extrañe. Cambiaría todo lo que tengo por un día más con ella, aunque sea en su peor faceta.

Dejo mis cosas en los vestidores, me pongo mi uniforme azul de uso rudo y llego a mi banda de trabajo. Y es aquí donde voy a pasar las siguientes ocho a diez horas —con una hora de descanso—: frente a una banda de caucho, empacando piezas metálicas que son mandadas a otra fábrica para ser ensambladas.

Barry llega un par de minutos después, risueño como siempre, como si un buen chiste se repitiera en su cabeza una y otra vez.

—Chris, Chris —me dice con entusiasmo.

—Barry, Barry —le digo, pero con un tono menos entusiasta.

—¿Cómo va tu mañana?

—Lo mismo de siempre.

—Menos mal que las cosas no están peor, ¿no?

—¡Ja! Es buena esa, Barry.

Le gusta verle el lado bueno a las cosas. Para mí es difícil. Hubo un tiempo cuando traté de inyectarle alegría al trabajo (a meter cositas en una caja), pero es demasiado aburrido y monótono. Tengo una Maestría, maldita sea, yo me preparé para hacer cosas importantes. Claro que no se lo digo a Barry porque para él cualquier trabajo tiene significado.

—¿Escuchaste lo de Michael? —me dice con un tono de voz apenado.

—¿Qué hay con Michael?

—Se quedó sin trabajo. Él y otros 200 trabajadores.

—Mierda.

— Mierda, así es.

—¿Y qué va a hacer?

—No lo sé. ¿Qué opciones puede tener? Las cosas se están yendo a la mierda.

—Lo sé, y el otro día vi al gobernador Ellis en televisión diciendo que se han generado quién sabe cuántos empleos este año.

—Sí, pero la misma cantidad de personas se quedan sin uno. Pobre Michael, si no consigue trabajo, se va a quedar sin su bóveda.

—En un mes estará viviendo en una Bóveda Común, acuérdate de mí.

—No digas eso, hombre, pobre de su familia.

—Lo siento, pero es verdad, amigo. Me duele por Michael, es un buen hombre, pero eso es lo que sucede cuando pierdes tu empleo.

Nuestras bóvedas son una concesión. No pagas, no hay bóveda.

—Tal vez se «ponga el casco».

—Tal vez, aunque no sé qué es peor: vivir en una bóveda con otros 100 cabrones o trabajar en las minas.

—Y que lo digas.

El resoplido de una chimenea de vapor nos indica que es tiempo de trabajar. La banda se mueve y nos trae las piezas a empacar.

—Bueno, amigo, hay que trabajar —me dice Barry mientras se pone sus guantes de trabajo.

Empaco, empaco y empaco, todo el santo día. Demonios, odio mi maldito trabajo, odio este maldito lugar y odio esta maldita ciudad. Como quisiera que todo se terminara. Es raro que esté de tan mal humor; pero el sueño que tuve anoche me recuerda lo mucho que tenía y lo poco que ahora tengo. Me ando por la ciudad con un constante peso en mi cuerpo, que me hace desear que todo esto se terminara. De no ser por la familia de mi hermana, ya lo hubiera acabado todo. ¿Qué sentido tiene? Pero no puedo dejarlos, Laura no lo hubiera querido.

Suena el pitido de la alarma, seguido de una luz roja intermitente que rodea todo el cuarto. Las máquinas se detienen y alguien detrás de nosotros llega soltando un alarido. Barry y yo nos volvemos para encontrarnos con la cara doliente de Lamar. De su mano escurre un chorro de sangre que cae sobre el suelo de concreto. Debió distraerse, y una de las máquinas cortó sus dedos. Barry se apresura a asistirlo. A mí no me importa. No lo conozco del todo, es una persona más. Tal vez estaría mejor si la máquina le cortara todo el cuerpo. Al fin y al cabo, en este mundo no hay nada bueno por qué vivir, así que me limito a terminar con mi trabajo hasta que es la hora de salida.

Estoy exhausto. Aunque es un trabajo sencillo, sin el menor reto posible, estar de pie empacando durante un largo periodo de tiempo me drena cada gota de energía. Fuera de la fábrica es el mismo panorama: el ambiente pesado, las personas moribundas y el imponente Elevador rojo.

Viajo de vuelta en el tren y por las ventanas las industrias se alejan hasta llegar a mi sector. Arrastro los pies camino a casa, los brazos me pesan como si llevara una mancuerna en cada mano. Me detengo frente a mi puerta y me toma unos segundos poder entrar. Solo deseo que esté tranquilo y que hoy Efraín y Mabelle no peleen. Por el amor de Dios, solo quiero tener una cena y una noche tranquila. Abro la puerta y un olor a estofado de pollo hace que mi cuerpo se sienta ligero una vez más. No es el mejor pollo del mundo; pero es mucho mejor que las latas de despensa que nos da La Compañía.

—Siéntate, ya vamos a cenar —me dice Mabelle.

Dejo mis cosas en la habitación, regreso a la cocina y me siento a esperar la comida. Minutos después, llega mi cuñado junto con Dale. Nos saludan y van a su habitación. Mabelle pone un plato de estofado de res y chícharos en cada lado de la mesa.

—¡La cena está lista! —los llama Mabelle. Efraín y Dale salen de la habitación y los tres se sientan.

—Se ve bien —dice Isaac; Mabelle no dice nada e Isaac pone una sonrisa nerviosa—. ¿Qué pasa? Te dije que se veía bien.

—Gracias —dice Mabelle de mal humor.

—Qué genio tienes —responde Efraín y solo sirve para agregar más tensión a la situación. Me limito a ingerir mis alimentos, que en verdad sí están buenos.

—¿Cómo estuvo tu día? —me pregunta Mabelle.

—Bien —digo mientras me tapo la boca con una servilleta.

—¿Cómo crees que va a estar? —dice Isaac. Mabelle resopla—. Es lo mismo de todos los días.

—Pues sí —respondo—. Así es.

—La misma mierda.

Me encojo de hombros.

—Corrieron a Michael —le digo.

—Qué mierda —dice Efraín—. También van a correr al niño ese que canta en el tren. ¿Cuál es su nombre? Timothy.

—Tomás —lo corrijo.

—Ese pobre cabrón. Me contó toda su historia en el tren.

—A mí también.

—Muchacho molesto —dice riéndose.

—Como si te molestara en algo —refuta Mabelle—. Te la llevas hablando de todas maneras.

Efraín se ríe, pero un poco de tenso.

—Tal vez —responde—. ¿Pero sabes de quién es la culpa?

—¿Del gobierno? —dice Mabelle con sarcasmo.

—Del gobierno. De los Meftah.

Mabelle rueda los ojos. Aquí vamos.

—Sigán diciendo que los empleos están aumentando y que las condiciones de

vida también; pero creen que nos hacen estúpidos y que no nos damos cuenta. Y a la gente le da unas cuantas migajas para que se quede callada. Las becas, por ejemplo.

—¿Qué tienen de malo las becas? —refuta Mabelle.

—Por favor —dice Efraín rodando los ojos.

—Dale pudo subir y no estaría aquí con nosotros, corriendo el riesgo que se consiga un trabajo de mierda (como tú le dices).

A Efraín se le prende la mirada cuando escucha eso, Dale y yo solo bajamos la cabeza.

—Mil veces te lo he dicho, mujer. No puedes...

—¿Sabes qué? —interrumpe Mabelle—. No tengo ganas de hacer esto, mejor cómete tu comida *de mierda*.

Efraín espera unos segundos para continuar:

—Como les decía...

El sonido grave de la alarma lo interrumpe, rueda sus ojos y dice con fastidio: —Ya conocen el ejercicio.

Y abajo vamos. Nos ponemos de pie, dejamos los platos en el lavaplatos, movemos la mesa a un lado. En el suelo hay una alfombra color tierra que oculta un bulto que sobresale del suelo. Efraín quita la alfombra para revelar lo que es nuestro refugio desde hace casi cuatro años: la puerta gris y oxidada de una bóveda que da al subsuelo, en donde nos escondemos hasta que los cazadores se encarguen de los infectados que se infiltran en Argos. Es una puerta con dos perillas: una grande en forma de estrella en el centro de la puerta y una redonda y pequeña con una manivela. Efraín se pone de rodillas, toma la manivela y la gira. La pequeña perilla da vueltas y, después de varios giros, la gran perilla principal le sigue despacio. Una vez que llega a cierta posición, Efraín toma la perilla principal y con gran esfuerzo la gira. Le da

tres vueltas, el candado se abre con un sonido metálico y la puerta se entreabre.

Efraín termina de abrirla y le dice a Mabelle:

—Primero las damas.

Mabelle le devuelve una mirada irritada (sigue irritada por la tensa discusión que tuvimos), baja por las escaleras y se pierde en la oscuridad.

—Dale —le dice mirándolo.

Dale le sigue el paso a su mamá y antes que termine de bajar, la luz se enciende en el cuarto bajo nosotros.

—Vas, concuño —me dice.

—Las damas primero —le digo de manera gentil. Se ríe y baja por las escaleras.

Lo sigo debajo de la tierra por las escaleras que crujen con cada pisada, tomo una perilla en la parte de abajo de la puerta, la halo con fuerza y cierro la cerradura sobre mi cabeza. Bajo una perilla que está incrustada a la puerta: esto impide que la puerta pueda abrirse por fuera. De un salto me dejo caer. La habitación es más o menos como las bóvedas de banco, solo que las paredes no están hechas de metal, sino de concreto con angostos ductos de metal que salen a la superficie para brindarnos oxígeno.

Cada quien tiene derecho a modificar su bóveda al gusto; pero lo más común que encontrarás en una de ellas son pilas de garrafrones, botellas de agua, comida enlatada y camas o, en nuestro caso, vastas mantas tendidas en el suelo que nos sirven para dormir. Un pequeño foco que cuelga del techo, con una cadena que sirve como interruptor, nos brinda la suficiente iluminación, y tenemos bombillas de repuesto en caso que una se funda o se rompa. No querrías estar atrapado bajo tierra en total oscuridad; créeme, lo aprendimos a las malas. La iluminación es la única electricidad que nos brinda la compañía, así que nosotros ahorramos para comprarnos un generador, una de las mejores

inversiones que hicimos. El calor aquí abajo es insoportable, pero contamos con aire acondicionado. Pero lo más importante es una bombilla oblonga, que sale de la pared, que se ilumina en color verde cuando la filtración fue contenida. Por lo pronto, el color rojo nos indica que los cazadores están afuera haciendo su trabajo: encontrar a los infectados hasta que mueran... de nuevo.

—¿Y ahora de qué vamos a hablar? —dice Efraín.

—Yo creo que nos vamos a dormir —dice Mabelle. Su tono muestra que todavía sigue enfadada con Efraín; pero esto no es por la discusión que tuvimos hace unos momentos, esto tiene que ver con Dale más que con otra cosa.

—Yo también me quiero dormir, papá, estoy muy cansado —le sigue Dale. Restriega sus ojos y deja ir un bostezo. No sé si esté actuando para dejar atrás estos momentos de tensión o esté cansado.

—Qué aguafiestas —dice Efraín con un tono burlón.

Preparamos nuestras camas y Mabelle y Dale se acuestan en el suelo, uno junto al otro. Yo hago lo mismo en el otro extremo de la habitación, y Efraín se tumba a mi lado. Por su rostro, percato que sigue con el hilo de pensamiento que tenía en la cena.

—¿Cómo ves todo el asunto? —me pregunta.

—Pues sí, yo estoy en parte de acuerdo contigo, pero...

—¿En parte? —me interrumpe—. Está muy claro todo...

—Sí, en parte —lo interrumpo yo—. Estoy de acuerdo con lo que nos dices sobre el gobierno. Sí, todos sabemos que el gobierno nos tiene como estamos...

—No todos —agrega.

—Está bien, no todos, pero eso de hacer una revolución... —Hago una mueca y encojo mis hombros—. Por lo menos a mí, a nosotros, —aclaró— no siento que nos haya beneficiado del todo.

—¡Cómo no! Si no fuera por Los Linces, mucha más gente estaría muriendo. —Estalla, como si estuviera insultado a su persona; pero cambia su cara, me dijo algo que no debía.

—Dime, Efraín, ¿qué han hecho por ti?

Efraín se rasca la oreja y mira alrededor del cuarto. La pregunta lo incomodó, y parece que quiere decirme algo que tiene atorado en el pecho desde hace tiempo; pero quiere estar seguro que Mabelle y Dale estén dormidos para que no lo puedan escuchar. Su rostro abrió mi curiosidad, me pregunto si Efraín es parte de los rebeldes que se apodan Los Linces Rojos. Me lo cuestiono desde que empezó a ser franco sobre el tema, y no sorprendería, ya que se refiere a ellos como si fueran nuestros salvadores. Creo que hasta Dale y Mabelle sospechan de él tanto como yo. Me aseguro que Mabelle y Dale para asegurarme estén dormidos y, aunque dudo que lo estén, no creo que nos estén poniendo atención.

—¿Qué pasa, Efra? Dime lo que sabes —le digo a lo bajo.

—Mejor te lo muestro —me dice en el mismo tono.

—¿Mostrarme qué?

—Mañana, después de la cena. Ahora hay que dormir.

Efraín me da la espalda, y con eso me dice que es el fin de la conversación. La respuesta de Efraín me dejó con una intriga que casi me hace morderme las uñas y atiborra mi mente de preguntas. ¿Qué podría mostrarme? ¿Será que Efraín es un Lince? ¿Y qué es lo que en verdad están haciendo por nosotros? Mañana sabré de qué demonios está hablando.

CAPÍTULO III

Dormimos casi toda la noche en la bóveda. Salimos cuando Mabelle nos despertó en medio de la madrugada para decirnos que la luz había cambiado a color verde. En el trabajo no pude poner atención. Barry trató de animarme con uno que otro chiste, pero no pudo sacarme ni una sonrisa. No era aburrimiento o melancolía lo que sentía, mi cabeza estaba llena de dudas y preguntas que me dejaron fuera de órbita. La conversación que tuve ayer con Efraín me dejó con una intriga que quiere salir por mi estómago, y esperé todo el día para este momento.

La cena estuvo callada, no discutimos de nada. El rostro de Efraín se veía como el mío: lleno de incertidumbre, como si no estuviera del todo seguro sobre lo que me dijo anoche y ahora se quisiera retractar. Pero no, no señor, no lo dejaré. Ahora me mostrarás sea lo que sea que hayas visto.

Efraín espera que sea casi media noche y que Mabelle se vaya al cuarto a dormir. Se me acerca y me dice en un tono bajo:

—¿Listo para irnos?

—Sí, ¿a dónde vamos?

Dale escucha nuestra conversación y se nos une.

—¿A dónde van? —pregunta mirando a su papá.

—Vamos a bajar por las Puertas Dobles —le dice con un guiño.

—Oh... —dice mirando al suelo con un rostro de inseguridad, como si supiera a lo que se refiere—. Ya veo. Pues buena suerte, tío —me dice haciendo una mueca insegura, deja ir un resoplido como si recordara algo desagradable y se marcha al cuarto con su mamá. La manera que respondió me abrió aun más la curiosidad.

—¿Él sabe a dónde vamos?, ¿lo que me vas a mostrar?

—Él sabe muchas cosas —me dice Efraín con un tono casi burlón, seguido de una risa—. Vamos —me dice.

Efraín no le explica a Mabelle a dónde iremos. Solo se limita a decirle que nos marchamos, toma las llaves de la casa y salimos. Las calles se iluminan con una luz tenue que viene de altos postes de concreto. En mi vecindario (y en la mayoría de los barrios de bajo nivel económico) las calles están casi vacías, a excepción de pandillas de adolescentes o uno que otro indigente buscando comida. No hay mucho crimen en Argos: es una ciudad segura, ya que está en constante vigilancia por cámaras de seguridad encaramadas en los postes de luz y en cada edificio. Si alguien sale a delinquir, es probable que lo identifique el sistema.

El único problema que tenemos son las filtraciones. Nosotros tenemos nuestra Bóveda, pero muchos indigentes desaparecen cada vez que suena la alarma. Había un sujeto llamado Emmanuel, era un buen sujeto. Solíamos darle las latas de aluminio para que las vendiera por unos centavos. Y una noche, después de una filtración, se esfumó. Lo peor de todo es que se me hizo casi normal.

—¿A dónde nos dirigimos? —pregunto.

—Al sur. Pasando las Puertas Dobles.

Las Puertas Dobles son dos gigantescas puertas de metal que dividen los sectores poblados del sector agrícola y militar, donde se cultivan cereales como maíz, trigo, frutas y vegetales. Solo entran trabajadores y miembros del ejército, pero Efraín sobornó al guardia y nos dejó pasar. Parecía que se conocían desde hace tiempo, y estoy seguro que ya estuvo aquí varias veces.

Los edificios se ven más nuevos que en donde vivimos. Es natural, ya que esta es un área de alta producción para Urah, y mantienen la infraestructura en

mejor estado.

Lo que me pone nervioso es andar a hurtadillas y agazapados de edificio a edificio. Me da miedo que algún militar nos encuentre; pero todo el terreno se ve muerto, lo único que nos acompaña es la luz de la luna. Efraín se ve tan natural; pero en cinco años, yo nunca bajé a la zona sur. ¡Cinco años?! Es increíble que desde hace cinco años no veo una novedad.

—¿A dónde vamos? —le pregunto a Efraín.

—Por «mileaba» vez, Chris, ya te dije que esperes. Sabes, tienes que aprender a ser un poco paciente.

—¿Cómo no me voy a impacientar si aquí me tienes escondiéndome entre los edificios?

—¿Pero te gusta, no?

Sí, tengo que admitir que es emocionante. No salí del norte de la ciudad en cinco años. Cinco malditos años haciendo lo mismo, viendo lo mismo, oliendo la misma mierda todos los días. Es un buen cambio para variar.

Llegamos a un invernadero, un edificio alto con paredes de cristal y techo abovedado. Hay lo que creo que son plantas de maíz. Estas plantas son modificadas genéticamente por la compañía. Lo hacen para que puedan germinar en nuestras condiciones; aunque no tenemos la oportunidad de comer mucho maíz, ya que la producción es baja en comparación a la población y la mayoría termina subiendo a Urah.

Nos acercamos a la puerta de un edificio contiguo al invernadero. Efraín saca dos pequeños ganchos de su bolsillo y manipula la cerradura.

—Pareces ladrón profesional —le digo.

—Tal vez lo soy.

Le da unos jalones y picoteos y bota el candado. Entramos al edificio y se me

seca la boca. Ahora sí que estamos en problemas, ya que la pena para los ladrones es alta.

Parece ser una procesadora de maíz (o al menos parecen serlo por las grandes máquinas y los pequeños residuos en ellas). Es un edificio común y corriente; No es tan sofisticado como la maquila donde trabajo. Pero el entrar sin permiso y hacer algo diferente me tiene desconcertado.

—Sígueme, no tenemos mucho tiempo —me dice Efraín.

Pasamos por un lado de las máquinas hasta llegar a una puerta, la franqueamos y pasamos un pequeño pasillo, que por mis nervios parece hacerse más largo con cada paso que damos.

Efraín llama a una puerta tres veces, con una pequeña pausa en cada golpe, y un hombre pelón, con cabeza redonda y cuerpo musculoso nos abre.

—Brad — saluda Efraín.

—Apresúrate que no tenemos mucho tiempo —dice Brad con un tono ronco.

Pasamos al cuarto donde hay un grupo de jóvenes. Sus caras pálidas revuelven mi estómago; parecen haber visto un fantasma.

—¿Y este quién es? —pregunta Brad.

—Christian, mi cuñado —responde Efraín.

Brad inspecciona mi cara de cerca. Tiene una cicatriz que va desde su ceja hasta su mentón.

—¡Ja! ¿Estás seguro que lo quieres traer aquí? No parece alguien de buen estómago.

—¿Qué significa eso? —le pregunto.

—Nada, no le hagas caso.

Brad se ríe de forma burlesca.

—Anda, Brad, rápido que no podemos estar aquí todo el día.

Entramos a otra habitación donde hay dos hombres apoyados en un estante lleno de cajas pegado a la pared. Brad les hace una seña, y estos empujan el estante a un lado. Al mover el estante, se revela una tabla pegada a la pared. Los hombres la quitan descubriendo un túnel que va dentro del edificio. Las piernas me tiemblan. Me da mala espina, pero quiero saber qué es todo esto.

—Vamos —dice Efraín.

Nos metemos a la abertura y entramos a una especie de túnel. Lo atravesamos agazapados, y la oscuridad se apodera del pasillo. La luz nos abandona y, con ella, todo el valor que me quedaba, hasta que topamos con una pared. Efraín mueve a un lado unos pedazos de metal revelando otro túnel. Cruzamos la nueva abertura hasta llegar a una pared de tierra.

—¿Qué es esto? —le pregunto a Efraín con preocupación en mi voz.

—Por Dios, sé paciente, maldita sea.

Efraín remueve un pedazo grueso de madera arriba de su cabeza, luego otro y otro más. Dos líneas gruesas de tierra caen desde el techo, y creo imaginarme dónde estamos. Tiene que ser: por la manera que avanzamos, no podríamos estar en otro lugar.

Efraín quita otro pedazo de madera, y al fin confirmo mis sospechas. Es el cielo oscuro repleto de estrellas. Estamos fuera de Argos.

Efraín se incorpora, se toma del borde y, jalándose con sus brazos y dando un brinco, sube y desaparece de mi vista. Me toma unos segundos reaccionar; pero Efraín me llama, y al fin puedo seguirlo por detrás.

—Mierda —me digo a mí mismo.

El terreno es yermo, el viento susurra a nuestro alrededor, y el horizonte

bañado en estrellas me deja sin aliento.

—¿Qué pasa, se te salió? —me dice riéndose.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le pregunto.

—Ven.

—Quiero que me digas qué hacemos aquí.

—Mejor aún, te lo voy a mostrar.

—¿Estás loco? Esto es peligroso, tenemos que volver.

—¿Qué nos podría pasar? —me dice encogiéndose de hombros.

Entre más contemplo el terreno, más tiene razón: no hay nada aquí afuera más que tierra y las paredes de Argos detrás de nosotros.

Efraín avanza unos cincuenta metros y se pone en cuclillas. Lo sigo por detrás y advierto que descubrió una especie de gancho con un candado que estaba sepultado debajo de la tierra. Saca una vez más sus utensilios del bolsillo y manipula el candado.

—¿Qué mierda es todo esto, Efraín?

Se ríe.

Abre el candado, lo quita y jala el gancho que está pegado a una compuerta, la cual permanecía oculta debajo de la tierra.

—Ayúdame —me dice haciendo esfuerzo.

Tomo la compuerta, y entre los dos la abrimos por completo. Es una entrada grande, con una rampa lo suficientemente amplia como para que baje un auto grande. Efraín baja la rampa y lo sigo.

Abajo no hay nada más que dos puertas: una alineada con la rampa y otra en

una pared lateral. Efraín abre la puerta lateral (la cual no tuvo necesidad de manipular), me pide que pase y, con el corazón en la mano, hago caso a sus instrucciones.

La única luz que entra a la habitación es la de la puerta detrás de mí. Está tan oscuro que ni siquiera alcanzo a ver mi mano frente a mis ojos. Pero cuando Efraín enciende la luz, un aire gélido viaja por toda mi espina y me congela en el sitio. Lo que estoy viendo detrás de una pared de cristal es lo más aterrador que vi en los últimos cinco años: un cuarto lleno de infectados.

CAPÍTULO IV

El corazón me hace un vuelco tan fuerte que siento que el pecho me va a explotar. Me quedé sin palabras para describir lo que tengo frente a mí.

Hay al menos unos quince infectados en el cuarto. Están vestidos con andrajos y se encuentran letárgicos. Parece que no nos pueden ver porque no se percatan de nuestras presencias.

—¿Qué mierda es todo esto? —le pregunto a Efraín con miedo en mi voz.

—¿Qué parece?

—Un montón de mierda, yo me voy de aquí.

Escapo de la habitación hasta llegar a afuera, trato de recuperar todo el aire que me abandonó.

—¡Espera! —me grita Efraín.

—¿Qué mierda estamos haciendo aquí?! —le pregunto colérico—. Pudieron habernos matado.

—No te preocupes, es seguro.

—¿Un montón de infectados es seguro?

—Sí, es más seguro que estar dentro.

—¿Qué quieres decir? —digo.

—¿Qué crees que hacen ahí?

—No lo sé, ni me importa. Quiero volver a casa.

—¿En serio no quieres saber?

—Lo que quiero es estar lejos de ellos.

Voy de vuelta al túnel, y lo que dice Efraín me para en seco:

—¡Son infiltrados!

Me toma unos segundos volverme; estoy tratando de procesar lo que acaba de decir.

—¿Infiltrados?

—Sí.

—¿Ellos son los que se meten a Argos?

—Así es.

—Mentira.

—¿Entonces qué crees que hacen ahí?

—No lo sé. Probablemente los capturaron o algo.

—¿Y los metieron en un cuarto enseguida de la ciudad? —me dice en un tono irónico.

—Sí, ¿qué más podría ser? Los atraparon y los pusieron ahí.

Para mí es la única opción con sentido. ¿Infiltrados? Es ridículo.

—Por favor, Chris, ¿de dónde los van a atrapar?

—No lo sé, llegaron a Argos y los capturaron. ¿Qué me estás tratando de decir, Efraín? —le digo con desesperación.

—Mira a tu alrededor, Chris. Aquí no hay nada, está muerto.

En eso tiene razón, el terreno es yermo y se expande hasta el horizonte. Las

únicas almas en este lugar somos Efraín y yo, pero esto es ridículo.

—No me importa, Efraín, yo me voy a casa.

Camino hacia el túnel; pero las preguntas me dan un dolor de cabeza que me impide marcharme.

Con un tono frustrado le digo:

—¿Qué me estás tratando de decir? ¿Que son los mismos infectados que entran a la ciudad de vez en cuando? ¿Y los metieron ahí para luego soltarlos en la ciudad?

—Sí, es exactamente lo que te quiero decir.

—Mentira. No lo creo ni por un segundo —digo frustrado.

—¿Quién los puso ahí?

—La Compañía.

—¿La Compañía? —digo incrédulo—. ¿Los mismos que construyeron Argos y Urah? ¿Los que nos dan refugio y comida? ¿Esa compañía?

—Así es —dice seguro de su respuesta y con una pizca de furia en su voz.

—No te creo ni por un segundo. ¿Por qué iban a hacer eso?

—¡Porque nos necesitan! —Se le agotó la paciencia, y no es por no creerle, sino por mencionar a La Compañía—. Necesitan que produzcamos para que ellos puedan mantener el estilo de vida que tienen y nos mantienen con miedo para que no queramos salir de la ciudad. Déjame preguntarte algo, Chris, ¿alguna vez has salido de la ciudad?

Me toma unos segundos responder.

—No.

—Nadie sale de la ciudad.

—¿Para qué ibas a querer salir? No hay nada aquí afuera.

—¡Exacto! No hay nada aquí afuera, pero aun así no te atreves a salir. No tenemos prohibido salir de Argos, pero ¿por qué no te atreves?

Me quedo meditabundo unos segundos; es una pregunta que nunca me hice.

Efraín se acerca y me dice en un tono tranquilo:

—Porque tienes miedo.

Por un segundo, todo el mundo desaparece y me congelo en el vacío. Tiene razón: tengo tanto miedo al mundo que no me atrevo a hacer nada con mi vida.

—Tienes miedo —repite—. Porque la Compañía te hizo creer que si sales, vas a encontrarte con algo malo y vas a morir, y que el único lugar donde puedes vivir tranquilo es ahí dentro —dice señalando a Argos—. Detrás de las altas murallas de metal y en tu cómoda y segura bóveda debajo de la tierra.

—¿Y La Calamidad? —digo justificándome—. Sé que eso es cierto, yo lo viví.

—La Calamidad fue muy real. Eso todos lo vivimos y fue devastador; pero la Calamidad fue hace cinco años y esa época se acabó.

—¿Quieres decir que ya no hay infectados? ¿Que el virus desapareció? —le digo sorprendido.

Efraín se encoge de hombros y señala al terreno vacío.

—Eso no lo sé con certeza; pero lo que sí sé es que los únicos infectados que vas a tener oportunidad de ver son los que están en esa habitación.

El mundo me da tanta vueltas que estoy a punto de desplomarme.

—Necesito ir a casa —le digo con voz frágil.

Entro al túnel y esta vez Efraín no me detiene.

CAPÍTULO V

Es el peor día que tuve desde que llegamos a Argos. Cuando la Corporación Meftah anunció sobre la apertura de la Ciudad de las Grandes Murallas, fue como un rayo de esperanza que nos hizo sentir como si pudiéramos recuperar nuestras vidas. «Por fin estaremos seguros y volveríamos a la normalidad», nos dijimos a nosotros mismos. En aquel entonces el pánico seguía recorriendo lo que quedaba de las calles. Nuestra vida era ocultarnos de un lugar a otro, sin otro propósito más que el de sobrevivir. La ciudad llevaba unos meses en construcción; pero con los sobrevivientes que la habitamos, fue evolucionando a un ritmo exponencial. La ciudad de Urah también estaba en construcción, con unos pocos afortunados ya viviendo en los cielos. «Bueno, al menos estamos protegidos», me decía a mí mismo cuando miraba hacia las nubes con un sabor amargo. Pero al ver los depósitos de infectados, ya no estoy seguro de quién debemos protegernos.

¿Acaso Efraín tiene razón al apoyar a la rebelión que quiere derrocar al gobierno? ¿Quién está financiando todo esto? Reconozco que Argos y Urah son proyectos que iniciaron los hermanos Meftah; pero esta ciudad se mueve por la productividad de sus habitantes. Si nosotros no trabajáramos, no tendríamos nada, y Los Elevados no gozarían de su estilo de vida. Ahora que lo veo desde este punto de vista, empatizo más con Efraín, y la decisión de no dejar que Dale subiera becado a Urah. Aunque tuviera un mejor estilo de vida, estaría apoyando al sistema monstruoso que construyeron a expensas de nuestra ingenuidad. Me dan vuelta las tripas al solo pensar que los ricos disfrutan de un estilo de vida lleno de seguridad y lujos mientras que nos alimentan con miedo.

En el trabajo no pude cometer más errores. Estoy seguro que si no trabajara en una banda, hubiera perdido los dedos de las manos y los pies. No pude mantener una conversación con nadie; la urgencia que sentía de gritar la verdad me dejaba paralizado. ¿Qué pasaría si todos se enteraran de lo que vi anoche? ¿Barry me creyera? Es un hombre inteligente y razonable, pero él es feliz con su vida. ¿Qué tal los demás? ¿Sería prudente decirles la verdad?

¿Podrían con ella? En este momento no estoy seguro que yo pueda con ella; así que mantendré mi boca cerrada hasta que pueda pensar con claridad. Toda esta rabia y confusión me hace rechinar los dientes sin cesar.

Necesito relajarme. No quiero ir a casa porque ahí tengo que ver a Efraín, y solo me recordará más sobre el asunto, así que la obvia opción es ir al Milagros. Tal vez con unas cervezas pueda reprimir mi odio hasta lo más profundo.

Me bajo en la estación del sector comercial. El ambiente aquí es más vivaz. Es como la vieja ciudad de Las Vegas: aquí las personas no duermen y siempre hay algo que hacer. Las luces centellantes iluminan los edificios con todo tipo de colores, las personas pululan de arriba abajo, y los puestos comerciales (la mayoría puestos de comida) abundan las calles. En este sector el gobierno aprovecha para bombardearnos con publicidad. Anuncios requiriendo tu servicio militar, otorgamiento de becas para alumnos distinguidos y mi favorita: «Permanezcan dentro, permanezcan seguros», acompañado de un cazador, el orgullo de Argos. Este tipo de publicidad se encuentra en todos los sectores. Puedes encontrar vallas, carteles y hasta anuncios pintados en las paredes de los edificios que nos recuerdan —o nos tratan de convencer de— que Argos es el mejor lugar donde vivir en el mundo (y el único), y todo esto gracias a la Corporación Meftah.

Paso entre puestos y vendedores ambulantes que tratan de detenerme y ofrecerme todo tipo de servicios, desde joyería de dudosa procedencia hasta mujeres.

—Te ves un poco triste, amigo, ¿no te gustaría pasar un buen rato con ella? — me dice un hombre con un chaleco de cuero, una cadena plateada y una cresta rubia puntiaguda. Por el rabillo del ojo alcanzo a ver la foto que tiene en su mano: una mujer asiática, delgada y desnuda de la cintura para arriba, con dos estrellas amarillas que le censuran los pezones—. ¿Te gusta? Barata, amigo. Es bien sucia, yo ya... —Acelero mi paso antes que el hombre pueda terminar.

También me ofrecen comida, y no la rehúso porque la carne de aquí podría ser de cualquier animal (rata, paloma, perros, lo que sea que se te venga a la mente), pero es que la noticia de ayer me dejó sin apetito. ¡Solo quiero una cerveza, una maldita cerveza!

«CANTINA LOS MILAGROS» se lee en un letrero ovalado con luces rojas y blancas en el borde, una de ellas descompuesta que se enciende y apaga de manera intermitente. Las palabras son acompañadas por una copa para Martinis, y dentro de ella una aceituna atravesada por un mondadientes.

El lugar está lleno, es uno de los más concurridos de Argos y de mis favoritos. Es un lugar rústico con paredes y mesas de madera y un escenario al frente. El hedor a borracho es penetrante.

Me acerco a la barra y me siento en un banquito. Filiberto, el camarero, se ve tan sucio como siempre, con su barba larga y blanca, enrollada en la punta y con un toque café de la suciedad que va agarrando del lugar. Le pido una cerveza.

Tomo un trago. El sabor horrible pasa por mi garganta y agita mi cuerpo. El mejor sabor de Argos. Lo bueno es que esta noche cantara Kessey, una muchacha que toca *jazz* y canta con una increíble voz.

Después de varios minutos pasando la amargura de la cerveza, una mano palpa mi hombro. Efraín.

—¿Qué pasa, hermano? Te ves jodido —me dice mientras se sienta a mi lado.

Por arriba de su hombro, veo a Caín en la puerta, otro sujeto metido en estos rollos rebeldes. Un buen sujeto, pero no confío en él.

—Nah, estoy bien —respondo.

—¿Seguro?

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—¿Dónde más ibas a estar después de lo de anoche?

—Buen punto —digo y tomo un trago.

El lugar se queda en silencio, las luces se atenúan, y del escenario sale Kessey con un vestido negro y su característico rostro lastimero. Suena una tranquila melodía, seguida de su voz que deja a todo el lugar quieto.

La escuchamos cantar por un minuto hasta que le pregunto a Efraín:

—¿Cuánto tiempo crees que pase hasta que se la lleve un rico a Urah?

—¿Unas semanas? —deduce Efraín—. O tal vez nunca. Tal vez tenga sida o algo así.

—Dios mío —digo harto de su actitud.

—Tranquilo, estoy bromeando —responde riéndose.

—¿Por qué no les dicen a las personas? —le pregunto con seriedad.

Niega con la cabeza, se nota incómodo.

—Imposible.

—¿Qué tiene de imposible?

—¿Crees que se lo van a tomar a la ligera?

—Tú me lo enseñaste a mí y mírame: aquí estoy, emborrachándome —le digo levantando mi cerveza.

—Hay una razón por la que te lo dije a ti.

—¿Y cuál es esa?

—Hum... —dice buscando las palabras adecuadas, pero no las encuentra.

—Increíble.

—Eres inteligente. Sabrías cómo lidiar con la situación.

—No creo que esté lidiando bien con ella.

—La estás llevando mejor que muchos otros. Esto que vienes a hacer aquí es mejor de lo que esperaba. ¿Crees que estas personas puedan hacerlo? Pregúntate a ti mismo eso. Míralos —dice señalando a su alrededor—. Simplemente *van* por la vida y viven dormidos. Se despiertan, trabajan, comen, cagan, tal vez tengan sexo y vuelven a dormir.

—Es una buena vida. Por cierto, olvidaste mencionar que también se emborrachaban.

—Mi punto es que no están listos. —Hace una pausa, se queda meditando por unos instantes—. Créeme que lo he pensado mil veces, decirles de toda esta mierda. Pero créeme aun más cuando te digo que no puedes hacerlo. Chris, prométeme que no le vas a decir a nadie.

—¿Que los zombis que andan sueltos somos nosotros mismos? ¿Y que la corporación...?

—Chris.

—No te preocupes. Además no creo que me crean.

—Te sorprenderías.

—¿Qué quieres decir con que soy inteligente? —Se encoge de hombros y se pone de pie—. ¿Me necesitas para algo?

—En este momento no, estamos bien. Tal vez un día; pero por lo pronto tengo que hacer unas cosas con Dale. Cuídate —me dice dándome unas palmadas en la espalda, dejándome con una cerveza y mil preguntas.

CAPÍTULO VI

Parto del Milagros un poco aliviado y embriagado. Su cerveza sí que es milagrosa. Quién sabe cómo la hacen, pero ¡¿a quién le importa?! Con que me entumezca el cerebro y me haga ver doble *tooooo* está bien.

Vuelvo a la tranquilidad de mi vecindario. Después de la música y los raros vendedores ambulantes, el silencio me cae de maravilla. Entro a la casa y Mabelle está sentada en la mesa del comedor como si esperara a alguien. Al verme se pone de pie de un brinco. Su reacción me sorprende y me acelera el corazón.

—¿Qué pasa? —le pregunto preocupado.

—¿Y Efraín y Dale? Pensé que estaban contigo —me dice con voz temblorosa.

—No. Los vi en el Milagros, pero salieron antes que yo.

Vuelve a sentarse en la silla mordiéndose la uña del pulgar.

—Pensé que venían para acá.

—No, no llegaron. Y ya son... —mira el reloj en su muñeca— más de las dos de la mañana. —Esto me sorprende tanto como a ella. Aunque no tengan trabajo mañana, casi nunca llegan tan tarde. No recuerdo una sola vez que llegara después de las una de la mañana. Mabelle me contagia el temor con su rostro de preocupación.

—¿Los viste en la cantina? ¿Qué dijeron? ¿A dónde iban? —farfulla.

—No me dijeron nada. Efraín y yo hablamos, pero luego se marcharon.

—¿Y no te dijo a dónde iban?

—No, no me dijeron nada.

—¿Y con quién iban? ¿Viste a alguien?

—No, no que yo recuerde. Hum... —le digo y me quedo meditabundo unos segundos—. Creo que Caín los acompañaba.

—¿Y no...? — Sus palabras son cortadas por la alarma que nos indica que es tiempo de ir bajo tierra. El rostro de Mabelle se vuelve pálido como el de los infectados.

—No... —dice con espanto— No, no, no... —repite mirando a todos lados—.

El corazón se me acelera. Miro furtivamente por el cuarto, pensando qué debemos hacer, pero no nos queda otra opción.

—Tenemos que bajar —le digo a Mabelle.

—No pueden estar afuera, no con la alarma, los van a...

—Mabelle, tenemos que bajar.

—¿Y Dale?! ¡¿Efraín?! —me dice casi llorando.

—Tenemos que bajar.

—¡Están allá afuera!

—Seguro están bien, pero ahora tenemos que bajar —le digo empujando la mesa a un lado.

—¡No voy a bajar hasta que esté mi hijo aquí!

—¡Mabelle! —le grito y la tomo de los brazos— Tenemos que bajar. De nada sirve quedarse aquí arriba, es peligroso. Seguro que están bien, deben estar en casa de Caín o con alguien más y van a ir bajo tierra —le digo tratando de usar un tono más tranquilo.

—¿Y si no? ¿Y si están ahí afuera?

—Los cazadores están afuera también, van a contener a los infiltrados.

Estas palabras me hacen recordar el depósito de infiltrados, y es como recibir una patada en el estómago que me vuelca las tripas. Son el motivo de la alarma esta noche, y todo es creado por el mismo gobierno. Si mi cuñado y mi sobrino mueren, será por culpa de ellos y no de los infectados. Me hace apretar los puños hasta casi sangrar. Me da tanta rabia e impotencia; pero no puedo dejar que Mabelle sepa sobre lo que vimos.

—Los cazadores no los podrán ayudar —me dice desesperada—. La última vez les tardo más de cinco horas hacer su trabajo, en ese lapso pueden pasar muchas cosas. —Su rostro cambia como si hubiera tomado una decisión que la llena de terror—. Tengo que salir —me dice a lo bajo, como si se lo dijera a sí misma—. Tengo que salir.

Al escuchar estas palabras el miedo me paraliza; pero no es nada comparado con el miedo que me da al decir lo siguiente, algo que nunca pensé que diría en mi vida:

—No, yo iré.

El rostro de Mabelle me dice que me quede aquí, como si quisiera detenerme; pero al mismo tiempo quiere salir a ayudar a su familia. Y la entiendo, es lo que Efraín haría por mí y es lo que Laura hubiese querido.

Quito la alfombra y abro la puerta de la bóveda. Al ver la oscuridad en el orificio, lo único que quiero es saltar y refugiarme hasta que todo se acabe. Pero debo proteger a mi familia. Mabelle da un paso por las escaleras y se detiene en seco para mirarme a los ojos.

—Chris... —dice, y las siguientes palabras le toma unos segundos articularlas —: No tienes...

—No te preocupes, voy a estar bien —le digo mientras pongo mis manos en sus hombros—. Baja, yo los buscaré.

Nos miramos por unos segundos, una mirada que me recuerda a los viejos

tiempos de la Calamidad. Es la misma mirada que le dabas a alguien cuando te despedías, como si fuera la última vez que lo verías.

Mabelle me abraza del cuello. Me aprieta fuerte. «Debo proteger a mi familia», me repito a mí mismo. Baja con el crujido de las escaleras en cada paso, la luz de la bóveda se enciende, y antes que pueda cerrar la puerta, me grita desde abajo:

—Dejaré el pasador abierto por si necesitas entrar.

Miro sin sentido hacia el cuarto subterráneo y me toma varios segundos armarme de valor para cerrar la puerta.

Aquí estoy a solas en la habitación; lo único que me acompaña es el pitido de la alarma que viaja por todo Argos. El cuerpo me tiembla de pies a cabeza. Desde que llegué a la ciudad no sentía ese miedo: correr bajo tierra me hizo sentir protegido.

La puerta se ve más grande que nunca, distorsionada por mi pavor. Una maligna presencia se cierne detrás de ella. Tomo un gran respiro y trato de convencerme que todo estará bien: «Tranquilo», me digo a mí mismo, «Argos es enorme y las posibilidades que me encuentre con un infectado son bajas. También están los cazadores para ayudarme por si algo sucede». Me acerco a la puerta y pongo la mano en el pomo. Estoy tan asustado que la perilla tintinea por el temblor de mi mano. Resoplo, cierro los ojos con fuerza y los vuelvo a abrir. En un solo movimiento, doy un paso hacia atrás y abro la puerta con fuerza.

Nada. Las calles están tranquilas y el único sonido es el de la alarma. Trago toda la saliva que puedo y doy un paso hacia al frente. Otro paso y luego otro. Uno más. Estoy fuera. Las calles están vacías, como si la ciudad estuviera deshabitada. Pensarías que esto me alentaría, pero es todo lo contrario. Me aterra el hecho de estar solo, sin alguien que me ayude en caso que algo sucediera. «Al menos tengo a los cazadores», me digo.

«Tranquilo, no hay nadie, no hay infectados. Ahora hay que encontrar a Dale y Efraín», me murmuro a mí mismo. Cierro los ojos, lleno mis pulmones y trato

de mantener el aire lo más que pueda, hasta que la tranquilidad llena mi cuerpo. «Ahora... ¿dónde podrían estar?».

Un cacho de tierra cae a mi lado. Me vuelvo en todas direcciones con desesperación y es cuando miro hacia arriba que lo descubro. Sentado en cuclillas sobre el techo, mirándome como un depredador, meneando su cabeza de un lado a otro con su mandíbula abierta. El aire me deja por completo, y el sonido de la alarma desaparece en mi cabeza. Doy un pequeño brinco involuntario, y el infectado salta sobre mí. Antes que me agarre, me arrojo de bruces dentro de la casa y me arrastro sobre el piso.

El hombre entra a la casa arrastrando los pies, moviendo su cabeza de lado a lado. Su piel cetrina y gallas café me recuerdan a los rostros que cayeron sobre mi esposa. Su mandíbula se abre tanto que parece estar dislocada, una gota de saliva cae de uno de sus molares. Ya no hay blanco en sus ojos, solo una capa negra, casi tan negra como el hollín. De su piel agrietada exuda un líquido negro-rojizo y pegajoso que cae hasta el piso en grandes gotas negras. Pero nada me aterrorizó más que el sonido que hizo a continuación: un gemido agudo y ahogado que hace vibrar mi tímpano hasta casi reventarlo, me taladra en el pecho tan fuerte que mi esternón va a partirse en mil pedazos.

La criatura acelera y brinca sobre mí, alcanzo a subir los pies y la empujo por arriba de mi cabeza. Me pongo de pie al mismo tiempo que el infectado se incorpora. Su mandíbula se abre y cierra como por reflejo. Brinca hacia mí pero logro escabullirme por un lado rodando por el piso. Me pongo de pie y del lavaplatos tomo una sartén. Avanza sobre mí, pero lo detengo golpeándolo con todas mis fuerzas en la cabeza. Esto apenas lo agita, y sigue sobre mí con sus manos tratando de atraparme. Lo golpeo otra vez con la sartén y sigo con una patada en el pecho que lo tumba al suelo.

Vuelvo a buscar en la barra y encuentro un cuchillo largo y despuntado. La criatura se abalanza sobre mí y se encuentra con el cuchillo en su ojo, que se atora a mitad de la cabeza. La criatura da manotazos; pero parece estar languideciendo, como si el cuchillo apenas alcanzó el cerebro, mas no es un corte profundo. Trato de hundirlo hasta el fondo de su cabeza cuando otro gemido ahogado entra por la puerta.

Un infectado me mira desde la entrada. Esta vez una mujer, vestida con andrajos y la mitad de su cabeza es el puro cuero cabelludo. Deja ir otro grito atormentado y se abalanza sobre mí. Estoy perdido. Cierro los ojos y espero que caiga sobre mí; pero un cañonazo retumba en la casa, seguido del sonido de carne despedazándose y unas gotas que salpican en mis brazos. Abro mis ojos y la mujer está tumbada boca abajo con la mitad de su cabeza hecha mil pedazos.

Empujo al infectado con el cuchillo y, con una patada en el esternón, lo hago caer hasta el otro lado de la habitación. En cuanto se incorpora, otro cañonazo retumba, y su cabeza explota frente a mis ojos, sus sesos color negro-rojizo se embarran en el techo y las paredes.

En la entrada, está el orgullo de Argos en su máximo esplendor: un cazador. Un hombre en un traje de mecánico color negro, un casco cilíndrico con una delgada luz roja que viaja en horizontal a la altura de los ojos. La armadura acorazada es más grande en los antebrazos y los hombros, los últimos conectados a través de bulbos a una especie de mochila metálica soldada a su espalda. Porta un rifle grandísimo, también conectado a la mochila a través de una manguera. Tiene dos cañones, uno encima del otro: el de abajo funciona como escopeta y el de arriba, con un cañón más grande, funciona como lanzallamas para quemar los cuerpos de los infectados caídos.

Quisiera decirle gracias; pero la imagen es tan imponente que me dejó boquiabierto sin poder articular una frase.

Con un sonido metálico da un paso hacia mí. La habitación retumba con cada movimiento, como si estuviera a punto de venirse abajo. El cazador se detiene frente a mí. Su figura me hace sentir insignificante, como una hormiga que pisa y sigues con tu vida.

Se inclina hacia mí para mirarme de cerca y me ordena con una voz computarizada:

—Entre en su bóveda. AHORA.

No tiene que decirlo dos veces. Me tiro de rodillas y giro la manivela

apresurado. Sigo temblando y mi corazón sigue latiendo a gran velocidad. Abro la puerta. Mabelle me mira desde abajo con terror en sus ojos. Se puso pálida al ver al cazador detrás de mí.

—ABAJO— dice el cazador.

Bajo de un salto, el cazador toma la compuerta y la azota, como si estuviera hecha de papel. Mi corazón se mueve tan rápido que siento las palpitaciones en el cerebro.

Mabelle tiene la misma cara de circunstancias que yo. Mira mi antebrazo y sus ojos se agrandan cuando ve la viscosa sustancia rojiza.

—¿Qué pasó? ¿Estás bien? —me dice con su voz casi quebrándose en mil pedazos.

—Sí. No podemos salir ahora —le digo tratando de recuperar mi aliento.

No necesito decirle más. Pasamos el resto de la noche en silencio hasta que la luz se vuelve verde.

CAPÍTULO VII

—Iré a buscarlos —le digo a Mabelle.

Está exhausta, pasamos toda la noche sentados en un rincón. La imagen de los infectados golpeándome la cabeza una y otra vez me espantó todo el sueño que pudiera tener. No solo eso, pensar que Efraín y Dale pasaron toda la noche afuera con esas criaturas me hacía querer brincar y correr a buscarlos, pero el miedo me dejó anclado en el piso.

—¿A dónde irás?

—Iré con Caín. Él debe saber dónde están. Seguro que están con él.

Salgo de la casa. Caín vive a solo unas cuadras de nosotros. Es una de las primeras personas que conocimos cuando llegamos a Argos, y fuimos de los primeros en habitar este vecindario. Llego a su casa, un pequeño edificio color blanco de una planta, con una ventana en la parte de enfrente, las paredes están agrietadas y corroídas como todas las de este barrio. Le rezo a Dios que estén aquí y que no estuviesen afuera cuando sonó la alarma. Después de lo de anoche, ya no me siento seguro en esta ciudad.

Toco la puerta y llamo a Caín:

—¡Caín! —le grito—. ¡Caín! ¡Abre la puerta, soy Christian! —Sigo tocando casi tumbándole la puerta hasta que Caín responde. Se ve pálido. Su aspecto es cansado con ojeras que le caen hasta las mejillas.

—Caín. ¿Dónde están Efraín y Dale? —le digo mientras irrumpo en la casa buscándolos—. ¿Dónde están? —Me paro frente a él, su mirada furtiva evita mis ojos—. ¿Qué pasó? ¿Sabes dónde están Efraín y Dale? — Caín sigue evitando mi pregunta mirando hacia abajo y rascándose el cuello hasta que me hace estallar. —¿Dónde están?! —le digo tomándolo de la cara.

—No están aquí —me dice por fin.

—¿Entonces dónde?

Caín trata de decir algo; pero lo único que le sale son un montón de palabras masculladas. Está espantado, se ve peor que yo cuando vi el depósito.

Cierro los ojos y respiro profundo, le digo con un tono más tranquilo:

—Algo pasó. Dímelo, Caín, está bien.

—Siéntate —me dice, y toma asiento en uno de los sillones. Lo acompaño.

—¿Qué sucede?

No estoy seguro si quiero escuchar la respuesta. Algo debe estar mal, y el recuerdo del ataque de anoche me sirve para ratificarlo. Caín toma un gran respiro y se pone las manos en la cara.

—¿Les pasó algo, verdad? —le digo con miedo en mi voz.

Y lo siguiente que me dijo me arranca el alma del cuerpo; una desesperanza que no sentía desde hace cinco años.

—Efraín está muerto.

CAPÍTULO VIII

DALE

Mientras esperaba a su papá fuera de la cantina, Dale contemplaba uno de los cientos de carteles publicitarios del gobierno. «ESTUDIA Y TRABAJA EN URAH. APLICA PARA TU BECA», decía uno. Lo miraba con un sabor agridulce. Le gustaba la idea de vivir arriba, estudiando una buena carrera y sin tener las preocupaciones de vivir en Argos. Pero sabía el engaño, sabía de lo que se trataba, y que su papá nunca lo permitiría. Después de todo, Dale era el hijo de su padre y seguiría sus pasos sin importar qué tan radicales fueran.

Por el rabillo del ojo miraba otro establecimiento: TATUAJES. Quería uno desde que tenía memoria. No estaba seguro sobre qué pintar en su piel. Un colibrí era su mejor opción; pero temía que los demás pensarán que era un afeminado.

Vio a su papá salir del Milagros y se acercó a él.

—¿Cómo está mi tío? —le preguntó a su papá.

Su papá se sacudió de hombros.

—Como todos: cagado del miedo.

—Se le pasará.

—Supongo —dijo Efraín indiferente.

—Oye, papá —dijo con nerviosismo.

—Déjame adivinar: ¿lo de los tatuajes otra vez?

—Hum... Sí, ¿cómo es que...?

—No importa cómo lo sé, lo que importa es que no lo vas a hacer.

—¿Por qué no? —refutó.

—Es desagradable, hijo. Además es para mayores de edad.

—¡Tengo 18! Soy mayor de edad.

—No aquí. Aquí eres mayor de edad a los trece.

—¿Entonces?

—Entonces no me importa. No tatuajes.

Pasaron a un lado del establecimiento. Un hombre, con un chaleco de cuero y sus brazos cubiertos en tinta, se sentaba fuera fumándose un cigarrillo.

—¿Ves? Vas a terminar como este amigo —dijo Efraín señalando al hombre.

—¿Qué? —respondió el hombre — ¿Qué mierda estás diciendo?

Efraín sonrió y se encogió de hombros.

—Solo estoy tratando de enseñarle una lección de vida a mi hijo.

—Vete a la mierda.

Salieron del mercado. Se metieron entre dos edificios, a un callejón iluminado por pedazos de madera ardiendo en tambos de basura que usan los vagabundos.

—Ni siquiera está haciendo frío —le dijo Dale a su padre.

—No es por el fuego, es por la luz. No quieres estar en lo oscuro en estos lugares.

—¿Y por qué no se van a la calle?

—Yo que voy a saber. ¿Tengo cara de vagabundo? —dijo su papá con sarcasmo. Dale gruñó en descontento y negó con la cabeza—. ¡Bromeo, por

Dios! —dijo Efraín sorprendido por la respuesta de su hijo—. Andas muy irritado últimamente, Dale. —Efraín se detuvo y dirigió su mirada a Dale: — ¿Qué pasa? ¿Te molesta algo?

—No, estoy bien —dijo Dale a lo bajo, con una mirada furtiva.

—Dime, anda, ¿qué pasa?

—No es nada, papá, vámonos. Esta gente me pone nervioso.

—Son inofensivos. Sé que no es por el tatuaje porque si quisieras ponerte un tatuaje, ya te lo hubieras puesto. Así que debe ser por la beca. ¿Es por la beca, no es así?

Dale se tragó las palabras por unos segundos. No le molestaba no tener la beca, le molestaba que su papá le impuso que la rechazaría. Pero algo me molestaba aún más.

—Es por mamá —le dijo al fin.

—¿Qué tiene tu mamá?

—Está molesta porque no la acepté.

—Está molesta conmigo, no contigo.

—Está molesta con ambos —aclaró—. Ahora cada vez que sale ese maldito anuncio en la televisión, no duda ni un segundo en recordarme que la cagué. Eso sí, me insiste que la tome el próximo año.

—Pero no lo harás.

—Tienes que convencerme, papá.

—¿Qué significa eso? ¿Convencerte? ¿Qué mierda significa? —dijo Efraín molesto.

—Tú dime: ¿crees que es lo mejor que no la acepte? ¿Que me quede aquí

abajo con ustedes?

—Si se trata de quedarte con tu familia, sí, por supuesto que es mejor. Además sabes que no se trata de eso, es sobre esos putos de los Meftah. No vas a aceptar ni una mierda de esos mentirosos, pedazos de mierda —dijo con furia.

Cada vez que su papá hablaba de los Meftah, su voz se llenaba de ira y una energía que contagiaba a Dale. Le gustaba esa pasión que sentía su padre por ayudar a las personas, aunque en el proceso estuviera creando fricción entre su familia.

—Mira, hijo —le dijo Efraín—, sé que no vamos a poder vivir esa vida que tienen allá arriba, lo sé. Pero no se trata de eso. Vinimos a este mundo con nada y de este mundo nos vamos a ir con nada. Lo único que nos va a hacer trascender es la familia y lo que hagamos con nuestras vidas. Esta gente —dijo señalando a su alrededor—, por más jodida que se vea, nos necesita. Tu mamá, tu tío te necesitan. Yo te necesito.

Dale tomó un respiro. Llevaba semanas con esta inquietud y por fin se la sacó del pecho y, una vez más, las suaves palabras de su padre le ayudaron a sentirse más tranquilo.

—Está bien —dijo asintiendo.

—¿Está bien?

—Sí. Pero vámonos de aquí porque todas estas personas me dan mala espina.

—Te digo que son inofensivos. Además, con todo lo que está pasando, estos pobres hombres desaparecerán en unas semanas.

Atravesaron otro callejón hasta llegar a una puerta de metal con una mirilla rectangular. Efraín tocó tres veces.

—¿Venimos a este mundo con nada y nos vamos con nada? —dijo Dale riéndose—. Suenas como un horóscopo.

—Cállate— le dijo riéndose mientras lo agarraba de la cabeza—. ¿Horóscopo? ¿qué mierd...?

La puerta se abrió. Un hombre grande y musculoso con una cresta en su cabeza, vestido de negro de pies a cabeza, les echó un vistazo.

—Mickey boy —le dijo Efraín.

—¿Qué pasa, jefe? —respondió Mickey.

—Nada nuevo.

Mickey los dejó pasar.

Conforme fueron entrando al edificio, el retumbo de una música electrónica se fue arreciando. Llegaron a una gran pista de baile, donde el sonido de la música estallaba en sus oídos y creaba vibraciones en su pecho. Luces de neón color morado, verde y azul viajaban por el oscuro lugar. La gente con aspecto tipo punk, con tatuajes, peinados extravagantes de diferentes colores y ropa de cuero bailaban cuerpo a cuerpo.

Dale se detuvo a contemplar el ambiente y, sin darse cuenta, empezó a mover el pie al ritmo de la música.

—¿Ves? —gritó Efraín cerca de su oído—. Si te pones un tatuaje, vas a terminar como estos vagos.

—No son vagos —refutó—. Es gente común y corriente.

Efraín se rió y negó con la cabeza.

Entraron por un pasillo.

—¿Qué tiene de malo esa gente? —preguntó Dale frustrado—. Es gente como tú y yo.

—Nadie es como tu papá —refutó sonriendo.

Llegaron al final del pasillo. Dos hombres con el mismo aspecto que Mickey resguardaban una puerta.

—Raúl —le dijo a uno de ellos.

—¿Qué pasó, Efraín? —dijo el hombre estrechando la mano.

—Ayúdame con una cosa. Él es mi hijo Dale. Es un buen muchacho, pero dice que quiere ponerse un tatuaje. ¿Qué le puedes decir al respecto?

—Son para perdedores —dijo riéndose.

—Yo tengo un tatuaje —refutó el otro guardia de cabello rubio.

—Y es a eso a lo que me refiero —dijo Raúl.

Se rieron.

—Váyanse a la mierda —dijo el guardia frustrado.

—Oye, te anda buscando el jefe —dijo Raúl.

Entraron a una habitación tipo *lounge* amplia, con alfombra roja y paredes negras, unas decenas de sillas apuntaban a la misma dirección, y sillones del mismo color que la alfombra, pegados a la pared, que rodeaban el cuarto.

A pesar de la burla, Dale estaba sorprendido de la influencia que tenía su padre en este lugar. Lo llamaron jefe en la entrada y todos lo saludaban con respeto. Su papá era una figura de autoridad y, por más que le llamara la atención vivir en Urah, quería ser como él.

—Ve a sentarte en uno de los sillones —le dijo su papá señalando un rincón.

El lugar estaba repleto de personas. Unos convivían con tranquilidad, intercambiando risas mientras que otros se veían más tensos. Pero algo era seguro: ninguno de ellos estaba tan nervioso como Dale. Su mano tamborileaba la mesa, y su pie rebotaba del piso. Era la primera vez que su papá lo traía a una reunión de este tipo, y era significativo, al menos para

Dale.

Vio a su papá hablar con un hombre mayor, rechoncho y lleno de canas. El hombre hablaba y hablaba y en pocos momentos se detenía para escuchar lo que Efraín tenía que decir. Estrecharon las manos, se rieron, y Efraín volvió con Dale.

—¿Quién ese señor? —le preguntó Dale—. ¿Es Nolan?

—No, no, es Richard.

—¿Quién es?

—Alguien importante. Se encarga de organizar todos estos grupos.

—¿Nolan va a venir?

—Nolan no ha pisado esta ciudad en más de un año, no va a venir a «esto».

—¿Cuándo lo voy a conocer?

Efraín soltó una risita.

—¿A qué te refieres?

—Lo que dije: ¿cuándo voy a conocer a Nolan?

—Explícate: ¿te quieres sentar a platicar con él?, ¿tomarte una cerveza?, ¿qué es? —dijo Efraín riéndose.

—No seas ridículo —le dijo Dale frustrado—. Me refiero a que cuándo voy a salir de Argos.

—Paciencia, muchacho, no te aceleres. Un día te va a tocar salir y conocer a Nolan, Isaac y todos esos cabrones, pero por lo pronto tómate las cosas con calma. —Dale gruñó con frustración—. Pero no te preocupes. No estés apurado en salir al maldito desierto porque las cosas importantes suceden aquí en Argos. —Efraín siseó—.

Ya van a empezar.

La gente se acomodó en las sillas y en un instante guardaron silencio.

—Buenas noches —dijo Richard—. No tenemos mucho tiempo, así que voy a ir directo al punto. Como podrán ver, el índice de filtrajes subió en los últimos meses. No sabemos exactamente por qué; pero lo que sí sabemos es que hay una relación directa entre los filtrajes y la captura de nuestros grupos. Más de treinta de nuestros integrantes han sido arrestados en las últimas seis semanas. Treinta —recalcó—. Buenos hombres, con familia. Es una maldita lástima. Quiero agradecer a todos por el apoyo que les han brindado a las familias de estos hombres. Las cosas están duras y, señores, —dijo con tono lastimero— se van a poner peor.

—No estamos seguros —gritó un hombre en el grupo. Las personas asintieron y murmuraron—. Si quieren que hagamos algo, tenemos que estar seguros que nos van a cuidar.

—Y lo haremos —dijo Richard—. Y gracias por recordarles a todos que estamos en peligro, Brayan.

Efraín se rió.

—Señores...

Todas las voces en la habitación callaron, y lo único que quedó fue el sonido opaco de la alarma que atravesaba las paredes. Dale sintió un escalofrío subir por sus piernas. Efraín lo tomó del brazo y le dijo con una voz suave:

—Tranquilo.

Las personas se impacientaron. Murmuraban los unos a los otros con preocupación, concentrando su mirada en la puerta.

—Mantengan la calma —dijo Richard—. Aquí no puede entrar nadie. No tenemos una bóveda, pero el lugar está sellado por completo.

Dale entendía lo que decía Richard, pero no lo aquietaba. Era la primera vez (y tal vez para casi todos los de ahí) que pasaban una alarma fuera de su bóveda. Odiaba tener que ir debajo de la tierra cada vez que escuchaba el pitido, pero al menos se sentía seguro.

—¿Seguro que no pueden entrar? —le preguntó a su papá.

—Sí. Además, no deben ser muchos los infiltrados, y no creo que pasen por estos rumbos, estamos ocultos.

Pero cuando los chillidos de las personas en la pista de baile llegaron a la habitación, la boca se le secó.

—¿Qué es eso? —le preguntó a su papá con voz temblorosa.

—Silencio —le respondió mientras siseaba.

Richard le dio la señal a uno de los participantes, y de un cuarto adyacente sacaron rifles y pistolas. En unos instantes más de diez hombres armados resguardaban la puerta. «No es suficiente», se dijo Dale a sí mismo. «Una simple mordida acabaría con todos».

Detrás de la cortina, la puerta rechino.

El silencio inundaba la habitación. Dale se mordía las uñas; sentía la tensión en sus músculos.

—¡No disparen! —dijo una voz detrás de la cortina.

Los hombres apuntaron hacia la entrada.

—¡No disparen! Soy yo, Raúl —gritó de nuevo el hombre.

—¡Entra aquí, Raúl! —gritó Richard. Raúl entró junto con su compañero—. ¿Qué mierda sucede allá afuera?

—No estoy seguro —respondió con voz temblorosa.

—¿Infectados?

—No lo sé.

Los gritos cesaron, y la puerta chirrió una vez más.

No tenía sentido. Recordaba el caos de la Calamidad; los gritos no podían parar así como así. Parecía que la puerta se abrió como si alguien en sus cinco sentidos lo hizo.

—¿Alguien ahí? —preguntó Richard.

Nadie contestó.

Las caras de los hombres estaban pálidas; sus rifles temblaban en sus manos. Estaban atrapados.

—¿Alguien ahí? —volvió a gritar.

Y nadie contestó.

—Raúl —dijo Richard—. Asómate.

—Ah, mierda... —protestó Raúl.

—Solo hazlo, culón —le dijo un hombre del grupo.

En la garganta de Raúl se notaba como pasaba una gran gota de saliva. Su rostro estaba más pálido que el de los demás. A paso lento y con mirada furtiva, como si quisiera pedirle a alguien más que lo hiciera por él, se acercó a la cortina.

—¿Quién está ahí? —preguntó Raúl con voz temblorosa.

Acercó su mano a la cortina; pero antes de poder tocarla, un pequeño objeto cilíndrico salió por detrás.

—¡Granada! —gritó un hombre.

Cuando la granada golpeo el piso, explotó en un gran destello blanco, seguido por un estruendo ensordecedor. Dale se cubrió detrás de su padre. Otro estruendo y otro destello puso a los hombres en pánico.

Un estallido más y el cuarto se llenó de humo.

—¡Policía! —grito alguien mientras Dale se arrastraba debajo de la mesa.

Un tiroteo se inició en la habitación. Dale estaba hecho un ovillo cubriéndose la cabeza mientras era aturdido por el sonido de las balas.

—¡Papá! —gritó.

Miró a su alrededor; pero el humo era tan espeso que no veía ni a medio metro de él. El humo se metió a sus pulmones, sintió un ardor en la garganta, y la habitación dio vueltas. Tosió con fuerzas, tratando de sacar el humo de sus pulmones. Se cubrió la boca con la camiseta, pero no era suficiente.

A través del humo, alcanzó a ver una silueta que venía hacia él.

—¡Papá! —gritó de nuevo.

Pero no era él, era un hombre armado, vestido de negro con una máscara de gas. El guardia lo miró por unos segundos y lo tomó del pie. Dale trato de patearlo; pero otro hombre apareció y juntos lo jaloron de debajo de la mesa. Dale gritaba por su padre mientras que arañaba el piso tratando de sostenerse de algo.

Sintió un fuerte golpe en la nuca que lo detuvo y aflojó su cuerpo.

Los guardias lo pusieron de pie y lo llevaron a rastras jalándolo de los hombros.

—¡Dale! —gritó su padre entre el caos de humo y personas.

Efraín salió de la multitud, apuntó su arma a los guardias. Pero antes de jalar el gatillo, una lluvia de balas lo alcanzó. El mundo se congeló para Dale. Vio caer a su padre al piso. Toda la confusión, el dolor de cabeza y de pulmones

desapareció en un instante. Veía con claridad el cuerpo su padre ensangrentado.

—¡PAPÁ! —aulló.

Sintió un choque de calor en su espalda que hizo todo su cuerpo temblar y paralizarse. Otro golpe en la nuca y todo desapareció.

CAPÍTULO IX

Siento que me parten en pedazos y me llevan a un lugar vacío donde no hay salida. ¿Cómo puede ser posible? Mi cuñado muerto, mi sobrino arrestado, y lo único que se me viene a la mente es: ¿qué le voy a decir a Mabelle?

—¿Cómo puedes estar seguro?!

—Los vi, Chris.

—Mientes, ni siquiera estabas adentro.

—Vi cuando los sacaron —dice con pena—. Vi el cuerpo de Efraín y cuando subieron a Dale a una camioneta.

El mundo se detiene.

—Pero, Chris, eso no es todo.

Los labios me tiemblan. Quiero que se calle, que no diga lo que sea que tenga que decir y pare con las malas noticias.

—Tenemos que salir de Argos.

—¿Qué? —le digo confundido.

—Tenemos que irnos.

—¿Por qué?

—Cuando identifiquen a Efraín, vendrán por ti y por Mabelle.

Me pongo de pie de un brinco y le digo con voz crispada:

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué por nosotros? No hicimos nada malo.

—Cuando sepan que Efraín formaba parte de la rebelión, se los llevarán a ustedes también.

—¡Pero si nosotros no tenemos nada que ver con eso!

—No importa. Vendrán por ustedes, así es como lo hacen —me dice casi decepcionado de sí mismo.

—Mentira. Yo no voy a ningún lado. —Le doy la espalda, avanzando hacia la salida.

—¿Efraín les mencionó algo sobre los rebeldes?

Su pregunta me congela en el lugar y me deja con la mano extendida frente al pomo de la puerta.

—¿Hablaba al respecto? —Pregunta—. ¿Alguna vez mostró tendencias rebeldes? — Me quedo en silencio, Caín se para frente a mí—. Chris, ¿alguna vez te mostró algo?

Los depósitos se me vienen a la mente como un huracán que sacude mi cuerpo. Caín cierra los ojos con un rostro de desilusión. No tengo que afirmarlo, no tengo que decir nada: mi rostro me delata.

—¿Fuiste a los depósitos? —Me quedo en silencio, no quiero aceptar que tendré que huir de este lugar—. ¿Lo hiciste, verdad?

Por fin me armo de valor y asiento.

—Tienen que irse —me dice a lo bajo con un tono desesperanzado—. Tienen que huir. Hoy mismo.

No me deja opción; tengo que hacerlo antes que nos encuentren.

—¿Y cómo vamos a hacer eso y a dónde vamos a ir? —le pregunto exasperado.

—Yo los sacaré. Ve a casa, llena una maleta con ropa, comida y agua. Solo lo

esencial. Saldremos hoy mismo.

Caín abre la puerta y me da unos segundos para asimilar todo lo sucedido. En un instante, pasé de estar seguro en el aislamiento de la bóveda a huir una vez más por el mundo hostil. ¿Quién sabe qué cosas me encuentre allá afuera? El terreno estaba desolado cuando salimos, pero ¿a dónde iremos?

Pero lo peor de todo es Mabelle. Tendré que mirarla a los ojos y decirle que su esposo murió, y sabrá Dios qué va a pasar con su hijo. Le fallé, a ella y a Laura.

Cuando llego a mi casa, me congelo varios minutos frente a la puerta. Repaso en mi mente lo que voy a hacer y lo que voy a decir, cómo el gobierno asesinó a su esposo y tiene aprisionado a su hijo, hasta que encuentro el valor suficiente. Abro la puerta y entro a paso apurado. Mabelle brinca de su silla en el comedor.

—¿Qué pasó? ¿Dónde están? —me dice desesperada.

Ando por la habitación casi ignorándola.

—Tenemos que irnos. —Es lo único que se me ocurre decir.

—¿¿Qué?! —me espeta— Chris, ¿dónde están Efraín y Dale? — su voz afligida hace que me detenga. Tiene los ojos empapados de lágrimas y sus labios tiemblan sin cesar.

—¿Dónde? ¿Están bien? Deben de estar bien —niega con la cabeza. Paso a paso me pongo frente a ella y la tomo de los brazos—. Dime que están bien, Chris, por favor, dime que están bien.

—Mabelle... — Trato de armar las palabras en mi mente. Mi corazón me late tan fuerte que va a salir volando si abro la boca—. La Compañía capturó a Dale. Estaba con los rebeldes.

—No... — La tengo que agarrar con fuerza para que no colapse—. No es verdad. Él no estaba con ellos, no puede estar... — Se detiene como si

estuviera olvidando algo—. ¿Y Efraín?

Se me llenan los ojos de lágrimas. Niego con la cabeza hasta que me atrevo a decirle que su esposo está muerto. Esta vez su cuerpo está tan pesado que me es imposible evitar que se derrumbe de rodillas. Me tiro junto a su lado y la aprieto en mis brazos mientras estalla en un llanto que vacía la habitación de lo que quedaba de vida. Sus sollozos hacen temblar mi cuerpo como una locomotora. Me recuerda a los momentos cuando me derrumbé pensando en mi familia, esos momentos oscuros cuando pensaba en terminar con mi vida.

La dejo llorar por varios minutos hasta que la tomo del rostro.

—Tenemos que irnos, Mabelle.

Mis palabras detienen sus sollozos un segundo y la llenan de confusión.

—¿De qué hablas?

—Vienen por nosotros.

—¿Quién?! —me grita—. ¿Quién viene por nosotros, Christian?

—La Compañía. Tenemos que salir de la ciudad.

Mabelle se pone de pie. Anda de un lado a otro en la habitación, histérica.

—No me iré a ningún lado. No sin Dale, no voy a salir de aquí hasta ver a mi hijo.

—Tenemos que irnos, Mabelle.

—¡No! ¡No voy a ir a ningún lado sin mi hijo!

Me acerco a ella y la tomo del rostro.

—Vienen por nosotros, Mabelle. La Compañía. No estamos seguros aquí, tenemos que irnos.

—¿Y a dónde demonios vamos a ir?! —me dice y me empuja las manos de su rostro.

—Caín nos sacará de aquí.

—Mentira. Es imposible, no hay nada afuera. No me puedo ir, no me voy a ir sin Dale. — Anda de arriba abajo en la habitación, repitiendo una y otra vez que no puede irse sin su hijo.

—¡Mabelle! —Mi grito la hace detenerse de golpe—. Si nos quedamos aquí, vendrán por nosotros y todo se acabará. Pero si nos vamos... —Me acerco a ella y nos miramos frente a frente—. Podemos salvar a Dale.

Se mira confundida, no me cree del todo. Yo no me lo creo del todo.

—¿Cómo? —me dice.

—Caín nos puede ayudar. —Miento. No sé si pueda ayudarnos a sacarlo, pero tengo que decirle algo para tranquilizarla—. Caín nos puede ayudar. Y, Mabelle... — Lo siguiente no lo digo solo para tranquilizarla; es una decisión que llevará a cabo sin importar lo que me cueste — Te prometo que lo sacaré.

CAPÍTULO X

Esta es una promesa que no romperé. No importa lo que pase, no importa lo que tenga que hacer, voy a salvar a Dale. No me importa que Caín me diga que es imposible. Yo buscaré una manera de hacerlo. Lo haré por Mabelle, lo haré por mi familia, lo haré por Laura, que sé que me está viendo. No puedo perder a alguien más: Efraín será el último en irse de este horrible mundo, de esto me aseguraré.

Esperamos sentados en el comedor. Hace una hora llamé a Caín para que viniera por nosotros. Llenamos la maleta de lo más básico: ropa, comida y botellas de agua. No sé a dónde nos llevará, pero cualquier lugar es mejor que este. No estoy ni seguro que nos saque de Argos o nos mantenga escondidos en alguna bóveda en la ciudad. La incertidumbre me mata, pero no tanto como ver a Mabelle destruida.

Tocan la puerta y ambos nos levantamos de brinco. Nos quedamos paralizados unos segundos, con Mabelle detrás de mí, sus manos entrelazadas y pegadas a su pecho. Otro golpeteo en la puerta que me sobresalta, pero la voz de Caín me llena de alivio.

—Chris —me llama detrás de la puerta—. Soy yo, Caín.

Abro la puerta. La cara de Caín tomó un poco de color, ya no parece estar tan aterrado.

—¿Están listos? —me dice mientras entra a la casa. Mira a Mabelle y se para en seco. Niega con la cabeza—. Lo siento tanto — se acerca a ella y la toma en sus brazos—. Lo siento tanto.

Mabelle no le devuelve el abrazo del todo. Concluimos que Caín forma parte de la rebelión. Podría ser él mismo quien inició a Efraín y a Dale, por eso no es fácil volver a confiar en él.

—Estamos listos. ¿A dónde vamos? —le pregunto para romper el momento

incómodo.

—Vamos al norte, al sector Diamante. Conozco a alguien que nos sacará de Argos.

—¿Y a dónde vamos a ir? —pregunta Mabelle cabreada—. No hay nada allá afuera, solo infectados. ¡Es ridículo!

Caín se toma unos segundos de silencio. No se atreve a mirarnos a los ojos, como si nos estuviera escondiendo algo.

—¿A dónde, Caín? —pregunto.

—No puedo decirles en este momento. Pero vamos a salir de aquí, se los aseguro.

—¿Y Dale? —pregunta Mabelle con un tono suspicaz—. ¿Qué va a pasar con él? — Mabelle mira a Caín con una cara asesina que lo inquieta.

—Lo sacaremos —le digo a Mabelle con un tono tranquilo. Miro a Caín con saña, Efraín murió por su culpa y de la maldita rebelión; pero en este momento no podemos hacer otra cosa más que hacerle caso.

—Vamos —me dice Caín con voz insegura—. Cúbranse la cara con algo, no sabemos si ya los están buscando.

Como si las cosas no estuvieran tan mal, ahora tenemos que andar por la ciudad encapuchados y ocultándonos. Mabelle y yo nos ponemos unas camisetas en la cabeza, tomamos las maletas y nos marchamos. Sera la última vez que veamos nuestra casa, que por casi cinco años fue nuestro refugio. Me despido de la bóveda, el único lugar que me hizo sentir seguro en este lugar. Al demonio con todo esto, la maldita compañía, tengo que salvar a Dale.

Salimos de la casa y una carreta motorizada nos espera. Es el tipo de vehículo que usan los vendedores en el sector comercial. Ponemos nuestras maletas en la parte de atrás y subimos. Caín toma el asiento del piloto y enciende el motor. Tenía tiempo sin subirme a un automóvil. La gran mayoría de los

automóviles tuvieron que ser reciclados para construir otro tipo de máquinas y son lujos que solo los adinerados del Sector Diamante pueden costear.

La motocicleta arranca. Olvidé cómo se sentía el aire en mi rostro cuando viajabas en la parte abierta de un auto. Mabelle y yo agarramos con fuerza nuestras capuchas para que no salieran volando y, entre miradas curiosas de los vecinos y un mal presentimiento que se cierne sobre nosotros, viajamos al Sector Diamante.

Hay un cambio sutil en el panorama cuando llegamos a este sector; pero el miedo se amplifica al ver que la cantidad de cámaras aumentó. Es fresco y pulcro: parece como si los rayos del Sol alcanzaran a iluminar un poco más que en el resto de Argos. Estamos en el noroeste de la ciudad, cerca de la explanada donde está el Elevador y el tren que viaja a las minas. Áreas comunes con pasto verde y juegos para niños se extienden en el sector, un lugar dichoso en comparación al resto de Argos, habitado por grandes empresarios con los medios para llevar este estilo de vida, pero no tan adinerados (ni siquiera cerca) como los Elevados de Urah.

Lo más impresionante de todo es la vista del monumental Elevador rojo. Sabía que era grande; pero desde aquí advierto lo colosal que es, ni inclinando mi cabeza hacia atrás veo dónde termina. El sector está pegado a la muralla de concreto que resguarda la explanada, donde tienes que pasar por una serie de chequeos de seguridad para poder entrar y subir al Elevador. Los únicos que pueden hacerlo son los residentes de Urah, los habitantes de Argos que tienen empleo en la Ciudad de Arriba o los mineros, que deben tomar el tren que se encuentra en la explanada. Los demás no tenemos ni un negocio o permiso para entrar.

Llegamos a una casa cuidada con esmero, de tamaño considerable y con finos acabados blancos. Un camino de piedras hundidas, rodeado de pasto verdozo, lleva a la puerta principal.

Caín hace sonar la aldaba de metal. La puerta se abre y detrás un hombre

negro y viejo, de cabello corto, nos atiende. Viste un tipo de esmoquin, debe ser el mayordomo. Qué tal, quién iba a decir que los mayordomos existían en Argos.

—Buenas noches, Caín —le dice el con ánimo, como si tuviera tiempo sin verlo.

—Buenas noches, Joseph —responde Caín asintiendo con la cabeza.

—Los estábamos esperando, pasen.

Es un cuarto moderno de piso laminado oscuro. La luz penetra a través de un óculo en el techo en forma de cúpula.

—Usted debe ser el señor De La Vega y la señora Linwood —nos dice con voz suave.

—Blanco-Linwood —corrige Mabelle.

—Blanco-Linwood, disculpe.

Mabelle esboza una sonrisa, su cara muestra desconfianza, y para ser sincero la mía también. Todo pasó demasiado rápido y fue insólito.

—¿Y Stefan? —pregunta Caín.

—El señor Palladino salió a atender unos asuntos y no podrá estar con ustedes en estos momentos. Pero no se preocupe, él sabía que vendrían y les preparé una habitación.

Mabelle y yo cruzamos miradas confundidos. ¿Quién es Stefan y por qué nos ayuda?

Atravesamos un pasillo con viejas pinturas de guerra: soldados en caballos; soldados que portan su estandarte en campos de batallas; y al final un retrato grande de un hombre en traje, sentado en una silla elegante, un niño (no más grande que mi hija) en su regazo y una mujer de pie detrás de él con una mano en su hombro. El hombre tiene una cara ruda, calva incipiente y barba de

candado que parece estar volviéndose gris.

Pasamos varias puertas y Joseph se detiene casi llegando a la última puerta.

—Esta es su habitación —dice en su tono calmado y amable.

Nos abre la puerta y entramos a un cuarto modesto con una sola cama, un peinador rústico de madera y una puerta al otro lado de la habitación, que me imagino debe ser un baño.

—Aquí es donde se quedarán el señor De La Vega y la señora Blanco-Lindwood — dice Joseph.

—Chris. Puede llamarme Chris —le digo.

—Está bien, Chris, esta será su habitación. Caín, tú dormirás en otra habitación, por favor sígueme. La comida estará servida en una hora. Si necesitan alguna cosa, estaré en la cocina, no duden en llamarme.

Caín, sin decir una palabra, se marcha junto con Joseph.

Arrojamos las maletas a un lado de la cama y nos sentamos uno junto al otro. Miramos hacia la nada, sin saber qué decir, hasta que Mabelle rompe el silencio.

—¿A dónde crees que vamos? —me pregunta a la bajo.

—No lo sé. —Trato de recordar si algún lugar en el mundo fue rescatado durante la Calamidad, pero me es imposible. Recuerdo las noticias con claridad. Dondequiera que nos lleven, no debe de estar en el mapa.

—Chris —me dice con duda en sus palabras.

—Dime.

—Lo que dijiste... Sobre Dale —me dice y hace una pausa.

—¿Qué hay con eso?

Me mira a los ojos.

—¿Lo dijiste en serio? ¿En verdad piensas rescatar a Dale?

Su pregunta me hace temblar. Mi cabeza está pesada pensando en cómo voy a rescatar a mi sobrino; pero lo dije en serio, se lo prometí y voy a cumplir.

—Sí, lo dije en serio. Mabelle, te prometo, haré todo lo posible para rescatar a Dale.

Me aprieta tan fuerte la mano que va a quebrar mis dedos. Me toma del cuello y me aprieta en sus brazos con fuerza. Su aroma, su cabello, todo lo de ella me hace recordar a mi esposa, como si le estuviera haciendo a ella misma la promesa.

No comía tan bien desde hace años. La carne de res era tan tierna que parecía derretirse en mi boca. Las sirvientas levantan los platos para llevarlos a la cocina, y por unos segundos siento como si no viviéramos en Argos y todo volvió a la normalidad. Antes de ponernos de pie, un hombre de calva y barba de candado empapada en canas entra en la habitación. El hombre del retrato.

—¡Stefan! —grita Caín con alegría.

—Caín —dice el hombre, se acerca a él y lo recibe con un gran abrazo—. Qué bueno que estás bien. —El hombre deja ir un suspiro como si se hubiera preocupado por Caín todo el día—. Ustedes deben ser Christian y Mabelle —nos dice con una sonrisa encantadora. Se acerca a Mabelle, le estrecha la mano y la mira con empatía—. Siento mucho lo de tu esposo —le dice con voz sincera.

Sorprendentemente, Mabelle le devuelve una mirada cálida, acepta las condolencias del hombre de buena manera, cosa que no hizo con Caín. Stefan se acerca a mí y me estrecha la mano.

—Y tú debes ser Chris.

—Mucho gusto —respondo.

—Mucho gusto, Chris. He escuchado mucho de ti.

—¿Perdón?

Stefan mira de reojo a Caín, que frunce el ceño. Esto hace que Stefan se rasque la nuca y balbucee.

—Bueno, ¿cómo los han tratado? — cambia de tema.

—Muy bien, muchas gracias por atendernos —contesta Caín.

Quiero estallar contra Caín y preguntarle qué demonios dijo sobre mí, pero me quedo con mis palabras. Después de todo, Stefan es cortés y nos está ayudando a escondernos.

— Excelente —dice Stefan mirando a Joseph.

El hombre es más amigable de lo que imaginé: su sonrisa simpática y su mirada sincera me hacen estar tranquilo bajo su techo.

Nos mira a mí y a Mabelle.

—Bueno... Supongo que tienen miles de preguntas.

—Sí —respondo.

—Sí, ¿a dónde vamos? —dice Mabelle. Estuvo seria desde que llegamos; pero confronta a quien sea sin dudarlo.

—Infortunadamente, no puedo darles esa información, pero...

—¿Qué significa que no puede darnos esa información? —le espeta Mabelle
—. ¿A dónde nos llevan? —Mabelle me mira buscando su apoyo—. Chris...
—Trato de calmarla con mi palma arriba. Se mira indignada; pero toma un

respiro y deja que Stefan continúe.

—Tiene razón —le digo a Stefan—. Creo que nos merecemos saber a dónde nos llevan.

Stefan rasca su cabeza y su mirada se llena de pena.

—Lo siento; pero es que tengo reglas estrictas sobre la información que les puedo dar. —Su mirada cambia a una más segura y nos mira con certeza—. Pero los llevaremos a un lugar donde estarán a salvo. Tienen mi palabra.

No sé cuánto valga su palabra, pero no tenemos opción. Si tenemos que seguir sus instrucciones a ciegas para estar a salvo, que así sea.

De vuelta en nuestra habitación, Mabelle se tumba en la cama y yo en el piso, sobre cobijas suaves de algodón que nos proporcionó Joseph. En silencio, pasamos una terrible noche sin sueño.

CAPÍTULO XI

Mabelle no pudo contener el llanto durante la noche. Sus sollozos me hacían apretar las cobijas casi arrancándolas en mil pedazos, pero no tuve el valor de sentarme junto a ella a confrontarla. O tal vez no fue por falta de valor: al escucharla sentía un torrente de odio hacia la Compañía y lo único que quería hacer era salir y destruir todo lo que Argos representa. Nunca pensé que podía odiar algo tanto como odio a los infectados; pero me equivoqué, lo que siento por la Compañía es distinto. Los infectados no tuvieron opción, son víctimas. Pero la Compañía está consciente de lo que hace, y me da tanta rabia que quiero arrojar todas las cosas de la habitación y hacerlas añicos.

Pero debo permanecer tranquilo. Debo controlarme frente a Mabelle y, sobre todo, mantenerme sereno para rescatar a Dale. Sé que no será fácil, pero estoy dispuesto a ir hasta el extremo para liberarlo.

Tomamos un baño y nos vestimos con un uniforme azul que nos dejó Joseph, llaman a la puerta. Caín sale detrás de ella con el mismo uniforme azul.

—Es tiempo de irnos —nos dice.

Mi corazón se acelera tanto que me sacude las piernas. Mabelle tiene la misma cara de incertidumbre que yo. No tenemos opción. Si queremos vivir, debe ser a su manera.

Salimos de la habitación, Stefan nos espera al final del pasillo. Nos encontramos con él frente a su retrato.

—Buenos días, ¿cómo amanecieron? —nos pregunta amable. Mabelle y yo solo podemos encogernos de hombros. Stefan pone un rostro de pena—. Lo entiendo, ¿listos para irnos?

—Sí —le digo y Mabelle asiente.

—Muy bien, nos esperan en la sala.

Cruzamos el pasillo hasta llegar a la sala. Hay varios hombres discutiendo a lo bajo mientras analizan un gran plano azul sobre una mesa. Me entra la curiosidad al no poder escuchar lo que dicen. Pero antes que pueda acercarme lo suficiente para echarle un vistazo al plano, Stefan me llama y rompe mi concentración.

—Usaremos el tren para salir de Argos.

Lo que dijo me deja en shock. Saldremos por la misma explanada, por el lugar más resguardado de Argos.

—Los uniformes —me murmuro a mí mismo.

Stefan alcanza a escuchar mis palabras y asiente. Ahora lo entiendo todo, somos «mineros».

—¿Y cómo lo vamos a hacer? —pregunto con curiosidad—. Necesitamos una identificación para pasar a la explanada.

—Sí... —dice Stefan. De su bolsillo saca dos tarjetas, le entrega una a Mabelle y una a mí—. Estas son sus identificaciones.

Tiene una fotografía de un hombre semejante a mí, solo que los datos fueron modificados, y el nombre...

—Michael Miranda —digo en voz baja, hago una mueca con la boca. No está del todo mal—. ¿Qué dice la tuya, Mabelle?

—Ruth Benavides —dice descontenta.

—Genial, tengo que admitir que tienes cara de Ruth.

Esboza una sonrisa que me hace sentir cálido por dentro. No sé cuánto tiempo pasará hasta que la vea sonreír de nuevo.

—¿Así que somos mineros? —le pregunto a Stefan.

—Correcto. Ahora pongan atención. Se imaginarán que bajo ninguna

circunstancia deben revelar su verdadera identidad. Es muy importante que se refieran a ustedes mismos con estos nombres. Bajo ninguna circunstancia, y repito, bajo ninguna circunstancia, utilicen sus verdaderos nombres hasta que estén lejos de las minas.

—¿Lejos de las minas? —pregunta Mabelle llena de sorpresa. Esto me dejó impactado tanto como a ella.

—Sí. En este momento no puedo decirles a dónde se dirigen. Solo sigan estas instrucciones y estarán fuera de Argos en unas horas.

¿En unas horas? Me hace un nudo en la garganta pensar que en solo unas horas estaré lejos de la ciudad. La cabeza se me llena de preguntas sobre dónde iremos a parar. Quiero estallar y sacarles la información a la fuerza, pero mantengo la calma.

Tomo un respiro, tamborileo la identificación con mis dedos.

—Tengo que admitir, Stefan, cuando te vi en el retrato, pensé que serías un tipo rudo y gruñón, pero ahora que te conozco... —Hago una pausa y pongo mi mano en su hombro—. Gracias, eres un buen hombre.

Stefan me regala una sonrisa sincera; pero al mismo tiempo los ojos se le inundan de pena, la misma mirada que todos tuvimos después la Calamidad. Me armo de valor y me atrevo a preguntarle.

—¿Es tu familia de la del retrato?

—Sí.

—¿Qué pasó con ellos?

La mirada de Stefan se pierde, es la expresión que uno pone cuando recuerda *aquel* momento. Imagino los gemidos de los infectados en su cabeza mientras le arrebatan a su familia entre el caos, aullidos de dolor e impotencia.

—Lo siento —le digo.

—Es difícil —me dice.

—¿Qué cosa?

—Ser un buen hombre. Cuando mi familia murió, me volví un hombre amargo. No me importaba nada. Los pensamientos más sombríos que pudieras imaginar me atacaban de noche y de día, quería que terminara. Pensé que sería así para siempre. —Al decir esto último, niega con su cabeza, y en su rostro puedes ver un amargo sabor del pasado—. Pero estaba equivocado. Después de todo lo que pasó, ¿cómo puedes volverte un hombre duro? Con tanto caos y desesperanza, no puedes dejarte caer en el abismo. Si queremos que todo vuelva a la normalidad, tenemos que recuperar las ganas de vivir, es la única manera. Viviendo con esperanza y ayudándonos unos a otros, podemos reconstruir el mundo que amábamos.

Sus bellas palabras me dejan atónito. Si antes tenía dudas, estas fueron borradas para siempre: frente a mí tengo a un gran hombre. Analizo con lógica lo que dice, y tiene toda la razón del mundo; pero ¿por qué no lo siento de esa manera? Todo lo contrario, a veces pienso que es mejor terminar con todo y dejar este mundo ruín. Pero no puedo hacerle eso a Mabelle, no puedo hacérselo a Laura.

—Es tiempo de irnos —dice Caín.

Stefan mira el reloj y asiente.

—Sí. Un auto los espera afuera. Yo no podré acompañarlos, pero con Caín están en buenas manos.

Le doy un abrazo sincero a Stefan; extrañaré a este buen hombre.

—Espero volvernos a ver —le digo antes de marcharnos.

—Lo haremos.

Mientras Stefan se despide de Caín e intercambian palabras, yo me atrevo a tatar el plano en la mesa. Caín me llama por detrás, como si se diera cuenta

de lo que hago. Pero antes de volverme, alcanzo a ver lo que parece ser una gran estructura en forma de columna. Apresurado, voy y tomo las maletas. Y es cuando me percató de lo que vi: «Es el Elevador», me digo a mí mismo.

La cabeza se me llena de preguntas: ¿por qué tienen un plano del Elevador?, ¿qué están planeando los rebeldes?, ¿acaso quieren subir a Urah e invadir? Me parece una jugada audaz, casi suicida.

Cuando salimos de la casa, los nervios me carcomen el estómago. Todo parecía un sueño; pero ahora es real, en verdad saldremos de Argos.

Joseph nos ayuda con el equipaje y subimos al auto.

—Gracias por todo, Joseph —le digo por la ventana. Joseph mete su brazo por la ventana y me aprieta la mano—. Que Dios los acompañe —me dice.

El auto enciende y partimos.

—¿Ahora qué, Ca...? Perdón, ¿cuál es tu nombre? —le pregunto a Caín.

—Jeremiah.

No logro contener una risa burlona.

—¿Jeremiah? ¿En serio? ¿Jeremiah qué?

—Jeremiah Witwicky.

Estallo en risas.

—De todos los nombres inventados, te pusieron Jeremiah Witwicky. ¿Me estás tomando el pelo, verdad?

—No —me dice apretando los dientes—. Quisiera tomar al que hizo las identificaciones del cuello y... —«Jeremiah» aprieta sus manos con coraje—. Pero bueno, ahora vamos a la explanada, de ahí tomaremos el tren para salir de Argos. Y recuerden, no usen sus nombres verdaderos, eso es lo más importante.

—¿Crees que funcione? —pregunta Mabelle con voz temblorosa.

—Sí, lo hemos hecho muchísimas veces.

—¿Qué dices? ¿Has sacado más personas de Argos?

Caín pone una sonrisa forzada, como si todavía sintiera vergüenza y culpa por lo de Efraín. Le cuesta mucho trabajo hablar sobre estos temas con nosotros.

—Sí. Yo también he salido —nos dice. Mi mandíbula cae hasta los muslos, pero Mabelle parece inmutable.

—Entonces sabes a dónde vamos —le dice.

—Sí, pero no podemos decirles. Lo siento, en verdad, pero les aseguro que estaremos a salvo. Lo prometo.

Mabelle y yo guardamos silencio. Unas cuerdas antes de llegar a la explanada, el automóvil se detiene.

—Tenemos que bajar aquí. No nos pueden ver llegar en auto, somos mineros, ¿recuerdan?

Todo este sigilo me da dolor de cabeza. Pero ya estamos a unos pasos de salir, así que sin objetar salimos del auto y tomamos nuestras maletas. Caín se despide del chofer y este se marcha.

Viajamos por una calle ancha, llena de edificios comerciales, hasta llegar a la muralla. Con la cabeza baja y mi corazón en la mano, nos acercamos a la entrada. El lugar está repleto de soldados en uniformes negros con botones dorados y un casco con un visor polarizado. Portan rifles automáticos y se paran bien derechos a unos diez metros de distancia de cada uno. La hilera de soldados se extiende a lo largo de la muralla y en la acera contraria. Su único trabajo es permanecer de pie todo el día en caso de una emergencia.

Mientras pasamos frente a los guardias, mi respiración se acelera. La imagen de los soldados embistiéndonos se me viene a la cabeza, pero estamos bien.

Llegamos a un corredor con una barra gruesa de seguridad. Dos guardias hacen chequeos de seguridad, y hay otras dos filas más que van por los laterales del corredor. Los guardias son intimidantes (sobre todo con los oscuros visores que cubren sus rostros); pero lo que más me pone nervioso es la gran cantidad de cámaras instaladas a lo largo de la muralla y los laterales del corredizo.

Caín le da su identificación al guardia, y este la analiza con mucho cuidado, mirando a Caín y de vuelta a la tarjeta varias veces. Lo hace varias veces hasta que pasa la tarjeta por un escáner. Otro soldado teclea en una computadora, revisa la pantalla por unos segundos y autoriza el paso de Caín. La barra de metal se eleva y Caín entra al corredor. El corazón se me llena de miedo; quiero gritarle que no se aleje, pero me contengo.

El hombre toma mi identificación y me mira a los ojos. Pudo verla por un segundo, una hora o hasta un día y no habría diferencia. «Mantén la calma», me digo a mí mismo; pero las palabras solo hacen que se me empape la frente en sudor. Si tuvieran un escáner que examinara el interior de mi cuerpo, sería arrestado de inmediato, es como si cada uno de mis órganos temblara. Después de los segundos más largos de mi vida, el soldado pasa mi identificación por el escáner, el otro hombre asiente, la barra de metal se eleva, y con el poco aire que me queda, entro al túnel.

Mabelle no parece tan asustada. Su cara es diferente, es esa cara que pones cuando no te importa nada. El miedo se vuelve a apoderar de mí cuando me imagino a Mabelle tirando la toalla y peleando con los policías. Pero de nuevo estamos bien, la barra de metal se eleva, y Mabelle viene con nosotros.

Con nuestro equipaje en mano y una luz tenue sobre nosotros, atravesamos el túnel. Nos acompaña una hilera de guardias inmóviles que van a lo largo de los laterales del túnel y miran hacia nosotros, estáticos. Es un túnel corto; pero mi cuerpo está tan acelerado que me da la impresión que nos toma minutos llegar al final.

Me paralizó al ver la enormidad de la explanada: el piso de concreto se extiende a cientos de metros alrededor de nosotros, y guardias hacen un

perímetro por todo el lugar. Pero lo más impresionante que he visto en mi vida es el monumental Elevador rojo con ductos de acero macizo, que desaparece en el cielo hasta llegar a las nubes. Desde aquí abajo no avisto la ciudad de Urah. La colosal imagen me hace sentir vértigo. Me da la sensación que va a colapsar sobre mí (y toda la ciudad).

Avanzamos en grupo hasta un túnel subterráneo del lado este de la explanada, es una abertura grande que baja en picada y pasa por debajo de la muralla. Los mineros que esperan en la estación del tren se ven demacrados, unos con ropas hechas jirones y cicatrices en el rostro. La mayoría de tez oscura y ojos rojos como sangre. Al igual que nosotros, viajan con equipaje y duermen en habitaciones comunes fuera de las minas.

Bajamos por las escaleras y llegamos a la estación del tren que, como el resto del lugar, está atiborrada de guardias. Detrás de un vidrio transparente, se ve una oficina con varios hombres trabajando arduamente en computadoras.

El tren, que se encuentra apagado, es mucho más moderno que el de Argos. Es como uno de esos trenes balas que usan —o usaban— en Japón, de color blanco y con la cabina puntiaguda. El de Argos es una chatarra comparado con esto. Es conveniente para La Compañía: le invierten más a lo que les deja dinero que a los habitantes de la ciudad. Típico de los políticos.

Dejamos las maletas en el suelo y esperamos. Mabelle se mira impaciente y asustada, su pie rebota del piso sin cesar. No he visto a otra mujer aquí y creo que eso la pone nerviosa.

—Está bien —le digo, tratando de calmarla. Me toma del brazo y lo aprieta.

—¿Crees que funciona? —me dice preocupada.

— Sí, va a funcionar. No te preocupes —tercia Caín. Mabelle cambia de asustada a irritada.

—¿Cómo lo sabes? Soy la única mujer aquí, ¿no crees que es un poco sospechoso?

—No eres la primera minera —le contesta Caín.

Caín se ve tranquilo, confía en el plan. Parece haberlo hecho varias veces, así que debe estar acostumbrado a los nervios y si sigue aquí con nosotros, quiere decir que idearon una forma segura de salir de Argos. Me pregunto si al gobierno en verdad le importa que escapemos.

Con un suave ronroneo, el tren se enciende. Por las ventanas se ven los vagones iluminarse, los mineros levantan sus maletas del piso y se preparan para abordar. Nosotros hacemos lo mismo. Mi corazón da un vuelco cada vez que alcanzo a ver a un guardia. Me analizan de cerca, como si quisieran leer mis pensamientos. Las puertas se abren, y la multitud de mineros avanza hacia dentro. Sus rostros se ven agotados. «Aquí vamos de nuevo», deben estar pensando. Antes de abordar, un guardia les pide una identificación y hace el mismo procedimiento que los de la entrada a la muralla. Caín le da su identificación y, como si nada, lo deja pasar. Es mi turno y, sin ningún problema, voy dentro del tren.

Tomamos la parte de atrás del vagón y nos sentamos. Los asientos son acolchonados y confortables, con olor a nuevo. Está refrigerado y aquí no hay pantallas con publicidad como en el tren público de Argos. Me parece extraño, pero al ver a los pasajeros tiene sentido: las personas que están aquí ya están más que jodidas y no necesitan ser bombardeadas con publicidad para que sigan contribuyendo con el gobierno.

Los pasajeros terminan de abordar, las puertas se cierran y, con un suave zumbido, el tren se pone en marcha.

CAPÍTULO XII

El viaje es tranquilo y el panorama aun más. El sol abrasa la tierra rojiza del terreno árido y yermo que se extiende hasta toparse con el horizonte. Desde que salimos, Mabelle y yo contemplamos esta vista en silencio y ayudó a sosegar nuestras inquietudes. Me hace recordar el mundo que existía y me llena aun más de preguntas: ¿es verdad lo que dijo Efraín? Tenía razón cuando me dijo que estábamos en medio de la nada. Y al estar aquí afuera cobra más sentido: es imposible que los infectados no puedan llegar hasta acá. Me llena de rabia: entre más conozco la verdad, más odio a la Compañía. Pero debo mantener mi boca cerrada; no sé cómo reaccionaría Mabelle si le cuento lo que sé.

Solo veinte minutos pasan cuando una gran montaña rojiza rodeada de maquinaria pesada aparece a lo lejos. Excavadoras, tractores y volquetes se desplazan a sus anchas alrededor de la montaña. ¿Este tren lujoso solo para veinte minutos de viaje? Es ridículo. Pero por el tipo de tren en que viajamos, debimos recorrer cientos de kilómetros por hora y nos encontramos lejos de Argos. Y al mirar por la ventana, me percaté de lo veloz que es: no queda un rastro de la ciudad en el horizonte.

Con un chirrido suave, el tren desacelera hasta detenerse por completo. Los mineros se ponen de pie y hacemos lo mismo, las puertas se abren, y el guardia que nos acompañaba sale primero que los demás. Las personas salen y los seguimos por detrás. El guardia nos indica que entremos a una estación mucho más rústica que la de Argos, hecha de madera y sin ventanas.

Dentro hacemos fila junto con los mineros, y un hombre gordo con una barriga redonda, que estira su uniforme hasta casi reventar, llama a las personas de una lista en su mano. Cuando mencionan su nombre, levantan el brazo y se acercan a él con su identificación en mano. Los mineros colocan las maletas sobre una banda que lleva el equipaje hacia un escáner como el de los aeropuertos. El hombre regordete revisa la identificación y después los mineros atraviesan un detector de metal y recogen su equipaje del otro lado.

Salen por una puerta al fondo del edificio y desaparecen de vista.

Llaman a Jeremiah Witwicky.

—Los esperaré afuera —nos dice.

Asentimos.

Pone sus maletas en la banda, el hombre revisa su identificación y lo deja pasar. Caín toma las maletas del otro lado y desaparece cuando pasa la puerta. Advierto que el guardia del tren se mueve a paso rápido tras él.

Me tiembla todo el cuerpo y me entra un miedo espantoso. Se me vienen mil cosas a la cabeza: me imagino que atravesamos la puerta, Caín fue aprehendido por el policía y este nos lleva junto con él. Mabelle me aprieta de la mano y su brazo tiembla tanto que tengo que usar mi otra mano para detenerlo.

Llaman su nombre.

Quisiera detenerla, tirar todo y huir, esconderme dentro de la mina, pero no hay vuelta atrás. Tenemos que confiar en Caín. Tal vez lo del guardia fue mera coincidencia, y el miedo y la incertidumbre estén jugando con mi mente.

Mabelle pasa por el mismo proceso que los demás y desaparece por la puerta.

Llaman mi nombre y, con las manos sudando, levanto mi equipaje y lo pongo en la banda. Trato de pensar si levanto sospecha, o si llevo un arma o algo que me vincule con Efraín. Pero es absurdo, no hay manera que me identifiquen. Además solo echamos ropa y víveres cuando salimos de Argos.

Le entrego a mi identificación.

—Un poco mojada —me dice con un tono áspero.

El corazón se me acelera a mil por hora; la empapé con el sudor de mis manos.

—Es agua —le digo con un nudo en la garganta.

—Pase usted, Michael —me dice el hombre, sin atisbar la tarjeta.

Mi corazón se aplaca; pero vuelve a explotar una vez que tomo las maletas y camino hacia la puerta. Al salir, Mabelle y Caín me esperan junto al guardia. Las manos me tiemblan tanto que si las maletas no estuvieran tan pesadas, las estaría sacudiendo de un lado a otro. Busco en todas las direcciones un lugar hacia donde escapar; pero el desierto está desolado y el único refugio es el de las minas. «Estamos perdidos», pienso.

A paso lento y con los hombros encogidos, me acerco a Mabelle y Caín.

—¿Todo bien? —me pregunta Caín—. Te ves pálido.

—¿Qué está pasando? —le pregunto.

—Él es Chuck —me dice mirando al guardia—. Nos va a sacar de aquí.

Una vez más puedo respirar. Me sorprende el alcance que tienen los Linceos Rojos. No son un montón de *amateurs*, saben bien lo que hacen y Caín también.

—Por aquí —nos dice.

Pasamos el edificio, y a esta distancia veo una abertura en la montaña con un carril ferroviario en el suelo. Mineros con un casco amarillo entran y salen por el túnel. Unos empujan vagonetas llenas de rocas que, a esta distancia, no alcanzo a ver qué tipo de mineral es.

Caminamos y caminamos hasta el otro lado de la montaña. El sol me abrasa la piel, y mis brazos arden por cargar las maletas. Mabelle se ve exhausta. Caín y yo nos ofrecemos para llevarle la maleta, y ella con gusto nos lo permite. Chuck sigue en su papel de guardia, como si fuera nuestro escolta.

Una vez al costado de la montaña, hay dos *jeeps* color verde y un pequeño grupo de mineros que se apiñan junto a ellos. Reconozco una que otra cara que

vi en el tren; pero no advertí en ningún momento cuándo se trasladaron a este lugar.

Un hombre musculoso de estatura baja y piel casi quemada por el sol se nos acerca.

—Caín —le dice estrechándole la mano.

Se saludan en silencio.

—Sígueme —nos dice y nos lleva a uno de los jeeps—. Está bien, escuchen todos: pongan sus maletas en la parte de atrás. Nos vamos —dice el hombre.

Caín sube las maletas a uno de los jeeps, nos subimos y viajamos hacia el norte por la desolación del desierto.

CAPÍTULO XIII

Por más de dos horas, he protegido mis ojos de la arena que vuela con el viento. A excepción de pedir agua, nadie intercambia palabras. La melancolía hizo su hogar en el rostro de Mabelle: su ceño se ve arrugado y las orejas se están apoderando de su hermosa cara.

Al ver toda esta desolación, me pregunto qué pasó con las demás ciudades, cómo respondieron los demás países ante el virus y qué tipo de ciudades construyeron. Debe haber civilizaciones más allá de las nuestras; no podemos ser los únicos, es imposible.

—¿Cuánto falta? —le pregunto a Caín, como un niño que va de viaje con sus papás.

—Ya estamos aquí.

Intrigado, busco algún edificio o refugio; pero no alcanzo a ver más que una gigantesca montaña del mismo color que la arena.

—¿Dónde es? —le pregunto a Caín. Mabelle se ve tan confundida como yo y mira en todas direcciones en busca de algo.

—Ahí —me dice señalando a la montaña.

El lugar se ve desierto como todo lo demás; pero al acercarnos, advierto una abertura en la falda de la montaña. Entrecierro los ojos para ver mejor y, en efecto, es una abertura y dos hombres nos esperan afuera.

El jeep se detiene y mi cuerpo se llena de energía, una especie de ansiedad mezclada con emoción que me hace bajar de un brinco. Me acerco para revisar la abertura: paredes de metal que cubren el túnel se adentran hasta la oscuridad.

Caín nos ayuda a bajar el equipaje, y uno de los hombres en la entrada se nos

acerca. Tiene una barbilla prominente y su cabello rubio cae hasta los hombros. Es unos centímetros más alto que yo; pero mucho más fornido, en especial en los hombros. Usa pantalones cargo color café oscuro y un chaleco negro. Un rifle cuelga de una correa en su hombro y tiene otra pistola en una vaina adherida a su cinturón.

—Isaac —le dice Caín. Se reciben con un abrazo.

—Caín, qué bueno que estás bien —dice Isaac con un tono suave.

—Ellos son Christian y Mabelle.

—Mucho gusto —dice Isaac y nos estrecha la mano.

—Es la familia de Efraín.

—Oh —dice Isaac y pone cara seria.

—Siento mucho lo de tu esposo —le dice a Mabelle.

Mabelle no le devuelve la misma mirada.

—Tú debes ser el cuñado de Efraín — dice Isaac.

No puedo ni asentir por lo confundido que estoy. Es la segunda vez que alguien desconocido me *conoce*. ¿Qué demonios les ha estado diciendo Caín sobre mí? ¿O tal vez fue Efraín?

—¿Son todos? —pregunta Isaac a Caín.

—Sí, siete personas. Seis hombres y Mabelle.

Isaac pasa frente a cada uno de nosotros, examinándonos con la mirada.

—Perfecto. Tomen sus cosas y síganme —nos dice Isaac.

Entra a la abertura y le seguimos el paso.

El túnel está bien iluminado por una hilera de bombillas, y en cuanto doy un paso adentro, mi corazón me taladra el pecho, las manos me sudan más que en la estación del tren.

—¿Qué es esto? —le pregunto a Caín.

— Ya verás.

La boca se me seca. Mabelle camina cerca de mí, siento su miedo. Lo único que se escucha es el suave sonido de las pisadas en la tierra. Y cuando llegamos a la salida, se me cae el alma a los pies.

Admito que el Elevador es lo más impresionante que he visto, pero lo que hay aquí es distinto. No hay uno solo de nosotros que no tenga la boca y los ojos abiertos de par en par.

Isaac se vuelve y se dirige al grupo.

—Bienvenidos a Kharga, hogar de los Linceos Rojos.

Es una ciudad.

CAPÍTULO XIV

Rampas esculpidas en los laterales llevan a decenas de túneles y ascienden hasta la cúspide, desde aquí abajo veo al menos unos veinte. La mayor parte de la estructura está hecha con la tierra y piedra de la montaña; pero también hay vigas de metal y madera para soportar los techos de los túneles y otras partes de la pared. Frente a mí hay tres grandes pasajes: dos que llevan a los costados de la montaña y el más grande que lleva al centro.

La gente transita por las rampas desapareciendo en los túneles y otros más curiosos nos miran desde arriba. Se ven con rostros amigables, pero sigo suspicaz. Un grupo de niños corriendo surge de uno de los túneles principales. Nos miran curiosos de pies a cabeza, hasta que dejan ir una risita traviesa y siguen su camino por uno de los túneles. Todos menos uno, que se acerca a Mabelle. La mira unos segundos con una sonrisa pícara y sale disparado tras el resto de sus amigos. Para mi sorpresa, esto le sacó una sonrisa a Mabelle: los niños jugando y divirtiéndose son una buena señal de esperanza, por fin estaremos a salvo.

—Está bien, escuchen —dice Isaac al grupo—. Sé que han tenido un viaje pesado y quieren descansar, pero tenemos un protocolo. Olviden el nombre que les dimos con las identificaciones; pero guarden las tarjetas, tal vez las vuelvan a necesitar. Al final de este túnel —dice señalando el túnel norte, el más grande de todos— van a encontrar... — Isaac se encoge de hombros y mueve la cabeza de lado a lado, buscando las palabras en su cabeza—. Una especie de recepción.

—¿Así es como le llamamos ahora? ¿Recepción? —dice Caín jugando.

—¿Se te ocurre otro nombre?

—No, en realidad no.

—Ahí les tomarán sus datos y les asignarán un cuarto. Sé que tienen muchas preguntas que en su momento serán contestadas; pero hoy límitense a ir a su

habitación y descansar. Quién sabe cuándo necesitemos de su apoyo.

Esto último me inquieta. ¿Quiere decir que toda esta ayuda tiene su costo?

—Por último, quiero darles las gracias por creer en nosotros. Sé que unos de ustedes no están aquí por voluntad propia; pero créanme, las cosas pasan por una razón. Lo único que les puedo decir, si todavía no lo saben, es que pueden confiar en nosotros.

Sus palabras son cálidas y sinceras; el hombre habla desde el corazón. No tiene mala intención, ninguno de los rebeldes que he conocido la tienen. Ni siquiera Caín: aunque haya estado involucrado en la muerte de Efraín, tengo que dejar ir todo ese rencor hacia él. Efraín sabía lo que hacía y él tomo sus propias decisiones, y lo único que resiento hacia él es haber involucrado a Dale en esto; pero qué se le puede hacer, es un asunto de padre e hijo. Solo espero que Mabelle lo vea de esa manera y que se dé cuenta que estas personas son nuestros amigos.

—¿Buen discurso, verdad? —me dice Caín jugando.

—Sí, me hizo sentirme calentito en el interior.

—Por eso es nuestro capitán —me dice.

Entiendo. Tiene pinta de ser un hombre apto para el cargo.

Isaac entra al túnel, las personas toman sus cosas y lo siguen. Levanto mis maletas; pero antes de avanzar, Caín me detiene.

—No te preocupes, ya me encargué de ustedes.

Así que tomamos nuestras maletas y seguimos a Caín por una de las rampas hasta subir al tercer piso. Es una verdadera fortaleza que tiene cierta semejanza con una colmena de abejas. Atravesamos un túnel y luego otro en una bifurcación hacia la izquierda. Varias personas que andan por el corredor se detienen a saludarnos. Es como en esas vecindades donde todos se conocen, y de inmediato reconocen que somos nuevos.

Lo que más me sorprende es que parecen felices, no como las personas que vivimos en Argos. Es un maldito agujero en una montaña, pero aun así son felices. ¿Por qué? ¿Será porque saben la verdad? Tal vez sí, pero apuesto que mucha gente preferiría vivir en Argos. Aunque tengamos filtraciones, es una ciudad mucho más desarrollada y tal vez con más oportunidades de empleo o cualquier otra actividad.

Llegamos a una puerta que está incrustada en la pared (hicieron excelente trabajo con ella). Entramos a un cuarto. No, es una casa completa. Tiene comedor, sillones, una cocina improvisada y dos corredores con sábanas a modo de puerta. Me siento claustrofóbico, parece que el lugar se fuera venir abajo, pero toco las paredes y son macizas. Estamos seguros. Creo.

—No te preocupes, aplastado no morirás — me dice Caín palpándome la espalda.

Mabelle se ve pésima. En el viaje estuvo absorta; pero ya que la situación se apaciguó, su rostro es pálido y agotado. Su mirada me hace recordar que no volveremos a ver a Efraín jamás, ni siquiera su cuerpo sin vida. Y Dale, no podemos olvidar a Dale. Sigue retenido y conforme pasan los días, nos alejamos más y más de él. Tengo que buscar la manera de sacarlo.

Una mujer de largo cabello ondulado y moreno, con un rostro pulcro, aparece de unos túneles acompañada de una niña con coleta de caballo y un vestido azul pastel. Por poco dejo caer las maletas cuando veo que sus grandes ojos azul ártico son casi idénticos a los de mi hija.

—Ella es mi esposa Lily Ann —dice Caín— y ella, mi hija Marcela —dice mientras le toma los cachetes y le planta un gran beso en uno de ellos.

—Mucho gusto —le digo a Lily Ann y le estrecho la mano. Marcela me regala una sonrisa tímida—. Hola, Marcela, ¿cuántos años tienes?

—Hola. Seis años —me dice mostrando los cinco dedos de una mano y un dedo de la otra.

Al saludar a Marcela me altero, la nostalgia me ataca. Su inocente rostro y

fino cabello me hacen un nudo en la garganta. No me atrevo a seguir hablando por miedo a que mi voz se haga mil pedazos.

Mabelle saluda a Lily, parece que conocer a una mujer y ver a una pequeña le dio un poco de aliento, pero su mirada sigue caída por la pena. Caín percibe la incómoda imagen y trata de romper la tensión.

—¿Quién tiene hambre? —dice.

Me comería un caballo. Todo el camino sentí un agujero en el estómago que me absorbía el apetito; pero ahora que las cosas se enfriaron, el hambre me atacó como un animal que ha esperado a su presa por más de diez horas.

—Pero antes de comer, tienen que instalarse —dice Lily Ann.

Pasamos por una de las cortinas a una estancia con un sillón y un estante de libros, luego otra cortina y llegamos a una habitación. Es un cuarto pequeño con una sola cama y un tocador verde de madera. Haremos nuestras necesidades en un túnel detrás de una cortina (vaya que es vergonzoso). Me sorprende que se tomen la molestia de meter muebles hasta acá, debe ser un dolor de cabeza. Vivir en estas condiciones nos hace sentir que vamos avanzando hacia la normalidad. La habitación no está del todo mal, las paredes son sólidas. Pero aun así, voy a dejar una vela prendida a los santos para que no se derrumbe sobre mí cuando duerma. O si lo hace, que sea rápido y no despierte.

Dejamos las maletas, y Mabelle se derrumba dándome la espalda con sus manos debajo de su cabeza. Su imagen me destroza. Espero que pueda levantarse a comer y se distraiga. No trato de confortarla. Me asusta saber qué tiene que decir, es mejor ponerse en acción.

Vuelvo al comedor para encontrarme con Caín.

—¿Todo bien? —me pregunta Caín.

—Necesitamos hablar —le digo en voz seria.

—O... Key —me dice confundido.

—Vamos afuera —le digo.

Salgo y me sigue por detrás. Tengo mil preguntas que hacerle, pero empecemos con lo primero.

—¿Desde cuándo están en este lugar?

—Tenemos casi dos años.

—¡¿Dos años?! —estallo en sorpresa. Caín se ríe.

—Así es, la gran ciudad de Kharga está activa desde hace casi dos años.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Los dos años?

—Así es. Al principio vivíamos en Argos; pero después que me reclutaron, nos mudamos para acá.

—Es un buen cambio —digo con sarcasmo.

—Y hubieras visto cuando llegamos. Literalmente un agujero, pero poco a poco crecimos. Parecíamos cavernícolas en una cueva; solo la usábamos para dormir y teníamos que salir a buscar nuestra propia comida y agua. Era brutal: muchos murieron y muchos otros decidieron volver a Argos. —Cuando dice esto último, su rostro se llena de pena. Parece que un recuerdo horroroso se le vino a la mente, y me llena de más preguntas que nunca, pero lo dejo continuar —. Isaac fue nuestro líder desde el principio, confiamos en él prácticamente a ciegas. Pero después de varios meses, la gente perdió la fe y se marchó. Entonces llegó Nolan.

—¿Quién es Nolan?

—Nolan es nuestro líder, gracias a él todo esto se mueve.

—¿Y de dónde llegó?

—Nolan estuvo en Europa cuando la Calamidad sucedió. Es americano; pero cuando Europa fue devastada, no tuvo otra opción más que volver a su tierra natal. —Caín hace una pausa y se rasca el mentón—. Hum, ¿seguro no quieres comer antes de hablar? Me muero de hambre.

Niego con la cabeza.

—Ya tendremos tiempo de comer, pero ahora es tu turno de contestar mis preguntas. —Caín asiente, sabe que me lo gané.

—¿Y cómo Nolan cambió todo?

—Trajo recursos y profesionales. No lo sé. Supongo que conocía a las personas adecuadas y tenía la visión y la organización que necesitábamos. Nos enseñó muchas cosas, sobre todo al cabeza dura de Isaac, y después de dos años, esto ya no era una cueva. Tengo hambre.

—Solo tengo una cosa más que quiero decirte.

Caín hace una mueca y se rasca la barbilla.

—¿Hum? —murmura.

Y lo que dije a continuación parece que le va a quitar el hambre durante días.

—Quiero rescatar a Dale.

De haber estado comiendo, Caín habría escupido la comida hasta el otro lado de la habitación. Su mandíbula está abierta de par en par y es seguida por un rostro de lástima.

—¿Qué pasa? —le pregunto tratando de romper la tensión—. Parece que viste a un infectado.

—Chris —me dice.

—¿Qué pasa?

—No podemos... No —masculla.

—¿No podemos qué?

—No podemos ayudarlo.

—¿Cómo que no podemos ayudarlo? —le digo a lo alto. Caín me señala que baje la voz; pero al ver que estamos a solas, sigo hablando en el mismo tono —. ¿Construyeron toda una maldita ciudad dentro de una montaña, y me dices que no podemos ayudar a Dale? —Caín mira de un lado a otro, agitado—. No me digas que no se puede, Caín. ¿Él era uno de ustedes, no? —Caín guarda silencio por un momento evitando contestar—. ¿Lo era o no, Caín?

—Sí, lo era —me dice a lo bajo.

—¿Entonces por qué no podemos ayudarlo? Se lo deben.

Caín niega con la cabeza.

—Chris —me dice en un tono calmado—. Entiendo lo que sientes y sé que te duele que Dale esté atrapado.

—¿Me duele? ¿En verdad lo entiendes? Si no fuera por ustedes y las ideas que le metieron en la cabeza, Dale estaría viviendo en Urah. Becado y trabajando. Mabelle no estaría desmoralizada en la cama y no pasara por todo esto. — Lo señalo con mi dedo índice en el pecho—. Si no fuera por ustedes, Efraín estaría vivo.

Caín frunce el ceño.

—No, un momento. Lo siento por lo de Efraín, era mi amigo, pero él tomó la decisión de unirse a nosotros.

Tiene razón, pero necesito algo para convencerlo.

—¿Sabes cómo di con este lugar?

Caín se encoge de hombros y me mira irritado.

—Efraín me llevó una noche al sur de las Puertas Dobles y me llevó fuera de Argos a uno de los depósitos. ¿Crees que se lo pedí? ¿Crees que le dije: «Oh, Efraín, por favor, enséñame algo que me obligue a unirme a los rebeldes»? Y estoy seguro que hicieron lo mismo con él, ¿no es así? —Caín no lo afirma, pero tampoco lo niega—. Se lo deben.

Entre más hablo, más irritado se ve, pero debo seguir hasta que rompa.

—Está bien, lo entiendo, pero no importa.

Su respuesta me pone furioso.

—¿Cómo que no importa?! Es mi sobrino, es el hijo de Efraín. ¿No tiene importancia? ¿Así es como tratan a uno de ustedes?

—No es eso, Chris —me dice fastidiado.

—¿Entonces qué es, Caín?

—Tenemos reglas —me dice incómodo.

—¿Qué reglas?

Caín toma un respiro y me dice en tono calmado y lastimero.

—Cualquier persona que sea capturada por la Corporación no puede ser rescatada.

La regla estúpida me llena de rabia. Mis manos me tiemblan. Quiero golpearlo en la cara.

—Absurdo —digo con rabia.

—Es la regla, Chris. ¿Qué crees que pasaría si rescatáramos a todos los que capturan? Ya no estaríamos aquí. Se les dice desde el principio.

—Absurdo.

—Efraín lo sabía y Dale lo sabe también. Sabe que nadie va a rescatarlo.

—Pues se equivoca, yo iré por él.

—Lo siento, amigo, es la regla —me dice con un tono sincero.

—Pues cambiemos la maldita regla. ¿No podemos hacer una excepción?

La culpa invade el rostro de Caín. Necesito tomar esa oportunidad para seguir presionando. Tal vez sí, tal vez sí hay una excepción, solo tengo que insistir. Se lo prometí a Mabelle, le prometí que haría todo lo posible.

—¿La hay, verdad? —pregunto. Caín no responde, su mirada se pierde—.
Caín.

—Tenemos que hablar con Nolan.

Un pequeño aliento de esperanza recorre mi cuerpo, como si me quitaran un saco de arena de encima.

—Es todo lo que te pido.

Caín asiente.

—Pero, Chris.

Trago saliva en grande. Ese «pero» me detiene el corazón, y la esperanza sale disparada de mi cuerpo.

—No te prometo nada.

Bueno, no es lo peor del mundo.

—Pero primero —dice y tamborilea su barriga— a comer.

Está bien, yo también muero de hambre.

CAPÍTULO XV

Así que comimos. Todo estaba delicioso: la esposa de Caín es una estupenda cocinera. La carne estaba mucho más suave que la que tenemos en Argos; no es como la carne que tiene días congelada. Tal vez la importan de algún lado o cuentan con un matadero en alguno de los túneles (con lo que he visto, no me sorprendería). No seguí presionando a Caín sobre lo de Dale. Estaba agotado, así que opté por un buen descanso que se prolongó hasta el día siguiente.

Caín me llevará con Nolan el día de hoy; pero me dijo que tenía que mostrarme algo antes de hacerlo.

—Vamos —me dice Caín.

Todo mi cuerpo rebota de la emoción. Aunque la cueva no es fría, el sudor en mi frente viene de mis nervios más que de otra cosa. Kharga me sigue sorprendiendo: la comunidad es increíble, la mayoría superó el pasado y ahora trata de hacer su vida de nuevo. Me sorprende que esto no suceda en Argos. No sé por qué es así y tal vez no lo sabré nunca.

Bajamos por una de las rampas. La mayoría de las personas le regala un saludo jovial a Caín y él les devuelve el gesto. Tengo que admitir que lo juzgué mal desde el principio: desde que llegamos aquí, su actitud es más abierta y clara. Tal vez todo lo demás fueron cosas del momento. En cuanto a lo de Efraín, parece que le afectó tanto como a nosotros: lo noto por la mirada que hace cada vez que hablamos de él.

Entramos al túnel este. No es estrecho; pero me hace sentir más claustrofóbico que mi habitación.

—¿A dónde vamos? —le digo a Caín impaciente.

—Paciencia, hombre, paciencia.

—Sigues con el misterio que me pone la piel de punta —le digo riendo.

—Así es la cosa: si quieres ser un *Lynx*, todo tiene que ser misterioso —me dice, pone su espalda y las palmas contra la pared y se mueve en lateral—. Es un rollo ninja —me dice con seriedad.

—¿Un Lynx? —le digo riéndome.

—El nombre científico para Lince —dice y me guiña.

Y tal vez con ese chiste, todo el rencor que tenía contra este hombre desaparece. Quizás no sea tan difícil perdonarlo; aunque pensándolo bien, no hay nada que tenga que perdonar. Como dijo, Efraín tomó sus propias decisiones y fue él quien involucró a Dale en esto.

Llegamos a una bifurcación, los túneles se vuelven más amplios y mis pulmones gritan del alivio. Me sorprende que pueda respirar; estamos enterrados como hormigas. ¡Exacto! Eso es lo que es este lugar: un hormiguero.

En el túnel contrario al nuestro está Isaac. Su rostro es serio y atento mientras habla con un hombre moreno de anteojos redondos. El hombre mueve sus manos mientras le explica algo en un papel, e Isaac lo escucha con cuidado. Solo deja de hacer contacto visual con el hombre para mirar la hoja de papel.

—Ahí está Isaac —se me salen las palabras; no sé qué quiero decir con eso.

—Sí, ahí está. ¿Qué pasa con él?

—Nada, olvídale —le digo sacudiendo la cabeza. Caín me mira confundido.

No sé qué fue eso. Tal vez porque Isaac es de un rango más elevado que Caín (aunque no tengo ni idea de qué rango tiene Caín), y tenga mejor oportunidad de rescatar a Dale si me dirijo a él.

—Aquí es —me dice Caín señalando una gran puerta de metal con grandes remaches.

Mi corazón tiembla, y la saliva desaparece en mi boca. ¿Qué es este lugar? La

curiosidad hace que me dé vueltas la cabeza. Desde que llegamos aquí, tengo tantas preguntas, y ahora que están siendo contestadas, mi percepción del mundo cambió.

Caín abre la puerta, y el contenido de la habitación me deja con la boca abierta.

Hombres escriben en computadoras que no se ven del todo viejas. Hay una gran mesa redonda en el centro y varios escritorios atiborrados con pilas de papeles. Tengo mil preguntas en la punta de la lengua y creo que mi confusión se revela en mi rostro porque Caín se detiene para observarme.

—Supongo que sabes qué es esto, chico de las computadoras.

—Es un laboratorio de computadoras. Pero ¿cómo?

—Dejaré que lo averigües por ti mismo.

Caín me da la libertad de inspeccionar la habitación por unos minutos. Mi primera duda es sobre la electricidad; pero es una pregunta redundante porque toda la ciudad tiene energía, así que deben tener su propio generador. Sí, ahí está. La siguiente pregunta es: ¿cómo mantienen las máquinas frías? Inspecciono el cuarto y de golpe me percató de algo que no advertí antes: la habitación está más fría que el resto de la ciudad. Hay dos grandes enfriadores en las esquinas. Lo siguiente es una duda sobre el uso de las computadoras. No estamos en los ochenta, así que deben tener internet. Oh, mierda, ¿es esa una antena? Una larga estructura con cables va desde el piso y atraviesa el techo.

Me inunda la incertidumbre.

—¿Por qué me trajiste aquí? —le digo a Caín frunciendo el ceño.

—Pensé que para entonces ya lo sabrías —me dice poniendo los ojos en blanco—. ¿Tienes maestría en todo esto, no?

—Sí. — Al ver las computadoras, me da una nostalgia que me recuerda a mi vida antes de la Calamidad—. Pero estoy oxidado y no sé qué tipo de

tecnología usen aquí.

—Aprenderás —dice una suave voz detrás de mí.

Me vuelvo y veo a una mujer de cabello corto, su piel tan blanca como el talco. Tiene unas gafas rotas pegadas con cinta adhesiva en el puente de la nariz.

—Unos de ellos no tenían ni idea de cómo usar nuestro sistema —dice la mujer—. Pero aprendieron rápido, no es complicado. Además, tienes una maestría en... ¿Qué?

—Ciencias de la computación —le digo.

—Aprenderás rápido —me dice ajustando sus gafas—. ¿Quién sabe? Tal vez termines enseñándonos algo.

—Lo dudo —le digo encogiéndome los hombros.

—¡Ánimo, hombre! —me dice Caín dándome una fuerte palmada en la espalda.

—Un momento. ¿Por qué me trajiste aquí, Caín?

Caín carraspea y se rasca la frente.

—Todos en la colonia tenemos que hacer algo. Esta vida llena de lujos —dice con sarcasmo— no es gratis, y me pareció un lugar perfecto para ti. ¿Qué te parece?

—Podríamos usar a un hombre con tus habilidades —tercia la mujer.

—Es eso o picar piedras, amigo. Literalmente picar piedras —dice con cara cansada.

Es un buen gesto por parte de Caín, en verdad lo es. Dios sabe que prefiero este trabajo que empacar pedazos de metal todo el día; pero debo insistir a lo que vine, así que voy directo al grano.

—Pensé que me llevarías con Nolan.

Caín se rasca la cabeza mirando de un lado a otro. Sé lo que trata de hacer, pero no va a funcionar.

—¿Para qué necesitan a Nolan? —dice la mujer.

—Tenemos unos asuntos pendientes que queremos hablar con él —dice Caín, el experto en evadir preguntas.

—Hum, ujum —dice la mujer, sin tragar lo que dice Caín—. ¿Pero no te gusta este trabajo o qué? —me dice.

—No es eso —le digo—. Aprecio la oferta... Hum, ¿cuál es tu nombre?

—Tess —me dice asintiendo.

—Mucho gusto, Tess. No es que no aprecie la oferta; pero yo estoy aquí por otras razones: necesito ayudar a alguien.

—Ya veo. ¿Te molesto si te pregunto a quién?

—Es mi sobrino. Lo tiene la Corporación.

—¡Oh! —dice sorprendida, su rostro cambia a uno apenado—. Pero...

Sé lo que va a decir. Que hay reglas, y lo entiendo, pero no me importa. Antes que pueda terminar su oración, Caín la interrumpe.

—Sí, vamos a hablar con Nolan —me dice—. Pero primero déjame mostrarte algo.

No sé si sentirme curioso o irritado. Caín sigue arrastrando lo que quiero hacer. No me interesa jugar con computadoras: esa era mi vida pasada y ya quedó atrás. Caín me lleva frente a un mapa adherido a la pared con los países pintados de rojo, amarillo y azul. La parte de Estados Unidos donde vivimos está en azul; pero la mayor parte del mapa es rojo con pequeñas manchas amarillas.

—¿Cuántos continentes hay? —me dice Caín.

—Cinco —contesto de inmediato.

—Así es —me dice casi sorprendido por mi respuesta.

—¿Qué es esto, una clase de historia?

—Este es el mundo en la actualidad.

—¿Pintado de colores?

—No, hum... —Parece que su sentido del humor lo abandonó—. El color amarillo son zonas donde ya no existe el virus, pero los países se encuentran estancados por falta de recursos. El color azul indica las zonas libres del virus y que están progresando. Como podrás ver, nosotros vivimos en una zona azul.

—¿Nosotros y Japón? —digo atónito—. ¿Qué isla es esta? —pregunto señalando una pequeña isla de color azul al norte de Francia.

—Es la isla de Jersey. ¿Qué, no sabes de geografía? Es el único lugar que prosperó en Europa. El Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte quedó desorganizado. Los irlandeses han lidiado con éxito con el virus. Inclusive formaron una alianza con el resto de los países europeos llamada Esperanza Verde; pero ahora todos tienen que alojarse en la isla de Jersey, la cual está sobrepoblada y baja en recursos.

—¿Y Rusia?

—A los rusos no les fue tan mal: las condiciones climáticas les ayudaron; pero, más que nada, el gran territorio que tienen les ayudó a crear refugios dispersados por todo el país. El problema es que no han podido organizarse. China —dice señalando al país—, a los chinos probablemente les fue peor que a todo el resto del mundo, pero como son chinos sobrevivieron. A Japón le está yendo bien. De hecho, son los que mejor han lidiado con la situación y ya están creando su propia ciudad en los cielos, que ya debe estar terminada.

En cuanto al resto del mundo, como podrás ver son zonas rojas: son territorios que quedaron devastados, desolados e inhabitables (al menos por el momento).

—¿A qué te refieres con «al menos por el momento»?

—Hum... —dice rascándose el hombro y mirando a Tess de reajo—. Lo que pasa es que... —Se queda sin palabras.

—¿Qué es lo que pasa, Caín?

—Lo que pasa es que ya no hay infectados.

—¿A qué te refieres?

—Lo que escuchaste. El virus desapareció.

CAPÍTULO XVI

Estoy mareado. Me siento en una silla, restriego mis ojos con las manos tratando de sacudir esta abrumadora confusión.

—¿Pero cómo? —le pregunto a Caín.

Tenía mis sospechas. Cuando salí de Argos con Efraín y en el viaje hacia acá, el terreno estaba desolado, pero supuse que era normal por el lugar donde vivimos. No veía posible que los infectados atravesaran el desierto y, por mera casualidad, se toparan con Argos. Y de ser así, ¿cuántos lo lograrán?

—Aproximadamente un año —me dice Caín, quien mira a Tess como si le dijera que se preparara para lo que me va a decir.

—¿Desde hace un año no hay infectados? Es imposible.

—Lo es —dice Tess. Caín la mira insinuando que le deje esta parte a él.

—Es posible, no es común, pero es posible —dice Caín—. No es la primera enfermedad con una disminución de incidencia sin necesidad de vacunas o algún tipo de medicina. El sarampión, las paperas, la rubéola, la poliomielitis —cuenta con los dedos—: todas disminuyeron drásticamente a finales de los 1890 y principios de los 1900 sin necesidad de vacuna. Lo mismo pasó con la tos ferina, pero... No recuerdo el año —dice mirando hacia el techo tratando de recordar, se vuelve a Tess por ayuda; pero ella no contribuye con nada más que un par de hombros encogidos—. Bueno, el punto es que puede pasar.

—¿Y qué pasó con los infectados?

—Pues... —dice rascándose la cabeza—. Destruyeron el planeta. Creo que tú estabas ahí —dice con una risita.

—Quiero decir: ¿qué pasó con ellos? —rectifico.

—La gran mayoría se quedó aislada y, como no se comen entre ellos, murieron de inanición.

De golpe, se me viene un pensamiento que me desgarró el estómago. Si Laura e Ivanna sobrevivieron como infectadas, quiere decir que deambularon en busca de carne humana hasta que su cuerpo colapsó. Un recuerdo que me ha quitado el sueño durante años. Solo rezo que hayan muerto al instante ese día en el muelle y no se volvieran una sombra de lo que eran.

—No solo eso —continúa Caín—: el virus es menos fuerte que nunca. No sabemos por qué; sin embargo, existen casos donde las personas han sido mordidas, pero nunca se transformaron.

—¿Cómo es eso posible?

—No lo sabemos. La verdad es que no sabemos nada del virus ni por qué evoluciona de esa manera. Quién sabe —dice encogiéndose de hombros—, tal vez venía del espacio y no se pudo adaptar a nuestra atmósfera — bromea.

—Pero los infectados de Argos, los infiltrados, ¿qué hay con ellos?

—Tú viste los depósitos.

—Sí, ¿pero de donde salieron?

Caín hace una pausa, mira a Tess y toma un respiro preparándose para la bomba que va a arrojarme.

—Son argueanos.

Si la cabeza me daba vueltas antes, ahora todo el cuarto está a punto de salir disparado. ¿De qué ciudadanos está hablando? ¿Los mismos con los que conviví o serán de otra parte?

—¿Estás bien? —me pregunta Tess al mirarme tan confundido—. ¿Quieres agua?

—¿Cómo que argueanos? —le digo a Caín.

—Son de la ciudad.

—Sí, entiendo lo que significa, Caín —digo airado—. ¿Pero cómo?

—¿Alguna vez viste a un vagabundo que andaba por ahí y de repente, *puf*, ya no lo viste jamás?

Me quedo pensando por unos segundos, recuerdo a Emmanuel.

—Sí. Creo haber conocido a alguien. ¿Quieres decir que a Emmanuel lo convirtieron en un zombie y luego lo arrojaron a la ciudad para que aterrorizara a la población? ¿Eso es lo que me estás tratando de decir?

—¿Quién es Emmanuel? —pregunta Tess. Caín la mira y se encoge de hombros.

—No sé sobre Emmanuel; pero si es un vagabundo que desapareció, estás en lo correcto.

—Mentira.

—Lo siento, pero no miento —me dice casi apenado.

—Es imposible. La gente se daría cuenta que están desapareciendo personas.

—La gente de Argos está hundida en depresión y miedo, Chris —me dice convencido de sí mismo—. No se darían cuenta si faltara un edificio de la noche a la mañana. Además, aunque nadie lo cuestiona (nadie, a excepción de los que estamos aquí), ¿no crees que atribuirían las desapariciones a eso?

Me muerdo la lengua al recordar que eso fue lo que pensé. Tiene razón: cuando vives en el miedo y la desesperanza, lo único que piensas es en sobrevivir y en ti mismo. Pasé casi los últimos tres años de mi vida en la rutina y con mi familia como la única preocupación en mi cabeza, pero todavía no estoy del todo convencido.

—¿Qué me dices de la cantidad de filtraciones?

—¿Qué hay con eso?

—La alarma sonó tres veces este mes. ¿Cómo es posible que consigan tantos indigentes en tres meses? En el depósito vi fácilmente a veinte personas.

— No sólo son los indigentes — tercia Tess —. Las minas. Hay — tartamudea un poco —. Los colapsos, a esa gente también la usan.

—Cuando hay colapsos en las minas, a las personas que quedan vivan las convierten —aclara Caín—. No a todos, pero algunos: la mayoría son personas sin familia, gente que nadie va a extrañar.

Es demasiado frío: los indigentes y ahora los trabajadores honestos que contribuyen con Argos.

—¿Y cómo lo hacen? —pregunto.

Caín mira a Tess como si le diera una señal para que haga algo. Después de unos segundos y de encoger los hombros, Caín la apresura diciéndole:

—¿Tess?

—¿Qué?

—Muéstrale.

—¡Oh! —dice advirtiendo al fin lo que trataba de decirle.

Tess busca entre un montón de papeles y carpetas de manilla.

—Dónde... dónde está... —murmura—. ¡Ah! —dice cuando al fin encuentra lo que buscaba.

Se acerca y me entrega varias fotografías.

—Tienen... —dice Tess.

—Tienen laboratorios —interrumpe Caín, la mira como si se disculpara por la

interrupción, y Tess baja la cabeza—. Tienen laboratorios donde llevan a las personas y las infectan.

—Mentira.

—Es verdad, los vimos —tercia Tess—. Bueno y no, los rebeldes, los demás. Ellos los han visto y, pues, ahí están las fotos.

Las fotografías son de habitaciones con paredes blancas y utensilios de laboratorio como microscopios, placas de Petri y cosas así. Una fotografía muestra un contenedor con tubos de ensayo llenos de una sustancia verdosa. Tiene una estampa que dice «PELIGRO: RIESGO BIOLÓGICO» y un símbolo de riesgo biológico.

—Ese es el virus —me dice Caín. Le echo una mirada incrédula que lo hace carraspear.

Pero la fotografía que me roba el alma es la de un grupo de infectados con andrajos parecidos a los del depósito, confinados en una habitación con paredes de cristal. Las paredes están manchadas de la sustancia negra que rezuma de sus pieles, debieron estampar su cuerpo contra el vidrio tratando de escapar.

Tan solo mirar las fotografías me hace sudar, y cuando Caín se percata que mi mandíbula cayó hasta el suelo, me pregunta:

—¿Ahora me crees?

Sus palabras me pasan por los oídos sin siquiera analizarlas. Le creo, pero no quiero hacerlo. No puede ser tan ruin, no puede ser tan crudo: esto es demasiado para asimilar. Significa que nos usan como sus títeres, somos unas ratas de laboratorios.

—Esto no puede ser —le digo a Caín.

—¿Es difícil, no? —dice Tess. Su tono de voz es el más seguro que he escuchado desde que inició la conversación, y su rostro amigable cambia por

uno lleno de pena—. Pero entiendo lo que sientes. Todos pasamos por lo mismo cuando nos enteramos de esto. Peor aún cuando vemos las fotos.

—¿Efraín sabía esto? —le pregunto a Caín.

—Sí, sabía todo al igual que... —Pero antes que termine la frase, se detiene y mira hacia el suelo—. Yo...

—¿Dale también? —lo interrumpo.

Lo toma unos segundos pensar en qué decirme y al fin me responde:

—Sí, Dale también.

—¿Quieres decir que Efraín y Dale vinieron a Kharga con ustedes?

—No, eso no. Efraín sabía de la ciudad, pero nunca la visitó. Dale tampoco y nunca se enteró que existía.

Mi cabeza me pesa, y las fotografías se me resbalan de la mano. Un mareo que se arrecia y que, por un segundo, me hace sentir como si mi cabeza fuera a desprenderse de mi cuello.

—Toma —me dice Tess y me da un vaso de agua.

Tomo un pequeño trago aliviador. Vuelvo a poner los pies en la tierra.

—Entiendo cómo te sientes —me dice Tess con el mismo tono seguro—. Cuando yo me enteré de esto, me encerré tres días en mi habitación. No quería saber nada. Me sentía manipulada, sucia, como una niña de cinco años a la que haces tonta para robarle un dulce. —Rechina sus dientes y niega con la cabeza con un rostro de decepción—. Pero pasó, me di cuenta que es mejor vivir en la miseria y saber la verdad, por más cruda que sea, que vivir en la miseria y vivir engañada.

—Brindo por eso —dice Caín, quien levanta su propio vaso de agua.

Y es cuando entiendo por qué la gente de Kharga se ve feliz. La verdad les dio

un rayo de esperanza y los liberó de las ataduras que les hacían pensar que el mundo se fue al carajo y nunca sería el mismo.

Pero luego recuerdo para lo que estoy aquí.

—Está bien. Está bien —me digo a mí mismo. Caín y Tess se miran con una expresión aliviada, pero sus rostros cambian cuando continúo—. Pero esto no es a lo que vine. Quiero hablar con Nolan.

—Hum... —murmura Caín.

—Bueno, los dejaré con sus asuntos —dice Tess—. Mucho gusto, Chris, y si cambias de parecer, aquí tienes trabajo para ti. Es eso o picar piedras —me dice y me guiña el ojo antes de dejarnos a Caín y a mí a solas.

—Chris —me dice Caín dudoso.

—Vamos, Caín, es tiempo —le digo en un tono amable y suave—. Estoy cansado de los rodeos, llévame con Nolan. Si me niega, lo dejaré por la paz. Te agradezco lo que has hecho en verdad.

Caín toma un respiro que me dice que terminó de resistir.

—Está bien. Pero te recuerdo que no puedo prometerte nada. —Asiento—.

—Vamos.

Salimos de la habitación y volvemos a la bifurcación donde vimos a Isaac. Tomamos el túnel hasta topa con una puerta de acero. Una mujer y un hombre revisan un montón de papeles en un escritorio hasta que la mujer se detiene para mirar a Caín.

—Caín —le dice.

—Martha.

—¿Vienes con Nolan?

—Sí.

—¿Sabía que venías?

—Sí, le avisé desde temprano.

—Creo que está ocupado.

—¿Cuándo no está ocupado?

—Buen punto. Adelante —le dice apuntando con su mano hacia la puerta y luego vuelve con el asunto de los papeles. El otro hombre está tan concentrado en su trabajo que ni por un segundo nos dirige la mirada.

Caín se detiene frente a la puerta para tomar un gran respiro. Acerca su mano a la perilla; pero antes de tocarla me dice con pesar:

—Siento mucho lo de Efraín, en verdad. Y Dale es solo un chico, no merecía lo que pasó. Cuando vi que se lo llevaban, quería correr a ayudarlo; pero las piernas no me respondieron, tenía tanto miedo que... —dice y se queda mirando hacia la pared.

—No había nada que pudieras hacer —le digo.

—No tuve el valor —me dice con ojos mojados.

—Caín, te habrían matado.

—Lo sé, pero hubiera luchado. ¿Sabes? No haberlo intentado es lo que me mata — dice apretando su puño pegado al pecho.

—Si hubieras hecho algo, tu familia se habría quedado sola. Hiciste lo correcto, tienes que cuidar a los tuyos. —La tranquilidad le inunda el rostro y luego cambia a uno lleno de seguridad.

—Pase lo pase en esta habitación, yo te ayudaré. —Me pone una mano en el hombro y lo aprieta con firmeza—. No importa lo que te diga Nolan, vamos a rescatar a Dale.

CAPÍTULO XVII

Dale

Como una serpiente llena de electricidad que viaja por sus venas tensando cada una de sus fibras musculares, Dale recibió electrochoques por horas. Trataba de gritar, pero una mordaza apocaba sus aullidos. Por un segundo pensó que si gritaba lo suficientemente fuerte, alguien lo escucharía y vendrían a salvarlo. Pero él sabía la verdad: nadie vendría por él; era contra las reglas.

Estaba atado de manos y pies a una silla con un pañuelo negro en los ojos. Estaba en la oscuridad, y lo único que veía a lo lejos era el cuerpo sin vida de su padre desplomarse con un montón de agujeros.

—Dale —dijo el hombre que lo torturó por más de tres días. O al menos eso pensaba, ya que había perdido la noción del tiempo—. Te voy a ser sincero, Dale —dijo el hombre en un tono tranquilo—. Chicos como tú no aguantan ni una hora antes de hablar. Quiebran al instante y me dicen todo lo que quiero escuchar. Pero tú eres otra cosa —dijo con un tono de genuina sorpresa—. Pero te voy a ser sincero, Dale, te voy a ser completamente sincero. Y necesito que me creas, ya que no tengo nada que esconder y no tengo razón para mentirte. Quiero que sepas, Dale, que aunque tardes meses en quebrar, que aunque dures aquí un año o dos años, quiero que sepas y te lo digo con toda sinceridad: yo no voy a quebrar. No me voy a cansar, Dale, seguiré insistiendo, seguiré resistiendo a tu necedad hasta que un día yo sea el ganador. Porque así es como me criaron. Ahora...

Otro choque eléctrico viajó por su cuerpo. Esta vez duró tanto que sintió como si su cerebro se quemara. «Mamá», se decía a sí mismo, en un llanto que tenía que ocultar.

El hombre le quitó la mordaza.

—Dime dónde se esconden los demás.

Dale guardó silencio. Su cuerpo temblaba, la saliva le escurría hasta el mentón.

—Capitán —dijo otra voz riéndose—, creo que se meó encima.

—Oh, mi Dios, Dale, ¡Te measte encima!

Los hombres se rieron. Sintió una punzada de vergüenza y tristeza. «¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó a sí mismo.

Se burlaron de él mientras que el capitán continuaba:

—¡Vamos, Dale! ¿Esto es lo que quieres para ti? Les haces caso a esos malditos, y ni siquiera se preocupan por ti. Seguro que están emborrachándose en un bar mientras tú te meas. ¿O vas a esperar hasta que te cagues encima para decirme lo que quiero?

Dudó de la lealtad de la rebelión por unos segundos. ¿El hombre tenía razón? ¿Qué tan importante era Dale en el gran esquema de las cosas? ¿Y qué tan importante fue la muerte de Efraín? Le aterrorizaba pensar que tan solo morirían en vano.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo el capitán—. Que no solo eres tú, también atraparon a tu mamá y a tu tío Chris. Los van a acusar de conspiración. Les van a dar...

—Mentira —masculló Dale bajo la mordaza.

—Es verd...

—Mentira. Están a salvo, lo sé.

—¿Y cómo sabes eso?

—Solo lo sé.

No estaba cien por ciento seguro, pero en verdad lo creía. Si algo estaba seguro de la rebelión es que si eras atrapado, no vendrían por ti, pero se

encargarían de tu familia.

—¿Sabes lo que sé yo, Dale?—. El hombre hizo una pausa, tomó a Dale de las muñecas—. Que vas a hablar y vas a morir aquí.

CAPÍTULO XVIII

Un cuarto de operaciones, eso debe ser. Hay una gran mesa rectangular en el centro, varias computadoras en los laterales y personas ajetreadas que andan de arriba abajo con papeles y carpetas en sus manos. Isaac está sentado en uno de los laterales de la mesa central hablando con el hombre de anteojos. Pero entre el ruido de los teclados y los murmullos de las personas, no alcanzo a escuchar una sola palabra.

Caín se acerca a la mesa con la cabeza baja y cauteloso. Espera unos segundos hasta que el hombre de anteojos advierte su presencia.

—Caín —le dice el hombre.

—No... —dice con voz áspera y carraspea—. Nolan.

Es él. Isaac sigue analizando papeles y hace caso omiso a Caín.

—¿Quién es él? —pregunta Nolan.

—Este es Chris. Hermano de...

—Hermano de Efraín —lo interrumpe Nolan.

Esto rompe la concentración de Isaac y nos echa un vistazo. Nolan se pone de pie, Isaac lo sigue con el ceño fruncido y cara curiosa. Nolan me da una mirada reflexiva y, a paso lento, se acerca a mí. No había percatado lo mayor que era, probablemente esté en sus cincuenta. Pero su presencia es sobrecogedora: el corazón se me acelera con cada paso que da. Por fin estoy frente al líder de los rebeldes. Nolan parece curioso; pero Isaac nos arroja un mohín desde el otro lado de la mesa.

—Mucho gusto, Chris —me dice Nolan con voz profunda, pero amable, y me extiende su mano.

—Mucho gusto —respondo estrechando su mano.

—Siento mucho lo de Efraín. Era un buen hombre.

—Lo era.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué lo has traído aquí? —pregunta Isaac con una mezcla de irritación y confusión.

—Hum... —dice Caín mirando hacia el suelo.

Nolan nos mira con incertidumbre.

—Necesitamos ayuda —digo.

Nolan se da la vuelta y vuelve a su asiento.

—Por el momento tengo unos asuntos pendientes, Chris; pero lo que sea que necesites, creo que Caín te puede ayudar con eso.

—Sí, lo entendemos —dice Caín.

—¿Entonces qué hacen aquí? —pregunta Isaac.

—Necesitamos ayu... ayuda —tartamudea Caín—. Necesitamos...

—Es Dale —lo interrumpo.

Nolan se arrellana en su silla y se queda meditabundo. Isaac lo mira por unos segundos, su rostro me dice que sabe a lo que vine.

—Sí, me enteré sobre Dale. Es un lástima —dice Nolan en un tono sincero.

—Quiero ayudarlo —le digo.

Nolan se rasca la frente.

—Lo siento mucho por tu sobrino, Chris; pero me temo que no hay nada que

pueda hacer.

Mi cuerpo se llena de tensión; pero sabía que llegaría a esto, solo debo seguir insistiendo hasta que accedan.

—Sé lo de las reglas —le digo.

—Entonces sabes que no podemos ayudarlo —dice Isaac.

—Debe haber una excepción —le digo.

—No a esta regla.

—No lo entiendes, necesito ayudarlo. Es lo único que le queda a su madre.

Estas palabras suavizan las miradas de Nolan e Isaac.

—Lo siento, Chris, en verdad —dice Nolan—. Pero no podemos hacer una excepción. Es una regla: si te atrapan, no iremos a rescatarte.

—Por favor —digo irritado—. ¿Qué clase de regla es esa? Pensé que a eso se dedicaban.

—No es lo único que hacemos —dice Isaac—. Tenemos otros mil pendientes que son primordiales

—¿Más importantes que la vida de una persona? —le espeto.

—Asuntos que involucran ayudar a otras miles de personas. Lo siento, Chris, pero no eres la única víctima aquí. Si rescatáramos a todos los que capturan, no tendríamos nada de esto que ves aquí —dice abriendo sus manos y señalando alrededor.

Su insensible comentario me hace apretar los puños tan fuerte que mi piel va a desgarrarse.

—Es mi sobrino.

—Lo entiendo, pero...

—¡Es mi sobrino! —grito golpeando la mesa. El cuarto se queda en silencio por un segundo, y las personas dejan de hacer su trabajo para escrutarme. Isaac se ve irritado por mi actitud desafiante, pero Nolan tiene una cara más compasiva.

—Todos tene... —dice Isaac; pero Nolan lo interrumpe, y las personas siguen con sus asuntos.

—Entiendo cómo te sientes —dice Nolan.

—¿Lo sabes?

—¡Ey! —grita Isaac, pero Nolan lo detiene antes que termine la oración. Nolan se pone de pie una vez más y se acerca a mí.

—Sí, lo entiendo. No eres el único que ha pasado por esto, Chris. Mira a tu alrededor, todos aquí perdimos a alguien: un hijo, hija, esposo o esposa, un familiar. Todos aquí fuimos marcados por la Calamidad tanto como tú; así que sí, entiendo como te sientes. Pero Isaac tiene razón, no podemos rescatar a Dale. Por mejor soldado que sea —dice con sinceridad—, no podemos arriesgar a más personas.

Se me cae el alma al suelo, el coraje se convierte en desesperanza, y dejo caer mi cabeza casi derrotado.

—Ustedes lo metieron en esto —le digo como última opción.

—Él se ofreció.

—Su padre lo metió en esto.

— Sí, y tal vez fue un error. Es muy joven, pero su papá tenía grandes esperanzas en él. Dale es un prodigio —dice como si recordara algo en especial sobre Dale.

—Por favor —le ruego con voz temblorosa y ojos empapados. Nolan pone su

mano en mi hombro y, con un pesar sincero en su voz, me dice:

—Lo siento.

Lo primero que pienso es en Mabelle y cómo le voy a decir que no podemos hacer nada para rescatar a su hijo. Su mirada de decepción y su vida sin su esposo e hijo. Pero no puedo darme por vencido: se lo prometí y me prometí a mí mismo que no volvería a perder a alguien más.

Nolan vuelve a su asiento.

—Debe haber una manera.

No dicen una palabra, pero se muestran comprensivos.

—La hay —dice Caín.

Los tres lo miramos frunciendo el ceño.

—¿Cómo? —pregunta Isaac.

—Podría “subir” —dice en un tono inseguro.

—Cállate, Caín —refunfuña.

—¿Qué? Podría hacerlo.

—Caín, por favor, cierra la boca —dice Isaac irritado.

—Podría hacerlo, tiene todo lo que necesita —insiste Caín.

—¡Caín! —explota Isaac.

Caín ignora la reacción de Isaac y se vuelve a Nolan con una mirada nerviosa.

—Nolan, puede hacerlo.

No hay desaprobación en el rostro de Nolan; así que de lo que sea que estén

hablando, esta podría ser mi apertura.

—¿De qué hablas, Caín? —le pregunto.

—Urah. —Esa sola palabra me sacude el cuerpo, y empiezo a conectar los puntos —. Podrías subir a Urah. Infiltrarte.

—¡Suficiente! —explota Isaac, se pone de pie y a paso rápido se acerca a Caín. Pero Caín ya no se muestra tímido como al principio, se mantiene firme en su lugar y le da a Isaac una mirada desafiante—. No puedes andar por ahí hablando con desconocidos sobre lo que hacemos, ni mucho menos entrometiendo a personas que no tienen ni la menor idea de...

—Lo haré —interrumpo a Isaac, que se detiene en seco y me lanza una mirada de pocos amigos.

—Olvídalo —me dice casi riéndose mientras se devuelve a su lugar.

—Lo haré.

—No sabes de lo que estás hablando, amigo.

—Igual lo haré. ¿Pero cómo vamos a sacar a Dale infiltrándome? ¿Crees que se lo llevaron a Urah?

—No, no es eso —dice Caín—, pero esa es la excepción a la regla que buscabas: tú te infiltras y te ayudamos con Dale.

—Primero que nada —dice Isaac con un tono condescendiente—, no tienes idea de lo que estamos hablando. Segundo, no tienes lo que se necesita para infiltrarse: eres un chico de computadoras.

—Maestro en Ciencias de la Computación —le digo con el mismo tono condescendiente.

—Tercero...

—¿Vas a seguir contando hasta cien?

Isaac se traga sus palabras por unos segundos.

—No irás a ningún lado.

—Te equivocas —dice Caín—. No es solo un hombre de computadoras (habilidad que ayudaría muchísimo allá arriba), sabe pelear. ¿Eras peleador de artes marciales mixtas, verdad? —me pregunta Caín. Asiento—. Efraín también me dijo que sabías disparar. —Eso es una enorme mentira, pero aun así asiento; diré lo que sea si me ayuda a rescatar a Dale—. Puede hacerlo —dice Caín con firmeza.

—¿Crees que es lo único que se necesita para “subir”? ¿Saber dar golpes y disparar? —pregunta Isaac.

—No —responde Caín—, pero tú puedes enseñarle el resto.

—Ugh —dice Isaac irritado, tallando su rostro con las manos—. Nolan, ¿podrías explicarles por qué no puede hacerse?

Durante toda esta plática, acabo de advertir que Nolan no ha dicho una sola palabra y sigue con su rostro curioso, calibrando la situación.

—¿Qué? —Le espeta Isaac—. ¿No lo estás considerando, verdad?

—Chris —dice Nolan al fin.

—Lo puedo hacer —le digo.

—Espera un momento. Lo que Isaac está tratando de decir es que esto no es cualquier cosa. No te vamos a mandar a tomar fotografías o recolectar información, no necesitamos nada eso. Es una misión de alto riesgo. Las personas que suben a Urah... —dice y se queda meditabundo.

—Mueren —apostilla Isaac.

—Las personas que capturan son encerradas, torturadas por información y, al final, asesinadas.

El ajetreo en la habitación es estruendoso; pero al escuchar esas últimas palabras, el silencio se apodera de mi mundo. La boca se me seca por completo, una punzada en el estómago que casi me hace vomitar. Pero no puedo pensarlo dos veces; esta es mi oportunidad y debo tomarla.

—Lo haré. Haré lo que ustedes me digan si me ayudan a rescatar a Dale.

Nolan se pone de pie y se detiene frente a mí. Se vuelve hacia Isaac, que sigue mostrando un desacuerdo rotundo en su rostro y me dice:

—Sí tú haces esto por nosotros, nosotros ayudaremos a Dale.

—Hecho —respondo de inmediato.

Le estrecho la mano a Nolan y él la aprieta con firmeza.

—¿Cuándo parto? —pregunto con ansias.

Nolan se ríe entre dientes.

—Primero necesitas entrenamiento.

—¿Y cuándo empiezo?

Nolan se vuelve a Isaac y este resopla, rendido.

—Mañana a las 05:00 en la entrada. No llegues tarde.

CAPÍTULO XIX

Qué hora tan espantosa para entrenar. En serio, me estoy cayendo. Un ardor en mis ojos que apenas me deja abrirlos, mis músculos se sienten letárgicos y, para colmo, apenas pude dormir un par de horas. Estuve brincando de un lado a otro en la cama imaginando cada posible escenario de mi entrenamiento y, sobre todo, en mi “misión”.

Tengo un torbellino de sentimientos al respecto. Me da miedo arriesgar mi vida, pero también tengo curiosidad por subir a la Ciudad del Cielo. Me pregunto qué tipo de arquitectura y tecnología tienen y cómo serán las personas que conoceré. Pero la pregunta más recurrente es: ¿cómo demonios le voy a hacer para que no me descubran?

Isaac me trajo a un gran salón donde entrenaremos. Hay una mesa con una hilera de armas de todos los calibres: pistolas, rifles, escopetas, etc. Cuatro rieles viajan por el techo hasta el fondo de la sala, de ellos cuelgan dianas con formas humanas. Es parecido a donde entrenan los policías, pero con paredes de tierra rojiza, por supuesto.

—Tu entrenamiento consiste en tres cosas: combate con armas de fuego, combate cuerpo a cuerpo y sigilo.

—¿Sigilo?

—Sí, ¿qué esperabas? Tienes que aprender a esconderte.

—Pero... ¿Me vas a entrenar como ninja, o cómo funciona?

Isaac no está de humor para mis chistes: se limita a frotarse los ojos y sacudir su cabeza.

—Dices que ya has disparado antes —dice Isaac un poco irritado.

Me limpio la garganta; no estoy seguro de querer seguir con la mentira.

—Sí... hace mucho tiempo. Disparé —digo tartamudeando—. La verdad es que no recuerdo mucho.

Isaac hace una mueca con su boca.

—Toma la pistola.

Mis manos tiemblan con la gran cantidad de armas. Tengo que tomar todo el aire posible para asirla sin que se resbale de mis dedos.

—Cuidado, están cargadas —me dice Isaac sonriendo.

Eso solo le agrega leña al fuego. Ahora todo mi cuerpo está temblando.

—Veamos —se dice Isaac a sí mismo mientras toma un controlador con dos botones. Aplasta uno de ellos, y una de las dianas se desliza hacia el fondo con un sonido mecánico—. Veinte metros. Vamos a ver lo que tienes. Dispara a esa diana.

Mi respiración se acelera, dudo. Si me están entrenando con armas, es porque existe la posibilidad que tenga que usar fuerza letal contra alguien. Dios mío, en la que me metí.

Me alinee con la diana y le apunto con el arma, luego recuerdo que tengo que revisar el seguro primero. Presiono el botón para quitarlo en el lateral del arma. Solo espero que Isaac no se haya dado cuenta que lo olvidé.

«Tranquilo, puedes hacerlo», me digo a mí mismo, aunque mis palabras de aliento no sirven del todo. Si lo analizo bien, no puedo hacerlo: la única vez que he disparado es en *Call Of Duty* o en otros videojuegos.

—¿No te vas a poner el cubre oídos? —dice Isaac casi riéndose.

—Oh.

Pongo el arma en la mesa y tomo los ¿audífonos? Me los pongo en la cabeza, y todo el sonido alrededor de mí se opaca al instante.

Tomo el arma de nuevo y apunto.

—¿Y el protector visual?

—¿Qué? —Voy a la mesa en busca de algún tipo de máscara, pero lo que encuentro me hace sentir como un completo idiota—. Ah, los len... —me trago mis palabras; no quiero decir lentes por miedo a verme como un total novato. Isaac se limita a reírse entre dientes y negar con la cabeza.

Me pongo los lentes, tomo un respiro y me preparo para mover el gatillo cuando la puerta se abre detrás de mí. Gracias, Dios, me gané unos segundos; pero al volverme y ver de quién se trata, solo me siento más jodido.

—Buenos días, Nolan —dice Isaac; pero la diadema hace que su voz se escuche distante.

—Buenos días —creo que responde Nolan.

Me quito el cubre oídos para escucharlos mejor.

—¿Cómo va nuestro chico?

—Apenas vamos a empezar y parece que necesita ir al baño.

Nolan se ríe. Yo me río entre dientes. Tal vez sí, necesito ir al baño.

—No te preocupes, Chris, te darás cuenta que Isaac es el mejor instructor que tenemos.

—El mejor instructor del viejo y del nuevo mundo —dice Isaac.

—Así es —dice Nolan con una risita—. Cuando termine contigo, estarás listo para cualquier cosa.

—Vas a ser uno de nosotros —dice Isaac con un tono que muestra un profundo orgullo hacia sí mismo.

Nolan sonrío, se mira orgulloso de su capitán.

—Solo vine a decirles que los veo en el cuartel después del entrenamiento. Hablaremos de tu misión.

Mi cuerpo está a punto de colapsar por los nervios. Un miedo terrible recorre toda mi espina; pero estoy aliviado porque ayudaré a Mabelle, a quien por cierto no le he dicho sobre esto.

—Los dejo. Nos vemos en unas horas, y buena suerte con tu entrenamiento, Chris.

Nolan se marcha, y vuelvo a lo que estaba haciendo. Los segundos extras que me gané no me sirvieron de nada, pero al demonio, hazlo y ya.

Levanto mi arma y pongo la diana en la mira. Dejo ir un suave respiro. Los nervios se me ponen de punta conforme aprieto el gatillo. Al disparar el arma, un sonido ensordecedor manda una onda de energía por mis brazos hasta mi hombro, mi cabeza se jalonea hacia atrás y mi corazón se detiene de golpe.

Le echo un vistazo a la diana.

—Ja —dice Isaac rascándose el mentón—. Nada mal.

No estuvo del todo mal; Isaac en verdad resultó ser un buen entrenador. Fue más paciente de lo que esperaba y me enseñó varios trucos para mejorar mi técnica. Ahora me toca conocer la razón por la que subiré.

El cuartel está casi vacío: me hizo sentir importante cuando Caín me dijo que fue desalojado para mí. Pero supongo que lo hacen para este tipo de misiones.

—¿Cómo estuvo el entrenamiento? —me pregunta Nolan.

—Hum... estuvo... —digo, pero Isaac me interrumpe.

—Bien. No es malo con el arma.

—Es buena noticia. Espero que no la tengas que usar nunca.

—Lo mismo opino —dice Caín.

—Vamos a ver cómo te va en el combate cuerpo a cuerpo —dice Isaac.

—Ten cuidado —le dice Caín—. Su cuñado me dijo que era una bestia cuando peleaba.

—Ya veremos.

Caín se me acerca y me murmura al oído.

—Si pelean, me avisas; quiero ver cómo le pateas el culo.

Me limito a asentir. Se me hace un nudo en el estómago al pensar que pelearé contra Isaac, pero definitivamente me siento más seguro que disparando. Sé como pelear y eso no lo he olvidado.

—Bueno, a lo que vinimos —digo.

Nolan asiente.

—Como digas, Chris, pero primero tengo algo que decirte.

Oh, Dios, ¿más malas noticias?

—Odio que empiecen las frases de esa manera. Dispara.

Nolan se ríe entre dientes.

—Te lo pondré de la manera más simple posible. No puedes ir a Urah con esa cara.

Isaac se mofa entre dientes.

—¿Por qué? ¿Soy demasiado guapo? Un momento, iré a mi habitación por mi otra cara —señalo sobre mi hombro.

¡Fue una buena broma, pero nadie se ríe! Se quedaron en silencio mirándose los unos a los otros. Su falta de palabras me inquieta.

—¿Qué pasa? — pregunto.

Caín se rasca el cuello, tiene esa mirada que pone cuando me esconde algo.

—El problema es —dice Nolan por fin—: todos tus datos (incluyendo tu rostro) están registrados en el sistema de la Corporación. Y después de lo de Efraín, no hay posibilidad que los sistemas de seguridad no te reconozcan. De hecho, probablemente te estén buscando en este momento.

La boca se me seca.

—Pero en la explanada no tuve ningún problema.

—Eso es en Argos —dice Isaac—. Los sistemas no cuentan con reconocimiento facial automático. Además, como dijo Nolan, probablemente ya te identificaron, y los sistemas de seguridad de Urah, uf, amigo mío, están en otro nivel.

—Te atraparán en el Elevador —dice Nolan—. Eso tenlo por seguro.

—¿Entonces qué voy a hacer? Lo de mi otra cara era una broma; no tengo *otra* cara.

—Lo que nos ha funcionado y será difícil escuchar, pero lo...

—Tenemos que cambiarte el rostro —interrumpe Isaac.

—¡Ja! Y pensé que yo era el comediante —digo riéndome.

—¿Eras comediante? —me susurra Caín al oído.

—No, lo digo por mi broma —susurro de vuelta.

—¿Qué broma?

—Lo de la cara, mi *otra* cara. Ir a la habitación por mi *otra* cara —farfullo a la bajo.

—Oh. No, ellos no bromean: te van a hacer cirugía plástica.

Se me cae el alma a los pies. ¿Cirugía plástica? Eso significa que tendré que dejar todo atrás: no solo mi vida, pero mi cuerpo también.

—Tenemos que hacerte una reconstrucción total del rostro, Chris. Es la única manera que pases los sistemas de seguridad.

—Un momento, un momento, más despacio. ¿Quieren abrirme la cara y cambiarla?

—Pensé que estábamos siendo claros —dice Isaac con sarcasmo, mirando de un lado a otro.

—Es la única manera —repite Nolan.

—¿No puedo ponerme una máscara o algo?

Me doy cuenta de lo estúpida que fue la pregunta. Gracias a Dios ninguno de ellos se molestó en contestarla.

—Tienes que hacerlo si quieres subir —dice Isaac.

El corazón me da vueltas.

—Necesito sentarme —digo.

Caín toma una silla, la acomoda detrás de mí, y me dejo caer. Me quedo meditando unos minutos mientras que los demás guardan silencio. Esto significa que ni Mabelle ni Dale me reconocerán; seré otra persona. Pero al recordar a Dale, no tengo otra opción: prometí que haría lo que fuera necesario.

—¿No puede ser la pura nariz?, ¿los labios?, ¿un poco de *botox*? —digo bromeando, pero no logro sacarles ni una risita.

—Lo siento, Chris —dice Nolan en un tono sincero.

—¿Todavía quieres hacerlo? —pregunta Isaac.

Este es el momento en el que puedo decir no y escapar. Es la ventana de oportunidad que necesito para retractarme. No tendría nada de malo: al fin y al cabo, no estoy preparado.

—Qué demonios. Hagámoslo.

Nolan y en especial Isaac se ven sorprendidos por mi respuesta: una sonrisa que se marca en sus rostros me hace sentir orgulloso.

—¡Ánimo! —dice Isaac—. Hasta guapo vas a quedar.

—Qué mala suerte que ya no existe Hollywood —dice Caín con sarcasmo.

Todos se ríen. Todos menos yo.

—Excelente. Sigamos —dice Nolan—. Mark, muestra la pantalla —le dice a un hombre sentado en una computadora.

Mark presiona un par de teclas, la mesa del centro se parte en dos y se abre revelando una larga pantalla que abarca toda la superficie. Nolan teclea un montón de letras y símbolos hasta que aparece una serie de fotografías de personas.

—Estos son los jugadores —dice Nolan.

Toca la primera fotografía, y la imagen de un hombre pasado de peso, calvo y nariz grande se alarga.

—¿Supongo que conoces a los hermanos Meftah, no? —me pregunta Nolan.

—Sí. Aunque no del todo.

—Este es Rahul Meftah, el menor de los tres y el socio mayoritario de la corporación Meftah después del hermano mayor. Se encargó del diseño de

Urah y del desarrollo tecnológico. Es un hombre importante, pero no tan importante para esta misión como sus hermanos.

Nolan presiona otra de las fotos, revelando a un hombre alto, tez morena y una cara enfadada y poco arrugada.

—Kadar Meftah. Es el jefe de seguridad de Urah. Se encarga de todo lo relacionado con mantener a salvo la ciudad, incluyendo la protección de sus hermanos y la captura de infiltrados.

—Y es bueno en su trabajo —dice Isaac con rencor en sus palabras.

—Chris —me dice Nolan y me penetra con su mirada—. Es un tipo extremadamente peligroso. Exmilitar, con gran experiencia en combate. No quiero asustarte; pero a menos que le dispires por la espalda, evita cualquier confrontación con este hombre.

—Y eso es si está desnudo, con los ojos vendados, ebrio y bailando polca —dice Isaac, que al principio pensé que estaba bromeando; pero al ver su cara, parece que lo dice en serio.

—¿Y qué hago si me encuentro con él? —pregunto.

Isaac y Nolan se miran por unos segundos hasta que Nolan responde:

—Con el cambio de rostro no sabrá quién eres, así que no te preocupes.

No es a lo que me refería; estoy hablando sobre qué hacer si me enfrento a él. Pero bueno, supongo que no tiene respuesta mi pregunta. Solo me queda confiar en mi entrenamiento y *no* enfrentarme a él.

—Sigamos —dice Nolan después de carraspear. Le es imposible disimular que si me enfrento a Kadar, voy a terminar en una bolsa de cadáveres—. El siguiente es Sal. Trabaja con Kadar, principalmente le ayuda a detectar infiltrados.

—Benedict Arnold, pedazo de mierda —dice Isaac con auténtica ira en sus

palabras.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Es un traidor —dice Caín.

—Sal era un Lince, uno de los primeros en “subir” —dice Nolan—. Pero cuando lo descubrieron, nos traicionó.

—Le gustó la vida fácil al muy cobarde —dice Isaac.

—Era uno de nuestros mejores soldados —dice Nolan negando con su cabeza—. Es una maldita lástima.

Nolan se ha mostrado sereno desde que lo conocí; pero al mencionar a Sal, su rostro se llena de lástima.

—Por cierto —dice Isaac—, Sal es tan bueno en su trabajo como Kadar. Incluso mucho mejor en cuestiones de investigación.

—Sí... —dice Nolan, y Caín interrumpe.

—Sal es el mentor de Isaac.

Isaac le lanza un gesto desagradable, diciéndole que guarde silencio.

—¿Y los dejó así como así? —pregunto.

—Como te dije —dice Isaac—, al maldito le gustó la buena vida.

Isaac se nota fastidiado con la situación; en su mirada se ve una mezcla de decepción e ira.

Después de unos tensos segundos de silencio, Nolan continúa.

—Si tienes que tener cuidado con alguien es con ellos dos. Kadar y Sal son buenos, son despiadados y tienen un radar para detectar infiltrados.

—¿Un radar? ¿Un radar de verdad? —Isaac se frota los ojos al escuchar mi pregunta, que es cien por ciento genuina—. ¿Qué? No sé qué tipo de tecnología tienen allá arriba —me excuso con los hombros encogidos.

—Estoy hablando de manera figurada, Chris —dice Nolan, que hace todo el esfuerzo para no irritarse—. Cualquier movimiento o palabra fuera de lugar lo notarán.

No lucen amenazadores. Tal vez pueda con ellos; pero se me hace un nudo en la garganta al escuchar todo esto.

—Pero no te preocupes: con el entrenamiento no tendrás ningún problema.

Parece que Isaac advierte el miedo en mi rostro porque me dice:

—No tienes de qué preocuparte. Yo me encargaré de ti.

—Y por último —dice Nolan mientras muestra la imagen del hermano mayor, un hombre pasado de peso, canoso y con una cara cuadrada—, el jugador más valioso: Amir Meftah, el hermano mayor y presidente de la Corporación Meftah. Debes saber quién es.

—Sí, lo he visto en televisión —afirmo.

—Qué bien. Entonces no lo perderás de vista —dice Isaac.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Chris —dice Nolan con voz profunda—. Amir Meftah es tu objetivo. Debes subir y asesinarlo.

CAPÍTULO XX

Por unos segundos, pensé que todos se habían quedado callados para que pudiera escuchar lo que tenía que hacer. Pero al atisbar la habitación, noté que la actividad no disminuyó: era mi mente la que cayó en un vacío lleno de silencio. Tengo que matar a Amir Meftah, el hombre más poderoso del mundo. El creador de Argos y de la Ciudad de los Cielos.

—¿Estás bien? —pregunta Caín—. Estás blanco.

Nolan e Isaac intercambian miradas esperando que diga algo.

—Es una locura —digo al fin—. Asesinar a Amir Meftah, no puedo hacer eso.

—Ahí está —dice Isaac como si por fin escuchara algo que sabía desde el principio.

—Chris —dice Nolan.

—Nolan —digo y tomo un gran respiro—. Es Amir Meftah.

—Lo sabemos, Chris.

—Claro que lo sabemos —dice Isaac—. Te lo dijimos desde el principio, pero no querías escuchar. No vas a subir de turista, eso no es lo que hacen los infiltrados. Tenemos años tratando de hacerlo.

Nolan le señala con la palma que se calme y me dice:

—Chris, entiendo que es difícil, y no tienes que hacerlo si no quieres. Pero si no lo intentas...

—Dale se queda encerrado —apostillo.

Nolan asiente.

—¿Por qué yo? Quiero decir: ¿por qué, de todos los que pueden subir, yo tengo que hacer “esto”? ¿Es venganza por insistir algo así?

—Nada de eso —dice Isaac—. Mira a tu alrededor: ¿crees que nos llueven voluntarios?

—No solo eso —dice Nolan—. No podemos subir persona tras persona cuando se nos plazca. Tenemos ciertas oportunidades cuando podemos conseguir una habitación o *hackear* los sistemas. Para serte sincero, no te enviaría; pero no tenemos a alguien más y se nos acaba el tiempo. —Nolan se sacude de hombros y me dice—: Supongo que fue cuestión de suerte.

Vaya suerte la mía. Voy a subir a asesinar al hombre más resguardado del planeta, con el mejor equipo de protección contra terroristas.

—Puedes retractarte, pero necesitamos una respuesta a más tardar en dos días.

La garganta se me traba. Tengo dos días para decidir entre quedarme aquí ayudando con asuntos de computadoras o rescatar a Dale con la posibilidad de morir.

—¿Soy el único que lo ha intentado? —pregunto.

—No precisamente —dice Nolan.

—Tenemos más gente arriba —contribuye Isaac—. No estarás solo, te encontrarás con alguien más, y estaremos en contacto todo el tiempo.

Eso me hace sentir un poco más seguro.

—Eso es bueno. Un momento, ¿a qué te refieres con “no precisamente”?

—Chris —dice Nolan.

—Todos los que lo han intentado fueron capturados y asesinados —dice Isaac.

Maldita sea. Quisiera que Isaac le diera un poco más de vueltas al asunto. Uno de estos días, su frialdad me va a dar un ataque al corazón. Un dolor se

entierra en mi sien como un aguijón. «Voy a morir», me digo a mí mismo. Deseé mi muerte durante años. Pero esto es diferente: al menos podría hacer algo importante, no solo para ayudar a mi familia, sino para ayudar a las personas de Argos y Kharga. Si muero es mejor que sea así.

—No tienes que hacerlo —dice Nolan—, pero necesitamos una respuesta en dos días.

—¿Alguna otra cosa? —digo.

—Me temo que no.

—Oh, mierda. ¿Qué más?

—La compañía Meftah ha estado trabajando en una versión del virus RS-44.

—¿Cuál es ese? —pregunto y todos se quedan en silencio—. Oh, es “El” Virus. Espera. ¿Están trabajando en él? ¿Con qué propósito?

—Ya has visto lo que hacen con él; pero solo ellos saben para qué nuevos planes quieren utilizarlo. Y sea lo que sea, Chris, lo necesitamos.

—¿Necesitar qué?

—El Virus —dice Isaac frustrado—. ¿No has estado escuchando?

—¿Qué? —digo boquiabierto—. ¿Para qué necesitan el virus?

—Tenemos que estudiarlo para asegurarnos que nada de “esto” vuelva a pasar.

—¿Y quieren que lo robe?

—No solo eso, el antivirus también —dice Isaac.

Oh, mierda.

CAPÍTULO XXI

Esquivo dos golpes rectos de Isaac. Mi movimiento de cabeza sigue tan bueno como siempre y mi pelea en el suelo también. Lo único que me falla un poco es mi guardia: llevo tanto tiempo sin pelear que bajo las manos cada vez que tiro un golpe. Isaac me lanza una patada, la cacho y con una patada en su otra pierna, lo barro. Su cuerpo azota con fuerza. Tiro dos golpes a su cara, pero los bloquea, luego me empuja con sus piernas y se pone de pie.

Muestra preocupación en su rostro. Es un buen maestro; pero parece que siempre quiere vencerme y esta vez no consiguió hacerme nada. Acelera contra mí y me arroja una derecha, pero muevo mi cabeza a un lado y conecto un golpe directo en el hígado. Isaac da unos pasos hacia atrás y baja sus brazos. Su rostro me dice que el dolor se está expandiendo por todo su cuerpo, y está luchando por tomar aire.

—¡Uff!—grita Caín. Me ha estado echando porras desde que empezamos.

Esto me da confianza y acelero contra él; pero lo hago con cautela, un animal lastimado es aun más peligroso. Antes de conectar con otro golpe, él me tira otro primero, pero me lanzo por debajo del golpe y lo derribo. Me siento a horcajadas sobre su pecho y despacio dejo caer varios golpes a su rostro. No trato de golpearlo, solo tocarlo.

Isaac se mueve desesperado hasta que estira uno de sus brazos. Lo envuelvo en mis brazos, doy un giro rápido y tiro una pierna sobre su cara y otra sobre su pecho aplicando una llave: barra de brazo. No aprieto la llave fuerte por respeto a Isaac, pero no me deja opción cuando gruñe y trata de zafarse con fuerza. Aprieto un poco más hasta que lo fuerzo a rendirse.

Me pongo de pie y le doy la mano. Le toma unos segundos recuperar su aliento y verme a los ojos.

—¡Oh mierda! —dice Caín—. Te lo dije. Te lo dije. No digas que no te lo dije. Mi amigo es una bestia.

Me limito a escuchar sin sonreír o decir una palabra. Isaac es un excelente instructor y no quisiera faltarle al respeto. Esto es solo entrenamiento.

Isaac toma un respiro y dice:

—Eres bueno.

—¿Bueno? —dice Caín sorprendido—. Bueno es poco, es una bestia. Te dije que te cuidarás.

—¿Por qué no peleas conmigo? —le dice Isaac.

—Yo hago el amor, no la guerra.

—Culón —le dice Isaac.

Caín se encoge de hombros y se ríe.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta Isaac.

—Bien. Un poco oxidado, pero bien.

—Vas a recuperarte. Te soy sincero: no pensé que fueras tan bueno.

Me encojo de hombros.

—Tal vez lo fui. Hoy tuve suerte, supongo.

Isaac niega con la cabeza.

—No seas modesto. Eres el mejor peleador que he entrenado.

Me hace sentir con más de confianza saber que soy más competente que los demás. Sin embargo, el entrenamiento con armas de fuego no ha sido del todo exitoso, y no quiero saber cómo será el sigilo.

—¿Crees que sea suficiente?

A Isaac le toma unos segundos responderme, y Caín lo mira con intensidad.

—Creo que estarás bien.

No es la respuesta que esperaba, pero me basta. Cuando les dije a Nolan y a Isaac que aceptaría la misión, se quedaron atónitos. Pensaron que retractaría y saldría corriendo. Ya es demasiado tarde, tengo miedo; pero tengo que confiar que puedo hacerlo, en mi entrenamiento y en mi equipo.

—Además todavía nos quedan dos semanas de entrenamiento. Estarás listo para entonces.

—Eso espero.

—Vamos a comer algo.

Me parece perfecto. Entrenamos por cuatro horas seguidas. Pudiera llenar un garrafón de tanta transpiración y mi cuerpo se siente cortado. Me quito los guantes y tomo mis cosas. Isaac hace lo mismo y Caín nos acompaña; pero antes de salir de la habitación, Nolan irrumpe con un rostro de preocupación.

—¿Qué sucede? ¿Pasó algo? —pregunta Isaac con el mismo rostro.

—Hubo un cambio de planes.

Cierro mis ojos y le rezo a los cielos. No sé qué me va a decir, pero no puede ser nada bueno.

—¿Qué pasó? —pregunta Isaac.

—Tenemos que adelantar tu partida —me dice Nolan.

La boca se siente rasposa cuando trato de tragar la poca saliva que me queda.

—¿Para cuándo? —pregunto.

—Te vas en una semana.

—¿Una semana?! —exploto.

Isaac se ve tan preocupado como yo.

—Pero todavía no terminamos con el entrenamiento —dice Isaac.

—Lo sé. Pero tiene que ser así —responde Nolan.

—¿Qué va a pasar con mi entrenamiento? —digo con inquietud—. No estoy listo.

—Todavía tenemos dos días, estarás listo —me dice Isaac en un tono tranquilo.

De golpe, una punzada en el estómago me recuerda a algo aún peor.

—¿Y mi operación? —digo con un nudo en la garganta.

Nolan se queda callado por unos segundos, evitando mirarnos a los ojos.

—Dos días.

—¡Jesús! —estalla Isaac.

La punzada en el estómago se vuelve un vacío, y como relámpago la realidad me golpea en el rostro.

—¿Dos días? —digo con desaliento.

—Así es. Necesitas al menos cuatro días de recuperación.

—¿En dos días me van a cambiar el rostro?

Nolan guarda silencio por unos segundos. Sabe que esa no es mi preocupación. Lo que trato de decir es que en dos días voy a perder mi identidad. En dos días seré otra persona. Ni Mabelle, ni Dale ni Laura me reconocerían. Pero lo que más me duele es que mi hija no reconocería a su papá.

—Lo siento, Chris, pero no tenemos otra opción. —Nolan hace una pausa y dice a lo bajo con la vista en el suelo—: Suerte con tu entrenamiento. —Se marcha.

Me dejo caer de rodillas, desconcertado y meditabundo. Por fin sucederá: en dos días no habrá marcha atrás.

Caín se tumba en cuclillas a mi lado, pone su mano en mi hombro y me dice en un tono tranquilizador:

—Vas a estar bien.

—Tiene razón —dice Isaac seguro de sí mismo—. Vas a estar bien. Puedes hacerlo, confío que puedes hacerlo.

Es el mejor cumplido que me ha dado desde que entrenamos, y admito que me alienta más de lo que esperaba. Pero cuando peleaba, las palabras nunca me dieron confianza: el entrenamiento siempre fue lo más importante y el mío no está completo.

—No hemos terminado el entrenamiento —digo entre dientes—. ¿Y toda esa mierda de ser ninja? ¿Cómo me voy a pasar desapercibido?

—No es del todo difícil —dice en un tono dudoso.

—¿Ah sí? —digo con todo el sarcasmo que puedo mostrar.

—Sí. Solo tienes que... Um, actuar como ellos.

—Oh, qué bien. Lo hubieras dicho antes, no me habría preocupado —digo con una risa irónica.

—Vas a estar bien. Estaremos contigo todo el tiempo —dice Isaac.

—En la computadora.

—No estarás solo, te lo prometo.

—¿Y si me encuentro con Sal? O Kadar, ¿qué va a pasar si me enfrento a Kadar? Me va a destruir.

—¡Oye! —me grita sacándome de mi río de malos pensamientos—. Vas a estar bien. Puedes hacerlo, yo sé que puedes hacerlo. Eres el mejor soldado que he entrenado y estás preparado para lo que viene.

—No lo sé —digo negando con la cabeza.

—Yo sí sé. Subirás, harás tu trabajo y Dale estará libre.

Recordar a Dale me da fuerza. Esto no se trata de estar a salvo o de que todo salga perfecto, esto es sobre recuperar a mi familia.

—Tengo hambre —digo—. Vamos a comer algo.

Tengo que decírselo. Tengo que decirle que me voy en una semana. Hubo un silencio palpable en la cena, ni Caín ni yo dijimos una palabra. Mabelle y Lily ya están llevándose mejor y, aunque todavía se nota la tristeza en su mirada, su rostro empezó a tomar color. Pero ahora tengo que decirle que en una semana me voy a Urah y existe la posibilidad que no la vuelva a ver. ¿Qué tal si todo sale mal? ¿Qué tal si me asesinan y no pueden rescatar a Dale? Tengo mil razones por las cuales no subir y creo que Mabelle las tiene también; pero tengo una para hacerlo, la más importante de todas: se lo prometí, le prometí que lo rescataría y lo voy a cumplir.

Mabelle tiende la cama mientras la miro con melancolía.

—¿Qué pasa? —me pregunta—. No has dicho ni una palabra desde la cena.

—Nada, estoy bien.

Se rasca la nariz y me mira confundida.

—Es bastante obvio. Anda, me puedes decir. Hemos pasado lo suficiente

como para no guardarnos secretos.

—Creo que necesitamos sentarnos.

Nos sentamos en la orilla de la cama, mis manos tiemblan y mis pies no pueden estar quietos. Mabelle me mira de arriba abajo; mi preocupación la contagió.

Toma mi mano y me mira profundamente.

—Mira, te quiero con toda el alma por tratar de sacar a Dale. —Hace una leve pausa y toma un respiro—. Pero no tienes que hacerlo.

Un sentimiento de culpa me envuelve y me hace sentir asqueado de mí mismo, quisiera estar aquí con mi familia y no ella. Lo siento, pero es verdad. Pero es este mismo sentimiento que me fortalece y me llena de determinación: no es solo salvar a la familia de Mabelle, es salvar lo que queda de *nuestra* familia.

—Mabelle.

—Chris. Por favor, no...

—Me voy en una semana.

Mis palabras la hacen soltar mi mano de golpe y su mirada se agranda.

—¿En una semana? Pero...

—Hubo un cambio planes.

Mabelle toma de nuevo mi mano; pero esta vez la aprieta tan fuerte que va a quebrar mis dedos. Cierra sus ojos con un rostro de lamento y pone su frente en uno de mis hombros. A pesar de vivir en una maldita cueva, sigue teniendo un olor agradable. La tomo de la cabeza y acaricio su cabello rizado.

—Cuando era niña tenía pesadillas espantosas —me dice—. Ni siquiera sabía qué sucedía. Todo era borroso, como caminar entre tinieblas. Despertaba con el corazón saliéndome del pecho, aterrorizada. Fue cuando mis papás se

estaban divorciando. Se la llevaban a gritos, tirando cosas. Todos los días era un caos en la casa. Despertaba asustada y quería ir con mi mamá; pero me daba más miedo iniciar una pelea entre ellos que lo que había soñado. Me cubría hasta la cabeza y contaba hasta quedarme dormida. Recuerdo que una vez llegué a más de quinientos. Un día que tuve una pesadilla. Fue una de las peores: creo que me perseguían o algo así. Solo recuerdo que desperté con dolor de pecho y había mojado la cama con mi sudor. Traté de contar; pero no podía sacar la sensación de mi cuerpo, sentía como si la pesadilla siguiera en mi habitación. Nada me funcionó, hasta que Laura se acostó conmigo. No dijo nada, ella sabía por lo que pasaba. Se acostó a mi lado, me abrazó y me dio una pulsera que hizo en un campamento.

—¿El campamento hippie? —digo bromeando.

—Sí —responde riéndose—. El campamento hippie. Me dijo que era una pulsera que daba “buenas vibras” y que me ayudaría a dormir mejor. Típico de los hippies. Pero funcionó. Sentía que mi hermana estaba ahí, cuidándome. Y ahora siento que me cuida a través de ti —dice y me toma de la mano—. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? —dice con su voz quebrándose—. Que no me queda nada de ella. Ni la pulsera, ni una foto, nada.

—Me tienes a mí.

—Lo sé, Chris. Por eso te digo que no tienes que hacer esto.

—Voy a estar bien.

—Eres lo único que me queda —dice con lágrimas en su rostro.

—No es verdad, tienes a tu hijo. Y te prometo, Mabelle, que lo voy a traer de vuelta.

CAPÍTULO XXII

Hoy me operan, me cambiarán el rostro para ser alguien más. No es perder mi identidad lo que me aterra, es que me van a operar en una maldita cueva. ¿Cómo es eso posible? Admito que tienen buen equipo (de iluminación). Y tal vez buenas «instalaciones» para entrenar, pero ¿un quirófano? Tienes que estar bromeando. ¿Qué tal si abren mi rostro y me cae un pedazo de tierra? ¿Cómo demonios van a descontaminar todo? Nolan trató de convencerme una y otra vez, diciéndome que lo han hecho varias veces sin ningún problema y que cuentan con la tecnología para hacerlo, pero no me lo trago del todo.

—Vamos —me dice Caín, quien me llevará al quirófano.

Se me hace un nudo en la garganta en cuanto salimos de la habitación, nos dirigimos al centro, y el constante flujo de preguntas me vuelve a atacar.

—¿Entonces, es seguro? —le pregunto a Caín.

—Sí, Chris, es seguro.

—¿Cómo es el quirófano?

—Como un quirófano.

—Sí, ¿pero cómo?

—Pues como un quirófano de un hospital.

—¿Y quién es el médico?

—El Dr. Terrel.

—¿Es bueno?

—Sí, es el mejor. De Kharga, por lo menos.

—¿Ya ha hecho esto antes?

—Decenas de veces.

—¿Y cómo les ha ido?

—Chris —me dice y se detiene para mirarme—. Vas a estar bien. No eres el primero ni el último. Es un procedimiento que el Dr. Terrel ha hecho muchas veces, y no ha habido ningún contratiempo.

—Me van a hacer una cirugía plástica en una maldita cueva, Caín. En una *maldita* cueva.

—Lo sé, y me has hecho las mismas preguntas miles de veces, y las respuestas van a ser las mismas. Vas a estar bien, confía en nosotros por primera vez en tu vida.

—Es fácil decirlo, a ti no te van a abrir la cara.

Caín deja ir un suspiro burlón y me dice:

—Gracias a Dios.

—¿Qué?!

Caín se ríe.

Bajamos por la rampa al centro de Kharga, tomamos el túnel norte y pasamos por lo que parece ser la recepción. Una mujer trabaja en una pila de papeles.

—Caín — le dice la mujer.

—Jenny.

—¿Qué haces por acá?

—A mi amigo le van a hacer un *extreme makeover*.

—Ugh —dice Jenny sin poder evitar que se le escurra la preocupación de las palabras.

—¿Ugh? —digo preocupado—. ¿Qué significa *ugh*? ¿Qué quiere decir con *ugh*, Caín?

—Nada, hombre, vamos —me dice mientras me jala del hombro hacia el túnel.

—¿Ugh? ¿En serio? —le digo a Jenny a lo lejos.

—Buena suerte.

No necesito suerte. Necesito un hospital de verdad. Necesito que no me operan en una montaña.

Seguimos hacia lo que siento que es mi tumba, hasta llegar a una bifurcación de tres túneles. Tomamos el túnel a la izquierda y luego otra vuelta a la izquierda, donde nos topamos con una puerta de metal gris. La boca se me seca por completo. Las piernas me tiemblan tanto que, si no fuera porque Caín está conmigo, no dudara en huir lo más lejos posible.

Caín abre la puerta y por fin veo el famoso quirófano. Oh, mierda, es justamente lo que esperaba ver. Una mesa de operaciones color verde con un respirador artificial a un lado, un cardiógrafo que no se ve tan moderno y una lámpara quirúrgica móvil que parece una regadera.

Una enfermera morena, de pelo corto, prepara unos instrumentos en un plato quirúrgico. Sujeta un bisturí, se me sacude el corazón como si lo pusieras en una licuadora. Se me viene a la imagen cuando lo usan para cortarme el rostro y la sangre brota sin cesar.

—Carolina —saluda Caín.

—Caín, es bueno verte —responde la enfermera.

—Aquí te traigo al paciente.

Carolina se acerca y me estrecha la mano.

—Gusto en conocerte, Chris.

—Igualmente.

Debió notar el susto en mi rostro porque me dice:

—No te preocupes, todo es completamente seguro.

—¿Ah sí? —le digo con sarcasmo.

—Sí, hemos hecho esto muchas veces.

—¿Y nunca se les ha caído un pedazo de techo cuando abrieron a alguien? ¿Un poquito de tierra por la herida?

Carolina se ríe.

—Tenemos protección para eso —señala con la cabeza a una especie de lona sobre un aparato sobre ruedas.

—Guau, qué buena protección —digo con sarcasmo—. ¿Y cómo es que no te infectas de algo en este lugar?

—Tenemos medicamento para eso. No es como antes que teníamos que desinfectar toda la habitación. Con la medicina que tenemos hoy en día, podemos hacer esto en este tipo de lugar sin tener ningún problema.

Carolina toma una bata que estaba arriba de la cama y me la entrega.

—Cámbiate, empezaremos en cuanto llegue el doctor.

—Aquí es donde me retiro —dice Caín.

Quisiera decirle que no se fuera, que me hace sentir seguro, pero no, es demasiado.

—Suerte —dice Caín y sale de la habitación.

Con la bata en mi mano, atravieso una cortina corrediza en la esquina de la habitación. Cuando me desvisto, advierto lo empapado que está mi cuerpo en sudor. Es una pesadilla. Me pongo la bata y, con todo el valor que me queda, vuelvo con Carolina.

—Acuéstate —me dice.

De un estante, Carolina toma una vestimenta quirúrgica. Mis sentidos nunca habían estado tan alterados, el chirrido de la puerta casi me hace saltar de la cama, y luego un silbido de una canción que me suena familiar hace mi tímpano temblar.

—*Riders on the storm* —dice una voz.

Un hombre delgado y alto entro en la habitación, tiene cabello castaño peinado de lado. Obviamente debe ser el doctor porque usa una bata médica.

—*Riders on the storm* —repite el hombre, esta vez chascando los dedos.

—Doctor —dice Carolina.

—Carolina —responde con una sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, doctor. El paciente ya está listo.

—*Faaaaantástico*.

El doctor coloca una silla al costado mi cama y se sienta a un lado mío. Me da una mirada y una sonrisa tranquilizadora. No sé si debería relajarme al verlo tan animado o si debería preocuparme aun más.

—Soy el Dr. Gary Terrel y hoy voy a encargarme de dejarte más bonito que nunca —me dice animado.

Apenas puedo esbozar una sonrisa.

—Chris —me presento.

—Parece que viste a un fantasma, amigo. O que te van a abrir el rostro en una cueva —me dice guiñando.

Carolina toma mi mano y empapa mi muñeca con un algodón húmedo.

—Solo quiero saber si es... —digo, pero me interrumpe una pinchada que penetra mi vena—. ¡Au! —gruño. La enfermera pone un pedazo de cinta que sostiene la intravenosa en su lugar.

—Ya está —dice Carolina.

—Solo quiero saber si es seguro.

—Sí que lo es. Lo hemos hecho decenas de veces y todo ha salido a la perfección. Esta tecnología me sorprende.

—¿Qué tecnología?! —le espeto—. Estamos en una cueva.

—Me refería a la medicina. La anestesia y todo eso. Con lo que te vamos a poner, no vas a sentir nada y vas a salir limpiecito.

—Lo que sea que eso signifique.

El Dr. se ríe entre dientes.

—Me cae bien —le dice a Carolina—. Empecemos, Chris.

El doctor pasa a un lavamanos y se enjuaga los brazos con fuerza. Dios mío, en la que me metí. No lo soporto, quiero que paren, quiero...

—*Riders on the storm* —canta el doctor.

—Te voy a poner la máscara y vas a contar hasta diez —me dice Carolina.

—*Riders on the storm*.

Carolina me pone la máscara, un olor inodoro entra por mis fosas nasales y viaja por todo mi cuerpo, creando una vibración que hunde mi cuerpo en la cama.

— 1 —cuento.

—*Into this house we're born.*

—2.

—*Into this world we're thrown.*

—3.

—*Like a dog without a bone and actor out of loan.*

Riders on the storm...

CAPÍTULO XXIII

4...

Oh, mierda, creo que estoy en el infierno. Apenas puedo moverme, estoy mareado, mi cabeza está a punto de hacerse pedazos, pero sobre todo me duele el rostro. ¿Qué pasó? ¿Cuánto tiempo llevo aquí tumbado? ¿Estoy vivo? Tanteo mi cuerpo, la punzada de la intravenosa jala mi piel desde adentro, y el pitido del cardiógrafo me dice que mi corazón sigue latiendo. Sí, creo que estoy vivo. Todo mi cuerpo se sacude; recuerdo lo que estoy haciendo aquí. ¿Cómo seré? ¿Cómo me dejaron? Se me seca la boca al solo pensarlo. Llevo mis manos a mi cara y toco la superficie suave del vendaje. Presiono un poco y me arde: mi cara todavía está sensible por la operación.

Apenas voy recuperando mi vista, parece que la habitación está llena de neblina; pero alcanzo a advertir que es más pequeña que la anterior, parece que me trasladaron de cuarto. Mabelle duerme en un sillón a mi lado. Suspiro aliviado. Estoy bien, todo salió bien.

La puerta se abre y Caín entra con una cara seria y un plato de comida. Sus ojos se agrandan cuando me ve despierto y a paso rápido se acerca a mí.

—Estás despierto.

—Sí, eso creo. ¿No estoy muerto, verdad?

—No que yo sepa. Todo salió bien, no tuviste ningún problema.

—¿Cómo me dejaron?

—No lo sabemos. Estás como momia, Chris.

—Cierto.

Caín suelta una risita a lo bajo.

—¿Cuánto tiempo estaré en recuperación? —pregunto.

—No lo sé. Llamaré al doctor, espera un minuto.

Caín deja el plato de comida en una mesita y el ruido despierta a Mabelle. Se levanta de golpe, como si despertara una pesadilla.

—Tranquila —le dice Caín—. Está despierto. Voy por el médico.

Mabelle tiene grandes ojeras y una mirada aturdida.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta con inquietud.

—Bien. Un poco mareado, pero bien.

Esa es una gran mentira. Me siento como una mierda aplastada.

—El doctor nos dijo que todo salió bien, que en unos días vas a estar caminando.

Como dudo que voy a poder andar en tan solo unos días, parece que me sacudieron el cuerpo durante horas, y apenas puedo mantener la cabeza erguida.

—Tú te ves peor que yo —le digo bromeando.

Se ríe entre dientes.

—Es el sillón está muy incómodo.

—¿Estuviste durmiendo aquí?

Asiente.

—Espera, ¿cuánto tiempo llevo dormido? —pregunto.

—Solo un día, no te preocupes.

—Oh, no está mal.

La puerta se abre y entra Caín acompañado del Dr. Terrel, animado como la última vez que lo vi. Tiene cierto modo entusiasta de andar que parece que viene bailando.

—¿Cómo está el hombre nuevo?

—Nuevo, supongo —respondo.

El doctor revisa el cardiógrafo.

—*Perrrrfecto* —dice en tono animado.

—¿Cómo salí? ¿Ya parezco actor de Hollywood?

—Todo salió a la perfección. Ninguna complicación, en unos días estarás como nuevo, y tu cara estará maciza como la roca en este cuarto. ¿Nada mal para un veterinario, no?

—¿Qué?! —exploto.

—Bromeo —dice riéndose.

—No es gracioso.

—Es un poco gracioso.

—Sí, un poco gracioso —agrega Caín riéndose.

—Entonces en unos días podré andar. ¿Cómo es posible? Me siento como mierda.

—Buena medicina, Chris, buena medicina. Pero por lo pronto, tenemos que dejarlo descansar —dice volviéndose a los demás.

No me opongo. No me quedan fuerzas para nada más que dormir.

La recuperación ha ido bien. Como dijo el doctor: «buena medicina». Puedo tocarme el rostro sin molestias, y el día de hoy me quitan el vendaje. Estoy feliz por terminar mi recuperación, pero me aterra ver mi nuevo rostro.

Mabelle no se ha separado de mí en ningún momento; y me da gusto, no quiero estar lejos de ella. No hablamos mucho, pero con su presencia me basta para sentirme tranquilo. Caín también viene a diario, él sí que es un hablador, un tipo gracioso. Lo único malo es que tengo que reírme hacia dentro porque me duelen las mejillas. Isaac y Nolan vinieron un par de veces a discutir sobre la misión. Le tienen que pedir a Mabelle que se retire del cuarto, lo cual nos molesta a ambos. Pero está bien, es necesario: hemos hablado sobre el entrenamiento que no tuvimos, me repitieron una y otra vez que lo más importante es que debo ser como un Elevado, hablar como ellos, actuar como ellos, respirar como ellos. Algo que será difícil, ya que nunca he conocido a uno de ellos. ¡Al menos mi rostro se adelantó a la tarea!

Dr. Terrel entra a la habitación, saca unas tijeras de su bolsillo, pone una sonrisa de oreja a oreja y mientras corta con ellas el aire, me dice:

—Es tiempo.

En ese instante Caín irrumpe casi trastabillando por la puerta.

—¡Espérenme!— dice, luego se percata que todavía no me han quitado las vendas—. Oh, pensé que...

—No te preocupes —dice el doctor—. No te has perdido el *show*.

Mabelle y Caín se paran junto a mí, me miran atentos.

—Solo es mi cara, no un tesoro —les digo.

—Tal vez lo es —me dice Caín guiñando.

—Súpergay.

El doctor acerca sus tijeras detrás de mi cabeza y mi corazón se congela. Aprieto las sábanas con fuerza, que están húmedas por el sudor de mis palmas. Con el sonido suave de las tijeras, el vendaje se afloja en mi rostro. El doctor toma uno de los extremos y lo gira, descubriendo poco a poco lo que hay detrás. La presión de las vendas se libera y el aire fresco entra en mis poros. El vendaje va cayendo hasta que mi rostro queda descubierto.

Caín asiente con una sonrisa de bribón. Mabelle, al contrario, se puso pálida con los ojos tan grandes como bolas de billar. Parece estar a punto de desmayarse. El silencio me mata, la incertidumbre aun más.

El doctor me da un espejo de mano.

—Echa un vistazo —me dice.

La boca se me seca por completo, y me toma unos segundos agarrar todo el valor que necesito para levantarlo y ver mi reflejo; pero cuando por fin lo hago, lo que hay en el espejo no me asusta, ni siquiera me desagrada.

—Hum... no está mal —digo.

Si las personas que me conocen de toda la vida me vieran en estos momentos, no me reconocerían, pero tengo que admitir que no me veo del todo mal. Ciertas facciones todavía me hacen sentir incómodo cuando me veo en el espejo, pero me estoy acostumbrando. Lo que me da gusto es que no me quitaron lo bien parecido, eso era todo lo que pedía.

Pero bueno, hoy es el día. Después de largas semanas llenas de ansiedad, al fin *subiré*. Despedirme de Mabelle fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer; pero me hizo sentir aliviado que Nolan me asegurara que en cuanto *subiera*, el plan para rescatar a Dale se pondría en marcha. Lo rescatarán sin importar que termine mi meta o no.

En el centro de la ciudad, espero a Isaac que platica con Nolan sobre los últimos detalles. Caín está conmigo. Está serio y tampoco tengo una palabra para decirle. No vendrá conmigo y me cuesta admitirlo, pero lo extrañaré.

Isaac y Nolan se acercan a mí. Hay un poco de miedo en sus miradas; pero también se sienten orgullosos por lo que logramos en tan solo unos días.

—Estas son tus identificaciones —dice Isaac entregándome un par de tarjetas.

Tienen una fotografía mía, bueno, de *mi nuevo yo*, solo que el nombre...

—Christian Beckett —digo—. ¿El mismo nombre?

—Sí, será más fácil.

—Está bien. Con que no me nombren Jeremiah —le digo a Caín con sarcasmo.

—Mucha gente se llama Jeremiah. Es un buen nombre, un nombre fuerte —me dice justificando su terrible nombre falso.

—Como digas —le digo sonriendo—. Solo espero que no me digan Sr. Beckett porque me va a confundir un poco.

—No lo harán —dice Isaac y al fin dice las palabras que pensé que me aterrorizarían; pero en este momento me siento determinado y seguro de mí mismo—. Es tiempo de irnos.

—Chris —me dice Nolan y hace una pequeña pausa mirándome atento a los ojos—. Éxito —dice mientras me estrecha la mano con firmeza.

—Gracias por todo, Nolan.

—No, gracias a ti.

El rostro de Caín no parece tan firme como la de Nolan.

—No llores —le digo.

—No lo haré —dice con su voz casi quebrándose.

—En serio, no llores. Es ridículo.

—No voy a llorar —reitera.

Nos reímos. Nos damos un fuerte abrazo, y al separarnos me dice lo único que quiero escuchar en este momento:

—No te preocupes por Dale, yo me encargaré de traerlo a salvo.

—Gracias —le digo con un nudo en la garganta.

—No llores.

—¡No estoy llorando!

—Vamos —me dice Isaac.

Y así parto de Kharga directo a la ciudad que yace entre las nubes.

CAPÍTULO XXIV

El viaje a Argos fue un poco tenso. Pensé que sería difícil entrar; pero no lo fue, Isaac tuvo todo bajo control desde que salimos. No hablamos mucho, los nervios se comieron mis palabras. Pero estoy sereno y determinado, es tiempo de dejar mis miedos atrás y enfrentarme a lo que viene.

En Argos llegamos a otra casa cerca de la explanada. No en el sector diamante ni tan lujosa como la de Stefan; pero no está del todo mal, al menos es mejor que la mía. Nos encontramos con Stefan una vez más. Me dio gusto verlo, pero más gusto me dio cuando no logró reconocermelo. Mi rostro nuevo está haciendo bien su trabajo. Al menos eso parece porque no me identifica ninguno de los guardias. Ya que estoy aquí, me entraron unas ganas incontrolables de huir a casa, tumbarme en la cama y quedarme ahí para siempre. Pero qué va, no hay nada para mí en Argos.

Isaac estuvo hablando en privado con Stefan. No me prohibieron unirme a la conversación; pero no quise saber al respecto, mi mente está en otro lugar. Lo que sí llamó mi atención fue que discutieron algo sobre el mismo plano que vi en la casa de Stefan. Tienen un plan sobre el Elevador; pero cuando se lo pregunté a Isaac, lo único que hizo fue regalarme una sonrisa y un «ya verás».

Cae la noche. Pero antes de irnos a dormir, Isaac llega a la habitación con una botella de alcohol en la mano. Parece uno de esos pseudogüisquis baratos que venden en el Milagros.

—¿Qué dices? Para matar los nervios —me dice elevando sus cejas.

Y por supuesto que acepté; nada podría caerme mejor en estos momentos.

Subimos a la azotea, Isaac vierte la bebida en dos vasos. Le doy un trago mientras Isaac me mira a la expectativa de mi reacción. Un ardor atraviesa mi garganta hasta caer en mi estómago.

—Ah —carraspeo—. Está bueno.

—Vaya, vaya, tienes buena garganta —me dice sorprendido por pasar el trago con tanta facilidad. Le toma un trago y hace una mueca que casi me hace estallar de la risa.

—Y tú tienes garganta de niña —le digo.

—Soy atleta, no puedo andar poniéndome ebrio como tú —dice riéndose.

—Como digas, *nena*.

Isaac se pone a contemplar las luces de la ciudad. No me había percatado de lo tranquilo que se ve todo desde aquí. Nunca vi la ciudad desde lo alto y con tanta paz. Los edificios del sector industrial se elevan a lo lejos sobre una neblina de polvo y suciedad. La ciudad se ilumina con diferentes colores. Es un contraste increíble en comparación con los colores que le da la tierra y las rocas a Kharga, y sobre todo con las imágenes que vi de Urah.

—¿No está mal, no? —me dice Isaac.

—No, en realidad no.

—Es una lástima que todo sea una mierda. Quisiera gritar con todas mis fuerzas la verdad sobre este agujero, pero no todos están listos. Tienes que entender eso, Chris, que no todos los que están en Argos están listos para... *Despertar*.

Me cuesta trabajo tragármelo, pero tiene razón.

—Lo entiendo. Admito que yo no estaba listo del todo cuando vi los depósitos por primera vez, y sobre todo cuando me explicaron lo de los laboratorios.

—Y aun así, aquí estás.

—Sí —contemplo el vaso—. Aquí estoy.

Tomo otro trago. Mi garganta se acostumbró al amargo sabor y me sabe sorprendentemente bien.

Isaac se queda viendo hacia la ciudad por unos segundos, abstraído, hasta que por fin tengo el valor de preguntarle algo que quería saber desde que lo conocí.

—Isaac —le digo con un tono inseguro.

—¿Qué pasa?

—¿Tienes familia? —digo un poco incómodo con mi pregunta.

El rostro de Isaac cambia de golpe. Su rostro fuerte y firme colapsa en un mar de tristeza. Su mirada cae al suelo, y por primera vez lo veo vulnerable.

Isaac niega con la cabeza.

—Se fueron.

—Lo siento. ¿En la Calamidad?

—Sí.

Su mirada se pierde en un vacío profundo. Reconozco esta mirada, la he visto en todos nosotros.

—Habíamos vuelto de Cabo San Lucas —dice—. Fuimos de vacaciones con nuestros hijos. Fue algo que pospusimos varias veces porque yo tenía mucho trabajo. Soy ingeniero, por cierto, o al menos lo era. Trabajaba en una empresa transnacional que fabricaba microondas. También era un hijo de perra —dice con pesar—. Le era infiel, y la verdadera razón por la que posponíamos las vacaciones era porque siempre hubo mucha tensión entre Martha y yo. No quería pasar mucho tiempo a solas con ella porque tarde o temprano las cosas explotaban y terminábamos peleando.

Hace una pausa. En su mirada, se aprecia como este recuerdo le carcome las entrañas.

—Y tenía razón —dice al fin—. Esas vacaciones las terminamos a gritos y golpes. Siempre que discutíamos, me refería cosas del pasado, veces que le

fui infiel. Sabía que nunca iba a perdonarme mis errores. Quizás porque los seguía cometiendo. Ella me acusaba y yo negaba y negaba y negaba. Era un mentiroso de primera. Al volver a casa, ella se tranquilizó un poco, pero yo seguía molesto. Era parte de mi plan negar y mantenerme molesto durante un tiempo. Me hacía el «ofendido», porque en mi mente quizás así podía ganar el argumento. Esa noche, ella me pidió perdón por lo que pasó en el viaje. Me dijo que no era su plan que así fueran las vacaciones, pero como un buen actor yo seguí en mi papel. «No la perdones en el momento», recuerdo que dije, así que seguí con mi teatro. Su rostro y su silencio me decían lo mucho que estaba arrepentida; pero en lugar de hacer las cosas bien, mejor fui por unos cigarrillos. Salí y di vueltas por el vecindario, quizás unos veinte o treinta minutos hasta que empecé a escuchar los gritos y las sirenas. Al principio no me importó; pero el caos empezó, se arreció y una punzada en el estómago me hizo volver a casa. Y ahí estaban *ellos*. Un par de infectados. Recuerdo que eran la vecina y su hijo menor. Doña María, una mexicana indocumentada. Maldita vieja gorda. Todavía recuerdo su rostro cubierto de sangre. No la pensé mucho, corrí por un rifle y les volé la cabeza a los dos. Lo que sentí fue un vacío, algo que no es humano, y aun así todos los humanos lo sentimos ese día. Después de unos minutos ellos despertaron y... Tú sabes.

—Sí, lo sé.

—Con la sangre de mi familia en mis manos, me encerré en mi casa, esperando que vinieran por mí, pero nunca lo hicieron. Hasta el día de hoy no sé cómo no llegaron por mí.

—Lo siento mucho, en verdad.

—Sí, yo lo siento por ti también. A veces me pregunto si lo que estamos haciendo en verdad tiene sentido. No sé si podemos volver a ser los mismos de antes. Si no fuera por Nolan, no creo que seguiría aquí.

Desde que me uní a ellos, me he preguntado lo mismo: si lo que voy a hacer en verdad tiene significado. Tengo mis dudas. No sé qué efecto tendrá asesinar a Amir sobre nuestro destino, pero confío en Los Lince. Sé que estarán conmigo hasta el final. Y yo también, no solo para mi familia o mis amigos,

esta ciudad nos necesita. Y si asesinar a Amir mejorará sus vidas, vale la pena hacerlo. No dejaré que gente inocente siga sufriendo nunca más.

CAPÍTULO XXV

Al día siguiente despierto con una energía renovada. Los tragos estuvieron bien, pero la conversación aun mejor. Me alegra haber tenido ese momento con Isaac, me hizo sentir más unido a él y a su causa. Me dio un sobre con instrucciones para cuando llegara a casa y un traje de alta costura para hacerme pasar como un importante empresario.

El chequeo de seguridad para ingresar a la explanada fue más fácil que el último: no me puse tan nervioso como la primera vez, y como Isaac está vestido de mi mayordomo (cosa que me hizo caer a carcajadas), me hizo parecer alguien importante. Lo que puso todo mi cuerpo a temblar es el colosal Elevador: ya no me causa impresión, ahora es una fuente de ansiedad.

Antes de abordar, deben revisar nuestros papeles una vez más y someternos a un escaneo corporal por medio de un láser. Isaac me dijo que aquí es donde se lleva a cabo el reconocimiento facial. Estoy impresionado: al parecer mi nuevo rostro es tan efectivo como podría serlo porque los guardias me reciben con cortesía como Señor Beckett. Ya me la estoy creyendo.

Y aquí estamos frente a la gigantesca puerta de metal.

—Bienvenidos —dice la misma voz de la mujer en el tren.

Con el resoplido de un pistón y un zumbido suave, la puerta doble se desliza a los laterales. El mundo se congela por unos segundos: nunca había visto semejante imagen. Isaac se ve tranquilo. Nunca le pregunté si había subido; pero se veía tan confiado con el protocolo como Caín cuando salimos de Argos, así que no debe ser su primer viaje.

Por dentro, el Elevador es más grande de lo que esperaba. Hileras de asientos con piel azul rodean un voluminoso pilar en el centro del Elevador. Las blancas y limpias paredes le dan un aspecto seguro como el de los hospitales. Con nuestras cosas en mano, tomamos asiento pegados al pilar. En este momento no subirá nadie más. Mis nervios fueron reemplazados por asombro

y, a pesar que tenemos docenas de cámaras sobre nosotros, mi nueva cara me recuerda que no hay nada que temer. Un pitido computarizado sale de las bocinas y la voz de la mujer nos indica ajustarnos el cinturón de seguridad. ¿Para qué un cinturón de seguridad? ¿Qué tan rápido sube esta cosa? ¿Y qué pasaría si el Elevador colapsara? Unos cinturones de seguridad sean suficientes.

Me hace sentir más cómodo que no haya subido nadie más. Isaac me dijo que esto pasaría: que a esta hora es raro que suba alguien, y es más concurrido en las mañanas porque es cuando las personas de Argos suben a trabajar. En cuanto a los Elevados, la mayoría no tiene razón para bajar.

La puerta de cierra y, con ella, tal vez la última vez que vea Argos.

—¿Listo? —me pregunta Isaac.

No me queda ni una palabra, así que me limito a asentir.

El pitido de nuevo, seguido por la voz de la mujer.

—Por favor, permanezcan en sus asientos en todo momento. Llegaremos a Urah en un minuto. Buen día y que tengan un cómodo y seguro ascenso.

En automático, el cinturón de seguridad se aprieta aún más a mi cuerpo. El Elevador tiembla un poco con un zumbido suave. Se siente un ligero movimiento, y el estómago me da vueltas. Isaac pone una sonrisa, casi burlona por mi susto; pero el viaje es suave y tranquilo y, aunque pareció que fue más de un minuto (¡¿a qué velocidad viaja esta cosa?!), el ascenso termina más rápido de lo que esperaba.

—La Corporación Meftah quiere darles la bienvenida a Urah: la Ciudad de los Cielos. Que tengan una buena estadía y que todos sus propósitos se vuelvan realidad.

Me toma un tiempo advertir lo que está pasando. Cuando Isaac me dice que es tiempo de irnos cuando desabrocho el cinturón y me pongo de pie. Tomamos nuestras cosas y esperamos frente la puerta. No puedo dejar de rebotar mi pie

del piso.

—Tranquilo —me dice Isaac.

—¿Ya has estado aquí?

—Sí, no es nada...

El resoplido de la puerta interrumpe a Isaac y las dos puertas se deslizan a los laterales. Lo que está frente a mí me deja atónito: lo vi en fotografías, pero en vivo es otra historia.

—Este es el lobby —me dice Isaac.

Las personas pululan de un lado a otro. Es un área grandísima, parecida a la estación de un aeropuerto, con pisos grises y una recepción con hileras de personas esperando su turno. Pero lo más impresionante es una muralla gigantesca entre el lobby y la ciudad, con leones de bajorrelieve en las paredes y una especie de arroyo que viaja a su alrededor. En el centro hay un puente que pasa por arriba del agua y se dirige a un túnel que se adentra a la gran pared.

—Bienvenidos —nos dice uno de los guardias, que casi me hace brincar de la sorpresa.

—Gracias —le digo dudoso.

—¿Primera vez en la ciudad?

Me toma unos segundos responder porque no estoy seguro de qué es correcto contestar; pero recuerdo que no se trata de mentir, sino de actuar como ellos.

—Así es —le digo.

—Lo puedo ver en su expresión: todos ponen esa cara cuando suben por primera vez.

No logro identificar si este hombre es argueano o de Urah.

—¿Puedo ayudarlo con su maleta? —me pregunta.

Definitivamente de Argos.

—No, estamos bien —respondo con seguridad.

—Por favor, pase a la recepción con su identificación en mano. Ahí lo atenderán y le ayudarán a llegar a su destino.

—Muchas gracias.

—Que tengan un buen día y disfruten su estadía en Urah —me dice con una sonrisa de relaciones públicas.

Llegamos a la recepción, e Isaac me da un golpecito con el codo en el brazo.

—Debiste dejarlo que llevara las cosas.

—¿Tú eres mi mayordomo, recuerdas? —le digo guiñando.

Isaac niega con la cabeza y se ríe.

Hay varias filas. Es claro que una de ellas es para habitantes de Argos: lo sé por las vestimentas que, aunque no son andrajos, no es tan fina como el traje que traigo puesto. VISITANTES dice un letrado sobre la fila.

—Tú vas en *residentes* —me dice Isaac.

—Así es —le contesto bromeando.

—Imbécil —me dice devolviéndome la risa.

La ventanilla de residentes está vacía, llego con una mujer de traje y sacamos nuestras identificaciones.

—Bienvenidos —nos recibe—. ¿Me permiten sus identificaciones?

—Gracias. Aquí tienes.

La recepcionista pasa las identificaciones por un láser y, después de un pitido, nos dice:

—Bienvenido, Señor Beckett. ¿Primera vez en la ciudad?

—Así es. ¿Se nota mi cara verde? —le digo bromeando.

Se ríe.

—No exactamente. La computadora me dice que es la primera vez que sube.

Me hace tragar una gran gota de saliva pensar sobre lo poco que sé de esta ciudad. Lo único que aprendí es dónde están los lugares porque pude analizar los mapas; pero fuera de eso, no tengo ni idea sobre la cultura, la historia de Urah, qué tipo de procedimientos de seguridad se llevan a cabo o qué tipo de educación imparten.

—Listo —dice la recepcionista—. Puede pasar por el túnel. Ahí tendrá su auto esperándolo para llevarlo a su residencia.

—Perfecto. Muchas gracias.

—Para servirle y que disfrute de Urah.

—Oh, lo haré —le digo sonriendo.

Atravesamos el puente de la Muralla y entramos en el túnel.

—¿Tengo carro? —le pregunto a Isaac.

—Sí, te compramos uno, suertudo de mierda.

—En serio.

—Sí, deberías estar agradecido.

Me limito a sonreír. No sé si agradecido es la palabra. No sé si debo estar agradecido porque me compraron un carro para arriesgar mi vida y asesinar a

Amir Meftah, pero bueno, al menos me tratan bien.

El túnel está repleto de cámaras de seguridad. Cuando lo vi en fotografías, me sentí confundido. Les pregunté por qué demonios iban a tener una muralla aquí. Me dijeron que es más que nada por razones simbólicas: Urah fue construida como una especie de ciudadela.

Cuando llegamos al final del túnel, me quedo boquiabierto. Todo mi estado de ánimo cambia con las grandes praderas verdes que tengo frente a mí. A lo lejos, se ven los rascacielos en la que sé que es la zona industrial y donde viven los becados. El aire se siente mucho más limpio que cualquier otro que he respirado en mucho tiempo, y la temperatura se siente bien en mi piel. Tengo entendido que Urah tiene su propio generador de estaciones artificial, y en este momento estamos en primavera. No más calor, no más sudor sin cesar. Esto parece el paraíso.

—Ese es tu carro —me dice Isaac.

Es un carro bajo y largo color plateado, justo para una ciudad moderna como esta. La puerta se abre hacia arriba automáticamente, e Isaac me da una palmada en el lomo.

—Y aquí es donde nos despedimos —me dice.

Se me hace un nudo en el pecho. No sé si es porque me quedaré solo o porque lo voy a echar de menos. Sé que me guiarán durante todo el proceso; pero voy a extrañar la compañía y, aunque esté con otras personas, extrañaré a *mi* gente, los de *abajo*.

Isaac mete las maletas en la cajuela del automóvil. Se para frente a mí y nos miramos por unos segundos sin decirnos nada. Le toma un tiempo poder sacar las palabras y por fin me dice:

—Vas a estar bien.

No abrazos, no despedidas emotivas, solo una estrechada de manos. No debo ser débil. Pero sobre todo tengo que actuar como si esto fuera normal, como si

mi amigo en verdad fuera mi mayordomo; así que sin decir una cosa más me subo al auto y, con el suave zumbido del casi inaudible motor, dejo a mi amigo atrás.

Me entra una nostalgia abrumadora que me hace la garganta pedazos y casi me saca una lágrima; pero resisto: el panorama es tan tranquilizador que me ayuda a mantenerme firme y a seguir con lo mío. No estoy aquí para ser débil o para disfrutar: Amir Meftah es mi objetivo y cumpliré mi misión cueste lo que me cueste.

Pasamos el primer sector, el sector industrial. A mi lado izquierdo, hay decenas de rascacielos y grandes edificios modernos. Cuatro columnas de edificios de más de veinte pisos donde se hospedan los becados. Me hace recordar a Dale: de haber aceptado la beca, estaría durmiendo tranquilo en ese lugar. La plaza está concurrida con personas que pululan sobre grandes áreas de zacate color verde vivo. Es como el sector industrial de Argos, pero sin la depresión.

Afortunadamente para mí, no estaré trabajando en ningún momento. Se supone que soy un gran empresario con una cadena de negocios en Argos y que manejaré todos mis asuntos desde mi casa. ¿Eso sí es la buena vida, no?

El auto gira hacia el este, a la zona residencial. A lo lejos, hay un gran estadio en forma de domo que se eleva por encima de todas las casas. Es colosal, mucho más grande que cualquier cosa que tenemos en Argos. Me hace sentir en el pasado, cuando iba a partidos de fútbol con mis amigos. En verdad, esta gente vive un sueño, como si nada hubiera pasado, mientras que los demás nos pudrimos abajo con mentiras y exigüidad.

Otro giro a la derecha y llegamos a mi vecindario. Las casas varían, desde pequeñas hasta grandes mansiones con entradas enormes y todo tipo de coches. Son grandes; pero, por lo que vi en las fotografías, no son tan grandes como las casas en Las Colinas pasando el Río Éufrates. Ahí es donde viven los Meftah.

El auto se detiene en una casa de dos pisos, con un ventanal en la parte de arriba y terraza. El auto sube a la cochera y se detiene. Todos los nervios se

me ponen de punta hasta que una voz en la computadora me dice:

—Llegamos a su destino, Sr. Beckett.

Tomo las llaves y me bajo. Presiono el llavero para abrir la cajuela y saco las maletas. Voy a la entrada, y un pitido me indica que se está haciendo un escáner de seguridad que, por lo que tengo entendido, es un chequeo facial.

—Bienvenido, Señor Beckett —dice una voz computarizada de una mujer.

Estoy en casa.

CAPÍTULO XXVI

Es una buena casa. Estaba esperando más para ser honesto: no es tan grande, pero es lo más lujoso que he visto en cinco años. Quizás sea por la fantasía que he tenido en mi cabeza sobre la vida en Urah. Mi casa previa a la Calamidad era más grande que esta. El problema es que las casas aquí arriba son carísimas, y en realidad estás pagando por la seguridad (irónico, ya que vives en las nubes). Pero no me puedo quejar: es mejor que mi pocilga en Argos y lo mejor que pudo costear la organización.

Son dos plantas; el color blanco de las paredes y el techo abunda por la casa, acompañado de colores gris metálico; el piso es de mármol, pero por el color grisáceo da la impresión de ser de cemento. A mi derecha tengo la sala: sillones blancos y negros hacen buen juego con el resto de la casa. Al final de un pasillo, está la cocina: una cocina común y corriente con lo que se necesita, de tamaño mediana, y aunque no sea buen cocinero, tendré un bonito lugar donde experimentar.

Subo las escaleras y llego a «donde la magia sucede»: mi habitación. Nada mal, de hecho, es espléndida: es amplia con una cama matrimonial, un televisor de unas 32 pulgadas, uno de esos guardarropas tipo habitación y un baño que conecta con el mismo. Me pregunto si compraron el televisor para que me divierta o para aparentar ser normal. Quién sabe cuánto tiempo estaré en viviendo en este lugar.

Arrojo las maletas a un lado de la cama, me siento y tomo un gran respiro. Por fin podré tener tranquilidad. Y en cuanto digo eso, parece que invoco la desgracia porque alguien toca la puerta. El corazón me late tan rápido que no me puedo quedar sentado por un segundo más. Vuelven a llamar. Maldita sea. No pudieron descubrirme tan rápido: acabo de llegar y nadie descubrió mi identidad. ¿O quizás estaban esperando que llegara para poder encontrar la casa? ¿O averiguar quién me acompañaba? ¿Qué va a pasar si me descubren?

Mi cuerpo se sacude con un tercer llamado. Ando de un lado a otro en la

habitación hasta que un golpeteo más me hace parar en seco. «Está bien, respira», me digo a mí mismo. «Actúa con normalidad. Aunque vengan por ti, puedes negarlo todo. Tienes identificación, papeles, hasta una cara nueva. Maldita sea, puedes con esto».

Bajo las escaleras a paso rápido hasta recordar que tengo que calmarme, ir más despacio. Tomo otro respiro, me aseguro de no estar transpirando, me detengo frente a la puerta y, después de unos terribles segundos, me atrevo a abrirla.

Una señora se está alejando de la casa; pero cuando se percata que abrí, se vuelve y a paso rápido viene conmigo. Lleva una canasta en sus brazos.

—Buenos días —me dice con entusiasmo.

La manera en que me investiga de pies a cabeza me incomoda un poco. Tiene un traje de alta costura color rosa pastel, cabello rubio que le llega hasta los hombros y su cara parece haber llevado todo tipo de procedimiento quirúrgico.

—Mary Ann —me dice mientras me entrega una canasta envuelta en plástico llena de frutas y otras latas.

—Chris... Christian. Beckett.

—Mucho gusto, Christian —me dice sin mirarme a los ojos. Está más preocupada por ver la casa—. Bienvenido al vecindario —dice mientras me pasa por un lado y entra a la casa sin mi permiso. ¿Qué?, ¿no existen los modales en este lugar?

Mary husmea en cada rincón. ¿Qué está haciendo? ¿La enviaron aquí para investigarme o simplemente es maleducada?

—Gracias, Mary Ann. Y gracias por la canasta —le digo con una sonrisa falsa.

Hay un momento de silencio en el que parece no preocuparle mi presencia,

cuando estoy a punto de explotar y decirle que pare, pero no, tengo que pretender. Tranquilo, de todo lo que pudo entrar por esa puerta, ella es lo mejor.

Mary Ann por fin deja de meter su nariz en cada rincón y se acerca a mí. Sigue estudiándome de pies a cabeza, juzgando.

—Tienes bonita casa —me dice, pero no parece creérselo del todo.

—Gracias.

—Escuché que venías de *abajo*.

El corazón me hace un vuelco y, al parecer, ella no lo advierte porque me dice:

—No te preocupes, aquí nos enteramos de todo. Especialmente cuando alguien *sube* a vivir con nosotros.

Lo dice con un tono tan condescendiente que me da asco: al decir *nosotros* parece que se refiere a alguien diferente a mí. Pero no puedo dejar que su actitud me gane, y mucho menos mis emociones.

—Así es, vengo de *abajo*, pero ¿todos venimos de *abajo*, no? —digo en forma de broma.

Mary Ann suelta una risita irónica.

—En eso tienes razón. ¿Y cómo fue tu subida?

—Estuvo bien, tranquila.

—Hum, ujum —me dice casi sin ponerme atención—. Escucha, tengo prisa. Solo venía a darte la bienvenida al vecindario, me gusta conocerlos a todos. Estoy organizando una fiesta.

—¿En verdad? ¿Qué celebran?

—Nada en especial. Es una pequeña reunión en realidad.

—Espero que se la pasen bien —le digo mientras me hago a un lado, abriéndole espacio para que pueda salir y se vaya al demonio.

—Pero ¿dónde están mis modales? —dice como si recordara algo—. ¿Por qué no vienes?

—¿Yo? ¿A la reunión?

—Sí, así podrías conocer al vecindario y a otras personas.

—No lo sé. Aprecio su invitación, pero no conocería a nadie y...

—Ese es el punto —me interrumpe—. Ya que estás aquí con nosotros, necesitas conocer gente nueva. Te mandaré la dirección por correo.

—Bueno, si lo pone de esa manera, creo que no me deja opción.

Tiene razón. Aunque no soporte su actitud, tiene un buen punto: necesito conocer a gente nueva, tengo que ser como ellos, y sería una buena oportunidad para aprender. Pero no me siento preparado: el simple hecho de pensar en convivir con esta gente me da escalofríos. Acabo de llegar, primero necesito descansar.

—Bueno, ten buen día, Chris, y bienvenido de nuevo —dice mientras sale por la puerta.

—Buen día a usted también.

—Espero verte allá —me grita mientras se aleja sin volverse a mí.

—Ahí estaré. Gracias por la invitación.

Cierro la puerta y dejo ir mi aliento. ¿Qué fue eso? Y no me refiero a la señora. El miedo que me entró al escuchar el sonido de la puerta me paralizó por un momento e hizo que mi cabeza se volviera loca. Al menos sobreviví mi primera interacción humana en Urah, pero me dejó agotado.

Subo a la habitación y esta vez me tumbo en la cama con mis brazos bien abiertos. Tomo todo el aire que pueda respirar. El silencio es tranquilizador, y el panorama desde el ventanal es aun mejor. Cierro los ojos y me dejo llevar por la calma. ¿Qué es lo que voy a hacer aquí? Me enviaron a trabajar, me enviaron a ser uno de ellos. ¿Debería ir a la reunión? No estoy seguro.

Está bien. No me mandaron de vacaciones, tengo que ponerme a trabajar. Me levanto de brinco, saco el *folder* con las instrucciones de la maleta y entro al guardarropa. En una de las paredes, hay un gran espejo más o menos del doble de mi cuerpo.

Saco un paquete de hojas del folder. Tienen información personal sobre «Christian Beckett», mi misión y planos de la casa. Según uno de los papeles, en este ropero hay un compartimiento secreto detrás del espejo donde está mi equipo de espionaje. *Equipo de espionaje*, no puedo decir eso sin soltar una risita. Ahora soy un tipo de James Bond. Christian 007.

—Vamos a ver... Vamos a ver... —murmuro. Según las instrucciones, tengo que presionar tres diferentes lugares en el espejo en cierto orden. Los presiono y *ábrete sésamo*. El espejo se desliza hacia un lado, y una pared con un traje envuelto en plástico, cartuchos, cilindros pequeños y un maletín se desliza hacia mí.

Tomo el maletín. Los papeles me dicen la contraseña, presiono los números en un pequeño panel y escucho el clic de un seguro. Dentro encuentro cosas que me hacen sentir más James Bond que nunca: un brazalete con una pantalla, un auricular, un pequeño micrófono, un paquete de lentes de contacto, algo que parece ser un arma y una especie de collar delgado desunido de un extremo.

Hay otro folder dentro del maletín, donde encuentro más información sobre Amir y los Meftah. También un grueso instructivo de los dispositivos. Le doy una hojeada. Las cosas que dice están fueran de mi realidad.

El traje tiene un sistema de camuflaje. Usando el brazalete, puede transformarse en todo tipo de ropa: un esmoquin (eso sí es muy James Bond), un traje formal, ropa civil, una bata de médico y uno que otro cambio. Es impresionante. Tiene la explicación científica sobre su funcionamiento; pero

para mí es como leer chino con japonés y una pizca de ruso.

Obviamente el auricular va en mi oreja, pero el micrófono es un poco distinto. Sí es un micrófono; pero no es para la ropa como previamente supuse, se coloca en mi diente. Vaya que será incómodo. Solo espero que no haga corto circuito y me achicharre el cerebro.

El collar. Oh, Dios mío, *El Collar*. Es un cambiador de rostro: solo basta con ponérselo en el cuello y creará un holograma sobre mi rostro con la cara de otra persona. No solo eso, puedo copiar el rostro de alguien más. ¡Maldición! ¿Entonces para qué me cambiaron el rostro en Argos?

Los lentes de contacto (que tampoco son ordinarios) son inteligentes, sirven para escanear lugares y recibir información de mi brazalete a mi rango de visión. Serán útiles para encontrar un restaurante con buena comida.

El brazalete es el centro de todo. Sirve como comunicador y para controlar los demás dispositivos: el camuflaje, la comunicación, el collar y la información en los lentes. El único aparato independiente del brazalete es el arma; así que si pierdo mi brazalete, todo mi equipo estará obsoleto. Hay que asegurarnos que eso no suceda.

El arma más rara que he visto, que tiene forma de dos largas barras de plástico, tiene dos funciones: cuando las dos barras están juntas, tiene función de *taser* que lanza una descarga eléctrica de corto alcance por uno de los extremos; y cuando las barras se giran, partiéndose por la mitad, un cañón aparece en uno de los extremos y un gatillo por abajo: una pistola con seis disparos de balas hechas de una especie de goma tan dura como el metal.

Un sonido motorizado se acerca, me paraliza y el aliento abandona mi cuerpo. El sonido se acerca más y más hasta que por fin una especie de robot con forma cilíndrica (¡que pensé que era un bote de basura cuando lo vi!) entra a la habitación. Es una especie de R2-D2 con ruedas de oruga, que me llega a las rodillas.

—Buen día, Christian —dice una voz que sale del robot. Brinco del susto. Qué demonios, esta cosa sabe mi nombre—. Soy yo.

—¿Quién yo?

—¿No reconoces mi voz?

—Eres un maldito robot. ¿Cómo voy a reconocer tu voz?

—¿No reconoces la voz *dentro* del robot?

Me quedo pensando un momento. La voz sí me parece familiar, pero no logro ponerle rostro.

—Soy Nolan.

Mi mandíbula cae al suelo con la sorpresa.

—¿Nolan?!

—Así es.

—Demonios, ¿estás dentro del robot?

—Pues no literalmente, Chris —dice una voz distinta a la primera.

—Lo sé, Nolan —digo resoplando—. Me refiero a manera figurada.

—Ese es Caín —dice Nolan.

—Chris. Es bueno escucharte, amigo.

Siento un alivio tremendo al poder comunicarme con ellos; ya no estoy tan solo ni tan asustado.

—Igualmente —me contesta Caín.

—¿Así que a esto te referías con que ibas a estar conmigo, Nolan?

—Así es —afirma con confianza.

—Pues no es estar del todo conmigo.

—Cómo te quejas, hombre —dice Cain—. Tienes suerte que pudieron hackear el robot. Eres el primero en subir que tiene este privilegio, deberías estar agradecido.

—Uy, sí, qué honor es tenerte aquí conmigo jodiendo y jodiendo.

Una risa sale del robot.

—Chris —dice Nolan—. ¿Cómo estuvo tu viaje?

—Bien, todo salió a la perfección. Este nuevo rostro está brindando fruto.

—Perfecto. Pero lamento decirte que no puedes ponerte cómodo aún.

—No estás de vacaciones —dice Caín.

—Créeme, lo sé.

—¿Algún acontecimiento que necesitemos saber? —dice Nolan.

— No, nada fuera de lo normal. Aunque hace unos minutos vino una vecina, una vieja altanera y apática. Me invitó a una reunión, pero la mandé a un tubo.

Hay un pequeño silencio en la bocina.

—Creo que es una buena oportunidad para empezar a conocer a gente.

—Demonios, temía que dijeras eso.

—Así es esto, Chris. Necesitas hacer amistades que te lleven a tu objetivo, no queda otra.

— Sí, lo entiendo. Tendré que ir a *divertirme* —digo riéndome con sarcasmo.

—No solo eso, tienes trabajo que hacer en la noche.

—¿Qué hay que hacer?

—Te verás con Jayson, es uno de nosotros. Te verá a las 10:00 P.M. en el Elmesu.

—Es un antro, Chris —dice Caín riéndose—. Vas a andar de fiesta todo el día, maldito suertudo.

Me río.

—Sí así le quieres llamar.

—Te mandaremos las instrucciones al brazalete. Es lo único que puedes usar para comunicarte con nosotros. Debes evitar a toda costa usar los otros aparatos de la casa para mandarnos algún mensaje a nosotros o guardar información.

—Lo entiendo.

—Eso es todo por hoy. Espero que todo salga bien, hijo.

Después de unos segundos de silencio, puedo agarrar el valor para preguntarle.

—Nolan.

—¿Qué pasa?

—¿Y Dale?

—Ya me estoy encargando de eso, Chris —dice Caín—. El plan ya está en progreso; pero nos tomará unos días, tal vez unas semanas para sacarlo. Pero lo haremos, no te preocupes.

Toda la pesadez que sentía sale disparada de mi cuerpo. Todo está bien, todo está viento en popa.

—Muchas gracias, Caín, en verdad.

—Ni lo menciones.

—Suerte, Chris —dice Nolan y se acaba la transmisión.

Ahora es tiempo de ponerme a trabajar, o de fiesta como dijo Caín.

CAPÍTULO XXVII

El espejo del baño es inteligente: me muestra estadísticas de la casa como la despensa, el mantenimiento, el estado del automóvil, el correo y otras cosas que no tuve la oportunidad de revisar. También me muestra un mapa en tercera dimensión de Urah, donde puedo encontrar cualquier lugar y me permite ver información adicional del sitio: si es un restaurante, me dice los horarios y platillos que sirven; si es una localidad pública, me dice la historia de lugar, lo que puedo encontrar ahí y cualquier otro tipo de información; también me dice fechas importantes de los lugares de Urah, sobre la ciudad en general y un sin fin de información más. Una especie de Urah wiki.

Lo mejor de todo es que puedo cargar la información a mi automóvil y este me lleva en piloto automático. Pude ver el Elmesu de cerca, un antro lujoso. Si Laura viera esto, estaría feliz porque ya no discutiríamos sobre pedir direcciones.

Recibí el correo de Mary Ann con la invitación y la dirección de su casa. Cuando me dijo correo, pensé que se refería a una dirección electrónica, cosa que me pareció extraño porque nunca se la di; pero a lo que se refería era a la dirección de la casa y a un simple correo como el de los viejos tiempos, solo que se actualiza electrónicamente en la base de datos de mi residencia. En realidad, sí es un correo electrónico, pero no como el que estoy acostumbrado.

Su casa es grande, probablemente la más grande del vecindario. El mapa me muestra la fachada de la casa; pero me restringe a ver la parte de atrás o verla desde arriba. Supongo que por cuestión de seguridad. Google Maps y Wikipedia juntos, genial.

Pero lo que más me impresionó es mi traje especial: no solo cambia de tipo, también cambia de largo, color y textura. Esto junto con el collar puede convertirme en cualquier persona en cuestión de segundos.

La ropa que tengo es refinada: toda es de alta costura como el traje con el que llegué. Me hace sentir como de un millón de dólares. No estoy seguro qué tipo

de vestimenta debo llevar a la reunión; pero para estar seguro llevaré camisa y pantalón de vestir con unos zapatos boleados hasta que brillen.

Cargo la información de la casa a mi automóvil y salgo. Enciendo el automóvil y la información ya está en el tablero, presiono el botón de piloto automático, el carro da reversa y luego una vuelta para llevarme a mi destino. Ir en un carro automático es algo novedoso para cualquiera; pero también extraño manejar y, en cierto punto, lo haré.

Llego a la casa de rejas grandes y un letrero que dice JD. En el tablero, elijo el lugar de estacionamiento, apago el motor y me bajo. Es un vecindario hermoso; pero me cuesta trabajo verlo de esa manera con los nervios que siento en estos momentos.

Presiono el timbre y, después de unos segundos, la voz de una mujer contesta:

—¿Qué se le ofrece?

—Vengo a la fies... Reunión —digo nerviosamente.

—¿Cuál es su nombre?

—Christian De... Beckett. Christian Beckett.

La reja se abre con un pitido. Los nervios se amplifican. ¿Qué demonios hago aquí? Debí protestar un poco más para no venir.

Desde el mapa no pude apreciar lo grande que era la casa; pero es una mansión con una cochera rodeada de cuatro grandes pilares blancos, acompañados de arbustos podados de forma cuadrada.

Llego a la puerta, pero antes que pueda llamar, se abre. Una mujer alta, de tez morena, bonito cabello lacio y un vestido rojo me atiende. Es hermosa. También me da la impresión que la he visto en otro lugar y, por su fino vestido, no parece ser una de las sirvientas.

—Buenas tardes —me dice sonriendo.

Sus ojos color topacio me roban las palabras por un instante.

—Buenas tardes.

—Soy Karoline. Con K. Pasa.

—Gracias Karoline. Chris —le digo estrechando la mano.

—Por aquel pasillo —dice apuntando con su dedo— está el jardín, ahí están los demás.

—Gracias.

Cruzo el pasillo, pero ella no viene conmigo. Al llegar a la puerta que dirige hacia el jardín, las dudas me llegan como relámpago. No conozco a nadie. ¿Con quién demonios voy a platicar? Nunca he sido una persona extrovertida y ahora estoy bajo el reflector. ¿Qué tipo de personas me voy a encontrar y cuántas? Me imagino un mar de personas viéndome, juzgándome, esperando que me equivoque.

Salgo al jardín y, en efecto, el lugar está lleno de personas con ropa elegante. Si esto es una reunión, no quisiera estar en una fiesta. El patio tiene grandes espacios abiertos con pasto y árboles bien podados. Hay mesas con manteles blancos llenos de aperitivos y meseros sirviendo tragos. Las personas se ven intimidantes, tienen pinta de ser importantes.

Me quedo de pie por unos segundos frente a la entrada. No sé exactamente qué se supone que debo hacer aquí, cuando de pronto una mano toca mi hombro. Mary Ann.

—Christian. Qué bueno que viniste.

—Hola Mary. Gracias por la invitación.

—Mary Ann —corrige.

—Mary Ann. Disculpa.

—Ven conmigo —me dice tomándome del brazo—. Quiero que conozcas a unos amigos.

—¿Y qué estamos festejando? —pregunto mientras caminamos por el césped.

—Nada en especial, corazón. Es una simple reunión.

Vaya reunión.

Me lleva con un grupo de tres personas: dos hombres mayores que yo, uno calvo y otro con más cabello; y una mujer que parece más de mi edad. Los hombres portan onerosos sacos y la mujer porta un vestido guinda y un collar de perlas. Tienen la misma pinta que Mary... Ann.

—Christian —dice Mary Ann—. Este es Anthony —dice señalando al hombre calvo—. Maurice —señala al otro hombre— y su esposa Abigail. Él es Christian. Se acaba de mudar a unas cuadras de aquí, viene de *abajo*.

Esto último lo dice como si fuera un dato superimportante sobre mí y, ahora que recuerdo, ni siquiera me ha preguntado a qué me dedico, para ella soy «el nuevo que viene de *abajo*».

—Mucho gusto —dice cada uno de ellos.

—¿Acabas de llegar a Urah? —pregunta Abigail con un tono de sorpresa.

—Sí, hoy mismo —le digo esbozando la mejor sonrisa que puedo.

—No me digas —dice con asombro.

—¿Y cómo llegaste aquí arriba?

—Hum... ¿por el Elevador? —digo bromeando.

Se ríen; pero me lanzan una mirada como si realmente esperaran otra respuesta.

—Quieren decir que cómo ahora vives aquí arriba, Chris —dice Mary Ann.

—¿Qué mujeres tan entrometidas! Esa no es manera de preguntar. Christian, lo que quieren saber las señoritas es: ¿a qué te dedicas?

Ojalá supiera.

—Tengo una empresa de construcción.

—¿Construcción? —dice Abigail—. Pensé que los Meftah se encargaban de toda la construcción.

—No de toda —le digo con un ligero temblor en mi voz.

—Bueno, no sabemos exactamente lo que hacen *abajo* —dice Mary Ann.

—Nada malo, eso te puede asegurar —dice Maurice.

—Por favor, Maurice —dice Abigail—. Él ni siquiera visita Argos, cualquier pendiente que tenga manda a uno de sus empleados —nos dice.

Se ríen, aunque parece que a Maurice no le pareció gracioso.

—No pongas esa cara —le dice Abigail—. De cualquier forma, no tienes nada que hacer allí.

Todos asienten a su comentario, lo cual me pone furioso. Se toman las cosas tan a la ligera, en sus elegantes fiestas y trajes de marca mientras nosotros pasamos por lo peor.

—Y que lo digas —dice Anthony—. ¿No es así, Christian?

Su pregunta salió con un tono invasivo, como si quisiera saber quién soy en verdad.

—Exacto ¿Para qué quisieran bajar? Parece que lo tienen todo resuelto aquí arriba —digo sin poder evitar que se me salga el sarcasmo en cada una de mis palabras.

La conversación se llena tensión, y un silencio incómodo se apodera de los

cuatro.

—Pero bueno, ahora estás aquí y podrás tener una mejor vida —dice Anthony—.

—Sí, eso es bueno. Me hacía falta un cambio —digo con sinceridad. En verdad necesitaba un cambio, aunque no necesito toda esta arrogancia.

—¿Volverás a Argos? —pregunta Maurice, quien de los tres parece ser el menos prepotente.

—Cuando se necesite. Por lo pronto, puedo trabajar desde mi casa.

—Eso es bueno.

—Solo espero que mis empleados no me resientan por eso.

—No sientas culpa por salir adelante, querido —dice Mary Ann—. Si ellos quieren estar abajo es porque así lo deciden. Al fin y al cabo, en este mundo todos tenemos las mismas oportunidades.

—Brindo por eso —dice Abigail levantando su copa.

Qué montón de mentiras. Mary Ann y Abigail parecen estar de acuerdo con esta manera de pensar; pero Maurice y Anthony dan un brindis más forzado, como si supieran la vasta diferencia entre alguien de Argos y alguien de Urah. Después de todo, supongo que ellos son los empresarios que realmente trabajaron para llegar aquí.

—Deberías estar agradecido por vivir aquí —dice Mary Ann.

—Lo estoy. Créeme que lo estoy.

—Después de todo, estás en la Ciudad de los Sueños —dice Anthony.

Esbozo una sonrisa. No es *mi* ciudad de los sueños, pero admito que es un lugar bonito.

—Bueno, si me disculpan iré por un bocado y un trago. Vaya que lo necesito.
—Se ríen.

—Provecho —me dicen y me retiro.

Y sobreviví. No tienen por qué sospechar de mí, pero tengo que aprender a relajarme. No puedo ponerme tan emocional cuando hablo con ellos, o un día de estos será mi fin. Por lo pronto, disfrutaré. Ojala Caín estuviera aquí, se estaría riendo de estos malnacidos.

Tomo un bocadillo de una de las mesas, una especie de cangrejo que sabe exquisito. Mi Dios, es lo más rico que he probado en cinco años. Lo malo es que no puedo atiborrarme porque me veré desesperado. Le pido una copa de vino al mesero. Es un vino blanco, del cual nunca he sido fanático, pero en estos momentos me basta. Aunque una cerveza sería mucho mejor.

Ver toda esta gente está jugando con mi mente. Cuando hago contacto visual con alguien, dudo sobre mi comportamiento, así que tendré que escaparme por unos momentos. Terminó la copa de vino, la dejo en la mesa, atravieso el jardín, paso por unos arbustos y luego un parterre de formas circulares con girasoles y rosas. El sosiego del lugar hace que detenga a tomar un respiro y tranquilizarme. Atravieso un pasillo de arbustos hasta llegar a un campo grande y abierto, rodeado de barandales de metal.

Dentro del campo hay una joven, quizás en su adolescencia, de unos dieciséis años. Tiene puesto un atuendo de equitación y monta a caballo. Su control del animal es firme y suave al mismo tiempo. Me entra una nostalgia de golpe que tuerce mi pecho y me inunda con viejos recuerdos de Ivanna. ¿Qué hubiera sido de ella si siguiera viva? Estaría entrando a la adolescencia. Tal vez hubiera podido practicar equitación o ser actriz. Tenía tantos sueños para ella en ese entonces: quería que fuera doctora o ingeniera, que salvara al mundo. Ahora lo único que anhelo es tenerla junto a mí. Me cuesta tanto trabajo no derrumbarme y caer en llanto.

—Hola —dice una voz de detrás de mí que rompe mi lamento.

Me vuelvo y veo a Karoline, que ahora se me hace más familiar que nunca.

—Karoline con K.

Se ríe.

—¿Cómo te la estás pasando?

—Hum, la estoy pasando —digo riéndome.

Se ríe.

—¿Por qué tan solo?

—Necesitaba un poco de aire.

Se ríe.

—¿Son un poco difíciles, no?

—*Nah*, para nada —le digo con un tono sarcástico.

—Te vas a acostumbrar —me dice riéndose—. Todos se acostumbran. O se dan por vencidos, quién sabe.

—No, está bien, en serio —digo aunque es una total mentira—. Solo que tenía tiempo sin ir a una fiesta así.

—¿Cómo así?

—Así —digo buscando las palabras para explicarme—. Elegante.

—¡Ja! ¿No tienen fiestas elegantes en Argos?

—Pues no a las que yo asistía.

—¿Y a qué tipo de fiestas asistías?

—Cerveza, música y tal vez tacos.

—Suena bien.

—Lo es. Deberíamos a ir a una.

—Me parece buena idea.

—Aunque los tacos puede que sean de perro, rata o paloma.

—¡Qué asco! ¿Es en serio?

Asiento.

—Un momento. ¿Nunca has bajado? —le pregunto asombrado.

Le toma unos segundos responderme hasta que niega con la cabeza. Parece que siente cierto tipo de remordimiento por su respuesta.

No puedo creer que nunca haya bajado. Lo peor del caso es que no es la única persona en Urah que no ha visto Argos. Me llena de rabia saber que no tienen ni idea de la realidad de nuestro mundo.

—Eso es... Bueno, tengo que admitir que no me sorprende. Parece que no eres la única en esta fiesta que no conoce Argos.

—Digo, hum... —farfulla—. Sí lo conozco.

—¿Cómo lo conoces?

—Hum...

—¿En fotografías? —digo riéndome.

—Tal vez —dice con una sonrisa forzada.

—Está bien. Para serte sincero, yo preferiría haber vivido aquí desde el primer día. Tienes suerte y deberías estar agradecida.

«Para serte sincero» es una gran mentira. Sí preferiría vivir aquí. Tal vez todo sería mejor, pero no me gustaría tener una venda en los ojos. Aunque si lo

pienso bien, vivimos tan engañados y en nuestra zona de confort que ni cuenta nos damos que vivimos en una mentira.

—¿Y cómo llegaste a Urah? —le pregunto.

—Mi papá —dice dudando—. Cuando la Calamidad sucedió, nos resguardamos por un tiempo, nos alejamos totalmente de la ciudad. En cuanto las primeras casas en Urah fueron construidas, nos mudamos.

—Guau, tu papá debe ser alguien importante.

—Podría decirse —dice tímida y mirando hacia el suelo.

—¿Quieres decir que no experimentaste la Calamidad?

—No es así —me dice un poco indignada—. Supongo que todos experimentamos la Calamidad de diferentes maneras. Yo tenía una vida normal, iba a la universidad, salía con mis amigos, tenía más familiares —dice con nostalgia en su mirada.

—Te entiendo.

Me doy cuenta que aunque unos la tuvimos peor que otros, todos fuimos tocados por la Calamidad. Aunque estas personas vivan en el cielo, protegidos y en abundancia, también perdieron algo. Me hace cuestionar si en verdad Urah es la solución. Para mí no fue perder las cosas materiales lo que me hizo pedazos, fue perder a mi familia. Si estas personas también perdieron familiares, no hay cantidad de juguetes, casas o lujos que los hará sentir mejor.

—Al menos, aquí podrás seguir practicando equitación —digo riendo.

—Por lo menos —dice riéndose—. Es mi hermana Isabela —dice señalando a la chica en el caballo.

—Oh. Es buena.

—Sí. Es la persona más feliz en este lugar. Supongo que estaba demasiado pequeña como para comprender lo que perdimos.

Por unos momentos, nos perdemos viendo los suaves movimientos del caballo saltando los obstáculos. Me pregunto si es cierto, si Ivanna hubiera sido feliz como ella por no *darse cuenta*.

—¿Y cuál es tu historia? —me dice después de un momento. Me quedo en silencio, tomando un respiro, pensando en qué contestar y me dice—: ¿Tienes familia?

Esa pregunta sí me es imposible responder con palabras y me limito a negar con la cabeza. Creo que percata la tristeza en mi mirada porque su rostro cambia a uno más empático y me dice:

—Lo siento.

La conversación se pone un poco tensa, se me hace un nudo en la garganta. No estoy listo para platicar de esto con una completa extraña (por más bonita que sea); pero como un regalo del cielo, Mary Ann llama a Karoline a lo lejos.

—¡Karoline!

Karoline se vuelve hacia ella y Mary Ann la llama de nuevo.

—¡Hay alguien que quiero que conozcas!

—Voy, Mary. Bueno, me tengo que ir.

—Espero que tengas mejor suerte que yo con la persona que te presente.

—Eso espero. Además tengo que hacer unas cosas del trabajo —me dice mientras se aleja sin darme la espalda.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo en prensa. Soy presentadora.

Y como un remolino que hace dar vueltas mi cabeza y la pone de nuevo en su lugar, la duda que tenía sobre dónde la había visto antes se disipa. Es la

presentadora de las noticias: Karoline Meftah, la hija de Rahul.

CAPÍTULO XXVIII

No puede ser. ¿Cómo no la reconocí antes? Fue tan repentino. No esperaba conocer a un familiar directo de Amir el primer día. No solo eso, tuve toda una conversación con ella. Además, ¡creo que le gusto! Está bien, tal vez estoy exagerando, pero le agrado. Se me pone la piel de gallina pensar que tuve tan de cerca a un familiar de la persona que tengo que asesinar.

La fiesta se acabó y llego a mi casa. Excluyendo a la gente altanera, la fiesta no estuvo mal, al menos disfrute de una buena comida y una buena copa de vino. Me tumbo en la cama y mil cosas se me vienen a la mente. No puedo creer que tuve esa conversación. Es una buena mujer. Pero lo único que puedo pensar es en aprovecharme de la situación para acercarme a Amir y me siento culpable hasta los huesos. No tienes que ser científico nuclear para deducir que es una buena idea: si estoy cerca de Karoline, eventualmente estaré cerca de Amir. Pero ¿podría ser tan despiadado?, ¿podría no importarme?

Lo que más me da dolor de cabeza es que tengo reportar esto a Nolan. Estoy casi seguro sobre lo que me va a decir: «Úsala». Pero no tengo opción, tengo que hacerlo. Aunque no lo quiera, es mi jefe, y todo esto fue planeado por él, merece saberlo.

Inspecciono el robot por unos segundos mientras me rasco la barbilla, como si por arte de magia fuera a encenderse, y me doy cuenta que ni siquiera sé usarlo. Así que tomo el instructivo del sobre y lo leo.

—Veamos —me digo a mí mismo—. El encendido... —Presiono un botón y las luces del robot se encienden—. Eso es. Ahora para comunicarme... — Presiono otros botones y después de unos segundos, un grito que sale del robot me hace saltar.

—*¡Chriiiiiiiiiiiiiiiiiis!*

—Maldita sea —grito. Una risa distorsionada sale de la bocina. —¿Caín?

—Así es. Un momento, aquí viene Nolan. Cambio y fuera. Luego hablamos, maldito ricachón.

—Nos vemos, maldito... ¿Pobretón?

—No es gracioso —me dice después de una pausa.

—Disculpa.

—Es broma. Nos vemos.

—Chris —dice Nolan.

—Nolan, ¿cómo estás? —digo con la voz temblorosa.

—¿Qué pasa? ¿Sucedió algo?

—No, no. Nada en especial —digo dudando de mi respuesta.

—¿Cómo estuvo la fiesta?

—Bien. Buena comida, vino. Estuvo bien.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Conociste a gente nueva?

—Son una bola de altaneros, prejuiciosos, pedazos de mierda, Nolan.

Se ríe.

—Tranquilo, no todos son tan malos.

—Tal vez, pero sí los que conocí.

—Bueno, no podemos mantener esta conversación por mucho tiempo. Sé que la reunión no era nada en especial. Solo quería estar seguro que estuvieras

bien y recordarte que te encontrarás con Jayson en el Elmesu a las diez.
¿Revisaste la dirección en el mapa?

—Sí, lo tengo.

—¿Vaya espejito, no?

—Y que lo digas. Nolan, cuéntame de Jayson.

—Jayson tiene más de un año arriba; es de los que más ha durado. Por desgracia, cuando Sal nos traicionó, sus alumnos fueron inutilizables para el filtraje. Es difícil vencer a alguien que sabe exactamente cómo operas. Gracias a Jayson tenemos toda la información que necesitamos de Urah y por eso estás en donde estás.

—Hum, hay algo que no tiene sentido, Nolan.

—Dime.

—Si Sal los traicionó, ¿cómo nunca dieron con la ubicación de Kharga?

La bocina se llena de un silencio que parece eterno.

—Sabes, me lo he estado preguntando por años.

—¿No lo hizo? —digo con sorpresa.

—No lo sé —me dice a lo bajo—. Después que Sal cambió de bando, fuimos forzados a cambiar de ubicación por un tiempo, esperando un ataque a Kharga, pero el ataque nunca llegó. Quizás fue porque no les pareció importante o no creen en lo que podemos hacer o están esperando el momento adecuado. O quizás nunca les informó. Hasta la fecha, es una de las preguntas que me sigue quitando el sueño, y la expectativa de un ataque me ha causado más estrés de lo que te imaginas. Pero eso es todo lo que necesitas saber de Jayson —dice con un tono de voz más seguro—. A las 10:00 en el Elmesu. ¿Algo más que me quieras informar?

—Hum, Nolan —digo dudoso.

—¿Qué pasa?

—Hum...

—Supe que me estabas ocultando algo desde la primera palabra que dijiste. Habla ya que no podemos comunicarnos por mucho tiempo...

—Conocí a Karoline Meftah.

—¿Qué?! —dice con sorpresa—. ¿En la fiesta?

—Sí. Al principio no la reconocí, pero ya lo verifiqué.

—¿Y por qué no lo dijiste desde el principio? Esto es importante.

—Porque sé lo que me vas a decir.

—Es por eso que debiste habérmelo dicho. Chris —me dice con un tono tranquilizador—, sé en qué posición estás; sé que esto es nuevo y difícil para ti. Conozco tu tipo, eres una buena persona, pero esto es algo que no puedes dejar pasar.

—Lo sé, Nolan —digo resignándome.

—Sé que lo sabes y sé que harás lo correcto.

—En estos momentos, me cuesta trabajo diferenciar entre qué es correcto e incorrecto —digo abrumado.

—Lo correcto es todo aquello que te lleve a cumplir tu objetivo. No importa qué tan difícil sea; no importa que vaya en contra de todo lo que crees.

Y hasta que por fin dice las palabras que no quería escuchar:

—Chris, debes acercarte a Karoline para llegar a Amir. ¿Entendido?

Me quedo sin palabras por unos instantes. Sé lo que tengo que responder, pero

no quiero hacerlo.

—¿Entendido, Chris? —rectifica.

—Sí, Nolan. Lo entiendo.

—Uh, amigo, Karoline Meftah. Eres un suertudo, con dinero y con una mujer buenísima —dice Caín. Su comentario me suelta una risita que me hace liberar un poco la tensión.

—Está bien, Nolan. Lo tengo —digo un poco más animado.

—10:00 pm en el Elmesu. Cambio y fuera.

Y en ese momento decidí hacer algo que ni en mis sueños más alocados pensé hacer: manipular a alguien para asesinar a otro.

Estoy en el Elmesu. Tiene la misma fachada que la muralla de la entrada, pero con un color gris, paredes altas y varios pilares de adorno. La fila para entrar era larga, lo cual me sorprende porque estamos en una maldita ciudad en el cielo. ¿Qué tanta gente puede querer irse de fiesta? Pero ya que estoy dentro, el lugar está atiborrado, láseres salen del techo y crean líneas frente a mí que parpadean en diferentes colores, la música retumba en mi pecho y el olor a tabaco inundar mis pulmones.

Me hago paso entre los cuerpos que casi se apilan unos con otros, y la música crea una vibración en mi cuerpo que me recuerda que nunca me han gustado los antros. Es demasiada estimulación para mi gusto. ¿Por qué no pudimos vernos en un lugar más tranquilo? No solo no sé su aspecto, también me sería imposible encontrarlo entre tanta gente.

Pero está bien. Él tiene que encontrarme a mí, así que no tengo nada que hacer más que esperar. Me siento en la barra y pido una cerveza. Justo lo que necesitaba: una cerveza que es mucho mejor que la de Argos o la mierda que

bebí con Isaac.

Gente baila, bebe y fuma. No sé exactamente qué siento por ellos, si es envidia o rencor.

El hombre a mi lado, por ejemplo, porta un fino saco azul y una cara bonita. En sus brazos tiene a una muchacha con un cuerpo tremendo en un corto vestido azul. ¿Qué tal si le cuento en estos momentos sobre las filtraciones en Argos? Que todo es una farsa por los Meftah. Dudo que me crea una palabra. Probablemente se reiría y actuaría como un imbécil, tal vez les diría a sus amigos burlándose de mí porque él es feliz aquí, en su ignorancia y comodidad.

¿Qué pasaría si estas personas que en este momento gozan de la música y del alcohol se enteraran sobre lo que sucede en Argos? ¿Les importaría? ¿O seguirían con su estilo de vida porque es *mejor*?

—¿Ya te sientes paranoico?

Me pregunta una voz por detrás. El hombre de la cara bonita. La chica le da un beso en la mejilla y desaparece en la pista de baile con su trago en mano.

—¿Perdón?

El hombre muestra una sonrisa sutil, se vuelve de un lado a otro y repite:

—¿Que si ya te sientes paranoico?

—No sé de qué hablas.

—Paranoico. ¿Sabes lo que es paranoico, no? — me dice riendo.

—Claro que lo sé. Solo que no sé de qué mierda hablas —digo indignado.

—Vas a lugares donde hay mucha gente y piensas que todos te están viendo o que descubrieron algún secreto tuyo. Tocan la puerta de tu casa y te alteras, andas de arriba abajo en tu habitación solo para abrir y darte cuenta que es la niña de al lado vendiendo galletas de exploradora.

Me quedo atónito. ¿Quién es este sujeto? ¿Me han estado observando? Mi vista se pierde buscando una salida de emergencia; pero los cuerpos y el contraste entre las luces y la oscuridad han debilitado mi vista.

—Y luego buscas la manera de huir. Como en este momento —dice riéndose.

—¿Jayson? —le digo.

Pone una gran sonrisa que sirve de afirmación.

Me quedo en silencio por unos segundos, viéndolo de arriba abajo.

—¿Qué pasa? ¿Esperabas a un matón con una cicatriz en el ojo? Esto no es una película de James Bond, aunque te apuesto que has fantaseado al respecto.

Su comentario me saca una risita.

—¡Ah! ¡Lo sabía! —dice riéndose—. No te preocupes, todos los hacemos. Jayson Mathews —me dice estrechando la mano.

—Chris Beckett.

—Te dieron buen apellido.

—No me puedo quejar. Y a ti... te dieron buena cara.

—¿De qué estás hablando? —dice casi indignado—. Los malditos me quitaron lo guapo.

Nos reímos.

—Parece que te está yendo bien —digo señalando con mi cabeza hacia la pista de baile.

—¿Por la mujer?

Asiento.

—Que no te impresione. Es una adicta, como todos estos malditos.

Su comentario me deja pasmado por unos segundos.

—Te apuesto que nunca pensaste en estos malnacidos como drogadictos —me dice y niego con la cabeza—. Para ti son unos malnacidos y punto. Supongo que las drogas son un placer universal que trasciende todo tiempo y espacio. ¿Cómo te has sentido?

—Pues... —digo incómodo.

—Paranoico.

—Paranoico —afirmo.

—Es normal. Cuando recién llegué, tardé semanas en poder dormir tranquilo. En todos lados ves a alguien que quiere matarte, hasta debajo de las piedras. Es natural.

—¿Y se te quitó?

—¿Bromeas? Estoy más paranoico que nunca —dice jugando—. Pero no puedes dejar que te domine: si alimentas la paranoia, terminarás haciendo algo estúpido, eso es seguro.

—¿Cómo lidias con ella?

Se encoge de hombros.

—¿Cómo está Nolan?

—Bien, firme y tranquilo. No sé cómo lo conozcas tú.

—Papá Nolan —dice con sarcasmo—. Tengo que admitir que extraño su cara arrugada. Un año tengo sin poder salir de este basurero.

—¿No te gusta aquí arriba?

—Es difícil explicarlo. Es como una relación de odio-amor que tienes con una mala novia. Todo es muy bonito, pero odias todo lo que te hace. Pronto lo entenderás. Algo sí te puedo decir: si fuera rico y sin preocupaciones, esto sería el paraíso. ¿Conociste a nuevas personas?

—Sí. Tuve una reunión en la tarde con unos ricachones.

—Déjame adivinar: te topaste con unos cabrones que no conocen Argos y te juzgaron por ser de *abajo*.

—*Bingo*.

Se ríe.

—¿Alguna chica?

Me tiembla el corazón. ¿Quién es este sujeto? Parece que me ha estado siguiendo.

—¿Por qué lo dices?

—Siempre hay una chica.

Me encojo de hombros.

—Te lo dije: *siempre* —afirma riéndose—. Pero no debes tomarte nada de lo que dicen de manera personal y mucho menos ponerte emocional. Tienes que ocultar todo eso en lo más profundo de ti y actuar como ellos, ser como ellos, respirar como ellos. Maldición, tienes que aprender a limpiarte el culo como ellos lo hacen.

—Ya me dieron ese discurso —digo riéndome.

—Y es la verdad —dice con seriedad—. Si alguno de estos malditos se da cuenta que no eres como ellos, te van a aislar. Estas personas no sienten culpa o remordimiento: llegaron a tal extremo de indiferencia y viven tan engañadas por el gobierno que pasan horas al día mentalizando para eliminar cualquier sentimiento que tengan hacia los de *abajo*.

Me impresiona lo mucho que sabe de esta ciudad y las personas. Me agrada.

—¿Y cómo te ha funcionado? —pregunto.

—¿Qué cosa?

—Ser como ellos.

—¿Bromeas? Yo soy todo lo que ellos quieren ser. Soy más bonito que *ellos*, tengo más estilo que *ellos*, cojo mejor que *ellos*.

Me río.

—¿Igual de presumido?

—Exacto —me dice guiñando.

—¿Y qué es lo que haces aquí?

—Soy músico.

Me río.

—No, en serio. *Soy músico* —rectifica—. Sin importar lo que pase, yo sigo siendo un simple músico.

Asiento. Entiendo lo que me trata de decir: debes ser otra persona en todo momento. Saca una carta del bolsillo de su saco y me lo entrega.

—Toma esto.

—¿Qué es?

—Es una invitación.

—¿Para qué?

—En dos días, la magnífica ciudad de Urah festejará el Día de la Inauguración

—dice con un tono burlón.

—¡Genial! ¿Y estoy invitado? —digo jugando.

—Así es. Vas a tener el honor de relacionarte con los más Elevados de los Elevados —sigue con su tono burlón, pero luego cambia a uno serio y me dice —: incluyendo los Meftah.

Su comentario me deja sin aliento.

—¿Quién de los Meftah?

—Todos ellos: Amir, Kadar y Rahul. Es un maldito trabalenguas. También estará Sal, así que si te sientes paranoico (o valiente), no hagas algo estúpido. Solo estás ahí para calibrar la situación, intentar algo en ese lugar es suicidio. Y lo digo en serio, Chris, ni se te ocurra.

El corazón se me paraliza. El primer día conozco a Karoline y dos días después, conoceré a todos los jugadores.

—Estarás bien —me dice dándome unas palmadas en el hombro—. Solo recuerda actuar como ellos, hacerte el importante.

—Más fácil decirlo que hacerlo.

—Así es, pero solo vas a convivir, así que tranquilo.

Se pone de pie, pone su mano en mi hombro y me mira con mucha seriedad.

—Y, Chris, no importa qué suceda, no importa qué tan mal estén las cosas o qué tan buenas se puedan poner. Nunca, jamás, por ninguna circunstancia, olvides de dónde vienes y quién eres en realidad.

No parece un tipo que se toma muy en serio lo que sale de su boca, pero esto sí me llegó.

—Si quieres vivir, nunca olvides eso. Estaremos en contacto.

Estrechamos manos y Jayson, con todo su estilo, desaparece en la pista de baile.

No logro ponerme de pie de inmediato. Sus comentarios y, sobre todo, el hecho que en dos días conoceré a los Meftah me ha dejado paralizado y con muchas preguntas sobre lo que tengo que hacer. ¿Qué va a pasar si me gana la paranoia? ¿Qué pasará si decido hacer algo estúpido? No tiene sentido, pero mi corazón explotó la última vez que tocaron la puerta de mi casa. Ahora tendré un montón de gente importante a mi alrededor, y seguro será la fiesta más vigilada de todo Urah. ¿Qué tal si me descubren? Maldición, no puede estar pasando todo esto tan rápido. Si me descubren, me van a capturar y torturar, y para ser sincero no aguantaría mucho bajo presión, voy a terminar cantando como pajarito.

CAPÍTULO XXIX

La conversación que tuve con Nolan solo sirvió para añadir más fuego a mis nervios. Pensé que me regalaría un par de palabras tranquilizadoras; pero me repitió una y otra vez que la fiesta estaría atiborrada de gente, que me encontraría con los Meftah y con Sal, y que va a ser el evento con más seguridad de todo Urah. Qué sujeto tan bueno para motivar.

El día de ayer fue el peor de todos. Parece que hablar con Jayson solo me hizo más paranoico. Apenas pude dormir. Cada sonido que escuchaba, cada crujir de la madera me ponía los pelos de punta. Esperaba que un equipo SWAT entrara por la ventana y tuve que verificar tres veces que la casa estuviera bien cerrada. Lo más raro es que ni cansado me siento. Estoy tan nervioso que mi cuerpo está hipersensible.

Me puse el mejor traje que tengo, un traje negro que me partió el alma porque es muy similar al que usé en mi boda. Extraño cuando Laura me apoyaba en mis peores momentos, diciéndome que todo estaría bien.

Cargo la información del espejo al automóvil y salgo de la casa. La noche se ve tranquila. Pero mi mente va de un lado a otro, buscando en cada rincón a alguien o algo en mí que me haga ver sospechoso. «Tranquilo, todo está en tu cabeza», es algo que me dije al menos unas cien veces desde ayer.

Me subo al carro y, en piloto automático, me lleva al evento.

¡Qué edificio! Este lugar se llama Los Jardines, cuenta con oficinas y un gran salón de eventos. Está construido a modo de pirámide, con escalonadas superpuestas y plantas de higos, almendras, membrillos y otras que caen de cada uno de los pisos. En el centro hay un pasillo que lleva al interior y en los costados, dos escaleras que llevan a la cúspide donde hay un mirador.

El lugar está concurrido con personas elegantes y autos de lujo. En piloto automático, el automóvil me lleva a la entrada donde se encuentra el valet parking, apago el motor y la puerta se abre.

—Buenas noches, señor —me dice un tipo joven—. Si me permite sus llaves, estacionaré su automóvil.

—¿Qué tiene de malo el piloto automático? —le digo bromeando, pero con nervios en mi voz.

Se ríe. Le entrego las llaves, y el sujeto se aleja con mi único medio para escapar. Me abro paso entre la gente que me mira con sospecha, como si tuviera algo en la cara. Me juzgan y ven algo en mí que está fuera de lugar, como si no perteneciera a aquí.

—Su invitación, por favor —me dice el guardia.

Se la entrego y el guardia la escanea con un aparato de mano.

—Bienvenido, señor Beckett, disfrute la noche.

El lugar está repleto de personas. Mary Ann tenía razón cuando me dijo que lo de ella era una simple reunión. El lugar está lleno hasta los rincones con personas en trajes y vestidos elegantes y sus tragos en mano. Las mujeres llevan finos collares y accesorios que parecen costar más que mi casa. Es un salón amplio, con dos plantas y una escalera con elegantes barandales dorados que va al segundo piso.

Estoy atrapado, me metí en la boca del lobo y no sé cómo saldré. Busco a Amir o de alguno de los Meftah; pero el lugar está tan lleno que apenas puedo divisar más allá de un par de personas frente a mí. Pero debo tomármelo con calma: Nolan y Jayson me dijeron que vine a convivir, a conocer gente y calibrar el panorama. Mi único objetivo es ver a los Meftah para que los conozca de cerca. No tengo que hablar con ellos y mucho menos crear una amistad, así que trataré (a regañadientes) de disfrutar un poco la fiesta.

Paso entre el montón de personas: las miradas agregan más tensión a mi

cuerpo, es una sensación que pocas veces he sentido en mi vida. «Tranquilo, todo está en tu cabeza», me digo a mí mismo. Llego con el cantinero y me mira con un mohín de sospecha, debe ser un argueano. Trato de identificar si es alguien que conozco, pero no recuerdo haberlo visto. ¿Será que él sí me conoce? ¡Dios mío, basta! Tengo un nuevo rostro, todo está bien. Respira, mira a tu alrededor y date cuenta que nadie te está viendo.

—Buenas noches. ¿Qué le puedo servir? —dice el cantinero que me hace brincar de la sorpresa. Estoy tan abstraído en mi pensamiento que no puedo ver con claridad lo que tengo enfrente.

—¿Eh? —respondo.

—¿Qué le puedo servir, señor?

—Hum... —digo limpiándome la garganta— dame un *whiskey*.

—Enseguida.

—Que sea doble, por favor.

Le doy un trago a la bebida, y el ardor que viaja por mi garganta envía una ola de relajación que afloja mis músculos y al fin, mi mente se apacigua un poco. Pero entre la multitud, veo algo que me hace sentir como si me martillaran el pecho: Amir y Kadar Meftah.

Me dejaron con la boca abierta. Según el informe, Amir mide casi 1.90 metros y Kadar, 1.98; pero ahora que los conozco en persona, parece que sus cuerpos llegan hasta el techo. Se están divirtiendo, aunque Kadar mira furtivamente el lugar: debe ser que está a cargo de la seguridad y eso lo tiene al filo.

Me bebo el whiskey a fondo y le pido otro al camarero. Agarro mi trago y me acerco a los Meftah. Cuando los miro de cerca, los noto tan vulnerables. Los tengo aquí, frente a mí, sin protección. Podría llegar por detrás y usar un cuchillo para terminar con la misión. Sé que no sobreviviría; pero por lo menos, se acabaría esta locura en mi cabeza. No parece una mala idea y, si llego a sobrevivir, estaría con Mabelle en un par de días. En verdad, no

parece una mala idea. Tengo que seguir calibrando el lugar para ver si es algo viable.

Paso justo a un lado de Amir y mi corazón hace un vuelco. Tengo frente a mí el rostro del hombre al que tengo que quitarle la vida. Por un instante, el miedo desaparece y viene algo peor: un sentimiento despiadado y sin valor, de un canalla, como si algo oscuro estuviera dentro de mí y tuviera que sacarlo. Se me viene la imagen de Laura a la mente. ¿Me perdonaría si lo hago?

Un instante después, cruzo miradas con Kadar y la ansiedad vuelve con furia. Es como mirar hacia el techo, es un hombre imponente, con cara ruda. Recuerdo lo que me dijeron: que no se me ocurriera meterme con él, y ya veo por qué, no sobreviviría más de un minuto si me le enfrento. Cuando me ve, su ceño se frunce y se me para el corazón. ¿Me descubrió? Maldición, tengo que alejarme de aquí.

—Estúpido, estúpido, estúpido —me murmuro a mí mismo.

Cómo pudiste haber sido tan descuidado. ¿Ahora qué vas a hacer? No tengo opción, tengo que terminar la misión en este momento antes que sea demasiado tarde.

¿Pero cómo? No estoy armado. Primero necesito encontrar un arma, lo que sea que pueda usar. Algo filoso, un cuchillo o cualquier objeto puntiagudo. En la cocina seguro encontraré algo...

—Hola —dice una voz familiar detrás de mí que me hace brincar y me pone los pelos de punta. Karoline.

—Ho... La —digo dubitativo y tembloroso.

—¿Estás bien? —me dice riéndose—. Estás sudando.

Maldición, otra persona que se da cuenta de lo paranoico y nervioso que estoy; pero ella no debe sospechar nada, al menos no tiene por qué.

—Sí, solo tengo un poco de calor.

—Pero está fresco —dice señalando al ambiente—. ¿Cómo estás?

—Bien. Bueno, para serte sincero no tan bien.

—¿Qué pasa? —me dice preocupada.

—Soy... Un poco tímido —le digo, lo cual es mentira. No soy de los que les gustan este tipo de fiestas; pero no soy tímido, solo quiero cubrir mi nerviosismo.

—Yo también, no me gustan estos eventos.

—¿En verdad? Yo pensé que estabas como pez en el agua.

Se ríe.

—¿Por qué piensas eso?

—No sé, solo que...

—Karoline —me interrumpe la voz de un hombre y cuando me vuelvo a ver su rostro, todo empeora, las piernas se me debilitan, el corazón me late tan rápido que debe notarse en mi pecho.

—Hola, Sal —dice Karoline.

Se estrechan de la mano.

—¿Cómo estás? —pregunta Sal.

—Muy bien. Quiero que conozcas a un amigo. Christian, él es Sal.

Y frente a mí tengo al hombre que traicionó a la rebelión y al hombre que me advirtieron que no engañaría. Es como lo vi en las fotografías; pero ahora que lo tengo enfrente, cualquier movimiento en falso me delataría.

Estrechamos la mano y después se limpia en su pantalón. Mis manos están empapadas en sudor.

—Christian... —me dice.

—Beckett —apostillo.

—Christian Beckett —me dice frunciendo el ceño—. No recuerdo que estuvieras en la lista de invitados.

—Christian llegó hace un par de días. Viene de Argos —dice Karoline.

—¿Argos? ¿Acabas de *subir*? —dice Sal con curiosidad.

—Así es, soy prácticamente nuevo —digo con una sonrisa falsa.

—¿Dos días, dices? ¿Y ya estás en este tipo de fiesta?

—¡Sal! —dice Karoline riéndose.

—Disculpa, Chris, gajes del oficio. Karoline, solo venía a decirte que tu papá está buscándote, empezarán el discurso.

—OK, gracias, Sal. Chris, más tarde hablamos —dice Karoline mientras se retira y me deja en el lugar en el que tanto temía estar: a solas con Sal.

—Entonces dime, Chris, ¿a qué te dedicas?

—Tengo una compañía de construcción.

—¿Construcción? —dice frunciendo el ceño—. ¿Cuál es el nombre de la compañía?

—Soluciones Beckett —digo después de carraspear.

—¿Soluciones Beckett? —responde confundido—. Nunca la había escuchado.

—Así es —digo con tono nervioso.

—¿Hace cuánto trabajas ahí?

—Tengo un par de años.

—¿Y qué trabajos has hecho en Argos?

—Varios —digo sin poder mirarlo a los ojos.

¿Por qué tantas preguntas? ¿Será que ya sospecha de mí? Maldita sea, tengo que deshacerme de él para poder encargarme de Amir, y si me sigue preguntando cosas, me va a...

—¡ABAJO LOS MEFTAH! —grita una voz en la multitud.

Un disparo truena en el aire y el caos estalla en la sala. La habitación se llena de gritos, personas salen huyendo mientras que otras se arrojan al suelo. En la multitud se ve una revuelta alrededor de Amir. A los pocos segundos, un grupo de personas dirigida por Kadar llevan a rastras a un muchacho moreno con las manos en la espalda. Amir es escoltado por las escaleras hacia el segundo piso.

Por un instante, hago contacto visual con el muchacho. Por un instante, solo nos encontramos él y yo en la habitación. Mierda, ese pude haber sido yo.

CAPÍTULO XXX

La fiesta más corta de mi vida y lo único que hizo fue quitarme aun más el sueño. Hablé con Nolan sobre el intento de asesinato de ayer y me dijo que no está vinculado con nosotros: el único que está aquí arriba tratando de asesinar a Amir soy yo. Me hace sentir importante; pero al mismo tiempo, con más miedo que nunca, especialmente al ver al rebelde ser capturado con tanta facilidad.

Pensar que en este momento debe estar encerrado en un cuarto siendo torturado me hizo dar mil vueltas en la cama, pude haber sido yo. Siento lástima por el muchacho. No sé cuánto debe saber sobre los Meftah y lo que hacen en Argos; pero me hace darme cuenta que las personas no son tan ingenuas como pensaba.

Yo debo seguir con mi plan. Pero debo ser inteligente: no puedo hacer las cosas con espontaneidad y dejar que la paranoia me gane (como ayer), así que la opción más obvia es usar a Karoline. Estuve dándole vueltas al asunto y siento cierto grado de remordimiento, pero como me dijo Nolan: debo hacer lo que sea que me lleve a cumplir mi misión. Y así será.

¿Pero qué tengo que hacer con Karoline? Lo seguro sería ser su amigo; pero ¿qué tal si no es suficiente?, ¿su amante? Me da risa tan solo pensarlo. No me siento con la seguridad para llevármela a la cama, pero acordarme de Laura es lo que en realidad me bloquea. Primero lo primero, tengo que reunirme con ella fuera de reuniones o fiestas, tenemos que estar a solas.

Estar oxidado es decir poco. Olvidé cómo cortejar a una mujer, no solo por mi matrimonio, sino por cinco años en una depresión que no me deja ver a nadie más que a mi esposa. Conocí a otras mujeres en Argos; pero no tuve lo que podrías llamar un romance, solo sexo casual para estar satisfecho. Esto es diferente: tuve que *textear* con ella durante varios días (como en los viejos

tiempos) hasta que tuve el valor de invitarla a salir. Accedió a la primera invitación que le hice, lo cual fue una sorpresa porque una mujer como ella debe tener a todos los hombres de Urah como pretendientes. Pero no debo subestimarme, parece que hay algo que ve en mí que le gusta.

No debe tardar en llegar, y me he estado mentalizando sobre lo que voy a hacer. ¿Cuál es el objetivo de esta salida? Me parece estúpido y agrega más presión ver una simple cita como una misión; pero es lo que es, una misión que me ponga más cerca de mi objetivo. No me preocuparé de más, empezaré desde abajo, conociéndola y escuchando (después de todo, me funcionó con Laura, quien en ese entonces también pensé que estaba fuera de mi liga).

Por la ventana, veo un automóvil parquearse fuera de la casa. Me espero unos segundos hasta que llaman a la puerta.

Cuando abro la puerta, me quedo boquiabierto al ver lo bonita que se ve Karoline en un vestido negro.

—Hola —me dice.

—Hola.

—¿Listo?

—Sí. ¿Adónde vamos a ir? —le pregunto con curiosidad.

—Te mostraré la ciudad. Tengo unos lugares en mente que te podrían gustar.

—¿El museo?

—Sí, ¿qué pasa? —responde Karoline riéndose—. ¿No te gustan los museos?

—Hum, pensé que iríamos a comer o algo así.

—Aquí venden comida.

—Lo entiendo. Pero no vienes a eso a los museos, y para serte honesto no recuerdo haberme divertido en un museo.

Se ríe.

—Este es diferente, te va a gustar.

—¿Qué tiene de especial?

—Aquí puedes conocer más sobre las ciudades.

—Ah, ya veo. ¿Me trajiste para presumir tu familia, no? Ahora lo entiendo todo.

—Claro que no —se ríe—. Vamos.

La entrada es una gran escalinata que entra en un edificio con un techo en forma de domo. La recepción es un salón amplio con una estatua del logotipo de la compañía en el centro: MEFTAH.

—Definitivamente, me trajiste para presumir.

Sonríe.

—Ven.

Karoline saluda a varias personas y luego entramos por un gran pasillo hacia la derecha. No quería venir a este lugar; no estoy seguro que pueda soportar los viejos recuerdos. Nos detenemos frente a una grotesca estatua plateada de un infectado, su boca está abierta y sus extremidades parecen estar partidas. Se me revuelve el estómago.

Después de unos segundos parados frente a la estatua, la voz fina de un hombre sale de una bocina:

—Hace más de cinco años, en una fecha inexacta, inició la temible Calamidad. Un terrible virus se propagó por todo el mundo, convirtiendo a los habitantes de ciudades enteras en una especie de muerto viviente, con la única necesidad

de atacar a las personas. Fue un gran golpe hacia la humanidad, países fueron destruidos, y el mundo como lo conocemos cambió.

—Muy informativo —le digo con sarcasmo a Karoline.

—No seas pesimista —me dice riéndose.

—No lo estoy siendo, solo que no creo necesitar que me digan qué pasó. Tal vez a ti —digo limpiándome la garganta.

—Sigamos —dice. Parece que mi comentario no le fue agradable.

La segunda parada es la figura de una bóveda.

—Pero no todo estaba perdido —dijo la voz—. La familia Meftah no se dio por vencida. Sabía que la humanidad no podía perderse y luchó contra el temible virus. Los Meftah, con sus grandes fondos y generosidad sin precedentes, pusieron en marcha el plan de hacer un refugio para los habitantes restantes. «Ni un infectado más», era su lema. Entonces nació la ciudad de Argos, una gran ciudadela con bóvedas bajo tierra que protegerían a sus habitantes de cualquier ataque. Nació un nuevo país, y la esperanza de la humanidad fue restaurada una vez más.

¿Qué mierda es esto? ¿Generosidad sin precedentes? ¿Ni un infectado más? No puedo creer lo que estoy escuchando, es una porquería. Me hierve la sangre y creo que Karoline lo nota.

—¿Qué sucede?

—Nada, tengo hambre.

Se mira un poco confundida. Pero sin decir mucho, vamos a la siguiente parada, un modelo a escala de Urah junto con el Elevador.

—Y de esta idea nace la gran ciudad de Urah. Una ciudad revolucionara situada en las alturas, donde el único acceso es a través de nuestra querida ciudad de Argos por medio de un elevador. Este sueño fue posible gracias a

todos nosotros y al sueño de los Meftah para poder refugiar a las personas que más lo necesitan. Es gracias a su increíble generosidad que...

—Salgamos de aquí —digo de golpe.

—¿Qué pasa?

—Solo vámonos.

A paso rápido, me regreso a la entrada, Karoline me sigue por detrás. No puedo estar ni un segundo más en este lugar o voy a explotar. Pero me alegra haber venido porque me ayudó a respaldar lo que estoy haciendo aquí. No importa qué suceda, no importa qué tenga que hacer: voy a terminar con esta familia, aunque tenga que pisotear a esta mujer.

CAPÍTULO XXXI

Ha pasado una semana después que Karoline y yo salimos por primera vez. Nos volvimos a ver otras dos veces y hubo momentos con más tensión sexual. Pude haber hecho *un movimiento* (Dios mío, sueño como preparatorio), pero el matrimonio me volvió un total novato. También la paranoia me ha ganado: va a ver el engaño en mi rostro.

El enojo que sentía hacia ella y los de Urah también se me pasó. Ver todo eso en el museo me dejó anonadado, como la primera vez que me contaron sobre los laboratorios o cuando vi los depósitos. Pero no debo tomármelo personal: estas personas también viven engañadas. También recuerdo lo que me dijo Jayson: «No debes ponerte emocional», así que me lo tomaré con más calma. No soy un terrorista. Solo estoy aquí por Amir y no para crear estragos en la ciudad.

Hablé con Nolan y me dijo que hoy me vería de nuevo con Jayson. Es un buen cambio: me he sentido aislado esta última semana, y Jayson es un buen sujeto. No puedo esperar para escuchar su *sabiduría*. Le pregunté a Nolan sobre el plan de Dale y me dijo que todo marchaba como esperaban. Al principio no le creí, pero Caín me lo confirmó y me hizo sentir más seguro.

He estado dudando de mi fidelidad hacia la rebelión: me pregunto si todavía sentiré las mismas ganas de llevar a cabo la misión una vez que rescaten a Dale. Quiero pensar que sí, pero ¿qué necesidad tengo? La verdad es que ninguna, aunque traicionarlos significaría el exilio de Kharga, y no sobreviviría fuera de la ciudad. Además tengo que pensar en Mabelle: no tendría a dónde ir, aunque no creo que Nolan o Isaac sean tan despiadados como para botarla.

Cargo la dirección del bar donde se está presentando Jayson al automóvil y, en piloto automático, me dirijo hacia allá.

¡Esto es más como me gusta! Un bar pequeño llamado Oprah, un bar clásico como los que frecuentaba antes de la Calamidad. Las paredes son de madera, la iluminación es tenue y hay una barra donde un *bartender* sirve cerveza, como en los viejos tiempos. Jayson está en el escenario cantando y tocando con su guitarra. No era broma cuando me dijo que era músico y vaya que es bueno. No alcanzo a verlo con claridad. Pero su rostro tiene una palidez que no estaba antes; Se ve más agotado, con ojeras que le caen hasta las mejillas.

Jayson termina su canción y la gente lo despide a vítores. Jayson deja la guitarra a un lado, y levanto la mano para saludarlo. Le regalo una pequeña sonrisa, pero no me la devuelve. Jayson viene hacia mí, y compruebo mis dudas.

—Ey —me dice a lo bajo con voz ronca.

—Ey, Jayson —le digo mientras lo inspecciono de pies a cabeza, atónito por su cuerpo demacrado.

—¿Cómo estás? —me dice.

—Bien. Tú te ves como mierda —le digo bromeando, pero no le causa risa. Su mirada es furtiva, revisando la entrada y las personas a su alrededor. Está tan blanco como las paredes de mi casa y las ojeras se apoderaron de su rostro: no es la cara bonita que conocí—. Nolan me dijo que...

—Sí, lo sé —me interrumpe—. El viejo Nolan. Cierran en quince minutos. Esperaremos a que esté vacío para charlar —me dice mientras nos sentamos en la barra.

Y esperamos. A los veinte minutos, entre felicitaciones por la actuación y despedidas, el bar por fin se vacía y pasamos a una habitación en la parte de atrás. Es un cuarto un desordenado, con un sillón y un montón instrumentos musicales viejos que se apilan como chatarra. Hay una puerta en la parte de atrás en lo que parece ser un baño. Jayson me ofrece una silla y él se tumba en el sillón. Deja ir un gran suspiro, se ve exhausto. Saca una cajetilla de cigarros de su bolsillo y enciende uno.

—¿Qué pasa, Jayson? —le pregunto con preocupación.

Jayson cierra los ojos y toma otro profundo respiro; le cuesta trabajo decirme qué sucede.

—¿Sucedió algo? Te ves mal —digo.

—Creo que me descubrieron, amigo —suelta Jayson a lo bajo.

El corazón me hace un vuelco y la paranoia vuelve como tormenta. Si descubrieron a Jayson, eso quiere decir que lo tienen vigilado, lo cual me pone en riesgo.

—Demonios, Jayson —digo mientras me levanto de un brinco. Estoy a punto de salir disparado por la puerta, pero Jayson me detiene.

—Tranquilo, hombre. Aquí no hay nadie, estamos seguros.

—¿Cómo pasó? —le pregunto mientras me devuelvo a mi silla.

—Yo qué voy a saber —dice encogiéndose de hombros—. Llevo aquí casi un año, tenía que pasar tarde o temprano.

—¿Estás seguro?

Jayson inhala una bocanada de su cigarro.

—Me han estado siguiendo —dice con humo saliendo de su boca.

—¿Quién?

—Mickey Mouse —dice indignado—. ¿Quién crees? Veo a unos malditos en cada vuelta que doy.

—¿Y cómo no te han capturado?

—No lo sé. Pero tiene sentido: así podrían capturar a quien sea con el que me comunique —me dice mirándome a los ojos, refiriéndose a mí.

Un aire gélido pasa por toda mi columna y pone mis pelos de punta. Por un segundo, me pierdo en mi pensamiento y en todos los escenarios de tortura en los que me voy a encontrar si soy descubierto.

—Pero a lo que vienes —me dice.

—¿A qué demonios vengo, Jayson?! —exploto, salto de la silla y ando de un lado a otro en la habitación—. Podría estar en mi casa en estos momentos, ¿y ahora me estás diciendo que tal vez alguien me haya visto? No puede ser. Estoy jodido, no debería estar aquí. —Jayson me ve con indiferencia, casi sonriendo—. ¿Qué? ¿Te parece gracioso?

—Para nada. ¿Terminaste?

—Jódete, cabrón.

—Pues yo no soy el que va a estar jodido si no te sientas y escuchas lo que tengo que decir. No tenemos mucho tiempo —me dice tamborileando un reloj en su muñeca.

Tomo un respiro profundo y me vuelvo a sentar.

—Habla —demando.

—Así me gusta. Nolan me contó sobre robar la cura. Maldito, no pensé que tuvieras tantas agallas —dice sorprendido—. ¿En verdad lo vas a hacer?

—Sabes, ni siquiera lo he pensado.

—Pues tienes que empezar a hacerlo porque no es una tarea fácil.

—No me digas —digo con un sarcasmo que le causa gracia.

—Pero para eso me tienes a mí.

—Gracias a Dios —digo con más sarcasmo—. ¿Sabes cómo entrar?

—No precisamente. Pero conozco a alguien que te pudiera meter, su nombre es

Dr. Richard Sotiropoulos.

—Sotio... ¿Qué?

—Sotiropoulos —tartajea—. Dr. Richard, maldición —rectifica.

—¿Quién es? ¿Es de los nuestros?

— Ojalá. No, él trabaja en el laboratorio.

—¿Y cómo demonios nos va a ayudar?

—Toma esto — me dice. Saca un pequeño aparato rectangular con dos entradas delgadas en cada extremo, un par de tarjetas de plástico en blanco y me los entrega.

—¿Qué es esto?

—Es un escáner de tarjetas. Introduces la tarjeta en un lado, la tarjeta en blanco en otro y hace una réplica exacta. Como magia.

—Ya veo.

—Así es, vas a robarle la identidad.

Me quedo pasmado. No tuve tiempo de pensar en el laboratorio; pero con el equipo que tengo, no debería ser tan difícil hacerlo.

—Está bien —digo convencido de mí mismo—. Es un buen plan, creo que puedo hacerlo. —Jayson suelta una carcajada—. ¿Qué es tan gracioso?

—¿Así nomás? —me dice sorprendido—. ¿Es un buen plan, *boom*, voy a hacerlo?

Su burla me pone furioso, pero al mismo tiempo me hace dudar.

—Con el equipo que me dieron, hasta tú podrías hacerlo —le digo.

—Oh, ya veo, no leíste el manual.

—¿El manual? —digo con voz temblorosa—. ¿Qué pasa? ¿Sucedo algo?

—Lo que pasa es que no leíste el manual, y piensas que si te pones el collar en el cuello, vas a convertirte en el Dr. Richard *Sabequémierda* en un instante.

Jayson suelta otra carcajada que me hace tragar una gran gota de saliva.

—¿No es así? —digo a lo bajo, casi hablándome a mí mismo.

—Oh, mí Dios, eso es bueno.

—¡Deja de jugar, Jayson, y contesta! —exploto.

—Está bien, está bien —dice con la última risa—. Qué genio tienes, amigo. Lo que pasa es que así no funciona el aparato —me dice en un tono condescendiente—. Si hubieras leído el manual, sabrías que tienes que ponerle el collar al *doctorcito* para que este haga un escaneo de su rostro y luego pueda replicarlo.

—Eso quiere decir... —digo pensativo. Jayson asiente—. ¿Tengo que secuestrarlo?

—¿Secuestrarlo? —dice sorprendido—. ¿De qué cártel te sacaron a ti? No, solo tienes que ponérselo en el cuello, hacer el escáner e irte de ahí.

Las piernas me tiemblan; esto no podría ponerse peor.

— ¿Y exactamente como me vas a ayudar?

—Yo no te voy a ayudar —dice Jayson con una risita irónica—. Yo nomás te voy a dar un poco de información.

—Magnífico —digo con sarcasmo.

—De nada, maldito malagradecido —dice riéndose—. El doctor es uno de los genéticos que ha trabajado con el virus y el antídoto por más tiempo: si a

alguien le tienes que robar la identidad es a él. Lo he estado siguiendo. Vive una vida común y corriente con su esposa y dos hijos pequeños, un niño y una niña. Sale a trabajar a las 8:45 pm y siempre llega puntual. Sale del trabajo a las 5:00 pm y luego a correr a las 8:00 pm antes de cenar.

Jayson para y lo miro con atención esperando que suelte más información, pero no lo hace.

—¿Eso es todo?

Jayson asiente.

—¿Eso es todo?! —exploto y Jayson se encoge de hombros. Tomo un respiro y continúo con el tono más sarcástico que he usado en mi vida—. Déjame ver si entiendo: primero me dices que me vas a ayudar a entrar al laboratorio.

—*Ajam* —dice asintiendo.

—Luego me dices que necesito robarle la identidad a un cabrón.

—Así es —asiente otra vez.

—¿Y toda la información que me puedes dar de este pobre diablo es que tiene familia, es puntual y le gusta correr?!

—¡Ah! Y le gustan los trenes miniatura, olvidé mencionar eso.

—¿Me estás tomando el pelo, verdad?

Jayson se encoge de hombros.

—Bueno, hombre, si no quieres hacerlo, no lo hagas. Dios mío, no fue fácil conseguir esta información.

—Es una mierda de información.

—Eres un malagradecido cabrón.

—Jódete. —Jayson se ríe—. ¿Y qué es eso de los trenes miniatura? ¿Es en serio? ¿Es retrasado mental o qué?

—Sí, Chris, el amigo tiene un doctorado en genética molecular, otro en química biología y es un retrasado —dice con sarcasmo—. Además, ¿qué tienen de malo los trenes miniatura? Yo tenía trenes miniaturas cuando era pequeño.

—Es porque eras retrasado.

Jayson se sacude la cabeza.

—Bueno, es tu problema si no quieres usar la información, pero aquí tienes la dirección de su casa.

Jayson toma un papel y una pluma de su bolsillo, anota la dirección con el nombre del doctor y me la entrega.

—¿Alguna otra cosa? —le digo—. ¿Algún otro pedazo de superinformación que hayas olvidado?

Jayson se queda pensativo por unos segundos hasta que niega con la cabeza. Me pongo de pie y mientras camino hacia la salida, Jayson me llama:

—¡Ah!... Y, Chris.

—¿Qué sucede?

—No se te olvide...

Un ruido interrumpe a Jayson, y toda la tranquilidad que existía en el cuarto nos abandona de golpe. No estoy tranquilo, se nos olvida algo. Jayson que está pálido y pasmado, cierra sus ojos y deja caer su cabeza: sé lo que está pensando.

—¿No revisaste la habitación, verdad? ¿No revistaste el baño? —digo con voz trémula—. No, no lo hicimos —me digo a mí mismo a lo bajo.

Jayson me sisea con el dedo índice en su boca, se pone de pie y, a paso lento, va hacia un buró entre los instrumentos. Abre un cajón, y cuando saca una pistola, el alma se me cae a los pies.

—Jay... —le digo a lo bajo, pero me interrumpe siseando.

Jayson se acerca a la puerta del baño, con la pistola escondida detrás de su espalda. Por un momento, me dan ganas de huir sin decir una palabra más, pero no puedo dejarlo aquí a solas. ¿Y qué tal si me están esperando afuera? ¿Qué tal si ya es demasiado tarde? Me lleno de ira hacia Jayson. Cómo es posible que con tanta experiencia haya olvidado revisar la habitación. ¡No puede ser! ¡El superinfiltrado cometiendo un error de novato!

Jayson se para frente a la puerta. La duda en su mirada me congela, y me es imposible moverme un centímetro. De golpe, Jayson abre la puerta e irrumpe en el baño. Unos gritos opacos salen detrás de la puerta y luego el ruido de algo cayéndose. Después de unos eternos segundos, la puerta se vuelve a abrir y Jayson sale con un joven moreno de baja estatura.

Jayson lo toma del hombro, apretándolo con fuerza.

—Este es Carlos, uno de los meseros —dice Jayson con una sonrisa y haciendo contacto visual con Carlos. Pero cuando se vuelve hacia mí, su mirada cambia: pasa a ser una mirada consternada, y una ligera negación de cabeza me dice que algo no está bien.

—Gusto en conocerte, Carlos —le digo al moreno con rostro aterrado. De su frente caen gordas gotas de sudor y su mirada va de un lado a otro en la habitación.

—Mucho gusto —dice Carlos con acento mexicano y voz temblorosa.

Le echo una mirada a Jayson una vez más y ahora se ve peor que nunca. Sé lo que está pensando; no cabe duda que Carlos escuchó nuestra conversación.

—No sabía que estabas ahí dentro —dice Jayson mientras esconde la pistola detrás de su espalda.

—Sí, pero ya estaba a punto de irme —responde. Su voz se quiebra como el vidrio y la transpiración se ha vuelto una cascada que baja por su frente.

—Mira, Carlos —dice Jayson con tono dudoso—. La conversación que tenía con Chris hace unos minutos. ¿Escuchaste la conversación? —dice dejando ir una risita irónica.

—No —dice Carlos, pero su voz lo delata.

—No te preocupes, no era nada importante. Solo necesito saber qué escuchaste.

—Que yo no he escuchado nada, amigo.

Está mintiendo: lo dice su mirada, lo noto en su voz nerviosa y en las manchas de sudor en su ropa. No hay manera que este tipo no nos haya escuchado, pero ¿qué podemos hacer? Si lo dejamos ir, avisará a las autoridades. Esto no es algo que puedes ocultar por mucho tiempo, y las recompensas por delatar a los rebeldes son altísimas. No conozco a este sujeto; pero es evidente que es de Argos, y los argueanos se comen por un pedazo de plata.

—Está bien, todo bien, entonces —dice Jayson, cuya cara parece relajarse un poco más. Por otro lado, el estrés en mis músculos se acumula con cada respiro que doy. Con la mirada, Jayson intenta decirme que todo está bien—. Ve a casa que ya es tarde.

—Gracias —dice Carlos mirando hacia el suelo y da un paso rápido hacia al frente.

—Oh, Carlos, espera —le dice Jayson.

Carlos se vuelve, lo primero que ve es el mango del arma estampándose en su rostro y cae al suelo boca arriba. Carlos está tirado, gruñendo y aullando del dolor, y la sangre brotando de su frente. Jayson toma una lámpara. Cuando Carlos lo ve, se vuelve boca abajo y se arrastra por el piso, pero es demasiado tarde. Jayson ya se ha abalanzado sobre él con el cable en las manos, lo pone alrededor del cuello y lo estrangula.

Aprieta y aprieta, aprieta tan duro que parece que va a cortarle el cuello en dos.

—No —dice un aullido ahogado de Carlos, que está pintado de rojo por la sangre y la falta de aire. Trata de agarrar el cable en su cuello; pero le es imposible, lo único que puede hacer es pegar manotazos y patadas.

—¡Sujétale los pies! —grita Jayson. Pero los míos parece que están atornillados al suelo; me quedé sin energía para hacer un movimiento. Jayson aprieta con tanta fuerza que sus manos se ponen blancas y el gruñido que hace es tan fuerte como el aullido de desesperación de Carlos. —¡Chris!— vuelve a decirme y sigo sin poder moverme. Pero ya no es necesario. Los movimientos de Carlos languidecen, y poco a poco, su cuerpo se vuelve inerte. Jayson sigue apretando, su rostro está rojizo del esfuerzo que hace.

Le toma más de treinta segundos dejar de apretar después que Carlos ha perdido la vida. Treinta segundos de un esfuerzo descomunal al cuello, que ahora sangra bajo la línea que dejó el cable. Jayson lo deja ir y se tumba a un lado del cuerpo. El esfuerzo lo dejó buscando cualquier bocanada de aire que pueda tomar, mientras que Carlos yace inmóvil, con los ojos abiertos viendo hacia el olvido.

—Lo... —digo con mucho esfuerzo— Lo mataste.

Jayson se incorpora con las manos en las rodillas, tomando rápidas bocanadas de aire.

—Lo mataste —repito, mirando sin sentido hacia su cuerpo inerte.

—Tenía que hacerlo —dice a duras penas.

—¡Mierda, lo mataste!

—Tenía que hacerlo, nos escuchó.

—Estaba en el baño y lo mataste —digo sin sentido.

—¡Ey! —me grita sacándome de mi estupor—. Tenía que hacerlo. Escuchó toda nuestra conversación; no podíamos dejarlo ir.

—Dios mío, esto no puede ser.

Un sinfín de imágenes y sentimientos grotescos se me vienen a la mente. Esto no es como asesinar a Amir, este era un hombre inocente que estaba en el lugar y momento equivocado.

—¡No sabías eso! —exploto—. ¡No sabías si nos escuchó o no!

—¡Lo hizo y tú lo sabes!

—¡Oh, mierda! —digo aterrorizado—. Esto no puede estar pasando. Acabas de matar a un cabrón que no hizo nada. ¡No le hizo nada a nadie y lo ahorcaste con un puto cable, hombre! Esto no está bien —farfullo mientras que Jayson corre hacia mí—. ¿Qué demonios vamos a...?

—¡Ey! —me interrumpe con firmeza sacudiéndome de los hombros —¡Basta, cabrón! Tenía que hacerlo: no podemos poner en riesgo todo lo que hemos hecho.

—¡Él no hizo nada! —refuto—. ¡Estaba usando el baño, probablemente estaba cagando, qué se yo!

—¡Déjate de tonterías y despierta! Esto es lo que hacemos aquí. Tenemos una misión que cumplir y tenemos que hacer *lo que sea necesario* para llevarla a cabo. No estamos aquí para hacer amigos y si tenemos que ahorcar a alguien con un cable, lo vamos a hacer. ¿Entendido? —me dice con tanta seguridad en sus palabras que, por un segundo, Jayson me atemoriza tanto como el cuerpo de Carlos—. Tranquilo, todo va a estar bien —me dice en un tono más suave que logra sacarme de mi histeria.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tienes que irte.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Yo me encargo, vete de aquí. Y no lo olvides —me dice penetrándome con la mirada—: *lo que sea*.

Me toma unos segundos poder moverme de nuevo hasta que Jayson vuelve a gritarme.

—¡Vete y no digas una palabra a Nolan ni a nadie!

Salgo de la habitación, dejando atrás a Jayson con el primer hombre que he visto morir en mi vida.

CAPÍTULO XXXI

¿En qué me he convertido? Ha pasado más de una semana, y todavía sigo viendo a Jayson quitándole la vida a Carlos con sus sucias manos. No paro de sudar. Cada vez que me voy a dormir, cierro los ojos y sus aullidos y lamentos vuelven a mi mente. Lo peor es que todo me recuerda a ese hombre: ir a un restaurante e interactuar con un mesero es una tortura que me llena de culpa y me vuelve más paranoico.

¿En qué me he convertido? Me pregunto una y otra vez mientras pienso en Laura. ¿Me perdonaría si pudiéramos vernos de nuevo o no me reconocería? La rebelión no solo tomo mi rostro, me arrebató todo lo que creía que es correcto. Lo único que me ayuda a seguir fueron las últimas palabras de Jayson: «Lo que sea». Eso es lo que debo estar dispuesto a hacer para rescatar a Dale. Esto no se trata de perder mi identidad o de vivir con culpa, se trata de salvar a una de las pocas personas que me quedan. Debo seguir adelante cueste lo que me cueste.

Karoline llegó por mí para ir a comer. Me da miedo que note la culpa en mi mirada y, al mismo tiempo, temo tanto echar a perder lo que he trabajado con ella, no por miedo a perderla, sino por miedo a tener que empezar de nuevo.

Me pregunto a dónde iremos esta vez.

Un restaurante de comida china.

—Esto es más lo mío —le digo.

Se ríe.

—¿Qué pasó la otra vez? En el museo.

—¿A qué te refieres?

—De repente te dieron ganas de irte.

—Hum, nada. Solo viejos recuerdos se me vinieron a la cabeza.

—Lo entiendo.

No, no entiendes nada de esto. Tú no pasaste por lo que pasamos los demás. Tú estuviste protegida aquí arriba con tus tíos de mierda.

—Cuéntame de tu familia —me pregunta.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que sea —dice una risita incómoda—. Cómo era tu esposa.

La verdad es que no quiero decirle nada a esta mujer. Pero me tengo que ganar su confianza; de lo contrario, no avanzaré.

—Alta, rubia. Aunque se pintaba el cabello.

—Ok —dice insatisfecha con mi respuesta.

Tengo que darle más que eso.

—Era el tipo el tipo de persona que si no tenía en mi vida, todo habría sido un caos —digo con inquietud—. Soy un poco descuidado y tal vez despistado. Laura se encargaba de esa parte de mí. Solía recordarme todo, y yo me enfadaba. Pero me enfadaba más conmigo mismo cuando se me olvidaba hacer algo. Tenía la costumbre de recordarme todo con *post-its*, me dejaba recaditos en el baño, la cocina. Juraba que un día iba a despertar con el cuerpo lleno de notas.

Se ríe y me da una sonrisa más cómoda y sincera.

—Eso es bueno.

—Sí —digo.

Se me hace un nudo en el estómago. Mil veces me he detenido a pensar en todos los defectos que no soportaba de Laura y mil veces he deseado tenerlos todos de vuelta.

—¿Tenías una hija, verdad?

Asiento.

—Ivanna.

—Bonito nombre.

—Lo escogió Laura. Era la viva imagen de su mamá. Le gustaba el *soccer* —. Detengo mis palabras. Quiero decirle más; pero el recuerdo de mi pequeña jugando fútbol me hace un nudo en la garganta que no me deja continuar—. Lo siento, es que...

—No te preocupes —me dice en un tono sincero.

Demasiado de mí y mis sentimentalismos. Necesito saber más de su familia.

—Cuéntame de ti. ¿Qué hay de tu familia?

—Creo que ya conoces a mi familia —dice riéndose y un poco tímida.

—Solo en televisión. ¿Cómo fue tu infancia?

—Mi infancia fue... — dice y se queda meditando unos segundos—. Estuvo bien. La verdad es que no me faltó nada cuando era pequeña. Además de mi papá.

—¿Qué hay con él?

—Toda la familia por parte de mi papá es así. No son muy apegados, y mi papá siempre estuvo ausente porque tenía que trabajar.

—Pues gracias a eso pudiste llegar aquí arriba.

—Sí, es lo que me digo.

—¿Y aquí arriba a qué se dedica tu papá?

—Trabaja en la compañía con mis tíos.

—¿Tienen oficinas?

—Sí, al norte de la ciudad, pasando el río Eufrates. También trabajan desde su casa en Las Colinas.

—¿Eso es lo más al norte de la ciudad, verdad?

—Sí.

—¿Y trabajan mucho?

Qué clase de pregunta es esta. Soy pésimo para esto de obtener información.

—Sí —se ríe—. Demasiado.

—Tienen que mantener esta ciudad. ¿Qué opinas de Argos?

—Nunca he estado ahí —dice incómoda.

—Me parece increíble. Podrías bajar cuando quieras. ¿Tu familia baja mucho?

—¿Quiénes?

—Tus tíos. Tu papá, mamá —digo con nervios—. La verdad es que nunca he visto a tu papá abajo o a alguno de tus tíos.

—No sé. Nunca lo había pensado. Sé que mi papá se limita a quedarse arriba. Pero mis tíos, no sabría decirte.

La conversación se empieza a poner incómoda; tengo que cambiar el tema.

—¿Te gusta ser reportera?

Dios mío, parece que la estoy entrevistando para un trabajo, pero no le molesta.

—Sí. Mucho.

—¿Qué te gusta de ser reportera?

Se encoge de hombros con una gran sonrisa en su rostro.

—Todo. Para mí se trata de conocer bien los hechos y que la gente sepa la verdad. Tienen derecho a saber la verdad.

Pobre mujer. No puedes ver la verdad, aunque la hayas tenido frente a ti todo el tiempo.

Nos entregan nuestro plato y, entre carcajadas, comemos. El arroz es la mejor comida que he tenido desde que llegué a Argos.

—Quiero mostrarte algo —dice después de pagar la cuenta.

Al menos, ella pagó la comida. Tiene ventaja salir con alguien con tanto dinero.

—¿Qué es?

—Vamos.

Nos marchamos del restaurante.

La vista es acogedora. El sol se pone en el horizonte, dejando su brillo sobre el lago. Estamos en una cabaña a un lado del Lago Eufrates, donde el zacate verde se extiende hasta donde alcanza mi vista, y nunca había estado tan tranquilo.

Karoline llega por detrás y me toma del brazo.

—¿Te gusta? —me dice mientras contemplo el panorama.

—Cinco años —le digo—. Cinco años desde que no veía algo así.

—Lo siento.

—No es tu culpa.

—Tal vez sí.

—¿Por qué lo dices?

—Por mi familia —dice en un tono lleno de pena—. No soy tonta. Sé como es la situación en Argos, y esta ciudad está reservada para la gente con dinero.

—Pero no es tu culpa.

—Siento que de cierta manera lo es. Se lo he dicho a mi padre, pero no me escucha. La realidad es que, aunque sea su hija, no soy nada en el gran esquema de las cosas. Todo se trata de poder y es desagradable.

La tomo de los brazos.

—Estábamos en un puente cuando las perdí —le digo. Su rostro cambia de uno lastimero a uno impactado—. Fue mi idea tomar ese camino. Había personas por todos lados cuando llegaron los infectados por nosotros. Ni siquiera pude despedirme —digo con mi voz quebrándose.

—Lo siento tanto.

—Lo que quiero decir es que a pesar de todo lo que pasó, estás bien. Tu familia está contigo y está bien. Nunca tomes eso por sentado.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

—Tal vez un día lo esté. En este momento, lo único que sé es que eres la única

mujer, además de mi cuñada, que me ha importado desde que llegué aquí.

Y lo digo con toda sinceridad mientras me pierdo en sus grandes ojos dorados. La tomo de los brazos, la acerco a mí y nos besamos. El único beso que significa algo para mí desde que llegué a Argos. Me toma de la mano.

—Vamos —me dice.

Me lleva a la habitación.

CAPÍTULO XXXII

De vuelta a mi casa, estuve serio todo el camino, mientras que ella se veía más animada que nunca. En verdad, no sé qué ve en mí. No pude ser yo mismo estos últimos días; Estoy tan confundido que ya ni recuerdo cómo solía comportarme.

Parquea el carro frente a mi casa.

—¿Nos vemos mañana? —me dice con un tono entusiasta.

—¿Qué? —le digo saliendo de mi abstracción.

—¿Que si nos vemos mañana?

—Ah. Sí, sí, mañana.

Quiero decírselo todo. No solo que esto es una farsa y que soy otra persona, sino también sobre Carlos. Por unos momentos, logré sacármelo de la cabeza; pero lo que más temía es que una vez que estuviera a solas, su recuerdo volviera a golpearme de adentro hacia afuera. Lo que más me tiene confundido es lo que siento por ella. Pensé que podía hacerlo, que no me importaría manipularla, y si llegase el momento, la dejaría atrás por mi familia. Pero me es tan difícil, quiero todo se acabe.

—Tengo un evento de caridad la otra semana. Me gustaría que fueras.

—¿Para qué es?

—Es para los niños de Argos. Para darles comida y otras cosas. Lo hacemos cada dos meses. ¿Quieres ir?

Nunca escuché de semejantes eventos de caridad para ayudar a Argos, pero si me va a ayudar a unirme más a ella, lo haré.

—Está bien.

Se me queda viendo a los ojos y, por unos segundos, me lleno de temor. ¿Lo sabrá? Pero todo miedo se disipa cuando se inclina hacia mí y besa mi boca. Me bajo del auto y entro a mi casa.

¿En qué clase de mierda me convertí? ¡Basta! *Lo que sea*, haz lo que sea que tengas que hacer. Debes cumplir con tu misión. No hay lugar para romances o para compadecerte: Dale te necesita, Mabelle te necesita, saldrás de esta *cueste lo que te cueste*.

Subo a mi habitación y mientras me desvisto, advierto algo que no me es familiar y resalta en el cuarto. Encima del peinador, hay un papel rosa que hace contraste con el resto de la habitación de colores claros. Al leer la nota, el corazón se me acelera con tanta fuerza que parece que me voy a caer.

«NO DIGAS NADA».

Se me va el aliento. «Alguien estuvo aquí», me digo a mí mismo. Me toma unos segundos ponerme en movimiento para revisar la habitación en busca de alguien o de algo que esté fuera de lugar, pero no encuentro nada. Bajo las escaleras y el golpeo de la puerta me hace brincar.

TAC, TAC, TAC, suena la puerta.

PUM, PUM, PUM, hace mi corazón que está a punto de explotar.

Voy de vuelta al cuarto, elucubro la situación buscando una ruta de escape. ¿Qué hago? ¿Me armo y lucho con quienquiera que sea? No puedo ser tan precipitado. ¡Ni siquiera sé quién demonios es! Debo mantener la calma en todo momento y *no decir nada*.

Llaman de nuevo; pero esta vez me mantengo tranquilo, tomo un fuerte respiro y bajo a abrirla.

Dos hombres de aspecto rudo con traje y lentes de sol me esperan en la entrada.

—Buenas tardes. ¿Señor Beckett?

—Así es —digo mirándolos un poco confundido.

—Soy el oficial Hollman y este es mi compañero, el oficial Bale.

Trato de quedarme lo más quieto posible, pero el corazón me va a estallar.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —digo a duras penas.

—Necesito que nos acompañe a la estación de policía, señor. ¿Podría vestirse y venir con nosotros?

—¿Sucede algo?

—No podemos discutirlo en este momento. Solo le pedimos que venga con nosotros.

—¿A qué se refiere con que no puede discutirlo?

—Exactamente eso, no podemos discutirlo —dice el oficial Bale.

Toda la situación me da mala espina. Pero no sé qué hacer: si me pongo renuente, podría verme sospechoso y si coopero, podría caer en una trampa.

—No se preocupe, no es nada grave —clarifica Hollman.

—¿Necesito un abogado? —le pregunto bromeando.

—No lo sé. ¿Hizo algo malo?

Intercambiamos miradas por unos segundos hasta que le digo:

—Está bien, iré a vestirme. Vuelvo en un minuto.

Cierro la puerta, y todo el miedo que estaba resguardando explota dentro de mí. ¿Qué hago? ¿Escapo? Eso solo empeoraría las cosas. Es por Carlos, estoy seguro de eso, nos descubrieron. ¡Maldito Jayson! ¡Maldito seas, cabrón, has hecho que me atrapen y ahora me acusarán por asesinato! Pero recuerdo la nota que encontré en el peinador: «No digas nada». ¿Habrá sido él? Debe ser.

¿Quién más podría entrar a mi casa y dejar semejante mensaje antes que llegue la policía? Debo seguir en mi papel y *no decir nada*. Trabajo en construcción, eso es todo lo que hago y eso es todo lo que sé.

Me visto y salgo con los oficiales.

Cuando vamos en el carro, me dan ganas de hacer mil preguntas; me limito a mantenerme tranquilo y preguntar a la ligera de qué se trata esto; pero siguen con la misma respuesta: «no podemos discutirlo».

Llegamos a la estación, un edificio gris de varias plantas, con decenas de patrullas estacionadas en la parte del frente. Pasamos por una habitación llena de cubículos donde se encuentran varios oficiales haciendo papeleo. Damos la vuelta por un pasillo y lo atravesamos hasta llegar a una puerta. La piel se me pone de gallina cuando el oficial Hollman la abre y me pide que pase.

Pero esa sensación de escalofríos no es nada comparado con el miedo que sentí cuando vi un rostro familiar: Sal. Espera de pie, con sus manos detrás de la espalda mirando una ventana polarizada que recorre la mayoría de la habitación.

—Sr. Beckett.

Sus palabras hacen que la saliva se atore en mi garganta.

—¿Sal, verdad? —digo con todo el esfuerzo que puedo hacer para que mi voz no se quiebre.

—Así es. Christian Beckett. ¿Puedo llamarte Christian?

—Por mí está bien.

—Muchas gracias, Sr. Hollman, puede retirarse —le dice dando una señal. Los dos oficiales detrás de mí se retiran y, con el sonido que hace la puerta al cerrarse, desaparece toda la valentía que me quedaba. Quiero derrumbarme y confesar, pero por ese camino lo único que me espera es la muerte. Debo luchar, debo cerrar mi boca y *no decir nada*.

Sal me mira por unos segundos sin decir una palabra.

—¿Qué puedo hacer por ti, Sal? Tanto misterio me está matando.

Se ríe entre dientes.

—Toma asiento, Chris.

Tomo asiento junto a una mesa. Me mata el misterio, la incertidumbre. Necesito saber si fui descubierto o no; pero mientras no sea así, debo actuar como alguien inocente.

—¿Qué pasa, Sal? —digo un poco irritado.

Sal toma asiento frente a mí.

— ¿Cómo ha sido tu estadía en Urah?

—Bien, hasta que llegaron dos policías a mi casa y me trajeron aquí sin decirme una palabra.

Sal pone una sonrisa.

—Bueno, si no tienes nada...

—Al grano, amigo —interrumpo—. ¿Por qué estoy aquí? O me dices o me salgo por esa puerta en este instante porque, por lo que veo, no tienes una orden de detención. De hecho —digo en un tono sabelotodo—, ni siquiera debería estar aquí —digo mientras me hago hacia atrás a punto de ponerme de pie.

—Hace un par de semanas —dice y me detengo en seco—. Dos semanas y media para ser exactos (el día que llegaste a Urah), se te vio platicando con un sujeto en un antro.

Pongo una cara de confusión, pretendo no saber de lo que está hablando; pero en lo único que puedo pensar es: “Oh, mierda”.

—Sí, fui a un antro —afirmo—. Platiqué con alguien, sí, pero no recuerdo bien.

—Creo que lo recordarías a él —dice con certeza—. Jayson Mathews.

El corazón me hace un vuelco y hago todo mi esfuerzo para poner una cara de póker.

—Hum... —digo y pauso para crear efecto—. Sí, sí platiqué con él.

—No te estoy preguntando si hablaste con él, eso lo sabemos —dice riéndose—. Estoy más interesado en —se rasca la barbilla— el contenido de la conversación.

Tomo un respiro mostrando indignación.

—Hum, pues Jayson —digo pensativo—. Es un buen sujeto. Guapo. Andaba con una mujer, es músico...

—No me interesa su biografía; eso me lo dice la computadora en medio segundo. ¿De qué hablaron, Chris?

—No recuerdo —digo indignado, encogiéndome de hombros—. No lo sé. Hablamos del antro, de las personas que viven aquí arriba. Le conté que acababa de llegar a la ciudad y me pareció que estaba feliz por vivir aquí. Me dijo que él también *subió* como yo; pero es todo, fue una conversación común y corriente.

Cada palabra que digo, cada sonido que sale de mi voz está a punto de quebrarse. No soy malo diciendo mentiras; pero esto va más allá, esto es sobre pretender ser alguien más.

Sal resopla, parece que su paciencia se agota cada segundo. Luego se pone de pie.

—¿Son amigos?

—No exactamente, es alguien que conocí y platiqué con él un par de minutos.

—Bien —dice mientras toma un control remoto. Lo apunta a una caja negra y después de un clic, la oscuridad en la ventana desaparece, revelando un cuadro frente a nosotros. Lo que veo me deja sin palabras.

—¿Es ese el hombre?

Me toma unos segundos poder hablar y entre más trato de pretender, más me paralizó.

—Sí —digo a lo bajo.

Es Jayson —o lo que queda de él— atado a una silla.

CAPÍTULO XXXIII

La cara de Jayson está inflamada al punto de estar irreconocible. Tiene tapones de sangre seca en la nariz y ambas comisuras de los labios abiertas. Se ve tan débil y pálido que apenas parece tener fuerzas para mantener la cabeza erguida. La imagen me hace verme a mí mismo en la situación, en qué pasaría si yo estuviera ahí. ¿Lo delataría? Por lo que sé, hasta ahora no ha hablado, y lo que más me duele es que probablemente lo asesinen.

—Ese es Jayson Mathews —dice Sal con seguridad—. El hombre con el que hablaste en el antro.

—¿Qué le sucedió? —digo en shock.

—Tuvo un accidente.

—Eso no parece un accidente.

—Los problemas de Jayson no son tus problemas, Christian.

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué me estás mostrando al pobre hombre medio muerto?

—¿De qué hablaste con él en el antro, Chris?

—Ya te lo dije.

—Dijiste algo. ¿De qué hablaron, Chris? —dice mientras me intimida con la mirada.

—Ya te lo dije. — Pongo cara indignada y sigo con mi farsa—: ¿Qué? ¿Piensas que yo hice eso? —digo señalando a Jayson.

—No, eso no.

—¿Entonces qué demonios hago aquí?

—Hace unos días encontramos el cuerpo de un mesero. Trabajaba en el bar Oprah, su nombre era Carlos Barroso. ¿Conoces a ese hombre?

Se me hace un nudo en el estómago tan fuerte que siento que va a colapsar. Al recordar su nombre, lo único que se me viene a la mente son sus aullidos de desesperación.

—No, no lo conozco.

—Hum, ujum —dice de modo incrédulo y después de unos segundos de silencio, continúa con un tono más tranquilo y comprensivo—. Chris, ven conmigo, iremos a otro cuarto, esta no es bonita imagen —dice señalando a Jayson.

Salimos del cuarto y los nervios se arrecian. ¿Qué debo hacer? ¿Confesar? Si lo hago, estoy perdido. Pero Carlos no se lo merecía. No tenemos justificación. No debió morir de esa manera, con tanta desesperación y dolor. Aunque el pueblo de Argos merezca algo mejor, Carlos debería estar vivo. La única cosa que me detiene es pensar en Dale y Mabelle. ¿Qué pasará con ellos si me descubren?

Pasamos a otra habitación, con una mesa y un par de sillas como la anterior, solo que esta tiene unos monitores enseguida de la mesa.

—Siéntate. ¿Quieres algo de tomar? —me dice con un tono de buenos amigos.

—No gracias.

—¿Un café? ¿Un cigarrillo?

—No. Gracias, Sal, estoy bien.

Nos sentamos, los pies me tiemblan debajo de la mesa, y evito poner mis manos sobre ella por miedo a que note mi transpiración.

Sal aplasta unos botones en el monitor y se enciende.

—Veamos —se dice a sí mismo—. Cómo funciona esta cosa.

Sal presiona otro botón y la imagen de una calle aparece en la pantalla.

—Ahí está. No soy muy fan de las computadoras. ¿Y tú, Chris?

Me sacudo de hombros.

—¿En verdad? Pensaría que eras un hombre de computadoras —dice de manera condescendiente. El corazón se me retuerce al pensar que este hombre podría saber mi verdadera identidad.

—Pensé que todo lo podías solucionar con un clic en la computadora —digo con sarcasmo, tratando de desviar la atención hacia él.

— No, yo no, yo se lo pido a alguien más — dice riéndose —. Yo soy más a la *antigüita*. ¿Sabes? Soy de los que les gusta ir casa por casa haciendo preguntas. Soy bueno leyendo a las personas cuando me están ocultando algo. Te juro que si pudiera usar una lupa e ir a la escena del crimen, lo haría, pero hoy en día me tacharían de loco. Si fuera detective a finales de los mil ochocientos, uf, habría sido el mejor. Mírame, no necesito ni papeleo —dice mientras limpia la mesa con sus manos—. Fuera Sherlock Holmes —dice riéndose.

Con un resoplido, le hago saber que estoy perdiendo la paciencia.

—Está bien, está bien. Sigamos con lo nuestro —me dice con más seriedad.

—Te lo dije, no tengo más que decirte.

—Pero yo *sí* tengo más cosas que preguntarte.

—¿Cómo llegaste a Urah?

—Tengo una compañía de construcción.

—¿Soluciones Beckett, verdad? Estuve investigando, tuviste un lanzamiento meteórico. ¿Cómo te hace sentir eso? —Me encojo de hombros—. Hice unas llamadas a la compañía —dice y hace una pausa.

Se acabó.

—Me dieron buenas referencias de ti.

¿Qué? ¿Habrá sido Nolan?

—¿Qué tal tu vida antes de la Calamidad? ¿A qué te dedicabas?

—Era técnico de computadoras.

—Oh. *Oooh* —dice riéndose señalándome con su dedo—. ¡Me has mentido, sí eres un hombre de computadoras! —dice en un tono juguetón.

—Nunca dije que no lo fuera.

—Pero no lo afirmaste.

—¿Es relevante?

— No, en realidad no. Estuve buscando datos tuyos previos a la Calamidad, pero no pude encontrar nada. Más que nada, me enfoqué en buscar una fotografía, ya que las profesiones previas a la Calamidad cambiaron, pero no tuve suerte.

Hace una pausa mientras se rasca la barbilla, mira abstraído hacia el techo, y el tiempo se me hace eterno.

—Pero bueno —dice sacudiendo su cabeza—. Se perdieron muchos de los datos en el desastre. Debe ser eso. A menos, claro, *que me estés ocultando algo* —dice mientras me mira con fiereza.

—No tengo nada que...

—¿Cómo llegaste a la fiesta? —me interrumpe.

—¿La de inauguración? —digo con nervios—. Me invitaron.

—Sé que te invitaron. No pudiste haber entrado a esa fiesta sin una invitación.

Tal vez no me expliqué con claridad: ¿quién te dio esa invitación, Chris?

Me encojo de hombros y los ojos de Sal se agrandan mientras espera mi respuesta.

—Me la dieron en una reunión.

—¿Qué reunión? —dice de inmediato.

—El día que llegue. Hum, en la casa de una vecina, un hombre.

—¿Quién?

—Un hombre, no recuerdo su nombre —digo con duda escurriendo por mis palabras, el sudor se siente debajo de mi camisa—. Pete, Pete *algo*.

—¿Pete *algo* te dio la invitación? —Lleva una de sus manos a su frente y se queda meditabundo por unos segundos—. Estoy tratando de recordar a un tal Pete *algo* de la lista de invitados, pero me es imposible en estos momentos. ¡Qué va, uno no puede confiar en su memoria! —dice riéndose—. Pero bueno, quiero que mires esto, Chris —dice mientras presiona el botón de reproducir en el monitor.

En la imagen es de noche, y la cámara apunta a un lugar conocido.

—¿Sabes dónde es?

—No.

Sal acerca su cabeza hacia mí y me taladra con la mirada.

—Chris.

—Es un bar.

—Así es. Es el Oprah. ¿Recuerdas lo que dije del Oprah?

Cuando dice ese nombre, advierto que todo está perdido. No tengo más

mentiras, Sal me descubrió y no tengo más que decir. En este punto, lo único que me impide confesar es el miedo a las represalias y el rostro de Jayson que me dice lo que viene para mí.

—Carlos. Es donde trabajaba el mesero —digo.

—Así es. Ahora mira lo que viene —dice señalando al monitor por unos segundos hasta que aparezco en él, entrando al bar—. ¿Quién es esa persona?

Me hago el tonto por unos segundos, pero no me queda remedio más que aceptarlo.

—Soy yo.

—Eres tú.

—Fui a beberme unas cervezas. ¿Tiene algo de malo?

—No, para nada. De hecho, te la recomiendo, te ves un poco nervioso. Lo que me importa aquí es que sucede algo muy curioso: puede que sea una coincidencia y que todo esté en mi cabeza; pero lo raro es que ese mismo fue el día que Carlos Barroso no regresó a casa.

El corazón se me detiene una vez más al escuchar su nombre, y los gemidos feroces aparecen en mi cabeza.

—No solo eso, Jayson Mathews se presentó esa noche. ¡Y no solo eso! Si adelantamos la grabación, podemos ver que todos abandonan el lugar. Todos menos tú, Jayson y el pobre de Carlos.

Estoy derrotado. Fui superado en cada paso del juego. Debo confesar.

—Yo... —digo, pero Sal me interrumpe señalando con su mano.

—Hace un tiempo, uno o dos años atrás, hubo un ataque hacia Amir. Envenenaron la comida en su propia casa. Por desgracia, a la sirvienta, una chica de Argos, le gustaba probar los ricos platillos que servían en esa casa. Tomó una cucharada de la sopa de Amir y murió en segundos. Pobre chica —

dice con un tono sincero—. Siento lástima por ella, en verdad. Fue un caos. Todos perdieron la cabeza. No podían creer que alguien atacara a Amir. Bueno, tal vez sí lo creían. Sabemos cómo es el tipo, pero nadie pensaba que lo harían en su propia casa. Eso fue lo que los sorprendió y los mandó al extremo. Especialmente a Kadar, el tipo estaba vuelto una fiera. Si alguna vez lo conoces, te darás cuenta que es un tipo iracundo y explosivo. Entonces empezamos una investigación —dice mientras se inclina hacia al frente, recargando los brazos sobre la mesa—. Buscamos por todos lados, todos los registros, quién subió, quién bajó. Fueron casa por casa, y por *fueron* me refiero al grupo de Kadar. Estos tipos siempre miran hacia arriba: creen que Urah lo es todo, pero yo no. Yo lo vi completamente innecesario. Para mí, las respuestas siempre están abajo —dice señalando hacia el suelo con su pulgar—. Para ser más específico, uno tiene que buscar las incongruencias, y dichas incongruencias se crean cuando miras hacia la Tierra. Personas que nunca fueron exitosas ahora viven en Urah, con una gran casa y una empresa con un “ascenso meteórico”. Lo admito, soy pesimista, no creo que la gente pueda cambiar. De hecho —dice rascándose el mentón y mirando hacia un lado—, no creo en la gente del todo.

—¿Cuál es tu punto, Sal?

—Mi punto, Christian, es que atrapamos al sujeto, y lo más curioso es que esta persona se parecía mucho a ti. La empresa, los eventos a los que asistía, y lo más extraño de todo fue cuando les pregunté a tus empleados qué tipo de persona eras: todos me dijeron que eras un hombre extraordinario, con determinación y feliz—. Se detiene por un segundo y me penetra con la mirada—. No te ves como una persona feliz.

—¿A qué quieres llegar?

—Cuando te veo a ti, Christian Beckett, veo un montón de incongruencias.

Me quedo sin aliento, sabe quién soy.

—Fue una buena historia y creo que ya se hizo tarde —le digo con voz temblorosa. —¿Me puedo marchar?

Sal se recarga hacia atrás de su silla y me mira en silencio por unos instantes hasta que me dice a lo bajo.

—Soy bueno descubriendo cuando alguien me oculta algo, Chris, no lo olvides. Ahora ve a casa —me dice con una cara que me deja desconcertado. Tiene aspecto de alguien que descubrió algo importante; pero al mismo tiempo, hay una decepción en sus ojos que no había visto antes.

CAPÍTULO XXXIV

Nunca en mi vida el aire fresco se sintió tan satisfactorio y relajador. Me dejó. ¿Pero por qué? No tiene sentido. Me descubrió. Toda la evidencia apunta hacia mí y aun así, aquí estoy, de vuelta en mi casa. ¿Qué planea? A partir de hoy, me tendrán vigilado; pero no estoy seguro de si me acusa del homicidio de Carlos o por la rebelión.

Tanta tensión me dejó agotado. Ahora más que nunca, siento la urgencia de terminar mi trabajo. Tengo el tiempo contando, así que debo ponerme en acción lo más rápido posible.

Es la primera vez que me pondré el equipo de espionaje y vaya que me siento como James Bond.

Lo primero son los lentes de contacto. «Colóqueselos con cuidado», dice la caja. No sé si porque pueden lastimar mis ojos o porque son costosos. Frente al espejo del baño, tomo uno con la yema de los dedos y lo coloco con suavidad sobre mi ojo. Luego el otro. Nada sucede, hasta que mi brazalete emite un pitido. Un mensaje dice: «LENTEs CONECTADOS EN POSICIÓN, PRESIONE PARA ENCENDER».

Al presionar el botón, aparece un mensaje en la esquina superior derecha de mi rango de visión que dice «Encendido», luego una luz azul sale desde mis pies y viaja por toda la habitación, un tipo de escáner. Mi vista se llena de letras por unos segundos y al despejarse, leo unos mensajes frente a mí:

UBICACIÓN: CASA DE CHRISTIAN BECKETT.

TEMPERATURA: 21 GRADOS CENTÍGRADOS.

TAREAS: NINGUNA.

Increíble. Es como estar dentro de una máquina de realidad virtual. Aunque las letras son casi transparentes, obstruyen mi vista un poco, así que las desactivo desde el brazalete. Mucho mejor. Se sienten un poco incómodos. Pero tal vez sea porque nunca he usado lentes de contacto; eventualmente me habituaré.

Ahora el traje. En este momento tiene forma de saco formal. Pero cuando me lo pongo, noto que la tela no se siente tan suave como parece; es un poco áspera. Suena un pitido en mi brazalete, y un mensaje como el anterior aparece: «TRAJE CONECTADO, PRESIONE AQUÍ PARA ACTIVAR».

Al presionar el botón, el brazalete me muestra los tipos de vestimentas disponibles. —Veamos— me digo a mí mismo. Como me tengo que hacer pasar por un doctor, selecciono «BATA MÉDICA». Aparece una imagen tridimensional de una bata blanca, presiono el botón de Aceptar y, como por arte de magia, la tela del saco se alarga, una luz azul parpadeante viaja por toda la tela y en unos segundos, cambia a un color blanco. Eso fue aun más increíble. Me emociono tanto que juego con él: un esmoquin («007, nena»), una camiseta casual y luego una sudadera para hacer ejercicio. Espero que me obsequien este artilugio en caso de tener éxito. No tendría que volver a comprar un cambio de ropa.

Ahora el collar. Lo pongo en mi cuello y lo activo en el brazalete. Funciona de la misma manera que el traje. Del menú selecciono la cara de un anciano y presiono Aceptar. Nada sucede. Vuelvo a presionar y todo sigue igual. Pero cuando me veo en el espejo, se me cae la boca hasta el suelo. Soy un viejo de más de sesenta años. Mi rostro y mi frente están llenos de arrugas, mi cabello está casi gris por las canas y tengo una horrible calva. Pero cuando me toco la cara, advierto como funciona. Al tacto, mi cara sigue siendo fina, sin arrugas en mi frente. Es solo un holograma. No se creo una imagen física sobre mi rostro, así que tengo que tener cuidado que nadie toque mi rostro, aunque no parece algo que deba preocuparme.

Por último, el arma. Es extraña, pero práctica. Nadie advirtiera que es un arma si la viera de cerca; parece más como un estuche. Presiono dos botones largos en los laterales del arma y una pequeña carga de energía azul aparece en una de las puntas. No estoy seguro de cuántos voltios son. Pero el manual dice que

inmovilizaría a alguien de hasta 200kg por unos diez minutos. Usando las dos manos, le doy vueltas al arma que se parte por la mitad: un gatillo se desliza en la parte de abajo y un pequeño agujero se abre en el extremo donde aparece la carga eléctrica. El arma está cargada, y debo tener cuidado al usarla porque es tan potente como para atravesar a alguien de un disparo.

El auricular es pequeño, como un chícharo, y el micrófono es un poco incómodo. Pero me acostumbré, y es tan resistente que incluso puedo comer y tomar agua. Pero me da un poco de miedo que haga un cortocircuito y me quemé los sesos.

«EQUIPO COMPLETO CONECTADO», dice la pantalla de mi brazaletes.

Es tiempo de ir a visitar al buen doctor.

OK. Tengo que admitir que pensé que iba a ser fácil, que iba poder abalanzarme sobre él, noquearlo y luego robarle el rostro, pero parece que no soy tan valiente como creí. Llevo casi una semana siguiéndolo cuando sale a correr (y por seguirlo me refiero a correr en el mismo parque que él). Lo que me detiene son las calles atiborradas de cámaras de seguridad. No puedo cometer el mismo error que hice con Carlos, que por cierto, no he sabido nada de Sal los últimos días y me parece extraño. ¿Me estará siguiendo el paso? Reviso por arriba de mi hombro cada dos minutos en busca de alguien que me esté siguiendo; pero no he visto nada fuera de lo usual (al menos eso pienso cuando busco con mi ojo no entrenado).

El doctor tiene una rutina de media hora, da varias vueltas por el parque, toma un descanso como a los veinte minutos para tomar agua, vuelve a su ejercicio y luego se va a casa. Para no verme sospechoso, me puse a hacer lo mismo. De vez en cuando, lo saludo o le pregunto la hora. Lo peor del caso es que lo he hecho varias veces: ha de pensar que soy idiota y que debería conseguirme un reloj o un maldito celular. Esto no es fácil. Nunca fui a la *Universidad del Robo de Identidades*. No tengo ni idea de cómo hacer esto. Pero la opción obvia (y probablemente la única) es entrar a su casa y hacerlo ahí, así que

debo ganarme la suficiente confianza como para que me invite.

Troto por el parque que no es grande. Tiene juegos para niños como subibajas, columpios, resbaladillas y otras cosas. Es de lo más verde que he visto en mucho tiempo, y en la noche los faros lo iluminan con una luz tenue que lo hace ver tranquilo y pacífico. Pequeños reflectores en la acera se encienden creando un camino de luces amarillas alrededor del parque. A lo lejos va al doctor: está casi al otro extremo del parque y siempre corre a buen ritmo. Vóy a los bebedores porque sé que las 8:20 pm es más o menos su tiempo de beber agua. Si no logro robar su identidad, al menos me voy a hacer experto en registrar conductas.

Espero junto a los bebedores, pretendiendo usar mi celular, y después de unos minutos, casi a las 8:20, aquí viene Sotiropoulos. Su cara se ve más arrugada de lo normal con el sudor que cae de su frente.

Se acerca al bebedero. Mientras toma agua, quiero decirle algo, pero mi mente está en blanco. Lo único que se me ocurre que pueda ayudarme a ganar su confianza es hablar de trenes miniatura, algo sobre lo que he estado investigando estos últimos días, así que aquí vamos.

—¿Es una buena noche, no? —le digo. Se limita a asentir ya que tiene la boca llena de agua—. Y es un buen lugar para correr —digo con nervios.

—Sí, es tranquilo —me dice mientras se aleja para dar sus últimas vueltas.

—¿Tienes mucho en Urah? —le digo, casi gritando.

Se vuelve y luego me mira, un poco sorprendido.

—Hum... —dice dudoso— casi un par de años.

—¿Un par de años? —digo con sorpresa—. Yo llegué hace casi un mes. ¿Viviste en Argos?

—Sí, un tiempo, pero luego me contrataron y *subí*.

—Tienes suerte, yo estuve cinco años abajo. El cambio me vino bien, especialmente... —Veamos si funciona—. Los medios de transporte. Ya me estoy acostumbrando a los coches automáticos. Ese maldito tren de Argos me tenía harto.

—Lo sé —dice esbozando una sonrisa.

—He construido mejores cosas que esas.

— ¿Construyes trenes? —dice con curiosidad.

Me río.

—Nah, estoy jugando, a menos que te refieras a trenes miniatura.

Y parece que me gané la lotería porque su rostro se ilumina en cuanto digo esas palabras.

—¿Te gustan los trenes miniatura?

—¿Que si me gustan? —digo en un tono superfalso—. Gustarme es poco. Los construyo desde pequeño, solo que tengo años sin poder tocar uno. ¿Por qué lo dices?, ¿te gustan también?

—Yo también los construyo desde pequeño.

—No me digas —digo con una sorpresa falsa—. Pero están extintos, hombre. Lo único que la gente ha querido recuperar después de la Calamidad es lo básico y la cerveza.

Se ríe.

—Y que lo digas, me tomó meses poder construir de vuelta mi colección.

—Mierda. ¿Tienes una colección? —Asiente—. No te creo, ¿en verdad?

—No solo eso, tengo un *Lionel Pennsylvania Flyer LionChief*

—¿En verdad? Son buenos, aunque yo soy un hombre de *Bachman*.

—También tengo unos —dice con una sonrisa, orgulloso de su juguete.

—Mierda, no puedo creer que todavía existan.

En verdad, no puedo creerlo.

—Tardé años en conseguirlo.

—Eso es increíble —digo “maravillado”—. Oye, amigo, no quiero ser muy entrometido ni nada. ¿Pero podría verlo uno de estos días? Me muero de las ganas de poner las manos en uno.

—Claro, no hay problema. De hecho, vivo a unas casas de aquí, podemos ir a verlo en este momento.

Mierda, funcionó. Realmente funcionó. Me invitó a su casa con el pedazo de información que creí ridículo. No pensé que hoy mismo terminaría dentro de su casa; pensé que iba a tardar semanas.

Platicamos unos minutos más. Pero le mostré lo impaciente que estaba por ver su colección hasta que por fin nos marchamos a su casa. Debe estar muy emocionado por mostrarme su colección porque no terminó su usual entrenamiento. Creo que vamos a ser buenos amigos (por lo menos hasta que me convierta en él).

Su casa tiene un pórtico con escalones de mármol, árboles bien podados por el frente y una fachada con un techo triangular y un ojo de buey en la punta. Toda esta mentira me hace recordar a Jayson: deben de estar torturando al pobre o quizás ya esté muerto. Pero más me acuerdo de Carlos que, al igual que Richard, no tiene la culpa de lo que hacen los Meftah y aun así será una víctima más de nosotros. No sé con exactitud lo que voy a hacer. Solo tengo el equipo necesario en mi bolsillo: el arma, el collar y el clonador de tarjetas. Aunque no creo poder hacer nada si me encuentro a la familia.

—Pasa —me dice Richard después de abrir la puerta. Noté una sonrisa

orgullosa que lo acompañó hasta llegar aquí. En verdad está muy feliz de mostrarme sus *tesoros*. Lástima que pienso que son una estupidez—. Tengo todo en el sótano — me dice.

—¿Quién no? —le digo riendo.

Se ríe.

—Antes tenía mis trenes en el cuarto de huéspedes, pero mi esposa hizo que los moviera.

—Déjame adivinar: ¿le parece un hobby tonto?

Se ríe.

—No exactamente. Pero sí lo ve como un juego más que como un pasatiempo.

Es porque son unos malditos juguetes, Richard. Unos malditos, tontos, trenecitos.

—¿Un juego? —digo un poco indignado y me sacudo de hombros—. *Psh*, somos constructores.

—¡Exacto! Ojalá ella opinara lo mismo —dice riéndose.

—Tal vez deberías presentarme para dejárselo bien claro —le digo bromeando con nervios en mi voz.

—Tal vez —dice riéndose—. Pero salieron de compras, no deben tardar en llegar.

Al escuchar esas palabras, la boca se me seca. Esta es mi oportunidad. No puedo pensarlo dos veces, debo hacerlo lo más rápido posible. Bajamos al sótano, y cuando Richard enciende la luz, me quedo pasmado por lo que tengo enfrente. Este loco no estaba bromeando cuando dijo que era una colección. El maldito tiene una estación completa: andenes, pasto artificial, edificios y hasta personitas trabajando.

—Guau —digo realmente asombrado. Richard tiene una sonrisa de oreja a oreja que lo hace ver tan orgulloso. El tipo tiene dos doctorados, ha trabajado con el virus y la cura durante años y aun así no ha mencionado nada de eso. Parece que es este su más grande trabajo.

—Este es...

Saco el taser de mi bolsillo y cuando me da la espalda, lo aprieto contra su cuello, mandando una descarga que pone su cuerpo tieso en cuestión de segundos. Su cuerpo cae, inconsciente.

—Tómalo con calma —le digo a lo bajo.

Busco en la habitación hasta encontrar una silla debajo de las escaleras. Tomo el cuerpo de Richard por los hombros, lo arrastro y lo siento en la silla. Saco el collarín de mi bolsillo, que en este momento está encogido, lo halo de los extremos y se alarga lo suficiente como para ponerlo en el cuello de Richard. Una vez que lo pongo, un pitido en el brazalete me indica que está en su lugar, presiono un botón y empieza el escaneo facial.

1%...

2%...

3%...

¿Qué?

4%...

¿Qué mierda? No pensé que sería tan lento. A este paso, tardará al menos unos quince minutos.

Está bien, tengo que permanecer tranquilo y seguir en mi plan. Ya se está haciendo el escaneo facial —que apenas va en 8% (¡OH, MIERDA!)—. Ahora tengo que encontrar la identificación para hacer una copia. Busco en la ropa de Richard, pero su atuendo deportivo ni siquiera tiene bolsillos. Subo a la planta

baja y busco en las habitaciones hasta encontrar la recámara más grande.

Mi frente se llena de sudor y advierto mi respiración acelerarse.

—Está bien, tranquilo —me digo a mí mismo—. ¿Dónde pondría mis identificaciones?

Y sin hacer caso a mis palabras tranquilizadoras, irrumpo en el cuarto buscando en cada rincón. Primero el peinador, nada; los burós a un lado de la cama, nada; en el baño, nada. La desesperación comienza a ganarme, tanto así que hasta busco debajo de la cama. Luego voy al vestidor y *eureka*.

Tomo la tarjeta y la inserto en el escáner, luego coloco la tarjeta en blanco en el otro extremo. Una luz verde me dice que todo está en orden y después de presionar un botón, las tarjetas se deslizan hacia el centro. El aparato hace un sonido metálico, que al principio me da la impresión que las está triturando. Pero al final las tarjetas salen del extremo opuesto, y la tarjeta que estaba en blanco ahora es una réplica exacta de la identificación del doctor. Nada mal.

Bajo al sótano y reviso el progreso del collar.

32%

¡TIENES QUE ESTAR BROMEANDO!

Esta cosa no puede ser más lenta, y yo no puedo estar más nervioso, pero no tengo otra opción más que esperar. Así que espero.

55%

Y espero un poco más.

70%

Y luego un poco más.

Pero cuando llega al 82%, lo que más temía se hace realidad: el chirrido de la puerta en el primer piso, seguido por pisadas en el techo, la familia de

Richard está aquí. La madera cruje sobre mi cabeza, los pasos están cada vez más cerca, las voces opacas empiezan a escucharse con claridad y este maldito aparato va en 90%

—Richard —grita una mujer.

92%

—Richard —de nuevo.

97%

La puerta se abre sobre mi cabeza, seguido del crujido de las escaleras.

100%

—¿Richard, estás aquí?

Tomo el collar y de inmediato, me lo pongo en el cuello. Con las manos temblando, presiono el botón de mi brazalete y busco el rostro del doctor. Presiono Aceptar.

Las pisadas llegan al último escalón y, sin saber si mi rostro ha cambiado de apariencia, voy hacia la esposa de Richard que brinca cuando me ve.

—Me asustaste. ¿Qué estás haciendo? — Me sacudo de hombros —. Ya va a estar la cena —dice mientras se devuelve por las escaleras, y justo cuando puedo respirar de nuevo, se detiene y me mira con una cara confusa.

Todo el cuarto se enlentece, y al ver por el rabillo del ojo el cuerpo inconsciente del verdadero Richard, el corazón me hace un vuelco. La pequeña pausa que hace la señora se me hace eterna. ¿Pero el collar funcionó, verdad? ¿Qué demonios sucede?

—Tu ropa —dice—. No te la había visto antes.

—Es nueva —digo a la bajo. Las piernas me tiemblan al solo pensar que sigo teniendo la misma y no se parece en nada a la del doctor.

—Está bien, no juegues mucho —dice con sarcasmo—. Que la cena ya va a estar lista.

La señora sube y mi cuerpo está a punto de colapsar. Esto todavía no se ha terminado. Estoy atrapado en el sótano con el cuerpo del doctor. Cuando se despierte, advertirá lo que pasó y llamarán a la policía.

Con la identificación falsa y mi nuevo rostro, subo las escaleras. Hay un ajetreo en la cocina. Pero me limito a pasar a paso rápido, sin ser visto. Abro la puerta y salgo de la casa como si nada hubiera pasado.

Regreso al parque en donde dejé mi auto. Cuando me subo, desactivo el collar y advierto el gravísimo error que cometí. La esposa lo encontrará inconsciente en el sótano y llamará a la policía, el doctor podrá identificarme porque expuse mi rostro a las cámaras de seguridad en el parque y eso será todo. Maldición, no la pude cagar de peor manera. No me queda otra opción más que actuar rápido: necesito ir por el virus en este momento.

CAPÍTULO XXXV

«UBICACIÓN: LABORATORIOS MEFTAHA», se lee en mi rango de visión.

Ya pasan las 10 pm y me es ilógico que las autoridades no se hayan enterado de lo que hice en casa del Dr. Sotiropoulos.

—¡Estúpido! —grito mientras golpeo el volante.

¿Cómo pude ser tan descuidado? Estoy muerto. Ahora no hay manera que pueda escapar de esta; será cuestión de horas para que me atrapen. Ahora lo único que puedo hacer es tratar de robar el laboratorio y huir de Urah. Lo único que me alienta en este momento es que si fallo, no tendré que asesinar a alguien.

El laboratorio es como un gran domo de cristal. Cargué el mapa del lugar en mi brazalete y con la información que me brindó Nolan, pude localizar la habitación donde está el virus. También me ayuda que los lentes de contacto me dirán qué dirección tomar. Desde el auto, puedo ver a un guardia de seguridad sentado en la recepción, leyendo un periódico. Si soy lo suficientemente bueno, lo burlaré; si no, tendré que inmovilizarlo.

Me bajo del auto y entro al laboratorio. Cuando el guardia me ve, pone una sonrisa amigable y me regala un saludo jovial.

—Dr. Sotiropoulos —me dice a lo lejos.

Me limito a sonreír hasta acercarme más y ver su placa: Travis Lutter.

—Travis —le digo a lo bajo.

—¡Oh! —dice sorprendido—. ¿Qué le pasa a su voz?

El corazón se me acelera, me limpio la garganta, llevo mi mano a la boca y pretendo toser.

—Creo que estoy agarrando un resfriado.

—¿En plena primavera? Qué mal.

—Y que lo digas —digo con voz ronca.

— ¿Qué puedo hacer por usted, doctor?

—Olvidé unas cosas en la oficina. No me tomará mucho tiempo —digo mientras me alejo en la dirección que indica una pequeña flecha en mi visor, y señala hacia una puerta que da a un pasillo.

—Doctor —dice Travis con voz confusa.

—¿Qué pasa?

—Le tengo que abrir.

—Oh, lo olvidé —digo con voz temblorosa—. Es esta gripe, me tiene distraído.

—Lo entiendo — dice Travis amablemente.

Travis mete una tarjeta en un escáner que quita el seguro de la puerta.

—Gracias Travis —le digo—. Vengo enseguida, no tardaré.

—Lo acompaño.

—¡No! —digo de golpe. Travis me mira sorprendido por un segundo—. No te preocupes, es solo un segundo —digo tratando de disimular.

—Insisto. La verdad es que me caería bien un poco de compañía.

Los nervios son tan fuertes que no se me ocurre otra cosa para deshacerme de él, así que caminamos juntos por el pasillo a la “oficina” que ni siquiera sé dónde está.

—¿Y cómo está la familia? —me pregunta.

—Bien, gracias por preguntar.

Llegamos a una bifurcación en el pasillo, y Travis da vuelta a la derecha.

—Doctor —me dice confundido—. Por acá.

Travis me señala hacia otro corredor, pero mi visor me dice que siga derecho por el pasillo.

Me río a lo bajo y lo sigo por el corredor. Pero en cuanto me pongo a andar, me detengo en seco.

—Espera —le digo—. Creo que los dejé en el laboratorio.

—¿En el laboratorio? —dice con incertidumbre.

—Sí, vamos para allá.

—¿Qué es lo que dejó, doctor?

—Papeleo —digo rodando mis ojos.

—Porque sabe que no puede entrar al laboratorio a esta hora.

La boca se me seca cuando advierto que tengo que deshacerme de este maldito o no podré hacer nada.

—No te preocupes, los dejé afuera.

Mi respuesta no lo convence. Ahora me mira con más confusión. Pero sin decir otra palabra, me devuelvo por el pasillo, hacia la dirección que me indica el visor. Travis parece no tragarse mis mentiras porque noto la tensión entre los dos.

Después de unos segundos en silencio, Travis me pregunta:

—¿Cómo le fue a Joselyn en el partido?

—Bien, estuvo cardiaco —digo bromeando.

—¿Sí? ¿Cómo quedó el marcador?

—Hum... —digo rascándome la frente— 2-1.

—¿2-1? —me dice confundido.

—Sí —digo con voz temblorosa.

Esas son las últimas palabras que decimos hasta llegar a los laboratorios. Son unos cuartos con gruesas ventanas de cristal y una puerta de metal, que solo puede accederse pasando la tarjeta por un escáner.

No estoy seguro de qué hacer, y la mirada confundida de Travis y su silencio me tienen con el corazón en la mano.

—Aquí estamos —dice por fin. No se ve tan convencido de lo que le dije hasta ahora.

—Creo que los dejé por aquí —digo mirando furtivamente.

—¿En el suelo? —dice con sarcasmo—. No hay nada aquí, doctor.

—Entonces alguien debió meterlos al laboratorio: voy a necesitar entrar.

En cuanto termino de decir eso, Travis explota.

—OK. ¿Qué demonios está sucediendo?

—¿De qué hablas? —le pregunto con nervios.

—No quiero estar fuera de lugar, pero primero llega con una voz extraña, luego me dice que el marcador del partido de su hija fue de 2-1 (que es un marcador muy extraño para un partido de baloncesto) y ahora me dice que necesita entrar al laboratorio cuando sabe que no puedo dejarlo. —Me limpio

la garganta—. Ahora dígame, doctor, ¿qué demonios está...?

Saco el taser de mi bolsillo presionando el botón de descarga y lo llevo al cuello de Travis, pero detiene mi brazo y me empuja.

—¿Qué mierda? —dice sorprendido.

Lo hago otra vez y vuelve a pararme. Forcejamos por un segundo hasta que me hunde el estómago con un rodillazo, seguido de un codazo en la nariz que me hace caer al suelo. El taser sale volando de mi mano. Travis trata de sacar su arma; pero me abalanzo sobre él y con un tacle, lo estrello contra la puerta metálica. Lo levanto sobre mi cabeza y lo azoto en el suelo. Lo golpeo varias veces en el rostro, pero me empuja con sus piernas. Me voy sobre él, pero se incorpora y me taclea. Caigo al suelo de espalda, me golpea la cara una y otra vez. Me golpea tan fuerte que me nubla la vista. Se pone de pie, saca el radio de su cintura; pero antes que pueda usarlo, lo pateo en la pierna y cae al suelo sobre su hombro. Me incorporo y me siento a horcajadas sobre su pecho. Lo golpeo en la cara. Pero forcejea tanto que pierdo el control de su cuerpo hasta que veo el taser frente a mí. Lo tomo y con una descarga en su cuello, el cuerpo de Travis se sacude y luego se queda inmóvil.

Me quito de encima, apenas puedo respirar. Por suerte, ninguno de sus golpes dañó mi equipo o me hizo sangrar. Saco la tarjeta y la paso por el escáner, que da un pitido, y la puerta se abre.

Algo está mal con mi vista y después de unos segundos, mi brazalete emite un pitido.

«UN LENTE DAÑADO», dice un mensaje en rojo.

El visor se ve un poco distorsionado; pero por suerte, un lente es suficiente para escanear el lugar. Según los archivos que me dieron, el virus debe estar en unos frigoríficos. Paso a la otra habitación, donde hay dos pequeñas cajas blancas de metal con puertas de cristal y símbolos de riesgo biológico en los costados.

En uno hay pequeñas botellas de cristal con un líquido rojo en forma de

espiral. Ese es el RS-44. En el otro, hay frascos iguales; pero con un líquido color azul, el antiviral. Ver las sustancias me paralizan: estas pequeñas botellas me hicieron perder todo lo que tenía y cambiaron el mundo como lo conocíamos.

Tomo una botella de metal enseguida de los frigoríficos, que sirve para portar los frascos. Abro la compuerta. Con mi trémula mano, tomo el frasco de la sustancia roja y, con mucho cuidado, lo deslizo dentro de la botella de metal. Luego tomo la sustancia azul y sello la tapadera.

Vuelvo a respirar con tranquilidad. Espero que el collarín sea a prueba de agua porque estoy sudando a chorros.

Salgo del laboratorio. Travis sigue inconsciente, pero parece estar a punto de volver en sí. Verlo ahí tirado me recuerda a Carlos cuando su cuerpo estaba en el piso sin moverse. Antes que la culpa me abrume, escapo por el pasillo y salgo del edificio.

CAPÍTULO XXXVI

Fue una mala noche, cometí un mínimo de tres crímenes y creo que mi misión llegó hasta aquí. Fui descuidado y lo que se me hace más raro es que, a pesar de ser una ciudad vigilada las veinticuatro horas del día, la policía todavía no da conmigo. Sigo pensando en el doctor. Pasaron más de dos horas y media desde que estuve en su casa. ¿Cómo es posible que no me encuentren? Esperan que haga un movimiento, o algo no tiene sentido.

Dejé el laboratorio y me parqueé a unas calles de mi casa. No tuve el valor de ir para allá, presiento que me estarán esperando. De la guantera, saco el auricular y el micrófono. Llamo a Nolan.

—¡Chris! —dice con sorpresa.

—Nolan —digo a lo bajo.

—Estábamos preocupados, no te habías comunicado. ¿Qué ha pasado? ¿Sigues trabajando en lo del virus?

—Aquí lo tengo conmigo, Nolan.

La bocina se llena de silencio unos segundos, y luego Nolan continúa:

—Excelente, excelente. ¿Has tenido problemas?

—Más que problemas.

—¿Qué sucedió?

—Creo que me descubrieron.

—¿Estás seguro? — dice en un tono alarmado.

—No estoy cien por ciento seguro, pero serían unos inútiles si no me descubrieran.

—¿Qué fue lo que hiciste mal?

—Por dónde empezar. Tal vez desde que secuestré al doctor, ese sería un buen inicio. Tuve que amarrarlo en su propia casa, y las autoridades probablemente ya estén enteradas de eso, luego fui al laboratorio, y las cámaras me vieron atacar a un pobre guardia (que era muy simpático, por cierto), lo dejé tirado, robé el virus y luego aquí me tienes, asustado y parqueado a unas cuerdas de mi casa.

Hay silencio en la bocina hasta que continúo.

—Nolan, tengo que salir de aquí —digo con mi voz quebrándose.

—Lo sé.

—Qué bueno que lo sabes, porque tengo que salir de aquí AHORA MISMO.

—Chris —me dice en un tono que me da mala espina. Las manos me tiemblan; sé lo que me va a decir—. No te podemos sacar de ahí tan rápido.

—Sabía que dirías eso —digo entre dientes.

—Necesito un día o dos para poder hacerlo.

—Me van a encontrar, Nolan, no hay posibilidades que no lo hagan. De hecho, no sé por qué demonios no lo han hecho todavía.

—Tienes suerte.

—Sí, claro. Voy a acabar en una bolsa para muertos, vaya suerte la mía.

—Chris, aguanta un día o dos, espera mi llamada y te sacaremos de ahí. No pierdas la comunicación por un segundo.

—¿Y qué es lo que debo hacer ahora?

—Aguanta y mantente escondido.

—Debí haber ido a un partido de fútbol antes de hacer toda esta mierda.

—Chris, sé que es difícil...

—Sí, lo sé, lo sé —digo resignado.

—Iremos por ti —dice con un tono seguro que me da esperanza.

—Gracias.

Hay unos segundos de silencio.

—Entre todo esto —dice dubitativo— tengo una buena noticia.

—¿Qué pasa?

—Caín ha salido con un equipo para sacar a Dale. Todo está arreglado. Lo rescatarán en un par de días.

Por fin algo que quería escuchar.

—Nolan, si no llego a salir de aquí.

—Te sacaremos de ahí, Chris —dice con certeza.

—Lo sé, lo sé.

—Te sacaremos de ahí, y volverás con tu familia. Te lo prometo.

—Lo sé. Gracias, Nolan, pero —digo y me quedo pensativo unos segundos— en caso que no salga con vida —digo tartamudeando; me cuesta mucho trabajo aceptar que es una posibilidad— díles que lamento mucho no haber estado con ellos. Emocionalmente, me refiero. Pensaba que estos últimos cinco años fueron lo peor que me pudo haber pasado y tal vez nunca se los dije en voz alta, pero sé que lo veían en mí. Pero me equivoqué, pudo haber sido peor. Si no fuera por ellos, tal vez no habría llegado hasta aquí. Díles que gracias y que los amo —digo con voz rota y ojos mojados. No sé si sea un adiós, pero mis opciones se acabaron. Y después de toda esta mierda, lo único que quiero es

que estén bien. Se lo merecen—. ¿Se los dirás, Nolan? Prométeme que lo harás.

—Lo haré —dice con pesar en sus palabras.

—Gracias.

—Mantén tu auricular encendido, te llamaré en cualquier momento. Ahora aguanta, que vamos por ti.

Aguantar, es lo que debo hacer. No solo por mí, sino por Mabelle, Dale y todos los de Argos. Inclusive por Karoline debo aguantar. No puedo darme por vencido, estoy tan cerca. Después de todo lo que he pasado, no puedo desistir, no ahora.

Enciendo el automóvil, con un nuevo sentimiento de esperanza y de fuerza, y manejo hacia la casa. Me estaciono casi en la esquina y desde lejos atisbo la situación. Se ve tranquilo, pero no puedo confiarme y no puedo quedarme allí. Entraré, tomaré unos víveres y buscaré otro lugar para esconderme. Con el equipo de camuflaje no debe ser tan difícil.

Me estaciono fuera de la casa. Salgo del auto con el antivirus en el bolsillo y, a paso rápido, entro a la casa. Voy a la cocina, lleno una bolsa con frutas, comida enlatada y botellas de agua: será más que suficiente para sobrevivir. Subo a mi habitación. Necesito llevarme todos los artilugios y sobre todo la información que me ligue con la rebelión.

Tomo el maletín y cuando meto los papeles dentro, hay una distorsión en mi auricular, seguida por la voz desconocida de un hombre.

—Te descubrieron.

—¿Nolan?

—Te descubrieron y han llegado por ti.

—¿Quién eres? —digo paralizado.

—Un equipo especial de cinco personas y cinco policías más están en tu jardín. Están a punto de entrar a tu casa y, si no haces exactamente lo que te digo, morirás esta noche.

CAPÍTULO XXXVII

Dale

Han pasado, días, semanas, meses, quién sabe. Al principio llevó un registro de los días que llevaba capturado, pero el miedo le hizo perder la noción del tiempo. No es solo el miedo lo que lo está volviendo otra persona, es la desesperanza. Aunque él sabía que nadie vendría por él, quería creer que si aguantaba tanto dolor, tarde o temprano terminaría en casa con su mamá y un buen plato de comida. Pero estaba equivocado.

Cuando al fin se resignó y se dio cuenta que estaba solo, no le quedó otra cosa más que dejarse ir. Dejó de comer: pensó que al menos debía tener decisión sobre cuándo y cómo iba a morir. Pero se volvió a equivocar. Los guardias lo forzaron a comer a través de un tubo conectado a su nariz. Era espantoso: la sensación de la comida al entrar por sus fosas, el ardor, no era natural. Se sentía como un pez que trataban de matar sacándolo de agua y lo metían de nuevo solo para tomar aire y sacarlo otra vez. Lo hicieron durante varios días seguidos hasta que Dale dejó de luchar y volvió a comer por su cuenta. No fue la sensación lo que le afectó más, fue cómo lo forzaban. Se sentía violado; como si ya no fuera dueño de su cuerpo.

Hecho un ovillo en el rincón de su celda, sus días se volvieron oscuros esperando a los guardias entrar día a día para llevarlo a la oscuridad.

Dos guardias entraron por la puerta. Dale gritó por piedad. Pero lo único que recibió fue un golpe en el estómago y otro en la mejilla, que le aflojaron el cuerpo.

«Todo menos el pañuelo», se decía a sí mismo. «Todo menos la oscuridad».

Pero sin importar qué tanto implorara, Dale no saldría de esta.

Los guardias pusieron el pañuelo en sus ojos, y todo se volvió oscuro una vez más. Lo llevaron a rastras. Un paseo familiar.

Lo pusieron en un silla, lo amarraron de los pies y las piernas, ataduras tan fuertes que ya habían marcado una línea roja sobre su sensible piel. Dale estaba inmóvil, había dejado de tratar desde hacía mucho tiempo.

—¿Quién eres tú? —Escuchó la voz del hombre que acompañaba al capitán en las sesiones.

—Me transfirieron —respondió otra voz que no había escuchado.

—Está bien. ¿Tú pediste la transferencia?

—Algo así —dijo el desconocido dejando ir una risita.

—¿Un poco sádico, no crees?

—Tal vez. Es que tengo curiosidad.

—¡Ja! Ya veo. Sádico y curioso.

Se abrió una bolsa de plástico, seguido por el crujir de unas frituras. Algo que siempre escuchaba.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo el desconocido con impaciencia.

—¿Qué?

—¿Es cierto que les sale humo?

El hombre se rió.

—A veces. Depende.

—¿De qué?

—De cuánto tiempo dure el choque. Si lo dejas un buen rato, sí, les sale humo.

—Mierda, no me digas.

A Dale se le salió una lágrima. Era el objeto de burlas, un juguete. Pero lo que le dolía más era su mamá: no la volvería a ver y ella nunca estaría a salvo. Le daba y vergüenza por no haberle hecho caso; estaba arrepentido de querer jugar al héroe. Lo único en que podía pensar era en la beca, en cómo en estos momentos podría estar en un cuarto no muy lujoso, pero con lo suficiente. Podría mandarle dinero a su madre para que vivieran mejor, y sobre todo, ella estaría a salvo y orgulloso de él.

Hubo un golpe, luego una silla se cayó.

Su respiración era agitada, transpiraba a chorros. El cambio de rutina lo ponía aun más nervioso. Trató de liberar sus brazos; pero su piel estaba tan dañada que apenas podía jalar sin sacarse sangre.

De golpe, la oscuridad se acabó.

Mantuvo sus ojos cerrados con fuerza por unos segundos, se encogía de hombros y gruñía casi con un llanto mientras temblaba tan fuerte que movía la silla.

Unas manos lo tomaron de las mejillas.

—Dale —le dijeron. Lentamente abrió los ojos. Las cosas ya no eran tan negras como lo pensaba—. Tranquilo —le dijo un rostro conocido.

—Caín —dijo a lo bajo, con su voz quebrándose.

—Te voy a sacar de aquí.

Dale no pudo decir otra palabra, fueron tragadas por el llanto. Dudó si era real: de todas las cosas que pensaba que le pasarían, esta era la menos probable.

—¿En verdad eres tú? —dijo con un llanto.

—El único —dijo Caín guiñando.

Era real.

Caín lo desató, lo ayudó a ponerse de pie y, como por instinto, Dale se dejó caer sobre él y lo tomó en un gran abrazo.

—Tranquilo. Ya estás bien —dijo Caín con una voz reconfortante mientras sobaba su cabeza—. Pero ahora tenemos que salir de aquí.

El cuerpo de Dale estaba débil, sus muñecas y tobillos tenían laceraciones al rojo vivo que habían creado una cojera en su andar. Los choques eléctricos habían afectado su concentración, y el miedo había hecho imposible que recuperara su energía por las noches. Pero al ver a Caín, al tener un poco de esperanza, todo esto desapareció por unos momentos.

Caín se acercó a la puerta, siseó dos veces, y dos guardias entraron.

Cuando vio esto, a Dale se le cayó el alma a los pies. Fue tan evidente que al parecer Caín lo notó también.

—Tranquilo, están con nosotros.

Los hombres estaban fuertemente armados con rifles. Tenían una maleta, la abrieron y sacaron un uniforme negro como el de ellos.

—Póntelo —le dijo Caín.

Dale se puso el uniforme.

—También vas a necesitar esto —dijo Caín y le entregó una pistola.

Dale tomó un gran respiro. Nunca había disparado un arma y podría ser su primera vez. Pero tenía que salir de una forma u otra.

—¿Cuál es el plan, Caín? —dijo Dale.

—Hum... —dijo Caín preocupado—. El plan era venir por ti y luego salir caminando por la puerta principal.

—¿Y cuál es el plan ahora?

—Salir de aquí caminando por la puerta principal.

Salieron de la habitación hacia un pasillo largo con decenas de puertas. Lo atravesaron a paso rápido, dieron una vuelta y luego otra hasta que llegaron a la recepción.

—Actúa con normalidad, no digas ni una palabra —le dijo Caín a Dale.

El grupo de cuatro hombres pasó por enfrente del guardia de la recepción. Dale sintió su pecho saltar con los latidos de su corazón. Cada vez se le hacía más difícil ocultar su cojera.

Antes de salir por la puerta, el sonido de la alarma los hizo parar en seco. Decenas de guardias corrieron hacia el pasillo y otros hicieron un tipo de barricada justo detrás de ellos. Se quedaron parados unos segundos. A Dale le temblaron tanto las piernas que casi se echa a correr. No podía regresar ahí; no podía regresar a la oscuridad.

Y por fin, después de lo que pareció una hora entera, Caín se animó a dar el primer paso. Los demás lo siguieron.

Salieron de la prisión. Dale estaba sorprendido, seguían en Argos. Estuvo resguardado en un simple edificio a plena vista, era una estación de policía tal vez. Todo el tiempo Dale pensó que lo habían llevado a la correccional de Argos, ubicada a un par de kilómetros de la ciudad.

«Lo logramos», se dijo a sí mismo.

—¡Oye! —gritó alguien detrás de ellos.

Los cuatro se volvieron. Un hombre alto y horrendo, con una cicatriz en la cara, venía a paso rápido hacia ellos con dos guardias detrás de él.

—¿Adónde demonios van? Tenemos a un prisionero en la fuga.

—Lo siento señor, tenemos órdenes —dijo Caín mientras se posicionaba frente a Dale para que no fuera visto.

Dale bajó su mirada, casi enterrando el mentón en su clavícula. El sudor le recorrería el pecho hasta caer por sus manos.

—¿Qué órdenes? ¿De qué estás hablando? —dijo el hombre con la voz ronca.

Y cayó en cuenta. Conocía esa voz: el capitán.

—Tenemos órdenes de Urah, nos necesitan en el Elevador.

—¿El Elevador? —dijo el hombre con sospecha.

Caín asintió.

El capitán los miró de arriba hacia abajo, con el ceño fruncido y la boca abierta.

—Oye, tú —dijo—. El de atrás. Déjame ver tu cara.

Dale vio la oscuridad en su mente. Sintió la serpiente subir por sus venas una vez más, destruyendo cada uno de sus músculos. Sintió el tubo entrar en su nariz y la comida viajando por sus conductos nasales. Al final vio a su mamá, y todo se volvió odio.

Dale sacó la pistola de su cinturón, apuntó al capitán en el pecho y jaló el gatillo dos veces.

Los hombres de Caín sacaron sus rifles y acribillaron a los guardias. Los tres cuerpos cayeron al suelo, bañados en un charco rojo de sangre.

«Soy libre», pensó. Luego vio a un grupo de guardias venir hacia ellos.

CAPÍTULO XXXVII

Se me cae el alma a los pies cuando escucho esas palabras. Por el ventanal veo al menos dos patrullas parqueadas en la acera.

Se escucha un fuerte golpeteo en la puerta.

—¡Policía!, ¡abra la puerta!

Vuelto un loco, ando de un lado a otro en la habitación.

—Chris —me dice la voz, pero apenas puedo poner atención.

—¿Qué demonios voy a hacer? ¿Qué demonios voy a hacer? —me repito a mí mismo con desesperación.

—Lo que vas a hacer es escucharme. Si haces lo que te diga, vas a salir de esta.

—¡Estás loco, estoy atrapado en la casa! —exploto—. ¡Cuando entren, estoy perdido!

—Tranquilo, vas a salir de esta. Esto es lo que quiero que hagas.

Por un momento desconfío del hombre, pero no tengo a nadie más.

—¿Quién demonios eres?

—No hay tiempo para eso.

—¿Eres el que dejó la nota, verdad?

—Así es. Ahora escúchame: ¿tienes un túnel de escape?

—Si lo tuviera, no estaría aquí parado, cabrón.

—Está bien, entonces quiero que vayas al vestidor y tomes las granadas para paralizar.

—¿Cómo demonios sabes que tengo granadas?

—Solo hazlo.

Me quedo parado por un momento; pero el estruendo de la puerta siendo derrumbada me hace reaccionar.

—¡Policía! —gritan unos hombres abajo.

Entro al vestidor y tomo las granadas.

—Las tengo —le digo a la persona en mi auricular.

—Bien. En este momento hay dos oficiales subiendo las escaleras. Quiero que desactives la granada, te escondas dentro del vestidor y la arrojes a la habitación cuando te diga. Saldrás y desarmarás a los oficiales.

—Mierda, no puede ser cierto — digo con desesperación.

—¡Enfócate, Chris, puedes hacer esto!

Desactivo el seguro de la granada.

—Ya está desactivado.

—Tienes que quitarles las armas y usar tu taser para inmovilizarlos. — Imaginarme por unos segundos que debo inmovilizar a oficiales de equipos especiales me pone a temblar—. Espera —me dice con calma. Aprieto la granada con fuerza—. Espera... espera... —dice y después de unos segundos, me da la orden—. AHORA.

Arrojo la granada a la habitación y me hago un ovillo en el suelo.

—¡Granada! —se escucha la voz de un policía, seguida de un estallido opaco y un destello.

—¡Ahora, Chris, ve por ellos!

Salgo del vestidor y me encuentro a un par de hombres vestidos con chalecos antibalas y pasamontañas. Están aturdidos con sus manos cubriendo sus ojos. Me lanzo sobre uno de ellos con el taser en mano, y con un electroshock en el cuello, cae inmovilizado. Me abalanzo sobre el otro, que agita su rifle en todas direcciones golpeando el aire, tomo su rifle con una mano y le doy un electroshock en el cuello. Cae al suelo.

—Lo hice —digo con voz temblorosa.

—Bien. Otros dos oficiales van subiendo las escaleras. Vas a hacer lo mismo.

—Tengo una mejor idea —digo confiado en lo que acabo de pensar.

—¿Qué? Chris, espera.

Tomo las llaves de mi auto, las dos granadas restantes y el taser. Por un momento, pienso en tomar los documentos para no dejar evidencia. Pero no puedo llevarlos conmigo, me estorbarán; lo único que puedo llevar conmigo es el virus y el video que me dio Caín. Abro el ventanal y arrojo las granadas hacia abajo.

—¡Granada, granada! —gritan unos hombres.

Hay un estallido, seguido por un *flash* de luz y los gruñidos de los hombres.

—Chris, ¿qué estás...?

Brinco por la ventana. Aterrizo sobre el pasto, mis rodillas se sacuden, y el impacto es tan fuerte que me hace rodar dos veces sobre la tierra. Por el rabillo del ojo veo a cinco policías aturdidos. Con las llaves en la mano corro hacia el auto. Lo enciendo y activo el piloto manual. La calle está vacía, a excepción de las patrullas que hacen un perímetro alrededor. Presiono el acelerador a fondo y atravieso los autos. El choque es tan fuerte que detiene el auto por unos segundos. Mi cuello se sacudió tan fuerte que quedé aturdido por un segundo. Vuelvo a acelerar hasta abrirme paso entre los autos.

Por el retrovisor veo que los policías corren dando traspiés hacia sus patrullas.

—Eso fue un poco imprudente —dice la voz en mi oído.

—¡Funcionó!

—Ahora tienes a cuatro patrullas siguiéndote. Chris, necesitas un lugar donde esconderte.

—¡Lo sé, lo puedo ver en mi espejo! ¿Y cómo demonios lo sabes? ¿Me estás viendo?

—No importa.

—¿A dónde voy?! —le digo mientras giro por una calle. A lo lejos escucho las sirenas de las patrullas. El corazón me late tan rápido que apenas puedo mantener el control del volante—. ¿Adónde voy?! —grito con desesperación—. ¿Qué mierda se supone que voy a hacer?! ¡Hay cámaras en todos lados!

—Necesitas ir a un lugar público. ¿Tienes todo tu equipo?

—¡Sí!

El rojo y azul de las sirenas aparece en mi retrovisor. Doy un giro brusco por una calle. Luego otra, pero siguen cerrando la distancia en cada segundo.

—Necesitas ir a un lugar con gente, donde no haya cámaras, y cambiar tu imagen; es la única manera que podrás perderlos.

Me da escalofríos pensar que no solo me está viendo en este momento, sino que también sabe mi nombre y sabe sobre mi equipo. ¿Será alguien de la rebelión o alguien más? Pero tiene razón: necesito ir a un lugar con personas, y a estas horas de la noche, el único lugar que puede estar abierto y concurrido es un bar.

—Sé a dónde ir —le digo.

Doy un giro para dirigirme a la autopista. Pero lo que hay frente a mí me hace pisar el freno de golpe: un retén.

—¡Hay un retén por esa calle! —dice el hombre.

—¡No me digas! —digo con sarcasmo.

Pongo la reversa. Pero al ver el retrovisor advierto que tengo al menos seis patrullas detrás de mí.

—¡Tienes patrullas atrás! —me dice.

—Tengo ojos y oídos, cabrón.

Pongo el *drive* y manejo hacia el retén. Lo primero que se me ocurre es atravesarlo, así que aprieto el pedal hasta el fondo. Pero cuando me acerco, advierto que es una barrera de cuatro patrullas.

—No lo vas a lograr.

—Ojalá pudieras decir otra cosa que no sea lo obvio.

Acelero. Pero antes del impacto, doy un giro hacia una de las casas, atravesando el jardín. El cerco de madera vuela por el parabrisas, y al pasar el retén, me integro a la calle de nuevo.

—¡Oh mierda, lo siento! —digo viendo al menos dos jardines destruidos por el espejo retrovisor.

Dos patrullas me siguieron el paso. Doy varias vueltas hasta entrar a la autopista y, a más de 160 kilómetros por hora, llego a la zona comercial.

Busco furtivamente un bar hasta encontrar un letrero brillante y gente entrando a un establecimiento. Disminuyo la velocidad a menos de diez kilómetros por hora, abro la puerta y, con el carro andando, me bajo trastabillando. El carro sigue en línea recta por la calle mientras que, a paso lento y cabizbajo, me meto al bar. El bar es pequeño y lo bastante concurrido como para perderme entre la multitud.

—Muy bien. Las cámaras te vieron entrar, así que sabrán que estás ahí. Pero si cambias de imagen, no podrán identificarte, así que hazlo y actúa con normalidad.

El sonido de las sirenas se arrecia. Me meto al baño y cuando advierto que está vacío, uso mi brazalete para cambiar a un rostro más joven y mi vestimenta formal. Salgo del baño y abro paso entre la gente, que parece estar confundida por el sonido de las sirenas. Voy a la barra y pido una cerveza.

La policía entra al establecimiento.

—¡Policía! —se escucha una voz de la entrada.

Todos se ponen inquietos menos yo, que tomo de mi cerveza con calma. Al menos es lo que quiero aparentar, ya que por dentro mi corazón está a punto de estallar. La persecución me dejó agotado, goteando del sudor. Una persona con traje sale de un cuarto en la parte de atrás de la barra y va hacia los policías. Intercambian palabras hasta que va con el *bartender*, que apaga la música.

—Escuchen todos, necesitamos que salgan en orden, por favor —dice uno de los policías.

La gente se inquieta, mostrando inconformidad. Tomo un trago más de mi cerveza, y en multitud salimos por la puerta del frente, solo para encontrarnos con un pequeño ejército de policías. Los uniformados revisan a los clientes, pero no con facilidad. Estos se quejan, y aunque escucho a los policías explicar la situación, no les parece que lleguen a interrumpir su diversión.

—¡Tengo derechos! —grita uno con un tono altanero.

—¿Qué es esto? ¿Argos? —dice otro.

Cuando es mi turno de ser revisado, me acerco a paso lento al policía, me muestro lo más calmado posible, y me mira con mucha atención de pies a cabeza.

—Buenas noches, señor —me dice.

—¿Qué puedo hacer por usted, oficial?

—Estamos buscando a un hombre.

El oficial me muestra una fotografía, y cuando veo mi rostro en ella, casi colapso del susto.

—No lo he visto.

—Señor... —me dice, pero lo interrumpo.

—No lo he visto y tuve una semana muy pesada, así que si me permite, voy a disfrutar mi noche —le digo en un tono fuerte y autoritario.

Y así de fácil me escabullo entre la multitud hasta dar la vuelta en la siguiente calle y desaparecer de la vista de los policías.

CAPÍTULO XXXVIII

Dale

Eran solo Caín y Dale cuando fueron acorralados y forzados a resguardarse en un edificio abandonado. Subieron por las escaleras hasta llegar a una habitación en el cuarto piso. Se hacían un ovillo para esquivar las balas que abrían orificios en las paredes a su alrededor.

No tenías que ser un experto: Dale sabía que estaban perdidos.

—¿Ahora qué? —preguntó Dale tratando de recuperar el aliento. Caín se rascó la frente, no tenía respuesta—. ¡¿Ahora qué, Caín?! —Caín gruñó, se recargó de espaldas a la pared y presionando su abdomen, se sentó—. ¿Qué sucede, Caín?

Dale se acercó. Caín le reveló la mano: estaba empapada de sangre.

—Estás herido —se dijo casi a sí mismo.

—No es nada, no te preocupes —dijo Caín a duras penas.

—Caín...

—No es nada.

—¿Y ahora qué? —dijo en un tono desesperanzado.

Caín tomó un gran respiro.

—No lo sé —dijo Caín a lo bajo.

Dale se sintió perdido. Pero esto empeoró cuando el cuarto retumbo con unos pesados pasos acercándose a la puerta. El edificio temblaba con cada estruendo, y con cada golpe una línea de tierra caía del techo.

—¿Es eso lo que creo que es? —preguntó Dale con voz temblorosa.

—Un cazador —dijo Caín boquiabierto.

Dale se tiró de rodillas. Había llegado la hora. No estaba seguro de qué hacer. No podía volver; no podría aguantar un electrochoque más. Miró su arma y, por un momento, contempló la idea de introducirla en su boca y acelerar las cosas.

—Se terminó —dijo Dale a lo bajo con su mirada fija en el suelo.

—No —dijo Caín con un tono de voz diferente—. Esta es nuestra oportunidad.

—¿Qué?

Caín sonrió.

—Dale. Tienes que salir de aquí.

—¿De qué hablas?

—Toma esto —dijo mientras sacaba un dispositivo en forma de pistola y una memoria electrónica de su cinturón—. Es un...

—Sé lo que es —interrumpió Dale.

—Bien. ¿Sabes cómo usarlo?

—Eso creo.

—Nomás apunta y jala el gatillo. ¿Puedes hacerlo?

—Sí, eso creo —respondió Dale con un nudo en la garganta.

—Bien. Escucha, Dale. Cuando salgas de aquí, tienes que ir directo a la explanada. Toma mi radio —le dijo Caín y le dio el radio y su auricular—. Te encontrarás con Isaac en el túnel, él te sacará de aquí.

—Un momento. ¿Cómo que me sacará de aquí? ¿Qué hay contigo? —Caín negó con la cabeza—. No, no puedes quedarte aquí. Tienes que venir conmigo.

—Dale, estoy acabado.

—¡Mentira! Yo te llevaré. Juntos vamos a salir de esta.

Hubo un estruendo detrás de la puerta: el cazador estaba aquí.

—Es uno o el otro, Dale. Salúdame a tu tío. Dile que es un hijo de perra.

Con un gran estruendo, la puerta explotó en mil pedazos. Dale quedó paralizado con la gran figura de metal acercarse a él. Era colosal. Lo había dejado sin aliento y, por un momento, dudó.

—¡Hazlo! —gritó Caín sacándolo de su estupor.

Dale apuntó el arma hacia el cazador, jaló el gatillo, y un gancho amarrado de un cable salió del cañón. Cuando la punta se enganchó en el traje del cazador, esta mandó un pulso eléctrico. El cazador se sacudió y después de unos segundos, se apagó.

—Prepárate —le dijo Caín.

El traje se abrió, un hombre salió y cayó de rodillas al suelo. Dale se abalanzó sobre él y lo golpeó con una rodilla en el rostro, dejándolo inconsciente.

—¡Bien! —gritó Caín—. Ahora entra al traje y con la memoria hackea el aparato.

Dale entró a la armadura.

—Resiste —le dijo a Caín.

Conectó la memoria a la computadora, y el traje se cerró de golpe.

En una pantalla en el visor se leyó el siguiente mensaje:

SISTEMA ANULADO.

CREANDO NUEVO USUARIO.

1%

2%

4%

—¿Qué mierda? —se dijo Dale a sí mismo—. ¡Esto va demasiado lento! —le gritó a Caín.

—No olvides decirle a tu tío que es un hijo de perra.

Los guardias entraron a la habitación y rodearon a Dale apuntando con sus armas. Uno de ellos miró a Dale por el visor y le dijo:

—No tienes a dónde ir. No puedes usar el traje. Si sales en este momento, te prometo que tendrás un juicio justo.

66%

—¡No lo escuches, te matarán! —gritó Caín. Uno de los guardias lo golpeó con su arma en el estómago, y junto con otro, lo pusieron de pie.

75%

Dale transpiraba, tenía un dolor en el pecho, y su respiración estaba tan agitada que se sentía claustrofóbico.

—Está bien —dijo el hombre en un tono tranquilo—. Si no sales en este instante, mataremos a tu amigo.

88%

El hombre puso su arma en la sien de Caín.

—¡Espera! —gritó Dale.

—Contaré hasta tres. Uno...

—¡Espera un momento!

—Dos...

—Dale —dijo Caín—. Tu tío es un hijo de p...

El guardia jaló el gatillo y, con un charco de sangre saliendo de su sien, el cuerpo sin vida de Caín cayó al suelo.

100%

CAPÍTULO XXXIX

—¿Qué pasó? —me pregunta el hombre mientras camino por la acera. Mi respiración está tan agitada que me hace temblar y trastabillar un poco. Encuentro un parque y me siento en una banca.

—Estoy fuera.

—Nada mal —me dice el hombre.

—Sí, pero ¿ahora qué voy a hacer?

—Eso tendrán que averiguarlo tú y los tuyos. Sabrás de mí en unas horas.

—¿Qué quieres decir? —pregunto confundido, pero nadie responde—. Oye. ¡Oye! —digo, pero la conversación se terminó.

Tomo un respiro profundo y trato de calmarme. Llamo a Nolan.

—Nolan —le digo.

—¿Qué pasa, Chris? ¿Está todo bien?

—No del todo —digo a lo bajo.

—¿Qué sucedió? —me dice en tono preocupado.

—Hubo una redada en mi casa. Logré escapar y tengo el virus conmigo; pero encontrarán todos los papeles, y ahora no tengo a dónde ir. —Nolan se queda en silencio por unos segundos—. Tienes que...

—Dos días, Chris. Aguanta, en dos días al atardecer te sacaremos de ahí.

—Bien, porque no tengo a dónde ir.

—Solo encuentra un lugar donde pasar la noche, y yo me encargaré de ti.

—Está bien.

Y es lo último que le digo a Nolan esta noche.

Los primeros rayos del sol se avistan en el horizonte e indican el fin de la peor noche que he tenido desde que llegué aquí. Sentado en una banca, pasé la mayor parte del tiempo viendo la nada, abstraído en mi pasado. No tuve miedo. Pensé que estaría paranoico, pero eso no duró mucho tiempo. Lo que sentí fue culpa por no poder llevar a cabo mis objetivos y con miedo a no volver a ver a mi familia. Lo único que me mantuvo con esperanza es haber pensado que Dale estará fuera de prisión. Aunque no lo vuelva a ver, me da gusto haberle ayudado.

Lo más curioso es que no pude dejar de pensar en Karoline. No sé lo que siento por ella. Sé que no estoy enamorado, pero la culpa por engañarla me está carcomiendo. ¿Qué pensará de mí cuando se entere que soy un asesino? Lo peor del caso es que no tengo justificación. No sé si se entere que era parte de la rebelión. Pero el asesinato de Carlos es algo que no debió suceder.

Pero no puedo darme por vencido así nomás. En mi bolsillo tengo el virus, y la rebelión me necesita. Argos me necesita. No puedo ceder. Por lo menos tengo que salir de aquí.

Me pongo de pie y me pongo en marcha. Solo tengo que moverme; no puedo quedarme en el parque como vagabundo. Meto mis manos en el bolsillo, toco el pequeño estuche del disco y se me ocurre una idea alocada. Es riesgosa, pero tiene sentido: si quiero redimirme con ella y con todos, debo hacer esto. Tengo que visitar a Karoline.

Como decía en mi espejo, ella debe estar aquí en este evento de caridad hecho por grandes empresarios.

Es una especie de feria para niños, organizada en una gran escuela primaria, con largos espacios de pasto y un edificio moderno y conservado. Es irónico: hacen una fiesta para los niños de aquí arriba para ayudar a los niños de abajo, reúnen grandes cantidades de dinero para darles una mejor vida, pero no están dispuestos a traerlos a Urah. Malditos hipócritas.

Los niños juegan y comen frituras, mientras que los viejos rabo verdes se sientan en las mesas a disfrutar de un buen pedazo de bistec. Entre la multitud está Karoline, animada y sonriente como siempre. Habla con un grupo de niños atentos. Espero varios minutos hasta que los niños la dejan sola, luego entra a un salón.

A paso rápido voy hacia el salón y, antes que ella pueda salir, le bloqueo la salida con mi cuerpo.

—Karoline —le digo con pesar en mi voz.

—Hola —me dice confundida, sus ojos dorados y su mirada tranquila me hacen sentir culpable—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Me toma unos segundos hablar, pero por fin tengo el coraje de decirle la verdad.

—Soy yo —digo tratando de hablar lo más fuerte posible para que reconozca mi voz.

—¿Quién yo?

—Christian.

—¿Qué? —dice incrédula.

—Soy Christian —le digo. Con un clic en mi brazaletes, le revelo mi rostro por un segundo, luego lo vuelvo a cambiar. Me mira boquiabierto con su cara pálida.

—Escucha —le digo.

—Maldito —me dice a lo bajo.

—Escucha, Karoline, no es...

—¡Eres un maldito! —explota y me empuja del hombro.

—Tranquilízate —le digo y siseo.

—Púdrete —y de golpe su rostro indignado cambia a uno atemorizado—. Eres un asesino —dice a lo bajo.

—No, Karoline, eso es mentira.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vine a decirte la verdad.

—¿Cuál verdad? Estás en los noticieros, mataste al mesero.

—No fui yo.

—La policía dice que fuiste tú, y cuando fueron a tu casa, escapaste.

—Sí, lo hice, pero las cosas no son como parecen.

—Eres un mentiroso. Eres una mierda y un mentiroso. No puedo creer que me hayas tomado el pelo de esa manera. Soy una estúpida —dice indignada—. Tienes que irte o llamaré a la policía.

—Solo tengo algo que mostrarte.

—No tienes nada que me interese.

Saco el disco de mi chaqueta y se lo pongo en la mano.

—Toma esto.

—¿Qué es?

—Es la verdad. Mereces saberlo.

—¿Otra más de tus mentiras?

—Solo échale un vistazo —digo mientras me retiro. No la quiero dejar—. Lo siento —le digo con mi voz quebrándose. Salgo del salón de clases y me alejo del lugar.

Esta será la última vez que veré su rostro. Es una pena: bajo otras circunstancias, nada me hubiera hecho más feliz. Pero este ya no soy yo, soy un Lince y es lo único que puedo hacer.

CAPÍTULO XL

Otra noche más llena de incertidumbre. No sé si darle ese disco a Karoline fue una buena idea y, aunque no sé si lo haya visto, la he puesto en la misma posición que Efraín me puso cuando me mostró los depósitos: una vez que vea el video, ya no será la misma. Con lo poco que la llegué a conocer, sé que no se hará de la vista gorda. Cuando se dé cuenta de lo que nos hace su familia, entenderá por qué lo hacemos.

Un pitido suena en mi brazalete. Nolan.

—Por fin —contesto—. He estado viviendo en parques, Nolan. ¿Me sacarán de aquí?

—Así es, Chris, solo que hay una cosa.

—Oh, Dios. Por favor, Nolan, no me des más malas noticias.

—Tienes que estar en el Elevador a las 5:00 pm.

—Hum —digo pensativo—, no suena difícil.

—El problema es que aumentaron la seguridad en el Elevador cuando descubrieron tus papeles en tu casa y ahora tienen a todos buscándote.

—Ahí está la mala noticia. Pero estaré bien, tengo un rostro nuevo.

—Eso también es un problema porque no tienen ningún registro tuyo. Cuando no te encuentren en el sistema, van a saber que eres tú.

—Entonces mándame un paracaídas y me tiraré —digo con sarcasmo.

—Ojalá fuera tan fácil.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Prepárate para la guerra.

Primero me suena ridículo, luego el corazón me hace un vuelco. Quiere decir que tendremos que luchar contra los guardias de seguridad y de seguro un ejército en Argos.

—Estoy listo —respondo.

—5:00 pm. Nos vemos, Chris.

Andar por Urah y disfrutar de los modernos paisajes es apaciguador, me hizo sentir seguro por un instante. Por fin saldré de aquí, veré a Dale y a Mabelle, estaré con ellos y seguiré con mi vida. Y es por eso que no debo darme por vencido, debo luchar hasta el final. No importa lo que me espere en el Elevador o en Argos, lucharé.

Una distorsión sale de mi auricular.

—Señor Beckett —dice la voz del hombre que me ayudó en la casa.

—Señor... quienquiera que seas.

—Veo que has sobrevivido.

—Sí y tengo que ser sincero. Te debo una: si no fuera por ti, estaría muerto en este momento.

—No hay necesidad de agradecer, señor Beckett, y no hay necesidad de sentimentalismos tampoco.

—Solo quiero decir que gracias antes que me vaya. Vendrán por mí a las...

—Sé todo sobre tu plan —me interrumpe—. Pero antes de marcharte, permíteme contarte una historia, Chris.

—Adelante, no tengo otra cosa que hacer —digo encogiéndome de hombros.

—Es sobre un niño que fue golpeado por la vida, tanto que ni la misma

Calamidad pudo haberle hecho tanto daño. Nació en hogares adoptivos, con padres abusivos, de los cuales muchos de ellos solo buscaban el cheque de la pensión. Pero a él no le importaba, no necesitaba a nadie y mucho menos a unos falsos padres, así que huyó. Aprendió a vivir en las calles, robando y engañando. Para él era un simple juego y era el mejor jugador. Un día le robó un reloj a un hombre, un reloj caro; pero que vendería a unas cuantas monedas para comprar comida o tal vez algo para curar su ansiedad. Pero no contaba con que el hombre al que le había robado era más astuto de lo que pensaba; era de lejos más astuto que él. El hombre lo encontró. El niño no sintió temor, solo una gran indiferencia hacia este señor. Pero al ver su mirada, toda su valentía lo dejó. Pudo ver en su rostro que le había robado a la persona equivocada. El niño tamblaba. Estaba acorralado en un callejón, entre la espada y la pared, y lo único que pudo hacer fue cerrar los ojos y esperar su castigo. Pero algo sorprendente sucedió. Este hombre, con una sonrisa acogedora, no era un hombre vengativo. Al contrario, era un hombre recto de gran espíritu que vio en este niño algo más, algo que ni él mismo había visto. Así que lo invitó a ser parte de su familia.

—Al principio —continuó— el niño rechazó la idea. Fue engañado tantas veces que no podía dejarse llevar con facilidad. Pero, como un instinto primitivo, su corazón le decía que necesitaba la compañía de alguien. «Al fin y al cabo, puedo volver a escapar», se dijo a sí mismo. Este hombre le dio todo: comida, hogar, educación y, sobre todo, seguridad. Y cuando creció, le enseñó la más grande lección: ser un hombre. Pero uno de los errores que cometió el hombre fue que le enseñó a ser atento, le enseñó a ser más observador que cualquier otra persona, y de pronto, se dio cuenta que no todo era lo que parecía. Después de todo, ¿por qué un hombre al azar protegería a un muchacho como él? Una fría noche, después de las tres de la mañana, escuchó al hombre llegar de un largo viaje. Cuando fue a recibirlo, lo que vio lo dejó sin aliento, portaba un arma y su saco estaba cubierto en sangre. No pensó en huir. Sabía que era alguien de bien, así que se limitó a preguntar. El hombre le pidió que tomara asiento y después de varios minutos, por fin confesó «su crimen»: era un espía.

—El niño —continuó—, que ahora era un hombre hecho y derecho, no sintió miedo ni por un segundo. Al contrario, su cuerpo se llenó de energía. Se sentía

emocionado, quería ser como él. Y en ese momento fue cuando el plan del hombre entró en acción: este niño sería su más grande creación.

—El niño entrenó duro sus movimientos, sus habilidades, sus sentidos y, con el paso del tiempo, se convirtió en algo más que humano. Lo único que quería era ser tan grande como su padre, quería su aprobación y la conseguiría a toda costa. Y después de algo que parecía un sueño y de un arduo entrenamiento, su primera misión llegó: tenía que asesinar a un hombre.

—Sé lo que se siente —interrumpo.

—Esta historia no tiene nada que ver con usted, Sr. Beckett.

—Era una broma, continúa.

—Pensó que sería fácil. De hecho, todo fue fácil: la manera en que se infiltró, la manera en que se relacionó con los demás, los engaños, las mentiras. Todo salió perfecto hasta que llegó el día. Con un arma en la mano, estaba detrás de su futura víctima. Nadie sabía que estaba ahí y nunca descubrirían su identidad. ¡Era el crimen perfecto! Pero no todo era perfecto, algo terrible sucedió. Después de tanto entrenamiento y vivir una vida tan dura, sintió lo que jamás pensó que experimentaría. El niño no tenía lo que se necesitaba para asesinar a este hombre, tenía miedo.

—¿Y qué pasó con él?

—Esa respuesta es para otra ocasión.

—Bastante inspiradora —digo con sarcasmo.

—Inspiración no es lo que necesita en estos momentos, señor Beckett.

—¿Y qué es lo que necesito?

—Amir.

Un frío escalofrío baja por toda mi espina al escuchar ese nombre.

—¿Qué tiene Amir?

—¿Eres un *Lynx*, Chris?

—Pensé que ya lo sabías.

—No me estás entendiendo. Chris, ¿eres un *verdadero Lynx*?

—Sí lo soy —digo dubitativo.

—Piensa bien en tu respuesta: ¿eres un *verdadero Lynx* o eres como el chico de la historia?

—Sí, lo soy —digo frustrado con la pregunta.

—Entonces termina tu misión: asesina a Amir y libera a Argos.

—¡Es más fácil decirlo que hacerlo! —exploto—. Estoy vagando por la ciudad, no tengo nada.

—Tienes tu equipo y te tienes a ti mismo. Y me tienes a mí. Los Meftah tendrán una reunión en Los Jardines mañana. Yo me encargaré de meterte. Tendrás que hacerte pasar por uno de los meseros y tal vez servir uno que otro trago —dice bromeando—. Pero tendrás tu oportunidad.

Las manos me tiemblan; tengo que elegir entre salir o seguir.

—Yo... —digo con mi voz quebrándose.

—¿Eres un *Lynx*?

—Pero es que yo no...

—¿Eres un *Lynx*, Chris?

Y de golpe, una nueva energía de confianza entra por mi pecho. Es una pregunta que me he hecho durante todo este viaje, y la verdad es que sí, *soy un Lince Rojo*.

—Sí, lo soy —digo con firmeza.

—Entonces termina tu misión. A las 16:00 horas la entrada a Los Jardines por la parte de atrás estará libre. Es tu noche, no faltes.

—¿Quién eres? —digo; pero el silencio en la bocina me dice que ha terminado la conversación.

He llegado tan lejos como para no echarme hacia atrás. Me hice una promesa a mí mismo. No puedo permitir que las personas de Argos sigan engañadas por estos sujetos. Lo siento, Dale y Mabelle, tal vez no los vuelva a ver, pero para esto estoy aquí.

Llamo a Nolan.

—Nolan —le digo—. Hubo un cambio de planes.

CAPÍTULO XLI

En Los Jardines el resplandor del Sol se avista entre las grandes macetas y le da un color púrpura al cielo. Una bonita vista para antes de morir. Hablé con Nolan una vez más. Me sorprendió que se resistiera tanto a la idea de terminar la misión. Tuve varias oportunidades para dejarla y marcharme a casa, pero algo me dice que esto es lo correcto.

No sé qué tipo de evento tienen los Meftah en este lugar y no sé cuánta gente voy a ver. Pero el día de hoy la incertidumbre no me tiene dando vueltas; estoy tranquilo.

Verifiqué el perímetro varias veces: el lugar no está resguardado. Pensé que por haberme descubierto iban a meter a Amir en un búnker o un escándalo de ese tipo, pero al parecer todo corre con normalidad. Karoline es lo único que me tiene preocupado: ¿qué habrá sido de ella? A este punto ya debió haber visto el video y debe estar tan desconcertada como yo lo estuve. Siento lástima por ella y un poco de culpa; leforcé la información, y es delicado porque se trata de su propia familia. Pero confío en ella: aunque tuvimos algo rápido, la pude conocer un poco y sé que pensará que esto es mejor para ella.

Cuatro de la tarde. Voy a la parte de atrás del edificio. Cuando nadie me ve, encuentro un punto ciego en una de las cámaras y cambio mi atuendo: un esmoquin. Esta noche serviré bebidas.

En un pasillo hay una puerta, que por los nervios parece que se aleja más y más, pero no doy ni un paso hacia atrás. Espero que el hombre en mi auricular haya cumplido su promesa.

Abro la puerta y, para mi sorpresa, el lugar está más vacío de lo que esperaba: ni un solo guardia de seguridad o alguna persona. Entré directamente al salón de eventos donde tuvimos la fiesta. Parece estar vacío.

—¡Oye! —dice un grito que me sobresalta. Me vuelvo y uno de los meseros que viene a paso rápido hacia mí—. ¿Qué mierdas estás haciendo aquí? Ponte

a trabajar.

—Lo siento, salí a hacer una llamada.

—Aquí vienes a trabajar, no a andar mandando *mensajitos*. —Quiero suponer que este amigo es el capitán de meseros porque me habla como si tuviera algún control sobre mí—. Ve a la cocina, te necesitan. —Ruedo los ojos y camino hacia una puerta—. ¿Adónde vas? La cocina está por allá —dice señalando a otra puerta. Esbozo una sonrisa y cambio de dirección—. Increíble —dice frustrado.

«Pobre bastardo», es lo único que puedo pensar. La cocina está concurrida con meseros que entran y salen y cocineros que fríen comida en una gran placa de metal.

—¿Qué necesitan? —le pregunto a uno de ellos.

—¿Que lleves las cosas? —dice con sarcasmo—. Ayúdame con esa charola de tragos.

Tomo la charola y le sigo el paso. Entramos a una habitación grande, contigua a la sala de eventos. El lugar está lleno de mesas con manteles blancos y floreros en el centro con rosas blancas y lirios. Solo dos mesas en uno de los extremos están siendo usadas por hombres en traje. A lo lejos están los *tres hermanos* y mi mundo tiembla. Podría hacerlo en este instante, pero el lugar está repleto de guardaespaldas en trajes negros. Se ven rudos, pero ninguno me causa más miedo que Kadar.

Sigo al mesero. Llegamos a la mesa. Él entrega aperitivos y yo mis bebidas.

—Tenemos que hacerlo ya —le dice Kadar en un tono autoritario a su hermano Amir, que se encuentra abstraído—. Estos malditos están donde sea; si nos descuidamos, un día van a aparecer en tu casa.

¿Estarán hablando de la rebelión? Probablemente. Tengo que admitir que me hace sentir un poco orgulloso saber que yo causé esto (aunque no solo).

—Tranquilo —le dice Rahul a Kadar—. No podemos precipitarnos.

Kadar resopla.

—Tú siempre dices lo mismo —le responde rodando los ojos—. Amir, sabes que tengo la razón.

Amir se ve preocupado, como si estuviera a punto de tomar una decisión importante. Kadar, sin embargo, se ve enojado, tanto que parece que su cara va a explotar.

—¿Alguna otra cosa? —dice mi compañero mesero.

—No —responde Kadar en un tono fanfarrón y, con un movimiento de la mano, nos señala que nos retiremos.

Nos marchamos. Esto no parece una reunión común y corriente: están planeando algo grande.

Cuando salimos al salón, me encuentro a alguien que me hace parar en seco: Karoline. Está sentada en una banca que no alcancé a ver cuando entré. No sé si estuvo ahí desde el principio. Se ve triste y desconcertada; sé lo que está sucediendo.

A paso lento y con el corazón en la mano, me acerco a ella.

—¿Se te ofrece algo?

—¿Qué? —me dice desconcentrada, saliendo de su estupor.

—¿Que si te puedo traer algo? Una bebida o un aperitivo.

—No gracias, estoy bien —me dice desanimada, mientras desvía su mirada.

Doy unos pasos de vuelta a la cocina. Me toma unos segundos. Pero me armo de suficiente valor para seguir hablando.

—No es tan malo —le digo.

—¿Perdón?

Sonrío.

—Te digo que no es tan malo.

—¿Qué cosa?

—El mundo. Lo que nos quedó después de *todo*.

Me mira confundida por unos segundos.

—Supongo —me dice encogiéndose de hombros.

—Es difícil, sí. Pero aunque no lo parezca, todavía quedan cosas que disfrutar. La posición en la que estás, tal vez fue suerte o no sé, pero no es tu culpa. Eso tienes que entender: no es tu culpa.

—¿Mi culpa?

—Sí. Tú no hiciste nada malo.

—¿De qué estás hablando? —me dice con una mirada confusa.

Me encojo de hombros y me devuelvo a la cocina.

—¡Espera! —Me vuelvo. Se mira sorprendida, se acerca y mira mis ojos—. ¿Chris? —Su pregunta me hace un nudo en la garganta—. ¿Eres tú? —Asiento—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás aquí por mi tío, verdad?

—Eso no tiene importancia.

—Claro que tiene importancia.

—No para mí.

—¿Y qué es lo que te importa?

Su pregunta me paraliza.

—¿Qué es lo que te importa, Chris? —me dice con fuerzas.

—Mi familia, mis amigos. Tú, Karoline, tú me importas. —Me mira por unos segundos con confusión en su mirada—. Sé que piensas que soy un maldito por lo que te hice, por haberte mentado, pero lo que conociste de mí fue real. Tal vez usé otro nombre y otra identidad, pero ese era yo.

—¿Trabajas para la rebelión?

—Sí.

—¿Y qué van a hacer?

—No puedo hablar de eso.

—¿Y las personas? ¿Les van a decir todo esto?

—¿Crees que sea prudente?

Se queda en silencio por unos segundos.

—No lo sé.

—No están listos, Karoline.

—Pero merecen saberlo.

—No están listos. *Tú* y tu familia no están listos.

Sus ojos se llenan de lágrimas y, con la voz rota, me dice:

—¿Y ahora qué?

—Ahora tienes que seguir. Vivir tu vida. No todo está mal.

El golpe de la puerta del salón de eventos detiene nuestra conversación. Un

ejército de guardaespaldas sale, haciendo un perímetro alrededor de los hermanos. Rahul se acerca a Karoline.

—Tenemos que irnos —le dice apurado. Se mira disgustado.

Karoline se limita a asentir y se marcha con su padre.

El capitán de meseros sale de la cocina y se acerca a Amir.

—¿Necesita algo? —le dice.

Amir se rasca la cabeza.

—Olvidé mi bebida en la mesa. El whiskey.

—Se lo traigo.

El ejército de guardias y los hermanos suben y desaparecen por un pasillo hacia la izquierda, mientras que dos guardias se quedan resguardando la escalera. El nefasto capitán pasa al salón y veo mi ventana de oportunidad.

Entro al salón de eventos siguiendo al mesero. Cuando nota que voy detrás de él, se vuelve y me mira con una mirada ruda.

—¿Qué mierda quieres? —me dice.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Por un vaso de whiskey? ¿Qué demonios te pasa? Vuelve a la cocina.

Me río.

—Amigo —le digo en tono de burla.

—¿Quieres que te despidan?

—No precisamente.

—¿Entonces qué?

—Quiero tu cara, me serviría mucho.

Me mira confundido.

—¿De qué mierda hablas? Maldito loco.

Saco el taser.

—*Say cheese.*

Lo pongo a dormir. Arrastro su cuerpo debajo de una mesa e inicio el escaneo. Me toma quince minutos, pero al fin termino. Esto de robar identidades comienza a agradarme.

Cuando salgo del salón, Karoline se ha ido. Los únicos que quedan son los guardias en las escaleras.

—Le llevaré al señor Meftah su bebida —le digo a uno de los guardias con el vaso en mi mano.

Al subir las escaleras, el miedo me llega. Todo parece más real: por fin voy a estar frente a frente con Amir y tendré que asesinarlo. Camino por el pasillo a la izquierda hasta llegar a una puerta resguardada por dos guardias.

Con voz temblorosa, le digo a uno de ellos que le traigo la bebida de Amir, pero no me deja pasar.

—Yo se lo entrego —me dice.

Se me ocurre eliminarlos. Pero cuando abren la puerta y alcanzo a ver a Kadar, el cuerpo se me paraliza. Anda por la habitación agitando los brazos, mientras brama sobre algo que no logro escuchar. Su imagen es demasiado imponente, y con los otros dos guardias no tendría oportunidad.

Me resigno. Me alejo cabizbajo, calibrando la situación. El pitido de la alarma inunda el lugar. ¿Qué demonios sucede?, ¿encontraron al mesero?

Estoy tan cerca, no puede ser. Detrás de mí, Kadar sale de la habitación junto con otros dos guardias. Se me seca la boca al notar que hay más seguridad de lo que pensaba.

—¿Qué mierda sucede? —dice Kadar mientras me pasa por un lado a paso rápido.

Me quedo pegado al suelo, los otros dos guardias se alejan y espero un segundo para ver si Amir sale de la habitación. No lo hace. Los dos guardias se quedan resguardando la entrada. Es tiempo: esta es mi oportunidad y es la única que voy a tener.

Me acerco a los guardias con mi mano en el bolsillo, apretando con fuerza el taser en mi mano.

—¿Qué sucede? —le pregunto a uno de los guardias.

Se encoge de hombros.

—No sabemos, solo escuchamos la alarma y...

Saco el taser de mi bolsillo y lo aprieto en su cuello. El guardia cae inconsciente, mientras que el otro grita con sorpresa. Trata de sacar su arma del bolsillo. Pero me abalanzo sobre él, lo jalo del brazo y le doy un cabezazo en la nariz, seguido de un codazo y el taser bajo su mentón. Su cuerpo se desploma.

Me siento en control.

—Nada mal —dice una voz familiar detrás de mí.

Me vuelvo, y la confianza que sentía desaparece de golpe cuando me encuentro con Sal, que sostiene un aparato pegado a su boca y me apunta con una pistola.

—Nada mal para un novato, Sr. Beckett —dice a través del aparato que modifica su voz. Pero esto es extraño, he escuchado esta voz antes.

Con cuidado llevo mis dos manos al taser para convertirlo en pistola, pero Sal lo nota.

—No, no, no —me dice agitando su pistola—. Pero no te preocupes por esto —dice mientras la mete en su bolsillo—. No estoy aquí para matarte.

—Tu voz. La he escuchado antes.

—Así es, Sr. Beckett.

—Tú eres el sujeto en mi auricular.

—Es una buena manera de ponerlo —dice riéndose.

—Sígueme —me dice, y lo sigo a una amplia terraza con una balastrada blanca—. Chris, por fin nos conocemos.

—No sé si lo olvidaste, pero ya tuvimos la oportunidad de hablar —digo con sarcasmo.

—Sí, de cierta manera; pero no me conociste a *mí*, ni yo al verdadero *tú*.

—¿Cómo supiste quién era?

—Por favor —dice casi insultado—. Lo supe desde la fiesta. No puedes andar corriendo por ahí actuando como un total novato sin que te descubran. Creo que te faltó un poco de entrenamiento —dice riéndose—. No quiero ser altanero; pero si no fuera por mí, no habrías llegado tan lejos.

—Pero tú desertaste.

—¡No lo hice! —explota—. No deserté.

—No es lo que escuché.

—Nunca lo haría, no después de lo que he visto, de lo que sé. ¿Unirme a estos tipos? Jamás.

—¿Entonces qué pasó?

Su rostro cambia de uno lleno de seguridad a uno lleno de remordimiento.

—Para entender eso, primero tienes que saber qué pasó con el niño.

—¿Me vas a contar una historia en estos momentos? No crees que...

—Esa noche, en la que el niño no pudo jalar el gatillo...

—Lo hacen ver tan fácil...

—¡Corrió! —me interrumpo—. Se escondió, se arrepintió y nunca más tuvo la oportunidad de nuevo. Perdió contacto con aquel que consideraba su padre; no tuvo las agallas de volverlo a ver. Después de tantos años educándolo y criándolo para ser como él, le había fallado. El tiempo pasó, el niño se dio por vencido, sufrió, su corazón se volvió de piedra e incluso se atrevió a quitarles la vida a otras personas, pero nunca por sus propias manos. Siempre dejaba que los demás hicieran el trabajo sucio. El niño vivía un engaño, algo que pensó que nunca tendría remedio, hasta que conoció a alguien. Hasta que te conoció a ti.

—Tú —digo boquiabierto—. Tú eres el niño.

Sal asiente.

—Pensé que esto sería más sencillo, todos lo pensamos: Nolan, Isaac. Pensamos que simplemente subiría y terminaríamos con Amir. Pero no podríamos estar más equivocados. No puedes asesinar al hombre más poderoso del mundo de un día para otro. Toma tiempo, planeación.

—Pero vendiste a otros —protesto.

—Lo hice por la misión.

—Mentira, los vendiste y ahora están muertos.

Su mirada se llena de una vergüenza que le abruma, al punto que no puede

mirarme a los ojos.

—¿Qué tienes que decir sobre eso? —le pregunto.

—No hay día y noche que no los recuerde —dice negando con la cabeza—. Lo siento.

Lo dice con tanta sinceridad que por un momento siento lástima por el sujeto.

—¿Y por qué yo? —le pregunto—. ¿Por qué no delatarme a mí también?

Se encoge de hombros.

—Eres un sujeto con suerte, Chris.

—Es lo que me han dicho.

—Tienes que irte. Hice sonar la alarma, pero Kadar no debe tardar en volver. Termina tu misión, asesina a Amir.

—¿Qué pasará contigo?

—Mi trabajo ya está hecho, Christian, y quisiera poder volver, pero no puedo.

Me quedo meditando por unos segundos. No sé si pueda confiar en este hombre después de lo que pasó; pero lo que sí sé es que si no fuera por él, no estaría aquí.

—Vuelve conmigo —al fin digo.

—Mi tiempo se acabó. Que viva Nolan y que vivan los Linceos Rojos.

Sal saca la pistola de su bolsillo y, antes que pueda decir algo, la pone en su sien y jala el gatillo.

—¡Espera! —grito, pero es demasiado tarde.

Su cuerpo yace en el suelo con un agujero en la sien, su sangre se derrama, y

una lástima que nunca pensé sentir por este hombre se viene dentro de mí. ¿Quién era Sal en realidad? ¿Era el hombre sobre el que me advirtieron en Kharga o era el hombre que me ayudó? Aunque no haya desertado, asesinó a hombres inocentes. Después de todo, ¿quién no tiene sangre en las manos? Sé que yo la tengo.

Pero es tiempo. Tengo que conocerlo, tengo que mirar a Amir de frente.

Vuelvo al pasillo donde los guardias siguen inconscientes, pongo mi mano sobre el pomo de la puerta, tomo un profundo respiro y la abro. Está aquí.

CAPÍTULO XLII

Es una oficina, y la única persona que está aquí es *él* detrás de un escritorio.

—¿Qué sucedió? —me dice Amir preocupado—. ¿Está todo bien?

Tenemos un momento de silencio.

—¿Quién eres? —me pregunta.

—No importa.

Me tomo unos segundos analizando su rostro. Es tan irreal: después de tanto miedo y de todo lo que pasé, por fin lo tengo enfrente.

—¿Quién mierda eres? —dice mientras mueve su mano debajo del escritorio.

—Tranquilo —le digo mientras saco el arma de mi bolsa y le apunto con ella—. Muéstrame las manos.

—Eres el que sonó la alarma —dice mientras me muestra que está desarmado.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

Se ríe.

—Supongo que para matarme. ¿No es así? —Asiento—. Vaya, vaya, conque tú eres el sujeto que ha estado haciendo todo el alboroto —dice en tono burlón—. ¿Eres el mismo tipo que robó el virus del laboratorio?

—Culpable —digo de modo altanero.

—Déjame adivinar: estás aquí porque el cobarde de Nolan no está dispuesto a ensuciarse las manos.

—Estoy aquí por ti.

Su cara cambia de una presumida a una preocupada.

—¿Pero te envió Nolan, verdad? —Me quedo en silencio por unos segundos hasta que vuelve a hablar—. ¿Quién más podría enviarte? Ese maldito.

—Por favor, no tienes derecho de llamar «maldito» a nadie —le digo riéndome.

—¿En verdad? Ahora resulta que yo soy el malo de la historia, cuando ese imbécil es el que te mandó aquí arriba. ¿Cuántos inocentes tuviste que asesinar para llegar conmigo? ¿Cinco, diez, veinte?

Su pregunta resuena dentro de mí. No maté a cinco, ni siquiera veinte, pero tiene razón.

Se ríe.

—¿Ves? Sabía que tenía la razón. Tú estás aquí, con sangre en tus manos, sin posibilidades de escapar, mientras que ese hijo de puta disfruta de su vida metido en un maldito agujero. ¿Qué fue lo que hizo por ti? ¿Qué fue lo que te dijo para convencerte? ¿Te prometió dinero? ¿Salud? ¿Putas?

—No fue lo que él hizo, fue lo que *tú* hiciste.

—¿Y qué demonios es eso? —explota con indignación mientras se pone de pie—. ¿Construir una maldita ciudad? Yo les di todo a ustedes: les di agua, salud, los libré de la maldita Calamidad.

—No nos libraste de nada: la Calamidad desapareció por sí sola, y tienes al pueblo engañado para que siga produciendo para ti.

—Por favor —refunfuña—. No tienes ni idea de lo que yo hago.

—Ilumíname, entonces.

—¡Esto es un sistema! —explota—. Es el mismo maldito sistema que siempre ha existido. No puedes dejar que las personas anden por ahí haciendo lo que se les antoje. ¿Cómo demonios podríamos sustentar Argos si se enteran que

pueden irse a otro lado? ¡No sobrevivirían!, ¡nuestra sociedad no sobreviviría! Necesitan producir, necesitan trabajar, necesitan vivir una vida normal.

—¡Esto no es normal! —exploto—. Nos engañas para que tengamos miedo...

—¿Que no siempre ha sido así? —me interrumpe mientras se encoge de hombros.

—Es tan fácil para ti decirlo mientras vives aquí, con tus lujos, en la seguridad de tu casa, en los malditos cielos como si fueran dioses.

—Estamos aquí porque lo merecemos.

Apunto el arma a su cabeza.

—Una bala en la cabeza es lo que mereces.

La ira me recorre por todo el cuerpo, me hace apretar tan fuerte la mandíbula que siento que mis dientes van a quebrarse.

—No puedo creer que te justifiques, pedazo de mierda —continúo.

—¿Y cuál es tu justificación? —me pregunta indignado—. Vienes a matarme. ¿Qué maldita justificación tienes para venir a hacer esto? ¿Lo que te dijo Nolan? ¿Tu sentido de justicia?

—Sé lo que sé y sé lo que he visto. Los depósitos, los laboratorios, no necesito explicarte.

—¡Es una mentira, hijo! Nolan te está tomando el pelo.

—Tú eres el que nos está tomando el pelo, pero esto se acabó.

—Espera un momento —dice preocupado—. No tienes ni idea de lo que estás haciendo. ¿Quién demonios se va a encargar de lo que hemos construido? ¿Nolan? ¿Tú? Nuestro estilo de vida desaparecerá junto conmigo —dice con voz temblorosa.

—Algo se nos ocurrirá; somos adaptables.

—¿Y mi familia? —dice con miedo en su voz—. ¿Qué va a pasar con ellos? Tengo un hijo de quien preocuparme si no...

—Lo siento —lo interrumpo—. Yo tengo una familia por la cual preocuparme.

Jalo el gallito. La bala entra por su pecho. El impacto es fuerte, lo hace caer sentado en la silla. Doy dos pasos hacia él, jalo el gatillo dos veces más. Una bala atraviesa su cabeza, y su cuerpo se desploma en el asiento. Está hecho.

Es la primera vez que hago esto y espero que sea la última. Es extraño. No siento el miedo que tenía antes: solo pensar que tenía que asesinar a este hombre me hacía temblar; pero ahora que su cuerpo sin vida está frente a mí, no siento nada.

La puerta se abre detrás de mí.

—Amir —dice Kadar atónito al ver el cuerpo de su hermano sin vida. Me mira con un fuego en sus ojos que me quema las entrañas.

Apunto mi arma hacia él, pero Kadar se lanza sobre mí. Jalo el gatillo, pero el disparo solo roza su hombro. Veloz me taclea y, al mismo tiempo, me desarma. Ahora me apunta con mi propia arma, y todo el temor que no tenía llega como una bestia.

—Hijo de puta —dice a lo bajo—. ¡Hijo de puta! —explota.

Me pongo de pie y me pongo en guardia. Kadar me mira de pies a cabeza y deja ir una risita irónica.

—Por favor —se burla.

Tira mi arma al suelo y se abalanza sobre mí. Tiro un golpe a su rostro; pero lo esquiva con facilidad, me toma de la cabeza y me conecta con un rodillazo en el estómago. Mis piernas no son suficientes para mantener mi peso. Caigo al suelo sin aire.

—¿Quién mierda eres tú? —me dice.

—Muérete, hijo de perra —le digo entre tosidos.

Me incorporo y trato de taclearlo, pero es tan grande que apenas puedo moverlo. Me detiene y me da un codazo en la espalda, que lo siento hasta el esternón. Otro rodillazo en el estómago, luego otro y otro. El aire me deja por completo. Se separa y, tomándome de los hombros, me da un cabezazo en la cara. Vuelvo al suelo; pero ahora una línea de sangre se escurre de mi frente.

Entre la sangre que cae a mis ojos, puedo ver la tranquilidad en su rostro.

—¿Quién mierda eres? —dice. No tengo ni una respuesta—. No importa, me lo dirás de una forma u otra. Me dirás todo lo que necesito saber, y después te mataré. Te voy a hacer sufrir, hijo de perra; te voy a hacer sufrir tanto que vas a desear que mate a tus amigos antes que a ti.

En este momento, el recuerdo de Mabelle y Dale se me viene a la mente y me lleno de ira. Me incorporo y tomo un gran respiro.

Me lanzo sobre él con dos golpes, los esquiva. Lo tomo del cuerpo y le tiro dos rodillazos en el estómago, pero no parecen ni moverlo. Rompe mi agarre y, de patada, me lanza contra un estante de libros. Tomo uno y se lo arrojó. Lo bloquea con sus codos. Luego otro y otro. Me lanzo contra él con una patada al estómago, pero la agarra y me deja parado en un pie. Me da dos golpes en la cara, que hacen que todo el cuarto dé vueltas. Caigo el suelo y, con una patada, me hunde el abdomen. Me toma de la camiseta y me pone de pie.

—¿Qué mierda es esto? —dice mirando el collar—. Oh ya veo —dice con cara de sorpresa—. Es por eso que no podíamos localizarte.

Toma mi collar y lo arranca del cuello. Estoy tan desorientado que apenas puedo ver su cara. Otro cabezazo en el rostro hace que casi pierda la conciencia. Me arroja como si fuera un muñeco de papel.

Me sacudo la cabeza para poder verlo, pero todo me da vueltas. Estoy tosiendo sangre. Todo está borroso, pero alcanzo a ver mi arma en el suelo.

Me arrastro a gatas hacia ella, pero Kadar se abalanza sobre mí. Antes que pueda agarrarme, me vuelvo boca arriba y, con mi espalda en el piso, le lanzo una patada a la cara. Lo golpeo con tanta fuerza que me hace gruñir. Kadar retrocede hasta el escritorio. Ruedo hacia atrás y tomo el arma. Le disparo varias veces; pero las esquivo hasta saltar por la ventana. Mierda, se escapó.

Mi cuerpo está a punto de colapsarse. Los pocos golpes que me dio fueron devastadores. Tengo que irme.

Salgo de la habitación y cojeando entro a un salón grande, que está al lado de la oficina. Busco en todas las ventanas hasta que encuentro una que está abierta.

—¡Manden a un médico! —grita una voz por el pasillo.

—¡Necesitamos refuerzos! —grita otra voz.

Brinco por la ventana. No es una gran caída; la forma de pirámide del edificio me ayuda. Entre matorrales, bajo escalón por escalón hasta llegar a la calle. ¿Ahora qué? No tengo mi equipo, y los rodillazos en el estómago debieron quebrarme una costilla porque apenas puedo respirar. Pero no puedo parar aquí. Son las 17:00 pm; tengo que llegar al Elevador. Camino hacia la fachada del edificio. Un montón de carros de policías están llegando. No puede ser, no tengo a dónde ir.

Un automóvil plateado derrapa frente a mí.

Se acabó.

La puerta se abre. Karoline.

—¡Sube! —me grita.

Me cuesta unos segundos hacerle caso: no puedo creer que esté dispuesta a ayudarme.

—¡No te quedes ahí!, ¡sube ya! —me vuelve a gritar.

Me lanzo adentro.

—Escóndete en la parte de atrás —me dice apurada.

—Karoline...

—¡Solo hazlo!

Voy al asiento trasero y me hago un ovillo.

—¿Qué vas a hacer? Está lleno de policías —le digo.

—No digas nada.

—Pero si lo haces... —me sisea—. No saldrás de esta si lo haces, Karoline.

Su silencio me dice que sabe exactamente las consecuencias de esto. Si me ayuda, la arrestarán. Tiene la ventaja que es una Meftah; pero por el asesinato de Amir, no creo que salga impune.

Maneja hacia la salida, la cual ahora es un retén policiaco. Karoline detiene el automóvil enseguida de un oficial que le hace señas.

—Buenas tardes —dice el oficial.

—¿Qué sucede, oficial? —dice Karoline.

—Señorita Meftah. No sabía que era usted.

—¿Qué está pasando?

—No lo sabemos; pero parece que hubo un atentado contra su tío.

—¡¿Qué?! —dice sorprendida.

El estómago se me revuelve. Cuando nos vimos en la entrada, nunca inferí que asesinaría a su tío; pero estoy seguro que si lo supiera en este momento, me entregaría. Karoline me lanza un mohín a través del espejo retrovisor, y lo

único que puedo hacer es bajar la mirada.

—¿Viene con alguien? —dice el oficial mientras mira a través de la ventana.

—Es un amigo.

—Señor —me dice el oficial—. ¿Cómo está?

—Bien —le digo a duras penas.

El rostro de buenos amigos del oficial cambia cuando me ve. Frunce el ceño por unos segundos y, como si lo golpeara un relámpago, me ve.

—Tú —dice boquiabierto—. ¡Eres el de las noticias!

El oficial lleva su mano a su pistola; pero antes que pueda sacarla, Karoline acelera. Los policías esquivan el carro. Estoy en una persecución. Patrullas y sirenas nos persiguen en la autopista.

—¡Karoline! — grito.

—¡Cállate! —me grita—. ¿Qué demonios hiciste?

—¡Karoline!

—¡¿Qué demonios hiciste?!

—¡Karoline, escúchame! Tenemos que ir al Elevador; vinieron por mí. Nos ayudarán, te lo prometo.

A lo lejos se ve un ejército de patrullas. Pero Karoline da una vuelta en una de las salidas hacia un vecindario. Pasamos las casas a toda velocidad, una escena familiar. Al principio, tenía miedo; pero cuando sus lágrimas empiezan a caer por sus mejillas, lo único que me abrumba es culpa. Le he hecho tanto a daño a esta mujer que no sé si podrá perdonármelo.

Sube por una intersección de vuelta a la autopista.

—Tenemos que ir al Elevador —le digo.

—¡Ya lo sé!, ¡ya me lo dijiste, Chris!

El auto ronronea, y los edificios a los lados pasan como relámpago.

—¡Hay una patrulla justo detrás de nosotros! —le digo a Karoline.

La patrulla se nos acerca y trata de golpear la cola del carro, pero Karoline maniobra y la patrulla se sale de su carril. La patrulla se estampa contra otro automóvil en una gran colisión.

—¡Oh, mierda! —digo.

Llegamos a la Muralla. El auto derrapa al frenar, las puertas se abren y nos bajamos de brinco. La adrenalina hizo que mis heridas se sintieran adormecidas. Entramos al túnel de la Muralla; pero nos paramos en seco cuando vemos a tres policías esperándonos.

—¡Manos en la cabeza! —grita uno de ellos, y subimos los brazos—. ¡Manos en la maldita cabeza, ahora!

Ponemos las manos detrás de la cabeza.

—¡Al suelo, ya! —grita otro policía.

Detrás de nosotros escuchamos decenas de sirenas llegar. Nos ponemos de rodillas, el rostro de Karoline me inunda con la peor sensación que he sentido desde que llegué aquí. El miedo, la paranoia no son nada comparado a lo que siento cuando veo su mirada destrozada. Y todo es mi culpa.

En este momento ya no me importa nada, si me detienen o me asesinan; solo puedo pensar en el daño que le he hecho a esta mujer.

—Karoline —le digo a lo bajo. Los policías vienen a paso rápido hacia nosotros—. Lo siento tanto.

Una ráfaga de balas truena en el túnel. Nos arrojan pecho tierra. Me

arrastro hacia Karoline y pongo mi cuerpo sobre el de ella. Una ráfaga más. La aprieto con todas mis fuerzas, esperando que una bala nos alcance, pero nunca lo hace.

Levanto la mirada. No puedo creer a quien tengo frente a mí.

—¡Tiempo de irnos! —dice Isaac.

Me incorporo tomando a Karoline de la mano.

—¡Rápido!, ¡vamos a cerrar la Muralla! —dice.

Cuando Isaac ve a Karoline, pone un rostro de preocupación.

—¿Qué mierdas es esto, Chris?

—Es una amiga. Sácanos de aquí.

—Chris...

—¡Sácanos de aquí, Isaac!

—Maldita sea —dice a lo bajo—. Apresúrense.

Entramos al lobby. Las personas están en el suelo, mientras que un equipo de cuatro hombres las mantienen captivas con sus rifles.

—¡Ciérralo! —le grita Isaac a uno de ellos.

La Muralla hace un ruido mecánico, y una gruesa puerta de metal baja con lentitud hasta cerrarse produciendo un fuerte golpe.

—Larguémonos de aquí —dice Isaac.

—¡Espera! —dice Karoline.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Tengo que hacer algo primero.

—No hay tiempo, tenemos que irnos —dice Isaac con un tono de desesperación.

Karoline saca su celular, teclea unos segundos hasta que las transmisiones en los televisores cesan, y lo que viene después es algo que me deja congelado.

—Merecen saberlo —me dice Karoline.

Es el video de Caín.

CAPÍTULO XLIII

Dale

Sus venas hervían por la ira, tanto que parecía que el traje entero se iba a poner rojo. Caín lo había rescatado, y lo único que pudo hacer por él fue mirarlo morir.

—¡Ahora sal del traje! —gritó el oficial.

Dale apuntó su rifle hacia los guardias.

—Al diablo con ustedes —dijo a Dale a lo bajo.

Jaló el gatillo. A pesar de estar en un gran traje de metal, el cañonazo del arma agitó su brazo hasta el hombro. En una gran explosión, los guardias volaron por el cuarto. Unos esquivaron el impacto. Le dispararon a Dale; pero él solo escuchaba los impactos en la superficie metálica. Uno de ellos trató de huir, pero Dale lo tomó del cuello y estrelló su cabeza contra el muro de concreto.

—Rifle automático —dijo Dale a la computadora.

—RIFLE AUTOMÁTICO ACTIVADO —respondió una voz computarizada.

El rifle hizo un ligero traqueteo, seguido del pitido de una señal. Apuntó su rifle a los guardias que se encontraban en el suelo arrastrándose con la espalda en la pared, aterrorizados. Jaló el gatillo. Las balas salieron tan rápido que, en cuestión de segundos, había hecho más de cincuenta tiros. Estaban acabados.

Dale salió por lo que quedaba de la puerta. En el pasillo había otros cinco guardias. Lo miraron por unos segundos sin disparar: Dale podía ver que no estaban seguros de si escapar o atacar.

—Cañón —dijo Dale.

—CAÑÓN ACTIVADO.

Dale apuntó hacia los guardias que empezaron a huir. Disparó. Los guardias volaron por las escaleras, y el impacto fue tan fuerte que se hizo un agujero en la pared. Dale corrió hacia la abertura. El traje se movía con ligereza; se sentía poderoso.

Brincó fuera del edificio y desde el cuarto piso, cayó a las calles. Miró de un lado a otro, más de diez policías lo esperaban. Dale sonrió y disparó varias veces hacia el grupo de policías. Sus cuerpos se destruían alrededor de Dale y no tuvieron opción más que dispersarse.

Dale corrió y cuando llegó a la explanada, se encontró con otro grupo de unos diez policías. Disparó una vez hacia la multitud, los pasó como una locomotora y entró en el túnel. Los guardias al final del túnel le dispararon, pero Dale los atropelló como si fueran de papel.

Corrió hacia el túnel que lleva al tren, y una voz en el auricular lo detuvo.

—¡Dale!

—¿Quién eres? —dijo con incertidumbre.

—Soy Nolan.

—¿Nolan? —dijo impactado.

—¿Dónde está Caín? ¿Dónde están los demás?

—¿Me puedes ver? —dijo sorprendido.

—No hay tiempo, Dale. ¿Dónde están los demás?

—Soy el único que queda —dijo Dale con pesar en sus palabras.

El auricular se llenó de silencio unos segundos.

—Tienes que ir al Elevador.

—¿A qué?

—¡Solo hazlo!

Sin pensarlo dos veces, Dale se dirigió al Elevador. Los guardias que lo resguardaban huyeron en cuanto vieron la colosal figura. Dale se detuvo frente a la puerta.

—¿Ahora qu...?

La puerta se abrió y *lo* vio.

CAPÍTULO XLIV

«Mentiras, engaños y muerte es lo que la Compañía nos ha dado y siempre nos dará. Es por eso que tenemos que tomar la decisión, podemos vivir en la comodidad de nuestra bóveda, resguardados de la vida, o podemos ir más allá y volver a ser lo que éramos antes» —dice la grabación.

Por un momento el lobby se llena de un silencio penetrante, y los prisioneros ya no se miran asustados, ni siquiera ponen atención a los hombres armados. No había visto el video y, demonios, es gráfico y no es nada sutil.

—Muy informativo —dice Isaac—. Pero no tenemos tiempo para esta mierda, tenemos que irnos de aquí.

—¿Lo están transmitiendo en todo Urah? —le preguntó a Karoline.

Asiente.

—Bien hecho, chica —dice Isaac—. Ahora tendremos caos y guerra. Has salvado al mundo —dice con sarcasmo.

Karoline baja la mirada con vergüenza, pero en sus ojos noto lo que realmente siente: ira.

—¡Tenemos que irnos! —nos apresura Isaac.

Junto con el grupo armado nos apresuramos hacia Elevador; pero antes de entrar, me dirijo a Karoline.

—Karoline —le digo—. No tienes que venir con nosotros.

—No creo que tenga muchas opciones, amigo —dice Isaac.

—Puedes volver con tu familia; estoy seguro que con su ayuda, ellos pueden sacarte de esto.

Karoline se queda en silencio, meditabunda.

—Chica —le dice Isaac—. Lo que sea que tengas que decidir tiene que ser *ya*. No tenemos mucho tiempo —dice tamborileando el reloj en su muñeca.

—¿Qué va a pasar si bajo? —me pregunta Karoline preocupada.

—No te lo puedo decir con certeza —repongo—. Pero no es como vivir aquí arriba y muchos menos después de esto. Nada será igual, no volverás a ver nada de esto.

Karoline se vuelve hacia las pantallas: el video se repite una y otra vez.

—Ya nada es igual —dice a lo bajo.

En su mirada, puedo ver que tomó la decisión.

Asiento.

—Vamos —le digo.

Entramos al Elevador, esperamos unos segundos hasta que empiece a moverse.

—¿Cómo estamos seguros aquí?

—No te preocupes: hackeamos el servidor; por lo pronto, tenemos control total de la estructura.

—Bien hecho.

La mirada de Karoline me hace pedazos: el miedo y la confusión en su rostro es más de lo que puedo soportar.

Pongo mi mano en su hombro.

—Vamos a estar bien.

—¿Adónde iremos?

—No te preocupes por eso, tenemos a dónde ir.

—Por lo pronto, preocúpense por lo que viene —dice Isaac mientras nos muestra su arma.

—¿Qué pasa? —dice Karoline.

—Guerra.

Esa palabra hace que se me seque la boca. Todo este tiempo lo único que aprendí fue a esconderme, pero estoy listo.

Pasa un minuto que parece haberse congelado en el tiempo, suena un suave zumbido mecánico y el Elevador se detiene. El corazón me hace un vuelco. Karoline está pálida.

—Necesito un arma —le digo a Isaac.

Isaac desenfunda una pistola de su cinturón.

—Cuídala bien —me dice mientras me la entrega—. La limpié en la mañana.

Un pistón resopla y la puerta se abre.

Aquí vamos.

Pero lo que veo detrás de ella me quita lo valiente. Una gran figura de metal que me deja aterrorizado: un cazador.

Con mi mano temblando, le apunto con el arma. Pero antes que pueda jalar el gatillo, Isaac me detiene.

—Tranquilo —me dice sonriendo.

La gran figura de metal se acerca a nosotros y nos mira de cerca. Cruzamos miradas por unos segundos hasta que el visor en su casco se desliza hacia arriba.

—No puede ser —digo mirándolo a los ojos—. Estás aquí.

—Hum... así es —dice con confusión.

—Estás bien —digo mi voz quebrándose.

—¿Te conozco?

—¿Cómo que si me conoces? ¿No me reconoces?

—No, nunca te había visto en mi vida.

El corazón se me detiene, ¿qué le habrán hecho para que me olvidara?

—Soy tu tío.

—Claro que no. ¿Qué tío?

—Tu tío Chris. ¿Qué pasa? ¿Por qué no me reconoces? ¿Te hicieron algo esos malditos?

Isaac estalla en carcajadas.

—Dale —le dice—. Lo que pasa es que a tu tío le hicieron un cambio facial y parece que al muy baboso se le olvidó.

—Oh, mierda —digo cayendo en cuenta que Dale no sabe nada al respecto; por un momento olvidé que estaba «irreconocible».

—¿Un cambio facial?! —dice Dale anonadado—. ¿Pero por qué? No pensé que fueras tan vanidoso.

Voy a caerme de la vergüenza.

—Para poder entrar a Urah, sacarte de la cárcel y asesinar a Amir —dice Isaac apresurado.

Las palabras me dejan y los ojos se me empapan al ver su rostro. No importa

que no me reconozca; estoy aliviado por ver que mi sobrino está bien. Resultó, todo mi esfuerzo, todo mi miedo y coraje tuvieron sus frutos: cumplí con mi misión y Dale está a salvo.

—Una bonita reunión familiar —dice Isaac—. En otro momento, nos ponemos al tanto; por lo pronto, estamos un poco ocupados —dice señalando a la salida.

—Tengo un ejército persiguiéndome —dice Dale preocupado.

—Los refuerzos vienen en camino —dice Isaac—. Tenemos que llegar al túnel, Nolan nos espera del otro lado. Dale, tienes que cubrirnos. Pero sobre todas las cosas, tenemos que salir de este maldito elevador. —Después de unos segundos mirando el reloj, continúa—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Qué pasa? — le pregunto.

—¡Es cuatro de julio!

—¿Qué? No lo es.

Isaac resopla.

—En sentido figurado, aguafiestas. Muévanse. Dale, cúbrenos.

El casco de Dale se cierra y a agigantados pisotones sale del Elevador.

—¿Estás listo? —me pregunta Isaac.

Asiento.

—Cuando salgamos, corremos al túnel; no se detengan por nada del mundo. Y sobre todo, no miren hacia arriba.

—¿Qué?

Isaac corre hacia Dale. Lo seguimos por detrás. «Correr al túnel. Correr al túnel», me repito a mí mismo. Pero cuando salimos, el panorama cambia por

completo. La explanada está repleta de guardias. Una lluvia de balas cae sobre nosotros y nos arrojamos al suelo.

—¡Fuego de supresión! —grita Isaac.

Los hombres de Isaac repelen el ataque, y con la cabeza baja corremos entre los zumbidos de balas. Un cañonazo truena y luego una explosión que nos hace detenernos. Dale voló un grupo de guardias. Cómo quisiera tener un traje de esos en este momento.

Nos escondemos detrás de una pared a un lado del túnel.

—Ya casi llegamos —le digo a Karoline. No tiene palabras. Está pálida y tiembla de pies a cabeza—. Vamos a estar bien

El grupo de Isaac corre hacia nosotros. Uno de ellos cayó. Isaac se lo trae arrastrando, seguido por Dale y otro de los rebeldes.

—Está muerto —dice Isaac—. ¡Hijos de puta! —grita.

Isaac aplasta el auricular en su oído y grita:

—¡VUELEN ESTA MIERDA!

KADAR esquivó todas las balas, pero no por mucho. Una le rozó el hombro y lo dejó con un ardor punzante. No sentía nada; ver a su hermano mayor con una bala en la cabeza lo había llenado de una ira que adormecía cualquier dolor. No había tristeza, ni remordimiento por cualquier cosa que haya dejado sin terminar. No, todo esto era opacado por la furia y los pensamientos homicidas que tenía hacia el fugitivo.

Llamó por su celular.

—Mi hermano está muerto —dijo con firmeza.

—¿Amir? —dijo el hombre en la bocina.

—El hijo de puta que le disparó es el mismo que robó el antivirus. Está en Los Jardines. Nadie sale, nadie entra.

—Enseguida, señor.

—Probablemente se dirija a la Muralla. Bloqueen todo acceso a Urah.

—Sí señor.

—Y no tengo tiempo para estupideces, así que recen a Dios que el maldito no se llegue a escapar.

A paso rápido se dirigió a la parte del frente del edificio. El rozón en su brazo era un simple rasguño para él, un veterano de guerra que había pasado por peores cosas.

El sonido de las sirenas inundó el cielo. Por un momento, pensó en entrar al edificio, pero fue paciente.

Un automóvil plateado pasó a unos metros enseguida de él. Kadar aceleró el paso hacia el auto; pero cuando vio que se trataba de su sobrina, se detuvo.

Segundos después vio el automóvil de Karoline atravesar el retén de policías. Un mal presentimiento se formó en sus entrañas, como si le echaran ácido de batería.

—No puede ser —dijo entre dientes.

A paso rápido se acercó a uno de los policías.

—¿Qué mierda sucede? —le preguntó Kadar.

—Era su sobrina, señor. El. El sospechoso —tartamudeó el policía— iba en el carro.

Kadar negó con la cabeza y puso una risa irónica.

—Tonta —murmuró—. Tráiganme a los dos. AHORA— le dijo al policía que iba subiéndose a su patrulla.

Kadar tomó su celular y llamó de nuevo a la central.

—Van a bajar. Necesito un helicóptero y NECESITO UNA MALDITA ARMA.

Un helicóptero es lo que recibió en cuestión de minutos. Y un arma: una AR15. Durante el vuelo, uno de los paramédicos vendó su herida. Se equipó con un chaleco antibalas, varios cargadores y granadas de fragmento.

—Tomaron el Elevador, señor —dijo el piloto.

—¿Qué?! —estalló—. ¡Son unos imbéciles!

Kadar avistó el caos que se hizo en la autopista por los coches de policías que perseguían a su sobrina. No sintió nada en especial. No sintió pena, ni lástima por su hermano. Después de todo, Rahul era el más débil de los tres, y era obvio que algo así pasaría. Se encontraban dentro de la Muralla, Kadar tenía su rifle en la mano y esperaba con anticipación tener al prófugo en sus manos y se imaginaba las cosas que le haría.

Su celular timbró. RAHUL decía la pantalla. Lo ignoró. Rahul intentó tres veces más, y tres veces lo ignoró.

—Señor —le dijo uno de los soldados—. Me acaban de informar que hackearon la televisora. Están transmitiendo un video una y otra vez en todos los canales. — Después de una pausa con una cara perpleja, el soldado dijo —: No es bueno, señor.

Un escalofrío atravesó su espina de cabeza hasta los pies.

—Enciende el monitor —le dijo al piloto.

Lo que vio lo dejó atónito y con la boca abierta. Sintió cómo todo lo que habían construido por tanto tiempo se derrumbaba bajo sus pies. Por un momento, dudó de la lealtad de sus soldados. Pero no perdió el control. Todo

lo contrario, estas imágenes le dieron un nuevo objetivo: guerra.

Tomó su celular.

—Necesito refuerzos. Todo lo que tengamos. Vamos a bajar.

Todo pasó tan rápido. Empezó con una pequeña explosión. Luego otra. Estaba confundido. «¿Volar qué?», me pregunté a mí mismo. Luego una serie de explosiones continuas me hicieron recordar lo que dijo Isaac: «No miren hacia arriba». Pero lo hice y, al ver al Elevador, pude ver de lo que se trataba. Una ráfaga de explosiones salieron del Elevador y se expandieron hasta llegar al cielo. Los estallidos eran tan fuertes que me dejaron aturdido.

—¡Cúbrenos, Dale! —gritó Isaac.

Dale usó todo su cuerpo y expandiendo sus brazos a los lados hizo una especie de escudo sobre nosotros.

Y al final llegó: la gran explosión. Sacudió el suelo tan fuerte que casi nos hizo saltar. En el Elevador, una espiral de fuego subía, destruyendo la gran estructura de metal como si fuera papel. Tomé a Karoline de la cabeza y la apreté a mi lado. Los pedazos de metal volaban sobre nosotros y retumbaban con un fuerte chasquido al estrellarse con el traje de Dale. En ese momento, recordé los planos en casa de Stefan: de eso se trataba.

—¡Esta mierda va a colapsar! —le grito a Isaac.

Pero no sucedió. Después de varios segundos protegidos bajo el regazo de Dale, al fin asomamos nuestras cabezas. La imagen me dejó congelado. Una gran espiral de humo y fuego subía hasta las nubes.

Isaac tiene una sonrisa orgullosa en su rostro.

—Bien —musita—. Ahora tenemos que salir de aquí.

Pero en cuanto tratamos de movernos, nos detenemos al advertir que una decena de cazadores nos esperan.

—Oh, mierda —decimos Isaac y yo.

Una ráfaga de balas y explosiones nos hacen arrojarnos de nuevo detrás del muro. La pared retumba con los impactos, y pedazos de concreto caen alrededor de nosotros.

—¿Ahora qué? —le pregunto a Isaac.

—Ahora necesitamos más gente.

Isaac aprieta el auricular en su oído.

—Nolan, te necesitamos —dice Isaac.

—Yo los cubriré —dice Dale—. Ustedes corran al túnel.

—¡Estás loco! —le gritó—. Es un ejército: te harán polvo en unos segundos.

—¡Tienen que irse! —grita Dale.

—No puedes hacer esto —le digo deteniendo la gran coraza de metal—. No después de todo lo que hicimos por sacarte.

—Tío —me dice Dale—. Tú hiciste algo por mí, ahora tengo que hacer algo por ustedes.

Pero antes que Dale pueda entrar a campo abierto, el sonido de unas hélices lo detienen en seco. Doy unos pasos hacia atrás para mirar por encima de la pared.

—Oh, mierda —musito.

Cinco helicópteros en el cielo.

—Isaac, si tienes un plan, más vale que hagas algo ahora —le digo.

—Nolan —dice Isaac apretando su auricular—. Estamos listos. Mándalos a la edad de piedra.

—Hijos de puta, hijos de puta. ¡HIJOS DE PUTA! —gritó KADAR cuando vio el Elevador casi colapsar desde su helicóptero. Otros cuatro helicópteros lo acompañaban con equipos profesionales entrenados por él mismo.

Por un momento, vio todo su estilo de vida diezmado en tan solo unos instantes. Esa mañana se levantó como siempre lo hacía, tranquilo y en control. La única preocupación que tenía era sobre un fugitivo que había robado el antivirus; pero en el gran esquema de las cosas, era un simple dolor de cabeza. En unas horas había perdido a su hermano mayor, al Elevador y, sobre todo, el control de la ciudad.

No era que no podría repararlo, sabía que no se trataba de esto. Esto era un mensaje de la rebelión. El Elevador era lo que separaba a la sociedad y ahora estaba envuelto en un remolino de fuego y humo.

Kadar tomó los binoculares y se percató que los soldados en la explanada se dirigían hacia un rincón.

—Ahí —señaló con su dedo— Ahí están.

El piloto planeó hacia la ubicación. Kadar miró a través de los binoculares una vez más, pero esta vez vio algo diferente: una luz azul salía del túnel, una especie de esfera que crecía a alta velocidad.

Cuando la luz los alcanzó, el helicóptero tembló, los sistemas pitaron y todo se apagó.

—¡Es un pulso electromagnético! —gritó el piloto.

Y empezaron a caer.

Los soldados alrededor de Kadar entraron en pánico. Pero mientras el

helicóptero daba vueltas hacia una colisión, Kadar se mantuvo tranquilo: si ese era el caso, estaba listo para morir. Se agarró con firmeza del asiento y cuando el helicóptero casi impactaba con el piso, dio un salto por la puerta. Rodó varias veces al caer en el piso, sus piernas tronaron y sintió un grave golpe en la espalda.

A su espalda, el helicóptero impactó en una gran explosión que lo empujó hacia delante. Se puso de pie, flexionó su cuello, miró a su alrededor. Caos, pánico y más caos. Los cinco helicópteros habían sido derribados. Uno de ellos cayó sobre la muralla, justo en el túnel, y este colapsó bloqueando el acceso de los guardias.

Puso una sonrisa irónica. Los había subestimado.

Miró de un lado a otro: no veía ninguno de sus soldados, solo los guardias de la explanada que huían asustados. Uno de ellos pasó a su lado, su cuerpo en llamas, aullando del dolor. Los cazadores habían sido inutilizados, la mayoría de ellos ahora destruidos por el impacto de los helicópteros. Los que habían sobrevivido salían de sus armaduras. Pero fuera de ella no eran nada: a pesar de estar bien entrenados, no contaban con armas.

Kadar estaba enfocado, no perdió por un segundo aquel rincón detrás de la pared. Con su arma en mano, se dirigió hacia ellos. Vio el grupo de hombres correr hacia el túnel y disparó. Sus disparos certeros perforaron el pecho de uno de ellos, que cayó al suelo y no volvió a moverse. Uno de los rebeldes, de cabello rubio, respondió al fuego. Pero Kadar era rápido, disparó su arma automática y lo hirió en el hombro y en la pierna. El grupo corrió dentro del túnel, y Kadar aceleró el paso.

Miró a su alrededor por refuerzos. Pero los soldados corrían desesperados al túnel fuera de la explanada, que ahora estaba bloqueado.

—¡Peleen, cobardes! —gritó Kadar, pero le hicieron caso omiso—. Basuras —se murmuró a sí mismo.

En cuanto dijo esto, escuchó los cañonazos de varios rifles. Por instinto, Kadar se arrojó al suelo y se arrastró a un gran pedazo de escombros de uno de

los helicópteros. Las balas rebotaban en el acero. Por un agujero entre el escombros de metal, echó una mirada y avistó un nuevo grupo de unos cinco hombres que habían salido del túnel. Tenían refuerzos y el fugitivo se escapaba.

—No —se dijo a sí mismo—. No van a ir a ningún lado.

Tomó dos granadas de su cinturón y quitó el seguro.

—¡Cuidado con la cabeza! —gritó a sus enemigos.

Kadar arrojó las granadas y, justo en la explosión, salió de su escondite disparando fuego a discreción. No podía distinguir bien. Pero al menos tres de los soldados fueron alcanzados por la explosión, sus cuerpos yacían inconscientes y ensangrentados en el suelo. Pero no iba a jugar a lo seguro: tomó una granada más, la arrojó dentro del túnel, aceleró el paso y se detuvo un momento al escuchar la explosión.

—¡Granada! —gritó Isaac.

La granada cae por la rampa. Rebota tres veces en el suelo, luego una gran luz seguida de un fuego sale del pequeño objeto. La piel me hierve y se hunde hasta mis huesos. La explosión empuja nuestros cuerpos y rodamos por el piso.

—¡Dale! —gritó sin poder abrir los ojos.

—Aquí estoy —dijo una voz a lo lejos.

Mi cuerpo ya estaba herido. Pero ahora un ardor recorre mi piel, estoy a punto de partirme en dos. Me incorporo, Dale ayuda a Karoline a ponerse de pie.

— ¿Están bien? —digo tosiendo.

Dale y Karoline revisan su cuerpo. No están heridos, pero los otros dos

soldados de Isaac están acabados.

—¿E Isaac? —pregunta Dale.

Luego lo vi. Isaac en el suelo, boca abajo. Lo ayudo a ponerse de pie, pero su cuerpo está malherido. Recibió una bala en el brazo y otra en la pierna, y la explosión quemó una parte de su torso.

—Es Kadar — dice a duras penas.

—Tranquilo —le digo mientras pongo su brazo sobre mi lomo—. Te sacaremos de aquí.

—¡Cuidado! —grita Dale señalando a la rampa.

Sin siquiera volverse, sabía lo que venía. Una ráfaga de balas que golpea las paredes nos hace resguardarnos dentro de la cabina. Los disparos cesan.

Busco un arma o algo con que defendernos, pero no tengo nada.

—Necesito un arma —le digo a Isaac.

—Estoy vacío.

—¿Qué hacemos?

Isaac se queda meditabundo por unos segundos. En su rostro puedo ver que está a punto de tomar una difícil decisión y no me gusta para nada.

—Tienen que irse —dice al fin.

—¿Y dejarte aquí? ¡Estás loco! —le espeto.

Escucho la voz de Kadar:

— Creen que pueden hacer todo esto y luego irse así como así? —grita en un tono furioso—. ¡Mataron a mi hermano! —dice en un tono que me da escalofríos—. ¡Mi hermano!

Cuando dice eso, me vuelvo hacia Karoline. Está pasmada, pálida por lo que acaba de escuchar. Olvidé que nunca le dije la verdad.

—Karoline —le digo.

—Chris, tienen que irse —dice Isaac.

—¡No te podemos dejar aquí!

—Hay dos jeeps frente al tren, tomen uno y salgan de aquí. Nolan los encontrará del otro lado.

—¡No me voy...!

—¡Chris! ¡No hay otra opción!

Y tiene razón: no podemos luchar, lo único que nos queda es huir.

—Hay otra opción —dice Karoline.

—¿De qué hablas? —le pregunto.

—Yo me quedaré.

—No va a funcionar —dice Isaac negando con la cabeza.

—Es mi tío.

—Chris —me dice Isaac—. No se tocará el corazón: nos matará si no lo detenemos.

—Yo hablaré con él —dice Karoline—. Adiós, Christian.

Karoline sale por la puerta y con ella, sale toda posibilidad de enmendar lo que le he hecho.

—No va a funcionar —me dice Isaac.

—Prepárense para correr —digo.

—No —me espeta Isaac—. Prepárate para pelear.

Por detrás del muro escucho la voz de Kadar:

—Karoline —dice en un tono más suave.

—Tío —contesta con su voz quebrándose.

Me arrastro a un lado de la puerta y por la orilla de la pared, alcanzo a ver a Karoline.

—¿Qué estás haciendo?

—Tienes que parar, tío.

Kadar se ríe.

—¿En verdad estás con ellos?

—No es eso —dice a Karoline a lo bajo.

—¿Entonces qué es?

—Las personas. El engaño. ¿Es verdad todo eso?

Kadar se acerca a Karoline.

—Mataron a tu tío.

—Pero las personas de Argos, no...

Kadar bofetea a Karoline, tumbándola al suelo.

—Me encargaré de ti después.

Isaac se lanza sobre Kadar, que gruñe con el impacto del cuerpo sobre él, su rifle cae de su mano, resbalándose por debajo de las vías del tren.

Dale y yo salimos del escondite, tomo a Karoline y la pongo de pie.

Kadar e Isaac forcejean.

—¡Corran! —grita Isaac.

Kadar le da un rodillazo en el estómago a Isaac y luego un codazo en la cara. Isaac retrocede cubriéndose el rostro.

—Malditas basuras —dice Kadar con su rostro lleno de furia.

—¡Corran! —grita Isaac, quien se abalanza contra Kadar. Le tira dos golpes; pero Kadar los esquiva y luego lo golpea con un rodillazo en el pecho.

Por uno momento, trato de meterme a la pelea, pero Dale me toma del brazo y me detiene. Cuando me vuelvo a verlo, niega con la cabeza. Tiene razón: en un momento, el lugar estará lleno de soldados; tenemos que irnos de aquí.

—Tenemos que irnos —le digo a Karoline.

Dejamos a Isaac atrás.

El dolor en el pecho de ISAAC era agudo, como si le hubieran dado un cañonazo. Había probado la fuerza de Kadar y sabía que tenía pocas probabilidades de vencerlo; pero al menos le daría tiempo a Chris y a los demás de escapar.

Sacó el cuchillo de su cinturón.

Kadar se rió.

—No serás un héroe —le dijo Kadar—. No el día de hoy.

—Tú no terminarás este día.

—Ya lo veremos.

Kadar abrió los brazos, invitando a Isaac a atacar. Isaac se abalanzó y tiró dos puñaladas, pero lo único que tocó fue el aire. Otra puñalada, Kadar bloqueó el ataque y le dio un golpe en la garganta. Isaac retrocedió unos pasos y luego recibió una patada en el esternón, que lo hizo volar un par de metros hacia atrás, cayendo al piso.

—Ponte de pie —le dijo Kadar.

Isaac se levantó. Tiro un cuchillazo, luego otro, otro y otro más, pero Kadar estaba un paso delante de él. Recibió otra patada en la pierna, seguida de un codazo. Isaac lo atacó una vez más con el cuchillo, pero Kadar lo tomó del brazo. Isaac forcejeó con todas sus fuerzas tratando de liberarse del agarre, pero Kadar era mucho más fuerte que él. Poco a poco, Kadar le dobló el brazo hasta que la punta del cuchillo apuntaba a Isaac. Con un fuerte empujón, le hundió el cuchillo en el hombro.

Isaac gruñó hacia dentro, su cara estaba roja, a punto de explotar por el esfuerzo y el dolor. Kadar apenas sudaba.

Isaac conectó con una rodilla en los testículos, que hizo retroceder a Kadar. Isaac sacó el cuchillo de su hombro. El dolor era terrible, su cuerpo estaba hecho pedazos, apenas podía respirar. El impacto de las balas lo había dejado sin su brazo y pierna izquierda, y ahora su brazo derecho había sido apuñalado.

—¡Basta de esto! —dijo Kadar furioso.

Kadar arremetió contra Isaac con dos golpes que apenas pudo esquivar. Isaac trató de apuñarlo, pero Kadar bloqueó su ataque tomándolo de la muñeca. Con la otra mano, Kadar golpeó a Isaac en el rostro, lo tomó del cuello y lo llevó hasta la pared.

Kadar lo golpeó con dos rodillazos en el estómago. Isaac colapsó por el intenso dolor. Con las dos manos y un agarre casi inhumano, Kadar lo tomó de la muñeca, llevando poco a poco el cuchillo a su garganta. Isaac forcejeaba

gruñendo, pero se le acababan las fuerzas.

—Ahora te mueres —le dijo Kadar entre dientes.

Con la energía que le quedaba, Isaac tiró una patada en los testículos. Kadar se aguantó, pero recibió otra que le hizo aflojar su agarre. Isaac lo empujó y con un movimiento rápido, tiró un cuchillazo que rozó el ojo de Kadar.

Kadar gritó con fuerzas: un chorro de sangre salía de su ojo. Isaac estaba sorprendido. Lanzó un cuchillazo y Kadar lo esquivó. Pero le rozó en el pecho, luego otro que rozó su brazo. Isaac lo pateó en su rodilla, lo cual le hizo doblarse, poniendo una rodilla en el piso. Tiró un cuchillazo a la garganta, que Kadar esquivó tirándose de espaldas al suelo. Otro cuchillazo que esta vez penetró profundo en una sus rodillas. Sacó el cuchillo, que ahora goteaba de sangre, tiró otro cuchillazo, pero Kadar rodó hacia atrás. Isaac lo siguió, y cuando Kadar se incorporó, Isaac dio un salto largo y conectó con un rodillazo en el rostro. Kadar se fue hacia atrás dando traspiés hasta que cayó en las vías del tren.

Isaac pensó dos veces en qué iba a hacer, si escapar o seguir peleando. Esta era su oportunidad, pero estaba tan herido que dudaba si iba a poder llegar lejos. En el túnel, ya no veía a Chris y los demás, se habían alejado en el jeep. Otro de los jeeps estaba ahí, pero Isaac quería terminarlo. De pie en el andén, se asomó hacia las vías del tren: Kadar estaba boca abajo en el suelo, inconsciente.

Isaac sonrió. —Tú eres el que...

Kadar se volvió de golpe, y cuando Isaac lo vio, supo que estaba perdido. Dos tiros penetraron su esternón.

Se le hizo imposible respirar. Isaac retrocedió hasta que cayó de espaldas. Trataba de tomar todo el aire que podía, pero sus pulmones no le funcionaban. Sintió un miedo que jamás había experimentado, un miedo mezclado con arrepentimiento y nostalgia. Pero no todo era malo: todo había terminado, que no sufriría más. Como un rayo de luz, pudo ver su vida antes de la Calamidad, pudo ver a su hijo y a su esposa, que ahora se veían con un brillo como si los

rodeara el sol. No todo era tan malo.

Kadar apareció frente a él. Lo miraba con saña, pero con una sonrisa en su rostro.

—No eres un héroe —le dijo.

No todo era malo.

Kadar le apuntó con el rifle, jaló el gatillo y desapareció.

Con Dale al volante, manejamos por casi cinco minutos. El túnel es más largo de lo que recuerdo, o era el tren el que iba tan rápido.

—¿Crees que lo logre? —me preguntó Dale.

Por un momento, no sé qué contestar. Sé de lo que Kadar es capaz, pero también conozco a Isaac.

—Lo lograré —le digo.

—Chicos —dice Karoline con tono preocupado.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Su cara está pálida y, a lo lejos, veo algo peor. El tren viene hacia nosotros.

—Es... —dice Karoline.

—¡Kadar! —grito.

—¡Maldito! —grita Dale.

Dale pisa el freno y se detiene de golpe. Se para tan fuerte que casi caemos del auto.

—¡Bajen! —grita Dale.

Karoline y yo saltamos del jeep al andén. El tren está a un escaso minuto de impactar.

—¡Apresúrate! —le grito a Dale.

—No, tengo una mejor idea.

Dale pone el carro en reversa.

—¿Qué estás haciendo?! —digo desesperado.

—Confía en mí.

Pisa el pedal y acelera contra el tren.

DALE presionó el acelerador a fondo. Estaba furioso; pero también estaba seguro de lo que iba a hacer. Miró por el espejo retrovisor, vio el tren a unos metros de él y se rió.

—Veamos qué tan bueno eres esquivando esto —se dijo a sí mismo.

Dale saltó hacia el andén. Iba tan rápido que rodó varias veces. Pero antes de poder detenerse, hubo una gran colisión ensordecedora. Cuando su cuerpo dejó de rodar, se volvió hacia el tren, que arrastraba el jeep creando una lluvia de chispas que salía de los rieles hasta convertirse en fuego. Una gran llamarada llenó el automóvil y el tren, que con rechinos y tambaleos se salía de control. Tres vagones venían con el tren. Pero después de unos segundos del impacto, el vagón delantero se salió tanto de control que se descarriló.

Hubo un gran estruendo en todo el túnel cuando los vagones se salieron de las vías. Se arrastraron en una gran cortina de humo y fuego. El impacto en el vagón delantero fue tan fuerte que cuando se descarriló, se volcó en varias vueltas hasta que todo se detuvo.

El humo era espeso; los escombros atiborraban las vías. Estaba asustado y, más que nada, sorprendido al tantear su cuerpo y notar que no tenía más que unos raspones. Pero esto no se había acabado: tenía que estar seguro que Kadar estuviera muerto.

Se puso de pie y a paso lento, se acercó a los escombros. Tragó tanta saliva que sintió como si una pelota bajara por su garganta. Bajó del andén, atravesó la cortina de humo y miró por la ventana de uno de los vagones: las luces estaban muertas, los asientos destrozados. Vacío.

Una serie de balas golpearon el vagón justo a su lado. Se arrojó al suelo hasta resguardarse detrás del vagón. Su piel estaba lacerada por rodar en un montón de rocas, y tenía pequeños vidrios incrustados en los brazos y manos. Escuchó otra ráfaga, pero impactaba lejos de él. Era mala puntería, sabía que Kadar estaba malherido. «Pero no está muerto», se dijo a sí mismo.

Caminó hacia el otro lado del vagón y con un gran salto, subió arriba de él. Se puso pecho tierra y se arrastró por el techo. Esta era su oportunidad; era el único que podía terminar esto.

Siguió arrastrándose. El humo lo protegía de la vista de Kadar, pero también afectaba sus pulmones. Tenía que moverse rápido porque no podía contener la tos por mucho tiempo. Kadar gruñó, luego una ventana se rompió. Un grito más y el ruido opaco de un bulto impactando el suelo. La incertidumbre de no saber qué tan lastimado estaba Kadar lo hacía temblar, pero Dale estaba en buenas condiciones. A pesar que Kadar estaba armado, Dale se sentía en ventaja.

Dale se arrastró hacia la orilla del vagón y echó un vistazo. Tenía suerte, Kadar se encontraba justo debajo de él. Estaba recargado en el vagón, luchando por ponerse de pie. Un chorro de sangre caía por su cabeza, y su respiración era rápida y descontrolada.

Dale tomó un gran respiro. Contó hasta tres.

1.

2.

3.

Saltó sobre Kadar, cayendo con sus piernas en su espalda. El rifle de Kadar salió volando, y él cayó boca abajo en el suelo. Dejó ir un quejido de un hombre moribundo. Kadar se volvió hacia Dale, y justo cuando pudo verlo, Dale lo golpeó dos veces en el rostro. Los impactos fueron tan fuertes que Kadar dejó ir un aullido que hizo eco por todo el túnel. Dale puso las manos en su cuello y apretó. Apretó tan fuerte que pensó que iba a quebrarle el cuello. Usando su cadera, Kadar rodó a Dale a un lado, liberándose del agarre. Puso a Dale boca arriba y lo golpeó repetidas veces. En sus gruñidos, se escuchaba su ira: no se iba a dar por vencido.

Con cada golpe, Dale perdía la consciencia. Dale apoyó sus piernas en el pecho de Kadar y lo empujó. Se incorporó y arremetió contra él con una patada en el estómago. Una rodilla más. El impacto fue tan fuerte que Kadar cayó de espaldas en el piso. Estaba semiinconsciente.

Dale tomó el rifle del suelo y se acercó a Kadar, lo miró con tranquilidad y le apuntó con el rifle.

—Maldito... niño... cobarde —dijo Kadar a duras penas, escupiendo sangre de su boca—. ¿Sabes lo que va a pasar si nosotros nos vamos?

—Ilumíname —le dijo Dale desafiándolo.

—Si nosotros morimos, ustedes mueren.

—Supongo que tendremos que averiguarlo.

Dale apuntó el arma a su cabeza y jaló el gatillo.

CAPÍTULO XLV

El viaje hacia la ciudad de Los Lince es tranquilo y callado, a excepción de Dale preguntándome una que otra vez si estoy bien. Pensé que habría una gran persecución; pero con los dos hermanos muertos y el video, Urah debe estar hecha un caos. A excepción de sentir que mi cuerpo está a punto de desmoronarse, sí, las cosas están bien, mi mente está despejada y mi corazón tranquilo.

Todo el camino, Karoline me tomó de la mano. No dijimos nada, no fue necesario. El día de hoy no solo su vida ha sido volteada de arriba abajo, también la de cada una de las personas de este país. ¿Qué pasará con nosotros después de esto? ¿Cómo será nuestra vida de aquí en adelante? Tal vez no tengo respuesta. Pero al ver la sonrisa de Dale, entre la suciedad de su rostro, me siento optimista: estaremos bien.

Viajamos hacia la puesta del sol, y a lo lejos, al final del horizonte donde está Argos, se ve una espiral de humo que sube hasta las nubes, una señal que nos indica que la revolución apenas comienza.

A lo lejos, vemos la montaña que conocemos como Kharga, que se agranda conforme avanzamos en el camino de tierra. Estaba tranquilo. Pero cuando advierto que un grupo de cientos de personas nos esperan afuera, mi estómago se retuerce y mi boca se seca por completo. Karoline también parece impactada. En cambio, Dale sigue con su sonrisa en su boca: parece que le gusta el espectáculo.

Llegamos a la entrada y el jeep se detiene. Las personas nos miran con una sonrisa en el rostro y, poco a poco, una lluvia de aplausos se arrecia sobre nosotros. Me duele tanto el cuerpo que se me dificulta sonreír. Dale me ayuda a bajar del jeep. Los vítores no cesan; pero desaparecen en mi mente cuando Mabelle sale de la multitud.

—¡Mamá! —grita Dale.

Se abrazan. Mabelle me mira sobre el hombro de Dale y, con sus ojos empapados, puedo ver que me susurra la palabra «gracias». Pero no hay necesidad; esto es la única recompensa que necesito.

—Lo siento —le digo a Karoline.

Niega con la cabeza.

—No tienes nada de qué disculparte. Gracias a ti —me dice tomándome de la mano.

¿Será que no sabe el estilo de vida que le espera o que en verdad está agradecida por mostrarle la verdad? Tal vez fue un acto egoísta de mi parte. Tal vez no estaba listo para perder a alguien más. Y aunque quisiera tener a mi familia conmigo, el día de hoy me doy cuenta que, dentro de todo esto, dentro de toda la desesperanza, esta es mi familia y haré lo que sea para protegerla.

Otros libros por Edward Martin

Hermanos En Combate

Brothers In Fight: A Street Fighting Novella

El Sueño Dorado

The Golden Dream

Playa Marisol

Sobre el autor

Edward Martin, Psicólogo general especializado en deportistas, maestro de artes marciales y competidor de alto rendimiento. Nacido en Hermosillo, Sonora, México, ha competido en varios circuitos internacionales del arte marcial de Grappling o Jiu Jitsu Brasileño sin Kimono como: NAGA, Grapplers Quest, IRONMAN International, entre otros. Trabajó como psicólogo con las selecciones sonorenses de Judo, Taekwondo y Karate-do, entrenando a los atletas en habilidades psicológicas para el control de la ansiedad, concentración, autoconfianza, entre otras. Asiste a entrenadores para ayudarlos a crear un ambiente propicio para el máximo desempeño de sus deportistas en el área psicológica. Actualmente trabaja como maestro de artes marciales en la academia Titanes Fighting Team, donde entrena a atletas de alto rendimiento en el arte marcial de Grappling y MMA; ayudándolos no sólo con aspectos técnicos, sino también con entrenamiento psicológico.